



LA LLEGADA

JOE HALDEMAN



Barcelona . Bogotá . Buenos Aires . Caracas . Madrid . México D.F. . Montevideo . Quito . Santiago de Chile

Título original: *The Coming*
Traducción: Rafael Marín Trechera
1.^a edición: febrero 2002
© 2000 by Joe Haldeman
© Ediciones B, S.A., 2002
Bailén, 84 - 08009 Barcelona (España)
www.edicionesb.com

Printed in Spain
ISBN: 84-666-0620-3
Depósito legal: M. 268-2002

Impreso por BROSMAC, S.L.
Crta. Villaviciosa a Móstoles Km. 1
28670 VILLAVICIOSA DE ODON (Madrid)

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Presentación

Haldeman, no voy a ocultarlo, es uno de mis autores favoritos. Sus obras suelen interesarme por una u otra razón, pero debo decir que, desde el momento en que leí LA LLEGADA (2000), me pareció una de sus mejores perlas narrativas. Una obra corta y sugerente que aborda muchos temas casi sin exponerlos explícitamente, con esa sencillez y amenidad que sólo los verdaderos maestros son capaces de alcanzar.

Inmediatamente quedé prendado de esta novela y decidí publicarla en NOVA incluso antes que otra obra reciente e importante del mismo autor como es FOREVER FREE (1999) en donde, ¡por fin!, se continúan las andanzas de William Mandela que se hicieron famosas en la ya mítica LA GUERRA INTERMINABLE (1975). Ya habrá tiempo para ello en su momento.

La trama de LA LLEGADA es engañosamente sencilla: a finales de 2054, la astrónoma Aurora «Rory» Bell descubre un mensaje procedente del espacio exterior en el que se anuncia la llegada de una nave extraterrestre. Tras viajar a velocidad casi lumínica, ya ha empezado a decelerar para, según los cálculos realizados, llegar a la Tierra el día de Año Nuevo. Ante el fenómeno de una imprevista «llegada» de posibles extraterrestres poseedores de una tecnología inimaginable o, tal vez, como sugiere un político, del mítico Segundo Advenimiento de Jesucristo, las reacciones humanas son variadas e imprevisibles.

En manos de un escritor de gran calidad como Joe Haldeman, el pequeño microcosmos de la ciudad estadounidense de Gainesville (Florida, EE. UU.), lugar donde residen los Haldeman, se convierte en un rico mosaico de personajes y de las ambiciones y temores que compendian la esencia de lo que nos hace humanos.

Podríamos decir que nos encontramos ante una novela con protagonista colectivo en la cual, junto a interesantes esbozos del futuro cercano, domina la problemática tradicional de las sociedades humanas. Para muchos, como Gary K. Wolfe en Locus, LA LLEGADA «es esencialmente una novela de literatura general (mainstream) con una trama de ciencia ficción que pende sobre ella como una espada de Damocles». Son los personajes los que importan, aun sin olvidar que —y seguimos con Wolfe— «Haldeman ha sido siempre uno de esos autores cuyas ideas respecto al futuro son fascinantes por sí mismas, aunque se hallen sólo en el trasfondo, como aquí ocurre».

Haldeman, gran poeta y siempre interesado en experimentar desde el punto de vista formal, elige en LA LLEGADA un continuo cambio de punto de vista narrativo para contarnos una historia que parte de un concepto de ciencia ficción para llevar a cabo un análisis de las reacciones humanas ante lo desconocido. Ese cambio continuo del punto de vista narrativo es una técnica ya utilizada en la novela moderna, pero que muy pocas veces alcanza la facilidad y sencillez que logra Haldeman en LA LLEGADA, verdadero ejemplo de maestría narrativa.

Esta presentación va a ser breve, no deseo en absoluto privarlos por más tiempo de la satisfacción de leer una novela «redonda» como ésta pero, antes de finalizar, déjenme añadir sólo dos últimos comentarios. Uno de ellos se refiere a las diversas veces que los Haldeman, Gay y Joe, han visitado España y, también, Cataluña. Por eso no es de extrañar que una de las posibles hipótesis del futuro que se citan como de pasada en el libro (junto, por ejemplo, a los diques en las costas de Florida para defenderse del incremento del nivel de las aguas por el cambio climático) sea esa Cataluña independiente de España en una Europa futura amenazada por la guerra. Curioso.

El segundo comentario se refiere a la traducción del título. En inglés se utiliza The Coming que permite fácilmente el comentario del gobernador Tierny sobre The Second Coming, el anunciado Segundo Advenimiento de Jesucristo al final de los tiempos. En español, ese coming debe traducirse por «llegada» o «venida» y el traductor, Rafael Marín, ha optado, creo que acertadamente, por «venida» ya que, desde la óptica humana en que se desarrolla la novela, lo cierto es que alguien está viniendo y sólo al final de todo

el proceso llegará... Pero un título como «La venida» resulta más bien cacofónico y he decidido elegir la otra opción, «La llegada», aun cuando se ha mantenido en el texto esa Venida por la que ha optado Marín. Ello obliga, en la traducción, a sustituir también el término «Segundo Advenimiento» por «Segunda Venida», en la confianza de que el lector pueda fácilmente asociar la una con la otra.

Y nada más, los dejo con esta pequeña obra maestra. A veces me he quejado de que no encuentro ya demasiadas novelas como aquellas que, en mi juventud, me hicieron disfrutar de lo lindo con el simple placer de la lectura. Obras como LA LLEGADA son la excepción que confirma la regla. Una verdadera gozada. Que ustedes la disfruten.

MIQUEL BARCELÓ
noviembre 2001

Este libro es para dos hombres que viven separados por más de mil kilómetros y no han llegado a conocerse nunca: Ricky y Rusty. Ambos, casualmente, fueron marines en el Pacífico durante la Segunda Guerra Mundial.

Ricky es Ottone Riccio, poeta y profeta y pícaro. Todo maestro necesita un maestro como él.

Rusty es James Hevelin, pero nadie lo llama James excepto el Gobierno. Es el amigo que todo hombre necesita y no muchos encuentran.

En algún mundo todos tienen un Ricky a su izquierda y un Rusty a su derecha, y es un mundo bueno.

El autor reconoce agradecido la influencia sobre este libro de la hermosa novela *The Listeners*, de James Gunn.

PRIMERO DE OCTUBRE

Profesora Bell

Periodistas.

Normalmente su mesa no estaba más ordenada de lo necesario: un cómodo montón de notas, revistas, y libros. Mientras ella supiera dónde estaba todo, ¿a quién le importaba? Pero acababa de pasar quince minutos arreglando nerviosa las cosas, la mesa y todo lo demás. Todavía no eran las seis de la mañana.

Habría periodistas.

Miró la máquina de café de la antesala. El aroma era un imán. No, ahora no. Su corazón ya latía enloquecido. El médico había dicho dos tazas al día.

Pulsó un botón en la mesa.

—Anterior —dijo, y el diagrama de la pared fue sustituido por una página doble de ecuaciones y números—. Anterior —dijo de nuevo, y recibió una página doble de números y texto—. Izquierda.

La pantalla volvió a configurarse y le proporcionó una sola página ampliada de texto. La contempló y sacudió la cabeza.

Era un despacho viejo y anticuado, que databa de antes del cambio de siglo. Tenía una antigua pizarra que le gustaba utilizar, la única que quedaba en el edificio de física, y una pared entera, del suelo al techo, cubierta de estanterías para libros impresos en papel. Parte de ese espacio había sido convertido en una gran pantalla, pero ella seguía teniendo montones de volúmenes de papel encuadernados en cuero, tela, y cartón. Un jefe de departamento puede ser excéntrico.

—Música —dijo—. Vivaldi aleatorio, luego barroco aleatorio.

Un oboe entonó una melodía familiar.

—Más fuerte, diez por ciento.

Se sentó durante un minuto, escuchando, y luego se levantó y sacó un libro grande de la estantería, uno que había comprado el lunes siguiendo un impulso. Hojeó cuidadosamente las páginas amarillentas. Era un libro de fotografías periodísticas de la vieja revista *Life*, que documentaban una guerra en la que había combato su tatarabuelo. Imágenes patrióticas granulosas y anuncios con precios ridículos. *Lucky Strike Green marcha a la guerra*. ¿Qué demonios significaba eso? Lucky Strike era evidentemente una marca de cigarrillos; tal vez el tabaco verde tenía entonces alguna aplicación armamentística.

Al oír el ascensor, cerró el libro y lo guardó. Su marido entró en la oficina exterior.

—¿Es bueno el café?

—Acabo de hacerlo, es mezcla.

Él se sirvió una taza. Tenía barba blanca de varios días, la ropa arrugada. Se levantaba casi tan temprano como ella, pero no se molestaba en afeitarse y vestirse hasta mediodía.

—No entendí del todo tu mensaje. —Se sentó en la silla reservada normalmente para los nerviosos estudiantes—. O no creo del todo lo que oí.

Ella siempre esperaba encontrarlo cuando llamaba a la casa. Norman era violoncelista y compositor, y se pasaba la primera hora del día ensayando, meditando sobre escalas e intervalos, e ignoraba el teléfono. Pero la casa le había dicho que parecía importante, y por eso recogió el mensaje. Había llamado inmediatamente, diciendo que iba para allá.

Contempló el despacho, ahora ordenado.

—¿Has invitado a alguien?

Ella se echó a reír.

—He estado ordenando las cosas. Espero una verificación de paralaje más largo.

—Paralaje, sí. Relájate. Siéntate, me pones nervioso. —Indicó la pantalla—. ¿Es eso?

Ella asintió. Era una ordenada fila de palabras: VAMOS DE CAMINO, repetida sesenta veces.

—Bueno... en sí mismo, eso no crea exactamente un...

—Norman. La señal llegó de un décimo de año-luz de distan-

cia. En inglés.

—Oh. —Él sorbió su café—. ¿No tenemos a nadie tan lejos?

—Por supuesto que no.

—Criaturas del espacio exterior.

—Algo del espacio exterior. —El teléfono sonó y ella lo atendió—. Bell. —Se inclinó hacia delante, un codo sobre la mesa, contemplando sin ver la columna de palabras—. Cualquier momento es bueno. ¿Es el periodista científico? —Puso los ojos en blanco—. Por favor. ¿No podemos esperar a un periodista científico? —Resopló lentamente—. Entiendo. ¿Tiene la dirección? Eso es. Adiós.

Norman sonrió.

—¿Los reporteros científicos no están levantados a las seis?

—Van a enviar a su «hombre de noche». Probablemente estará acostumbrado a asesinatos y esas cosas.

—¿No podían esperar?

—No, ya está en las redes. Llamé a la Oficina Marsden en Washington en cuanto me aseguré de lo que era.

—Oh, ¿estás segura de lo que es?

—No, no. —Se levantó y volvió a sentarse—. Sólo de a qué distancia está, a qué velocidad va. ¿Sabes lo que es el corrimiento hacia el azul?

—¿Una prenda de vestir? —Ella le dirigió una mirada de exasperación—. Supongo que es como el corrimiento hacia el rojo, pero en azul.

—Eso es. Nos dice a qué velocidad viene algo hacia nosotros, en vez de alejarse. —Señaló la columna de palabras con un dedo—. Esto vino en un estallido de rayos gamma. Su fuente viene hacia nosotros casi a la velocidad de la luz.

—Parece peligroso.

—Está frenando. Si no fuera así, no podría decir nada sobre el corrimiento hacia el azul... quiero decir, podrían estar emitiendo en rayos gamma de alta energía.

Él frunció el ceño.

—No comprendo.

—Es complicado. —Ella descartó las complicaciones—. De todas formas, sé lo rápido que está frenando. A partir de eso... el asunto se reduce a que esta cosa cobró vida a la velocidad de la luz, exactamente a un décimo de año-luz de distancia, y está desacele-

rando a tal velocidad que llegará a la Tierra exactamente dentro de tres meses. El día de Año Nuevo.

—No es coincidencia.

—Por supuesto que no. Nos envían un mensaje raro. Esas palabras, combinadas con el corrimiento hacia el azul y la posición, dicen: «Sabemos mucho sobre vosotros y somos enormemente superiores tecnológicamente. Preparados o no, allá vamos.»

Él se frotó la barba de su garganta.

—Jesús.

Los dos alzaron la cabeza cuando se oyó la puerta del ascensor.

—Aquí llega el hombre de la noche.

Daniel Jordan

A Dan no le gustaba la manera en que el viejo ascensor chirriaba y se estremecía. Se suponía que eran seguros, pero había cubierto un reportaje en Jax unos cuantos años antes, donde uno más nuevo que éste se desplomó veinte pisos. Cuellos rotos y cráneos fracturados y sólo una superviviente cuyos gritos apagados sonaban terribles mientras la patrulla de rescate se deslizaba por el hueco para abrir el techo. Empujó la puerta chirriante para acelerar y luego mantuvo la puerta abierta para que las cámaras pasaran tras él.

Comprobó su reloj. Las 6.17. Los polis del campus no empezarían a llegar hasta las siete. Tal vez la tarjeta de prensa en su parabrisas lo protegería. La emisora sólo pagaba dos tickets por semana, y ya los había gastado.

Doctora Bell, 436. Giró a la derecha y las cámaras lo siguieron. La pequeña se detenía cada par de metros para captar el ambiente: tableros de anuncios, una clase vacía, el cartel que decía: DEPARTAMENTO DE ASTRONOMÍA Y ASTROFÍSICA. La doctora Bell le estaba esperando junto a una puerta, una mujer pequeña y gruesa con el pelo corto y negro veteado de blanco; un rostro

amable con una expresión difícil de leer. Dan se presentó y entraron en el despacho.

El hombre sentado junto a la mesa parecía el conserje, pero Dan tenía buena memoria para los rostros e hizo la conexión de los apellidos. Tendió la mano.

—Norman Bell, naturalmente. Asistí a su concierto en el parque la primavera pasada.

El hombre le estrechó la mano; parecía divertido.

—¿Se encarga usted de los reportajes musicales además de las anomalías astronómicas?

—No, señor. —Algo en aquel tipo le impulsaba a ser sincero—. La verdad es que tengo muy mal oído para la música. Fui con una chica.

Él se echó a reír.

—Debía de merecer la pena. —Se levantó—. Bien. No los molestaré.

—Quédate, por favor, Norman. —Ella miró a Dan—. ¿Le importa?

Dan se encogió de hombros.

—Mientras no permanezcan de pie o sentados juntos. Eso confunde los cerebros diminutos de las cámaras.

Las cámaras corrían tomando planos y contraplanos, panorámicas, intercalados, tomas de reacción. La mitad del material sería sobre un viejo de aspecto cansado con la ropa arrugada, temporalmente irrelevante.

—Creo que será mejor rodar con usted sentada ante su mesa, profesora. Yo me sentaré aquí. —Indicó la silla que Norman acababa de dejar vacante.

—Me apostaré junto a la máquina de café. ¿Quiere un poco?

—No, gracias. Acabo de salir del Burgerman.

—Por eso ha llegado tan rápido —dijo la doctora Bell—. Espero no haber interrumpido su desayuno.

—Oh, no —mintió él—, estaba pasando el rato con los polis municipales. Intercambio de chismorreos.

Miró la cámara grande y silbó, y luego habló despacio:

—Toma general. BG dos-setenta desde detrás del sujeto a mi izquierda.

La cámara se situó detrás de Bell y luego trazó un arco.

—Eso se montará luego en el estudio. Yo sólo formulo las

preguntas aquí y luego ellos pueden pegar mi cara vista desde cualquier ángulo. Así que las cámaras no tienen que preocuparse por mí ahora.

La cámara completó su circuito y dijo «*okey*» con voz átona.

—Comience por el principio —dijo Dan.

—¿Cuánto sabe?

—Casi nada. Recibió usted una señal extraña del espacio exterior y el encargado de noche la consideró importante.

—Lo es. —Ella se echó hacia atrás—. Llegué al despacho poco después de las cuatro. La pantalla parpadeaba, reclamando atención.

—¿Puede recrear ese momento?

—Claro. —Bell pulsó un botón en su mesa—. Busca hoy, 0405.

La pantalla empezó a parpadear en rojo, diciendo: ANOMALÍA REGISTRADA GRB-1 0355 EST.

Dan silbó y señaló la pantalla. La cámara grande se acercó y pareció concentrarse.

—Daniel —dijo con una suave voz de mujer—, por favor ajusta mi sincronización de campo.

Dan sacudió la cabeza.

—Eso es automático en los modelos nuevos. —Se levantó, miró a través de la lente y jugueteó con un par de mandos hasta que la imagen de la pantalla se ajustó.

Regresó a su asiento y la pequeña cámara se aupó a la mesa de Bell y la miró. Ella la observó, cautelosa.

—¿Se supone que tengo que hablarle a la cámara?

—No, hábleme a mí. ¿Qué significa el mensaje?

—GRB-1 es un detector de estallidos de rayos gamma. El «uno» es puro optimismo; nunca conseguimos dinero para lanzar el segundo, que habría sido de apoyo.

»Pues bien, algunas fuentes producen estallidos de rayos gamma, en ocasiones durante horas, a veces durante minutos, normalmente durante unos segundos. Este satélite detecta y analiza la radiación. Tiene un pequeño telescopio, esencialmente una lente rápida de gran angular, que cubre todo el cielo cada dos segundos. Si detecta un estallido de rayos gamma, el telescopio mayor puede captarlo en cuestión de un segundo.

—¿Tiene alguna aplicación práctica?

—Nunca se sabe, pero lo dudo. Excepto que sí el Sol alguna vez hiciera eso freiría a todo el mundo en la zona diurna del planeta. No vendría mal contar con unas cuantas horas de margen.

—¿Tiene una imagen del satélite?

—Claro. —Pulsó el botón—. Busca GRB-1, concepción del artista.

Apareció un dramático holo del satélite, recortado contra el sol que asomaba escarlata tras la curvatura de la Tierra. Dan lo señaló y la cámara grande, que estaba concentrada en Bell, se volvió y grabó una toma de la pantalla de pared.

—Es una imagen bonita, pero falseada —dijo ella—. GRB-1 está en órbita geosincrónica; la Tierra es sólo una pelota grande que se interpone.

—¿Y qué es esa anomalía? Quiero decir, ¿qué demonios significa?

—Significa algo inesperado, un misterio. En este caso, registramos el estallido de rayos gamma, pero cuando el ordenador intentó averiguar cuál era la fuente, no había ningún objeto en las grabaciones previas. Me refiero hasta una magnitud de veintecincuenta, que es casi lo más débil que se puede encontrar.

»Esa fue la primera anomalía, que resultó interesante. La segunda fue sorprendente. Cada vez que captamos un estallido que dura más de unos pocos segundos, enviamos una petición al observatorio japonés de rayos gamma de la Luna, para que confirmen los datos. Su detector es más potente. Encontró el estallido, pero dijo que nuestra posición estaba ligeramente desviada. Lo comprobamos y no, nuestra posición era correcta. Era un paralaje.

Ella se adelantó a la pregunta.

—Estire un dedo ante su brazo y mírelo con el ojo derecho, luego con el izquierdo. —Lo demostró, parpadeando—. El dedo parece cambiar de posición con respecto a las cosas más lejanas. Eso es paralaje.

»Las estrellas, y no digamos las galaxias, están demasiado lejanas para que haya un paralaje medible entre la Luna y GRB-1, el ojo derecho y el izquierdo. Esta cosa estaba sólo a un décimo de año luz de distancia. No es una estrella.

—Entonces, ¿qué es?

—Ésa es la tercera anomalía, la fantástica. Me puse a analizar el espectro de... me puse a analizar la señal. Fue un pitido largo y

firme durante sesenta segundos, luego un galimatías durante sesenta segundos, luego otro firme pitido y, luego, un galimatías idéntico. —Hizo una pausa—. ¿Sabe lo que significa eso?

—Dígamelo usted.

—Significa que la señal no es natural. El minuto de sesenta segundos no es un intervalo que se produzca en la naturaleza.

—¿Y sin embargo venía de un sitio más lejano de donde han estado jamás los humanos?

—Eso es. Y se trata obviamente de una señal. La sometí a un decodificador, lo que llamamos un programa Drake. Es una simple modulación de frecuencia, como la radio FM. Éste es el mensaje.

—Pulsó el botón y dijo—: Anterior, anterior.

Dan señaló la pantalla y la cámara obedeció.

—¿Vienen hacia aquí?

—Sí, inicialmente casi a la velocidad de la luz. Al ritmo que están frenando (¡una desaceleración de cincuenta ges!) estarán aquí exactamente dentro de tres meses. El día de Año Nuevo.

Él guardó un instante de silencio.

—Supongamos que es un truco. ¿Podría ser una falsificación, una broma?

—Bueno, alguien podría acceder a mi ordenador, cierto, y gastarme una broma. Pero no podrían llegar a la Luna. Quiero decir que les dije dónde tenían que mirar, y allí estaba.

—Así que hay algo ahí fuera. —Dan se rió, nervioso—. Una invasión del espacio exterior.

—Esperemos que no se trate de una invasión. Se extrapola a partir de la primera señal, y cuando apareció la primera iba a cero-nueve-nueve-nueve... quince o dieciséis nueves... de la velocidad de la luz. —Se inclinó hacia la cámara pequeña y habló cuidadosamente—. Si se toma toda la energía que el mundo entero produce en un año y se pone toda en un vehículo espacial... no podríamos hacer que una pelotita de golf fuera así de rápido. Si es una invasión, lo tenemos claro. Estamos perdidos.

—Dios —dijo Dan entre dientes—. ¿Puedo usar su teléfono?

Extendió la mano y lo tomó: comprobó el teléfono mientras pulsaba las teclas.

—Charlene, escucha. Dan. Tienes que darme un *flash* de quince segundos a las siete. Luego una noticia de tres minutos a las ocho y un reportaje de cinco minutos a las nueve. Y consigue... es-

cucha, es mi cuello, no el tuyo. Y haz que Harry y Rebecca vengan aquí ahora mismo para conseguir profundidad y color, para las nueve.

Escuchó.

—Dile a Julie que esté en la Sala Seis dentro de quince minutos. Voy a mostrarle dos cristales que lo harán volar hasta el condado próximo. Al siglo próximo. Será una primicia para todo el mundo.

Asintió.

—La Segunda Venida, *bambina*. La Segunda Venida.

Colgó y sacó un cristal de datos de la cámara pequeña, luego se puso en pie y extrajo un cristal similar de la grande.

—Gracias, profesora, ha estado usted genial. Tengo que correr. Un par de expertos en ciencia estarán aquí dentro de media hora.

Se encaminó hacia la puerta.

—¿Sus cámaras?

—Ellos las utilizarán.

Salió corriendo por el pasillo, usó una salida de emergencia y bajó la escalera.

Norman Bell

A Norman le hizo dar un respingo el desagradable repiqueteo de la puerta de emergencia. Un simple pitido habría servido igual. Su esposa llamó a mantenimiento y el ruido cesó.

Se levantó y se desperezó.

—Supongo que tendrás que quedarte aquí. ¿Te traigo algo de comer?

—¿Adónde vas?

—Al restaurante griego, el de Nick.

—Mmmm. Una de esas cosas con espinacas. Espinacas y queso. No hay prisa.

—*Spanakopita*. —Se agachó para recoger su casco de ciclis-

ta—. No te olvides de verte en las noticias.

Ella estaba contemplando una pantalla llena de números y letras.

—Me pregunto en qué canal.

Norman palmeó el número dibujado en el costado de la cámara grande.

—Apuesto a que en el siete.

Una vez abajo, le quitó la cadena a la vieja bici y pedaleó ruidosamente por el campus. Tomó por el camino más largo para evitar el tráfico. No había demasiados coches a esa hora, pero los conductores eran erráticos. El ACT no entraba en vigor hasta las siete.

Comprobó su reloj y pedaleó más rápido. Tendría que cruzar la avenida de la Universidad y era mejor dejar atrás las carreteras principales antes de «la hora bruja». Algunos conductores se volvían un poco locos, en sus últimos minutos de control manual, tratando de ganar una manzana más o dos antes de que el sistema ACT entrara en funcionamiento y los convirtiera en ciudadanos respetuosos de la ley... o al menos convirtiera sus coches en máquinas respetuosas de la ley. Hasta entonces, una luz ámbar significaba «aprieta la mandíbula y cruza».

Atravesó la universidad sin incidentes y mantuvo el ritmo durante las pocas manzanas restantes, sólo por hacer algo de ejercicio. Le faltaba un poco el resuello cuando encadenó la bici a la puerta del Atenas, el restaurante de Nick, y se alegró de que éste tuviera puesto el aire. Aquél iba a ser un mal día, casi treinta grados ya y el sol apenas había salido. Se acordaba de cuando no hacía aquel calor en octubre en Gainesville.

Escogió un bollito con miel, pidió el fuerte café griego, agua helada, y luego metió tres pavos en la máquina de periódicos y seleccionó Internacional, Local y Cómic.

Leyó primero los cómics, como siempre, para prepararse. Las noticias internacionales eran predeciblemente ominosas. Inglaterra, Alemania y Francia se enfrentaban entre sí y las Repúblicas Orientales elegían bando. Cataluña se declaraba neutral hoy y, al día siguiente, España se alineaba con Alemania, apretujando a Francia. Europa tiene que hacer algo así cada siglo.

El café y el bollito llegaron y pidió un vaso de ouzo. No era lo que bebía normalmente con el desayuno, pero ésa no era una ma-

ñana normal.

—Nick —dijo cuando el hombre le sirvió el licor—. ¿Te importa poner las noticias de las siete? Canal Siete. Va a salir Rory.

—¿Su esposa? Claro.

Gritó algo en griego y el cubo detrás de la barra se encendió solo.

Todavía faltaban cinco minutos. La emisora local mataba el tiempo con su montaje de desnudos característicos, *Chicas de Gatorland*. Miró cómo una chica bonita mostraba sus habilidades en las barras paralelas y luego volvió al periódico.

Disturbios por el agua en Phoenix otra vez. El centro de Detroit bajo la ley marcial, habían llamado a la Guardia Nacional después de que una comisaría de policía fuera arrasada antes del amanecer por un camión kamikaze cargado de explosivos. Un hombre de Los Ángeles se había casado legalmente con su perro. En Milwaukee, unos gemelos reunidos después de haber estado separados sesenta años empezaron a pelearse inmediatamente.

La sección local contenía un antiestético, aunque posiblemente útil, fotoensayo que mostraba los tipos de mutilaciones faciales que las diversas bandas locales usaban para distinguirse. Ya eran más bien clubes sociales, por temibles que parecieran sus miembros. Diez años antes había habido un gran derramamiento de sangre. Ahora se limitaban a sus extraños torneos y a matarse en realidad virtual, con docenas jugando en cada bando. ¿Por qué no podía hacer eso Europa? Demasiado americano, suponía, aunque habían sido los coreanos los iniciadores de esa moda.

Dobló el periódico cuando empezó el programa de noticias. La principal era Detroit, naturalmente. Había escenas dramáticas de un helicóptero contraincendios al que disparaban y tenía que soltar su carga a una manzana del fuego antes de retirarse. Las multitudes que se congregaban en las ruinas de la comisaría mostraban poco pesar; un grupo de chiquillos aplaudía, hasta que vieron que la cámara los enfocaba y echaron a correr.

El descubrimiento de Rory no había conseguido el primer titular, pero sí más tiempo que Detroit. No era muy corriente tener una historia que fuera a la vez interplanetaria y local.

Experimentó una interesante sensación de *déjà vu* al contemplarla y ver qué partes de la entrevista habían escogido y cómo habían sido modificadas. No alteraron las respuestas de Rory, pe-

ro algunas de las preguntas habían sido cambiadas. Como era predecible, no salió nada sobre el paralaje ni la falsa coincidencia del minuto humano como parte de la señal; nada sobre lo que implicaban la distancia y la velocidad. Eso aparecería en un noticiario posterior. En el de las siete sólo se planteaba el tema.

Nick había traído ouzo y se quedó con Norman a ver el noticiario.

—¿Su esposa va a ser famosa? —dijo—. ¿Seguirá hablando con usted?

—Oh, me hablará. —Norman sorbió el ouzo y apartó la mirada de la pantalla, donde aparecía un gráfico anuncio de higiene femenina.

—Tipos del espacio exterior —murmuró Nick—. Ya era hora de que admitieran que están ahí fuera.

—Dí que sí.

—Claro... salen en los periódicos desde que yo era un chaval. Las malditas fuerzas aéreas derribaron uno hace cien años. Metieron a los alienígenas muertos en un frigorífico.

—Nick. No te creerás eso.

—Salió en los periódicos —dijo—. Demonios, salió en el mismísimo «cubo». —Alzó ambas cejas y fue a limpiar una mesa que ya estaba inmaculada.

—Esto podría ser bastante importante —dijo Norman—. Rory piensa que no puede ser un truco. Si no, no habría llamado a los periodistas.

—Bueno, nunca se sabe, ¿no?

—Supongo que lo averiguaremos en cosa de una semana. ¿Quieres hacer una apuesta?

Nick contempló su reflejo en la superficie de plástico de la mesa y frunció cómicamente el ceño.

—¿De dónde es usted, señor Bell?

—De Boston.

—Bueno, nunca apuesto con nadie de Boston.

—La verdad es que nací en Washington D.C.

—¿Bromea? Eso es aún peor.

Las noticias continuaron abordando el asunto. Habían tenido tiempo de contactar con la Luna. Un confuso astrónomo japonés, el que había verificado la señal de Rory, apareció en directo para proporcionar más preguntas que respuestas: ¿Qué quiere decir con

mensaje? ¿Velocidad de la luz? ¿Quién es esa Aurora Bell? Rory no se había identificado personalmente, por supuesto, era sólo un nombre en código como UF/GRB-1.

Cuando el periodista le explicó al científico que la profesora Bell había descifrado la señal como «Vamos de camino», repetida sesenta veces, los ojos del japonés se entornaron.

—¿Es una especie de broma universitaria?

Entonces alguien fuera de cámara le tendió un papel. Lo estudió varios segundos y luego alzó la cabeza.

—Nosotros... hum... al parecer hemos verificado el análisis de Florida. «¿Vamos de camino?»

—¿Y eso qué significa, doctor Namura?

El retraso en la respuesta fue más largo que el habitual desfase Tierra-Luna. Namura sacudió la cabeza.

—Supongo que significa que vienen para acá. Sean quienes sean. —Extendió las manos en un gesto más galo que oriental—. En realidad no tengo la menor idea. Naturalmente, no podemos descartar la posibilidad de que sea una falsificación. No es por acusar a su señor Bell. —Miró fuera de cámara y otra vez a ésta—. La señora Bell, la doctora Bell. Disculpenos. Tenemos que discutir sobre esto.

Se marchó, mientras la cámara enfocaba su nuca y luego pasaba al paisaje lunar en la holoverbena situada detrás del lugar donde había permanecido de pie.

—¿Sabe lo que le digo, señor Bell? Que es un truco. Si tengo razón, me debe cien pavos. Si me equivoco... usted y yo nos intercambiamos el trabajo un día.

—¿Qué?, ¿sabes tocar el violoncelo?

—Tal vez. No lo he intentado nunca.

Norman se echó a reír.

—Es tentador, pero paso. Nunca he sabido cocinar pasteles. —Señaló con un dedo—: Ah, sí. Rory quería una porción de *spanakopita*.

—Claro. Está fresco de hoy.

Un hombrecito pequeño y oscuro entró y dejó que la puerta se cerrara tras él. Iba vestido con formalidad y parecía haber pasado despierto toda la noche.

—¿Qué pasa, profesor? —dijo en español.

—Poca cosa —respondió Norman. El hombre lo llamaba pro-

fesor desde que descubrió que su esposa tenía un cargo superior al suyo—. Una invasión del espacio exterior.

—Sí, claro. ¿Qué nos apostamos?

—Será mejor que hables con Nick al respecto. Gracias.

Norman tomó el pastel de espinacas, pagó y se marchó.

Willy Joe

—¿De qué demonios está hablando?

Nick y él probablemente estaban en el cuarto trasero, un par de mariposones, todo el mundo sabe cómo son los griegos, y los músicos, demonios, son capaces de cualquier cosa. Dando y tomando por turnos. De otro modo, ¿por qué estaba siempre allí por la mañana? La mitad de las veces, por lo menos.

—Recibieron una especie de señal de radio rara en el observatorio. Su mujer salió en las noticias.

—Siempre es algo, ¿no?

—Siempre.

Nick trajo una tacita de café fuerte, un pastel de salchicha y un vaso de retsina. Lo colocó todo delante de Willy Joe con un billete de quinientos dólares perfectamente doblado bajo el plato.

—¿Cómo va el negocio?

Willy Joe acarició el billete y tomó un sorbo de café.

—Siempre bien, a primeros de mes. Pero me tiene muerto.

—Pobrecito —murmuró Nick en español mientras regresaba detrás del mostrador.

—¿Qué significa eso? ¿Qué demonios quieres decir con eso?

—Es sólo una expresión.

—Sí, sé lo que significa. Cuida tu puñetera boca.

Willy Joe se agitó, acomodándose en la silla. Notaba la incomodidad de la nueva correa en la espalda. No tenía que llevar pistola en aquellas rondas de recogida. ¿Quién se iba a enfrentar a él? Por no mencionar a Bobby *el Malo* y a Solo, allí en el coche.

Tengo a esta maldita ciudad asida por el cuello, ahora que hay

alcalde nuevo. Metido en el bolsillo antes de la elección de la Comisión, allá en el cuarenta. La zorra del año pasado era dura de manejar. Descubrió cómo ponérselo difícil a Willy Joe. Vete a mear al mar, zorra. Nada va a cambiar.

Desplegó su lista y tachó el Atenas. Era el último garito abierto las veinticuatro horas; los demás no abrirían hasta al cabo de un rato. Se sacó el teléfono del bolsillo y dijo:

—Coche.

—Aquí Solo.

—Mira, vamos bien de tiempo. Haced lo que queráis hasta las nueve menos cuarto. Que sean las nueve, delante de lo de Mario.

—Colocó el pulgar sobre el botón de espera mientras apuraba el retsina—. Sanchez.

—Buenas.

—Willy Joe. ¿Dónde estás?

—Entre la Segunda y North Main, como dijiste.

—Vale, trata de encontrarte con Solo. Una limo Westinghouse roja y negra que sale del Atenas.

—No hay problema si permanece en la ciudad. —Sanchez iba en bici. Con el ACT funcionando por la mañana, podía alcanzar el tráfico a pie sin agotarse.

La limo se apartó de la acera, se metió entre dos coches y pasó al carril izquierdo. Se dirigía al gueto, interesante. Bobby *el Malo* estaba bien, pero era un poco lelo. Solo era nuevo; amigo de un amigo de Tampa. Se hacía el duro. A Willy Joe le habría encantado aclararle un par de puntos. Algún día tal vez necesitara una pequeña lección para enterarse de quién era el jefe.

—Nick. —Alzó el vaso vacío—. Otro retsina. ¿Tienes la página de deportes?

—Te la traigo.

Acercó la botella y metió un *pavo* en la máquina de periódicos.

Willy Joe arrancó la sección de deportes.

—A ver si me queda *pasta*.

Sacó un cuadernito encuadernado en cuero de un bolsillo interior y comprobó sus apuestas contra la columna de resultados. Purasangres en Hialeah, perros en Tampa, jai alai en la ciudad. Sabía por las noticias de la noche anterior que había perdido su mayor apuesta: la asesina convicta Sally Anne Busby eligió la puerta

equivocada y fue electrocutada. La muy zorra. Se dejó llevar por una corazonada y apostó mil por la inyección letal.

Pero ganó una triple de perros. En total, había perdido 378 pavos. Así que apostaría el doble hoy. Se pasó veinte minutos redactando una lista que distribuía los 756 dólares en apuestas seguras y de riesgo, y luego llamó a su corredor.

En el cubo salía una tía negra que hablaba con la esposa del profesor.

—¿Esperaba que sucediera algo así? —preguntó—. ¿Hay algún precedente?

—Nick, ¿quieres poner otra cosa? Ya está bien de la jodida presidenta.

Marya Washington

—Nada que pudiéramos considerar un precedente —dijo la profesora Bell—. Como sin duda sabe, ha habido resultados ambiguos en el programa SETI...

—Las siglas del proyecto *Search for Extraterrestrial Intelligence* (Búsqueda de Inteligencia Extraterrestre) —tradujo Marya para la audiencia.

—Sí... que podían venir de otras especies inteligentes, o tal vez fueran señales de radio generadas por algún proceso natural que no comprendemos del todo.

—Como la inteligencia —dijo Marya.

—Así es. —Le sonrió a la otra mujer, más joven—. Pero en más de veinte años de análisis, no hemos conseguido ningún contenido semántico claro de las tres fuentes sospechosas. Ésta es tan clara como un bofetón en la mejilla.

—¿E igual de agresiva? —Alzó dos dedos delante del pecho, fuera del alcance de la cámara.

—Eso no está claro. Si nos fueran a atacar, ¿por qué anunciar que vienen de camino? ¿Por qué no sorprendernos?

—Por otro lado —dijo Marya—, si su intención es benévola,

¿por qué no dicen algo más que «preparados o no, allá vamos»? — Levantó un dedo.

— Bueno, tienen tres meses por delante. Esta primera señal puede que haya sido para llamar nuestra atención.

— Desde luego lo han conseguido. Muchas gracias, doctora Bell, por tomarse su tiempo, aquí en la Universidad de Florida, para explicar todos estos interesantes acontecimientos a nuestra audiencia en casa. Mayra Washington informando en directo desde Gainesville, Florida; ahora devolvemos la conexión a nuestras emisoras locales.

Le sonrió a la cámara grande hasta que ésta chasqueó dos veces. Luego se echó hacia atrás en la silla y bostezó abiertamente.

— Caramba. Supongo que los astrónomos siempre descubren cosas a horas intempestivas.

— Antes sí. Ahora se trabaja a todas horas.

— Supongo. Bueno... gracias, Aurora. ¿Puedo llamarla Aurora?

— Rory.

— Gracias por su paciencia. Ojalá hubiéramos tenido más tiempo, pero estamos compitiendo con otros noticiones. — Se echó a reír —. Como si una comisaría destruida se pudiera comparar con esto.

— Oh, vaya. ¿Algún herido?

— Once muertos, que se sepa. Fue arrasada.

— Qué extraño no haber oído la explosión.

— Oh, no, no. Fue en Detroit. Puede que el objetivo no fueran los policías. Tenían detenido a un tipo de la mafia que iba a cantar ante el Gran Jurado el lunes... No sabía nada de esto, ¿no?

— No, yo... me temo que no presto mucha atención a las noticias.

— Yo tampoco, y eso que soy periodista. Mi especialidad son las noticias científicas. Mi programa de noticias es *Naturaleza*.

Rory tomó un cristal beige.

— *Cartas Críticas de Astrofísica*. Los últimos chismorreos. — Lo depositó sobre la mesa, pensativa—. ¿Qué tiene de especial? ¿Qué quiere que haga?

Marya interpretó el gesto como impaciencia.

— Oh, no se preocupe. Nada de ensayos ni líneas a seguir ni esas cosas. Sólo la entrevistaré como he hecho hoy, pero más en

profundidad. La molestaré lo menos posible.

—Pero sí quiero implicarme. El tema SETI está muy lejos de mi especialidad, pero parece que no tengo otra opción. Además, hace treinta años fue mi pasión, cuando era estudiante.

—¿Eso fue cuando encontraron la primera fuente?

—Cinco o seis años antes, en realidad. Para cuando oyeron la Señal Alfa, yo estaba volcada en la física de las fuentes no termale, académicamente... no tenía mucho tiempo para hombrecillos verdes.

—Que no se materializaron, de todas formas. —Marya sacó un archivador de su bolso, lo hojeó, y sacó un cristal azul con el rótulo «SETI-L» impreso en pequeñas letras mayúsculas en la parte superior—. ¿Tiene el libro de investigación de Leon?

—No. He oído hablar de él. —Tomó el cristal y lo insertó en el lector de la mesa. Zumbó una nota interrogativa, el *copyright*, y Rory le pidió un «fondo general». Copió el cristal y lo sacó. Rory lo miró—. ¿Tiene los datos en bruto?

—De las tres estrellas. Los resúmenes también.

—Bueno, podríamos tener que revisarlos. Han pasado unos cuantos años. ¿No fue a principios de los cuarenta?

Marya miró el dorso del cristal.

—Dos mil cuarenta y tres.

—La de cosas que pasan en once años. —Le pidió a la mesa que buscara la composición del departamento y ésta apareció en dos pantallas—. Habrá que hablar con Leon, supongo... ¿Dónde está, en Cal Tech?

—En Berkeley. Llamé a su despacho y le dejé un mensaje pidiendo una cita. Pero ¿quién se encarga del SETI aquí en Gainesville?

—No hay nadie especializado... pero Parker es muy bueno. Se encarga de nuestros cursos de radioastronomía, el de introducción y el avanzado, y sigue enganchado al SETI. Tiene apasionados a los estudiantes.

Escribió su nombre y su número en un trocito de papel.

—Tan apasionados como estaba yo... y volveré a estarlo, según parece. Misterios.

—Será un buen programa. Pero la cadena me ha dado dos días para elaborar cuarenta y cinco minutos, así que tengo que moverme. —Guardó el cristal y vaciló—. Hum... ¿Puede asignarme a al-

guien? ¿Alguien menos veterano que Parker, un estudiante auxiliar a quien pueda llamar a horas intempestivas en busca de información?

—No, no puedo asignarle un estudiante —dijo Rory, y estudió la reacción de Marya—. Me temo que tendrá que quedarse conmigo. No estoy dispuesta a que nadie más comparta la diversión. Parker nos podrá poner al día a ambas, pero yo seré la astronoma del proyecto.

El ascensor trinó.

—Bueno, hablando del diablo. Aquí viene Parker.

Un hombre alto, sin afeitar y con los ojos hinchados, pero vestido con chaqueta y corbata con su *kilt*, recorría el pasillo hacia ellas. Llevaba gafas sin patillas y perilla.

Pepe Parker

Se apoyó indolentemente contra el marco de la puerta, algo cansado.

—Rory... ¿qué demonios pasa?

—Una pregunta razonable. Pepe Parker, te presento a Marya Washington.

Él miró a la atractiva mujer negra.

—La conozco. Sale en la tele.

—En este momento no —dijo ella—. La cadena me pidió que preparara un especial sobre este mensaje.

—Y yo me tomé la libertad de nombrarte voluntario.

—Oh, muchas gracias. Tengo un montón de tiempo libre.

—Si prefiere no... —dijo Washington.

Él alzó una mano.

—Era broma. Mira, no sé ni la mitad de la historia; Lisa Marie puso las noticias y reconoció tu voz, pulsó «grabar» y me desesperó. O lo intentó. Estuve en la cúpula hasta más de las tres.

—¿Para qué demonios...?

—No lo preguntes. No me hagas enfadar. Sería agradable si

alguien además de mí supiera hacer funcionar el maldito bolómetro. ¿Entonces encontraste a algunos HV?

Washington miró a Bell.

—«Hombrecillos verdes.» No sé qué otra cosa podrían ser. Estoy abierta a sugerencias.

—¿Podría ser una broma aplazada? Se me ocurrió por el camino. Una sonda de hace ochenta años con una broma codificada.

—Buen intento. Pero no has visto el espectro. Hace ochenta años no había tanta energía en todo el planeta.

—¿Y de verdad está en inglés?

Ella asintió despacio.

—Santo Chihuahua. ¿Qué está haciendo ahora?

—Onda portadora. Es una señal de 21 centímetros, corrida hacia el azul a 12,3 centímetros.

—Sí, vale. ¿Qué velocidad es eso?

—Digamos que 0,99c. Desacelerando.

—Oh, sí... ¿Lisa Marie dijo que dijiste que tardaría tres meses? ¿Para frenar y llegar aquí? ¿Cincuenta malditas ges?

Rory asintió.

—¿Y si no frena? —preguntó Washington—. ¿Y si nos golpea a esa velocidad?

—Sanseacabó —dijo Pepe—. Tenga el tamaño que tenga.

—Déjame ver. —Rory se volvió hacia la pared—. ¿Cuánta energía cinética hay en un objeto con una masa de una tonelada métrica, a 0,99c?

—Cuatro-punto-cuatro-tres x 10^{21} julios —respondió la pared inmediatamente—. Más de un millón de megatones.

—Romperá este planeta como si fuera un huevo —dijo Pepe. Le hizo gracia la expresión ávida de Washington—. Creo que tiene una buena historia —le dijo a Rory.

—No soy la única por la que tendrán que preocuparse —dijo Washington—. A mediodía tendrán haciendo cola a todos los tablodes del país. Si yo fuera ustedes, haría que algún secretario los enviara a todos a la Oficina de Información Pública.

—¿Tenemos uno? —preguntó Pepe.

—Sí, un chaval se encarga —dijo Washington—. Hablé con él, Pierce, Price, algo así. —Sacó un tarjetero de su bolsillo y le preguntó—: Nombre y número de oficina, jefe, Oficina de Información Pública de la Universidad de Florida.

El tarjetero le dio el nombre:

—Donato Pricci, 14-308.

Rory lo anotó.

—Buena idea —dijo—. Dios sabe cuándo podremos dedicarnos aquí a la ciencia. Ustedes los periodistas son una lata.

—Lo intentamos —dijo Washington—. Pero espere a conocer al editor científico de *Dayshot*. También se encarga de la columna de astrología.

—Será mejor que coloquemos al secretario junto al ascensor —dijo Pepe—. O la puerta principal. Tal vez con un par de guardaespaldas.

Washington miró la hora.

—Será mejor que vaya a la emisora. A ver a cuántos talentos locales puedo usar y a cuánta gente podré traer. O intentaré traer.

Al salir pasó junto a Norman, que entraba por la puerta. Dejó la caja blanca con el pastel de espinacas en el frigorífico, bajo la máquina de café.

—Buenas, Pepe. El programa estuvo bien, querida.

Rory pareció momentáneamente confusa.

—Oh, el noticiario. Acabamos de hacer otro.

—Pues verás cuando se enteren de lo del millón de megatones —dijo Pepe—. Eso saldrá en las primeras páginas de todo el mundo mañana por la mañana.

—¿Qué millón de megatones? —preguntó Norman.

Rory señaló la pared.

—Le pregunté qué energía cinética tenía esa cosa.

—Si nos golpea sin frenar —dijo Pepe.

—Eso les ahorrará a Francia y Alemania algunos problemas.

—Depositó las secciones dobladas del periódico sobre la mesa, junto a la máquina de café—. Cómic e Internacional.

—De lo sublime a lo ridículo —dijo Pepe.

Sonó el teléfono y Rory lo atendió.

—Buenos... Vaya, señor alcalde. Qué honor.

Alcalde Southeby

—Bien, señor alcalde. —Cameron Southeby vivía al otro lado de la calle, frente a Rory y Norman; eran vecinos desde hacía nueve años—. ¿Qué puedo hacer para ayudarte? ¿Qué puedes hacer para ayudarme?

Rory le dijo que la situación no estaba clara todavía. Era posible que acudieran un montón de periodistas... Si se le ocurría algún modo de enviárselos lo haría.

—Hazlo. Nos los comeremos vivos. —Se dio la vuelta y contempló la ciudad a través del ventanal, a treinta metros bajo él. «La Ciudad de los Árboles» se estaba convirtiendo en un engorro. «La Ciudad de los Aparcamientos Caros» no ayudaría a vender casas—. En serio... recuérdamelo, Rory. ¿Conoces a nuestro contacto en la universidad, June Clearwater?

Rory no la conocía, pero le pasó el nombre de Información Pública que le había dado Washington.

Pricci *el Capullo*, pensó Southeby, recordando su enfrentamiento a causa de un permiso para una asamblea.

—Haré que se pongan en contacto entre sí —dijo. Era su día de italianos. Acarició la tarjeta que decía «WJC 9.30». Willy Joe Capra, uno de sus tipos favoritos. Palpó el sobre dentro de su bolsillo.

Rory le dijo que no albergara demasiadas esperanzas de que aquello tuviera efectos a largo plazo para la ciudad. Podía resultar una moda pasajera: aún podía tratarse de una broma rebuscada.

—Pero dijiste en el cubo que estabas segura de que no era una broma. —La visión de Southeby de su ciudad convertida en el centro de la atención mundial se evaporó, sustituida por una pesadilla de burlas internacionales.

Rory le dijo que no se animara demasiado: lo único que pretendía decirle era que el hecho de que ella estuviera segura de que no era un timo no garantizaba que no hubiese alguien más listo detrás, que preveía sus recelos. La explicación directa seguía siendo lo más probable, pero...

—Oh... vale. Bueno, debes de tener un millón de cosas que hacer. Te dejo. Hasta mañana.

Norman Bell

Norman contempló divertido las diversas expresiones de su esposa mientras por fin lograba zafarse de su pesado vecino.

—¿Intenta sacar *pasta*?

—El bueno de Cam.

—Voy a pasar por el mercado camino de casa. ¿Qué quieres para cenar?

—Lo que sea. Algo que pueda recalentar. No sé a qué hora volveré.

—No olvides hacerlo. —Él recogió su casco.

—No te dejes el protector solar.

—¿Bromeas?

En realidad, se lo había dejado, pero guardaba un tubo en la bolsa de su bici.

—Lláname cuando vayas para casa. Te calentaré la cena.

—Muy bien.

Su marido hablaba con acento de Nueva Inglaterra, pero usaba expresiones sureñas que le había pegado el tío de Rory, a quien ella odiaba.

Fue un trayecto de diez minutos en bici por calles secundarias hasta llegar al Mercado de los Granjeros, en el centro de la ciudad. A medio camino, empezó a sudar a pesar de la sombra y se detuvo a ponerse la crema.

Llevaban unos diez años usando el espacio entre el edificio federal y el ayuntamiento como mercado al aire libre dos días por semana. Era un espacio «gratis», por lo que Norman sabía, pero con una pega: había que dejar un depósito de quinientos dólares, que se recuperaban a la hora de cerrar, o más bien al cabo de una semana. Eso mantenía en casa a los granjeros marginales.

Le echó el candado a la bici y pasó por delante del puesto de mariscos, pescado caro, gambas, pulpo y atractivas anguilas en sus lechos de hielo picado. Déjalo para lo último. El lugar estaba bastante lleno, como sabía que estaría a esa hora. Los trabajadores de

la ciudad matando el tiempo antes de entrar en la oficina a las nueve. La multitud era animosa y joven y charlatana... Había montones de estudiantes nuevos en aquella época del año. A él le gustaba pasear y escuchar sus conversaciones.

Llevaba dos bolsas de tela y, mientras deambulaba de un extremo del mercado al otro (del pescado a los cafés), fue comprobando los precios y planeando qué comprar y dónde en el camino de vuelta. A Rory le parecía que el mercado era una afectación tonta, la nostalgia urbana de un tiempo más simple que nunca había existido, y aunque Norman no podía estar en desacuerdo, para él seguía siendo uno de los momentos importantes de su semana. Los precios eran más baratos en el supermercado, pero los productos eran allí sospechosamente uniformes, y las multitudes eran iguales en todas partes.

—¡Doctor Bell! —Montones de cálida piel marrón y un poco de ajustada tela blanca. Luanne no sé qué, una estudiante de hacía tres o cuatro años.

»He visto las noticias esta mañana. ¿No es... total?

—Algo es, sí —admitió Norman—. ¿Dónde has estado? Hace tiempo que no te veo.

—Oh, fui a Tejas a hacer un máster de teclado. No había trabajado allí, sorprendentemente. ¿Y qué opina de esta historia?

—No sé más que tú; sólo lo que apareció en el cubo. Aurora cree que tiene fundamento.

La estudió. Emitía señales sexuales, pero más de exhibición que de disponibilidad, tal como recordaba de antes. Se preguntó cuánto en ella era deliberado, como el pelo cuidadosamente desordenado y el maquillaje tan sutil que resultaba casi invisible, y cuánto era propio de su naturaleza. Le gustaba que la miraran; disfrutaba de su atención. De la atención de cualquier hombre.

—Cuando me marché hace unos minutos, estaba hablando con el alcalde. Buscando una manera de traer fama y fortuna a Gainesville. O a Cameron Southeby.

—¿Ese pelanas es alcalde? Tendría que haberme quedado en Tejas.

—¿Lo conoces?

—Lo conocía. —Ella le tocó el brazo y susurró—: cuando era comisario de policía. —Alzó una ceja y continuó su camino.

La vio marcharse. Interesantes andares: «Ella se mueve en cír-

culos / y esos círculos se mueven.» ¿En qué asunto ilegal podría haber estado implicada? No tenía duda de que Cam se dejaba untar, pero Luanne parecía un poco pija y tímida cuando era estudiante. Oh, bueno. Probablemente una prostituta de las de ropa interior de cuero y esposas. Algunas de las personas más tranquilas tenían una extraña vida privada. Había conocido a un par de ellas mientras vivía la suya propia.

En cuanto a aquel asunto... ¿y si eran criaturas de otro planeta y aterrizaban en la Casa Blanca el día de Año Nuevo? ¿Cómo cambiaría eso las cosas? ¿Depondrían los europeos las armas en celebración de la vida universal? Seguro.

Todo dependería de lo que pudieran llevarse por delante. La amenaza de la destrucción absoluta podría unir a la humanidad contra un enemigo común, pero ¿de qué serviría la unidad contra un enemigo capaz de romper el planeta como si fuera un huevo?

Tal vez trajeran la verdad, y la verdad los haría libres. Como había hecho tan efectivamente en el pasado.

Deseó ser mayor. A los sesenta era difícil plantearse la muerte con sentido del humor. Tal vez al cabo de otros treinta años...

Estudió los diversos cafés y se decidió por una mezcla moderadamente cara: una onza de Blue Mountain con tres onzas de tueste francés. Rory notaba la diferencia más que él. Se tomaba como mucho una taza al día en casa y le gustaba saborearlo. Él lo bebía constantemente, como combustible para la música, pero un sucedáneo: Café-est o MH Black Gold. Una taza de té de verdad por la mañana y luego veinte tazas de todo lo que fuera negro y fuerte.

Se dio la vuelta y se detuvo a contemplar los treinta y tantos puestos, recordando qué se vendía en cada uno. Comprobó su lista; tachó el café, añadió guisantes verdes y jamón ahumado. Haría una buena sopa y la dejaría cocer todo el día. El pan y la ensalada ya estaban en la lista.

Su día para las mujeres jóvenes.

—Buenos días, Sara.

—Buenos, maestro. —Era la dependienta y copropietaria de Hermanos Mendoza, que habían venido al norte a toda prisa veinte años atrás, dejando un montón de facturas por pagar a su nombre.

Sara siempre se tocaba el cuello cuando te saludaba. Había si-

do víctima de un terrible incendio hacía unos años, e incluso después de que le reconstruyeran el rostro tuvo que hablar durante un tiempo con una máquina adosada a la garganta. Todavía llevaba manga larga y jerséis de cuello alto. Su cara parecía esculpida, más rígida de lo normal.

Cambió de posición una gran bolsa de cebollas, de manera que parte del peso recayó sobre su cadera.

—¿Cómo va el negocio de la música?

—Lento, como nosotros decimos. ¿Quieres comprar una canción?

De hecho, advirtió que una estaba cobrando forma en su mente. Las primeras notas de una obertura burlesca. Un saludo para los alienígenas.

—Si pudiera permitirme comprarle una canción, no estaría atendiendo el bar.

—Ahí la tienes.

Cantó con la melodía de *The Teddy Bears' Picnic*, una canción del siglo pasado:

—«Si pudiera permitirme comprarle una canción, no estaría atendiendo el bar.»

—Guau. ¿Se la acaba de inventar?

Él sonrió.

—Es un secreto del oficio.

—Cuídese.

Se echó al hombro la gran bolsa de cebollas y se marchó. Completamente diferente de Luanne, su caminar era envarado y masculino. Probablemente debido al incendio; meses de inmovilidad y luego caminando con un aparato. Una muchacha valiente, pensó Norman.

Sara

Podía sentir sus ojos en su culo, los ojos de todos los hombres. Una operación más. Cortar el tejido de cicatrices, para darle

otra vez dos glúteos. Entonces aprendería a caminar de nuevo como una mujer.

No lo cubría el seguro médico. Reconstruir el culo de una mujer no entraba en el seguro; era una intervención «cosmética». Si querías cirugía estética tenías que ahorrar. Le habían pagado aquel supuesto rostro y las dos duras esponjas de su pecho. Abrieron sus labios y le dieron de nuevo vello púbico, cosa que naturalmente no es cosmética, pero ¿quién lo veía?

Nadie, no públicamente. No hasta que pudiera permitirse la última operación. Abrió la puerta del bar con una patada innecesariamente violenta.

—Nuestra Señora de las Cebollas —dijo en español José, el encargado de la madrugada.

—Eh, la próxima vez, tú las cargas y yo las pelo.

—Claro que sí.

La especialidad del bar era la flor de cebolla: una máquina corta las cebollas con mucho cuidado en zizgag, hasta tres cuartos de profundidad. Cuando alguien pide una, la sumerges en una salsa suave y la fríes unos minutos. Se abre como una flor y se pone dulce.

Delicioso, pero alguien tenía que pelar unas cuantas docenas de cebollas antes de las once, y no sería Sara.

—Yo me encargo del café. Tú de las cebollas.

—Déjame ir a mear primero.

—Oh, Dios, sí. No te mees en las cebollas.

—Será el sabor de la semana.

No había clientes, cosa que no era rara a las nueve. José tenía un montón de parroquianos a las doce y media, a las cinco y media, las seis y media, las siete y media y las ocho y media. Las cosas estaban tranquilas cuando llegaba Sara.

Se ató un delantal y se puso a limpiar las máquinas. Tenían un monstruo de ciento cincuenta años de antigüedad para preparar capuchinos que aún funcionaba, y a José le gustaba manejarlo. A Sara no. Preparaba los capuchinos con chorros de leche en la máquina exprés y nadie se quejaba. Cuando todo estuvo reluciente se sirvió una taza y se sentó.

—Chihuahua —dijo José al salir del servicio de caballeros—. Trabajo como un perro desde el amanecer y mi jefa viene y se toma un café.

— Algunos jefes beben sangre, José. No te quejes.
 Abrió una naranjada y se sentó junto a ella en la mesita.

— ¡Qué día!

— ¿Ya? ¿Qué ha pasado?

— Oh, lo de costumbre. Borrachos, mendigos. Invasores del espacio exterior.

— Tenemos de todo.

— No, es verdad. Gente del espacio.

— Ya. ¿Y qué quieren? ¿Zumo de cucaracha?

— ¡No, lo digo en serio! ¿No has visto las noticias?

— ¿Cómo voy a ver las noticias si no tengo cubo en casa?

— Vale. Buen argumento.

— ¿Y qué pasa con esos invasores?

José sirvió la naranjada sobre el hielo y exprimió media lima.

— Si quieres mi opinión, son chorradas del Gobierno.

— ¿Apareció en la televisión?

— Sí, una mujer de la universidad. Recibió un mensaje del espacio exterior. Los alienígenas vienen de camino.

— Espera. ¿Todo esto es verdad?

— Como te digo, chorradas del Gobierno. La semana que viene se les ocurrirá que hay que pagar un impuesto de alienígenas.

— ¿Lo grabaste?

— ¿Con qué? ¿Dejaste algún cristal por aquí?

— ¿Apareció en la CNN?

— Supongo, no lo sé. Donde fuera.

— Eres una gran ayuda. — Sara se levantó y empezó a arreglar las mesas. Las limpió con un paño y fue colocando los cubiertos—. Lo digo en serio, ¿es verdad?

— La esposa de tu amigo el músico, el profesor. Apareció en el cubo.

— Oh, sí. La doctora no-sé-qué Bell. La astróloga. — Volvió a sentarse—. Así que es de verdad-verdad.

— ¿Te engañaría yo?

— Todo el tiempo. Pero es de verdad.

— De verdad de la buena.

— ¡Vaya pasada! ¿Sabes lo fuerte que es esto?

— Sí, sí. No han hablado de otra cosa en toda la mañana. Ella sorbió su café. Luego apuró la mitad de dos tragos.

— ¡Qué pasada!

—Yo no me preocuparía mucho. Es cosa del Gobierno.

—José, mira. El Gobierno no miente siempre. ¿Qué podrían ganar con todo esto?

—Impuestos de alienígenas.

—Oh, sí, claro. ¿Es que no lo ves? ¡No estamos solos! Hay otra gente ahí fuera.

—Claro que sí. Lo he sabido siempre.

—Oh, Dios, claro. Tus tabloides.

—¿Qué tienen de malo mis tabloides? ¿Qué pasa? ¿Qué tienen de malo, eh?

—Vamos... recapitulemos un poco. Viste la noticia en el cubo.

—Más grande que la mierda. Como dices, en la CNN.

—En la CNN. Y no era una broma.

—Ni hablar. De verdad.

Sara se sintió tentada de acercarse a la barra y servirse algo. No tan temprano. Se sentó en la silla y cerró los ojos.

—Estás pensando.

—Me suele pasar. ¿Han llamado ya al Ejército? ¿La NASA los devolverá a su lugar de origen?

—Todavía no. No llegarán hasta dentro de tres meses.

—Qué amables al decírnoslo.

La puerta se abrió y Willy Joe cruzó el salón y se sentó en un taburete, el más cercano al servicio de caballeros.

—¿Una taza de exprés, señor Smith? —dijo José. Él asintió.

Sara miró la hora.

—Llegas dos minutos temprano.

—Son los dichosos alienígenas. Lo están fastidiando todo.

Mientras la máquina de exprés acumulaba presión, José pulsó «Sin venta» en la antigua registradora y sacó un billete rosa de quinientos dólares.

—Eh. Tranquilo —dijo Willy Joe.

—Soy un tipo tranquilo. —Puso el billete bajo el plato, delante de Willy Joe.

—Podría hacer que te tranquilizaras del todo. Mira por dónde andas...

—Sí, sí. —Sirvió el café, haciendo un sonido parecido al de un pollo, apenas audible por encima del siseo de la máquina.

—José... —le advirtió Sara.

Sirvió el café.

—No pasa nada. El señor Smith sabe que conozco a su jefe.

—Conoces a mucha gente, genio. Algún día te meterás en un lío.

—Que disfrute del café, señor —dijo, con una amplia sonrisa—. Espero que esté a su gusto.

—¿Queréis dejarlo ya? Vienen clientes.

—Ten cuidado tú también con lo que dices, chica.

Sara se dio la vuelta e hizo un gesto que sólo Willy Joe pudo ver: metió el pulgar derecho en el puño izquierdo.

—Y tu madre —silabeó en español, el rostro colorado.

—Sí, bueno, al carajo tú también. —Se concentró en su café.

Entraron dos mujeres y dos hombres trajeados del edificio federal. Sara tomó su pedido y se lo pasó a José.

Exactamente a las nueve y media entró el alcalde. Saludó a Sara, a José y a una de sus empleadas, Rosalita. Se sentó dos taburetes más allá de Willy Joe y lo ignoró.

—¿Café con leche, señor Southeby? —dijo José.

—Oh, seamos atrevidos. El de chocolate.

—Un chocochino, marchando.

Sara le trajo un salvamantel.

—¿Qué hay de esos alienígenas, Cameron? Confiesa, te lo has inventado todo.

—Ah, ves en mí como a través de una ventana abierta, querida —dijo él con teatralidad—. Cualquier cosa con tal de no subir los impuestos. Turistas a mansalva.

Ella le palmeó el hombro.

—Envíanos a algunos aquí —dijo, y se fue a atender a dos nuevos clientes.

José le trajo el chocolate-caliente-con-exprés, y sirvió una nube de chocolate fresco encima.

—*Merci*, gracias —dijo el alcalde. Dio un cuidadoso sorbo. Bebió, estudió el menú unos cuantos minutos y luego entró en el servicio de caballeros.

Sara presenciaba el numerito todos los meses desde que Cameron había iniciado su mandato. El alcalde entra en el servicio y sale. Willy Joe siente de pronto la llamada de la naturaleza y se queda en el servicio el tiempo suficiente para que el alcalde termine su café y escape. Willy Joe sale, deja una sorprendente propina de cinco dólares y se marcha a su siguiente parada.

Ella podría denunciarlos. Y también podrían romperle los dedos, uno a uno. Podrían arrancárselos y dárselos de comer. Willy Joe era sólo un hampón con delirios de grandeza. Pero la gente para la que recogía el dinero iba en serio.

Volvió a sentarse. Ocupada, aburrida; ocupada, aburrida. ¿Todos los negocios eran así? ¿Se pasaban las putas dos horas tendidas de espaldas y luego otras dos horas haciendo crucigramas?

Aquí viene Suzy Q, la pobre loca. Sara se levantó y se acercó a la barra, pero José se le adelantó. Había llenado una gran taza de café dulce y leche caliente.

Ella se lo llevó fuera con algunos dulces del día anterior. Suzy Q aceptó el regalo de cada mañana con tranquila gracia. Si se arreglara el pelo en desorden y los harapos apestosos, podría parecerse a la reina Victoria o a Eleanor Roosevelt. Fealdad absoluta, impo-

—¿Cómo va la mañana, Suzy Q?

—Oh, hace calor. Pero calor es lo que tú tienes. ¿Tengo razón o no tengo razón?

Sara se echó a reír.

—Tienes razón, toda la razón.

Palmeó a la vieja en el hombro y volvió a entrar.

Suzy Q

Ella sí que sabe cómo tratar a la gente. Ha sufrido tanto que ve claramente el dolor de los demás. Recuerdo aquel incendio y aquella cosa en su garganta, tenía que usar una muleta para salir pero venía con mi café. Ojalá pudiera matar a alguien por ella, debe de haber alguien a quien necesite matar. Podría hacer como con el viejo Jock y tirarlo al pantano. Pero ya no hay ningún pantano, no, todo son apartamentos encima del viejo Jock, ¿estará jodido? Siempre quejándose de toda la gente que venía a Florida y él mismo era de Wisconsin. El Gran Queso, solía trabajar en una fábrica de Kraft allí arriba, pero hacía demasiado frío, se vino aquí y me

escogió hasta que no pude soportarlo más y tuve que golpearlo. Lo golpeé cuatro veces con aquella sartén, hasta que los sesos le salieron por las orejas, más sesos de los que una imaginaba que tenía por la forma en que se comportaba.

Señor señor, el café está bueno. Echo de menos al viejo Jock a veces, tendría que haber anotado la fecha del año para saber cuánto tiempo hace. Le dije a la gente que se había fugado con una chica del café Risque, y ellos dijeron claro Suzy Q, siempre fue así. Cuando empezaron a construir en el pantano supongo que no quedaba mucho de él. Fui allí una vez para comprobarlo y estaba todo blanco y lleno de gusanos y con la ropa rota porque se hinchaba. Encontré un trozo grande de madera prensada para ponerlo encima. Olía fatal. Pero supongo que nadie iba ya entonces al pantano.

Me vendría bien un tomate. Tengo seis dólares y algo de cambio. El Señor provee a su sierva pero no proporciona tomates en esta ciudad, sólo café. Podría echarle un tomatito a ese arroz, y un poco de azúcar.

A veces pienso que me estoy volviendo loca. Parece hoy que todo el mundo habla de alienígenas del espacio exterior. Intento no escuchar, pero ahí están.

Apuesto a que puedo conseguir un tomate por dos dólares, no me importan unas cuantas manchas. Y mira quién viene por ahí, Norman Normal.

Norman

Llevaba un ramillete de flores.

—Suzy Q. ¿Cómo te va?

Le tendió una flor.

Ella la aceptó, la olió y se la prendió en el pelo revuelto.

—Lo de costumbre. Excepto lo de los alienígenas. ¿Sabes algo de los alienígenas ?

—No. Sólo que vienen de camino.

—Todo el mundo quiere venir a Florida. —Agitó una mano—. Estás delante de mis tomates.

—Lo siento.

Se hizo a un lado y ella pasó con el carrito de la compra. Tenía aproximadamente un dolar de botellas y latas, y algunas secciones de periódico perfectamente dobladas.

La vieja tenía en realidad sólo un año más que Norman. En el instituto había sido el prototipo de animadora, siempre presente cuando había partido de fútbol o de baloncesto. Norman se dedicaba a la banda y la orquesta, y no tenía ninguna seguidora. El extraño acento de Boston.

La llamaban Copo de Nieve. Nevó en Gainesville el día en que ella nació.

Empezó a volverse loca con su primer marido, no le fue demasiado bien con el segundo y, cuando el tercero se largó, acabó chalada del todo.

¿Había ido alguna vez a un psiquiatra? Norman no lo sabía; había dejado de asistir a las reuniones y no tenía otra fuente de chismorreos acerca de los de su generación.

Miró el bar de los Hermanos y pensó en entrar a tomarse una copa con Sara. No, sería mejor ir a casa y grabar el tema que le rondaba por la cabeza.

Le quitó el candado a la bici, cargó la compra y pedaleó lentamente de vuelta por el campus, tarareando la nueva melodía. Era la hora del descanso entre clases y había un montón de hermosos cuerpos de estudiantes por ahí, pero no se distrajo. De esto podía salir algo interesante.

Dejó la bici en el atrio y la bolsa junto al frigorífico: la recogería más tarde. Corrió a la sala de música y encendió el antiguo Roland e introdujo un cristal en blanco en la grabadora, con el título *Concierto Alienígena. Primer movimiento*.

Escribió los primeros doce acordes con la pantalla apagada y luego la conectó para revisar lo que había hecho. Tocó una segunda versión, mirando la pantalla, simplificando aquí, elaborando allá. Pero no estaba contento con los cambios: dirigían la pieza hacia una especie de drama convencional, casi a una marcha.

No debería de haber tomado aquel ouzo. El alcohol por la mañana no era bueno para el trabajo. Dejó el teclado encendido, pero se tumbó en el sofá y pidió a la habitación la versión de Her-

manciona del segundo movimiento de la *Patética* de Beethoven. Cerró los ojos y se dejó llevar por el lento y relajado pasaje.

Sonó el teléfono, claro. Le pidió a la música que esperara y tomó la vara.

—Buenas.

La voz al otro lado se identificó como el magazoid *People* y preguntó si estaba la «profesora» Bell.

Norman no se molestó en puntualizar que él también era profesor.

—Está en el trabajo. No quiere que la molesten.

Le pidieron el número del trabajo.

—No viene en la guía —dijo, y colgó. Pues claro que no venía en la lista, pero un periodista tendría que habérselo figurado.

Pulsó un botón de la vara del teléfono.

—Despacho de Rory —dijo.

Aurora

Rory suspiró y tomó la vara.

—¿Sí? —Sonrió al oír la voz de su marido—. Oh, hola.

Él le contó lo de la llamada del magazoid *People*.

—Bueno, si no me localizan durante la próxima media hora, luego este número no funcionará. A las once y media vamos a empezar a desviarlo todo a través de la oficina pública.

Él le preguntó si había conseguido trabajar algo.

—No, sólo estamos matando el tiempo antes de la gran reunión. Barrett y Whittier en directo. —Rector y decano de ciencias respectivamente—. Algún tipo sonriente del Gobierno. —Comprobó su reloj—. Cinco minutos. ¿Algo interesante en el mercado?

Él le describió el menú de la cena y contó que había visto a Suzy Q y le había dado una flor.

—Pobrecilla. Lleva en la calle desde que yo era una cría... Sí, te llamaré si voy a llegar tarde... Adiós.

Pepe levantó la cabeza y dejó lo que estaba haciendo.

—¿Quién está en la calle?

—Una pobre mujer llamada Suzy Q. Va por ahí empujando un carrito de la compra.

—He visto a unas cuantas así.

—Fue al instituto con Norman. ¿No te acuerdas de Bolivia?

—Rory. Yo tenía dos años entonces.

—Lo siento... bueno, pues su primer marido era marine, fue allí y ganó la guerra. Pero volvió con un virus de efecto retardado. Ella se despertó una mañana y él estaba muerto, derretido en un charco en torno a su propio esqueleto. Suzy se volvió loca.

—Jesús. No sabía que la gente trajera esas cosas consigo.

—Fue raro. Debió de pillarlo justo al final de la guerra. — Hizo una pausa—. Pepe, ¿qué te pasará si ahora estalla una guerra?

—¿A mí?

Ella asintió.

—Bueno, sigo siendo ciudadano cubano, aunque llevo fuera siete años. Sabes que sólo tengo la tarjeta azul.

—Lo sé. ¿Podrían reclutarte? Cuba no va a ser neutral.

—No estoy seguro, ¿sabes? —Se quitó las gafas y las limpió con un pañuelo de papel—. Cuando me marché era un *reservado*, que es como estar en la reserva aquí. Uno sigue así hasta los cuarenta años, o hasta que termina el servicio activo. O hasta que cambian la ley, cosa que pueden haber hecho sin decírmelo.

—Pero como reservado estarías a salvo. Sobre todo viviendo aquí.

—La verdad es que no lo sé. Pero lo tendrían crudo para encontrarme. Estaría en México mañana mismo. —Parpadeó tras sus gafas y exageró la imitación del acento mexicano—. ¿Cuba? ¿Dónde está la isla de Cuba? Soy solamente un campesino mexicano.

—Claro. Hablas como un campesino con un doctorado.

—En serio, me iría a casa y lucharía si la isla estuviera en peligro. Pero no me importa Europa.

—Bien. Ya sabes lo que pensamos Norman y yo. Odiaría perderte, pero si necesitas ayuda para desaparecer...

Él alzó una mano.

—Gracias. Es mejor no hablar de esas cosas.

—Supongo.

La pared trinó.

—Reunión dentro de dos minutos, sala 301.

Ese día tenía la voz de Melissa Mercurio, una actriz de los años treinta. Un diagrama apareció en la pantalla, indicando la disposición de los asientos.

—Oh, el gobernador —dijo Rory—. Esto será un festín para el intelecto.

—Debería saber quién es Pauling —dijo Pepe—. Me resulta familiar. ¿NSA?



—No, del Gabinete. Es el nuevo consejero científico de la presidenta. «Ciencia y Tecnología.»

Pulsó un botón y recibió un papel impreso.

—No sé nada de él. Ciencias de la vida, supongo. Más político que científico, me imagino.

—Buena suerte.

—Sí. —Abrió unos cuantos cajones y encontró un cuaderno—. Tal vez podamos escaparnos para almorzar. ¿Nos vemos en el local de Sara y tomamos una cerveza? —Los Hermanos era el bar oficial del departamento.

—Me encantará.

Rory bajó una planta camino de la 301, una sala normalmente reservada para las reuniones de los primeros viernes de cada mes y las fiestas de vacaciones. Habían colocado una mesa, demasiado

grande para seis personas, y holoplacas en el sitio del gobernador y de Grayson Pauling.

Los holos estaban oscuros y el rector no había aparecido todavía. Rory saludó a los dos decanos y ocupó su sitio a la derecha de Bacharach.

Controló una sonrisa cuando recibió su agrio saludo. Llevaban medio enfrentados tres años, desde que Bacharach heredó el título de «decano de investigación». Algunas personas ansiaban ese puesto, pero para Bacharach era un mal necesario: cinco años de tardes pasadas discutiendo y analizando y el tormento anual de presentar el presupuesto al Consejo y tratar de explicarles ciencia.

Rory sospechaba que la enseñanza no le gustaba ni tampoco el trabajo del comité; realmente prefería quedarse a solas con su física de partículas. Era más que delicioso que el presupuesto de astrofísica de ella hubiera aumentado lentamente bajo su mandato, mientras que partículas había tenido que perder una buena porción a pesar de sus argumentos.

Ella lo apreciaba a pesar de su amargura y su política de departamentos. Era un hombre de aspecto extraño, muy alto, con las manos grandes, una coleta y una barba que recordaban a Rory a la generación de su padre.

Deedee Whittier era todo lo contrario a Bacharach. Le encantaban las luchas internas académicas; era una maestra consumada en el sarcasmo y en el arte de enfrentar a una persona contra otra. Pero a Rory le caía bien. Podría haber utilizado su posición (como hacía Bacharach) para limitarse a dar clase en seminarios que supusieran un reto intelectual en su especialidad. En cambio, impartía dos cursos preparatorios, Ciencias de la Vida y Biología I, y los estudiantes la habían elegido dos veces Profesora del Año. Rory la había visto en clase y envidiaba su cansina. Envidiaba también su esbelta y atlética belleza; casi de la misma edad que Rory, parecía más de diez años más joven.

El rector Barrett entró apresuradamente, mirando su reloj.

—Malditos periodistas. —Se sentó pesadamente junto a Whittier—. Bien. Todos estamos en nuestros sitios, con la cara sonriente.

—Buenos días, profesor Mal —le dijo Rory.

Él ladeó la cabeza hacia ella.

—Buenos días, profesora. Deedee, Al. ¿Algo nuevo, Aurora?

—No desde la emisión de esta mañana. ¿La has visto?

—Sí, dos veces.

Sacó un gran pañuelo blanco y se secó la cara. Era un hombre grande y grueso que no toleraba bien un calor tan impropio de la estación.

—Ese tipo de la Luna, el japonés, ¿sabes algo de él?

—No sabía nada. Lo estuve investigando hace cosa de una hora. Es un radioastrónomo que realiza un proyecto para la Universidad de Kyoto.

—¿Es de fiar? ¿No podría ser parte de un engaño?

—Mal... ¿cómo demonios quieres que lo sepa? Bien podría estar a sueldo de la mafia.

El rector dio un respingo cuando un suave *ping* alertó de una transmisión inminente.

—No nombres la palabra «mafia» cuando el gobernador esté aquí.

—¡Cielos, no! No metamos a la familia en esto...

Los dos decanos se echaron a reír.

La imagen del gobernador apareció y se solidificó. Sonrió de oreja a oreja.

—Buenos días a todos. —Murmillos de saludo—. ¿De qué va el chiste? ¿Puedo saberlo?

—De periodistas —dijo rápidamente el rector Barrett—. Aunque supongo que no serán ningún chiste para un hombre de su posición.

—Ah, no. No. Pero tenemos que vivir con ellos, ¿no? Ja. —Estudió una pantalla apuntadora, cosa que tuvo el desconcertante efecto de que pareciera mirarlo acusadoramente al decano Bacharach—. Bueno. Sabe Dios que no quiero inmiscuirme en su trabajo científico. Sé que es un asunto serio. Pero podría ser también un buen pinchazo en el brazo para el estado de Florida. Sin duda comprenderán mi situación.

Miró alrededor, contemplando los fantasmas holográficos que estaban sentados ante su mesa, en Tallahassee. Rory advirtió de pronto que por eso la mesa era tan grande: tenía que tener el mismo diámetro que la del gobernador.

—No intentaré engañar a nadie. Florida ha tenido un par de malos años.

Un par de malas décadas, en realidad. Los diques de conten-

ción alrededor de Miami y las otras ciudades costeras habían afectado al turismo, incluso antes de la última inundación de abril. La parte sur del estado era permanentemente tropical y se volvía más cálida; la industria ligera se retiraba porque nadie quería vivir allí. El popular programa televisivo *Flying Cockroach Blues* no había servido de nada. Disney y los Tres Enanos era lo único que evitaba que el estado entrara en bancarrota y se hundiera en el mar.

—Esto puede ayudar a mejorar nuestra imagen. Quiero decir que Florida siempre ha sido fuerte en ciencias, pero la gente no lo sabe. Piensa en huracanes e inundaciones e insectos y... uh, cáncer. Pero Florida es mucho más que eso, lo ha sido siempre.

Sonó de nuevo aquel *ping* y el gobernador se volvió hacia el lugar en blanco. Apareció la imagen de un hombre delgado y cansado.

—Buenos días a todos. —Grayson Pauling miró a su alrededor—. No se molesten con las presentaciones. He sido puesto al corriente.

Miró a Rory.

—Doctora Bell, está usted considerada como, digamos, políticamente agnóstica. ¿Podemos confiar en que cooperará con el Gobierno?

—¿Eso es una amenaza?

—No. Sólo la realidad. Si no quiere trabajar con nosotros, puede levantarse y marcharse ahora. Hay 1.549 astrónomos en este país. Uno o dos de ellos deben de ser republicanos.

—Si está preguntando si puedo trabajar dentro del sistema... por supuesto que puedo. Soy jefe de departamento. La política académica es tan revuelta y pantanosa que a su lado Washington parece un campamento de verano.

—Argumento aceptado. Hablando de Washington... por favor, vengan conmigo.

La habitación titiló y chasqueó y de repente Rory se encontró sentada ante una gran mesa redonda, en la Casa Blanca, evidentemente. Una gran ventana situada detrás de Pauling mostraba un césped recortado con una alta muralla, y el monumento a Washington más allá.

No sabía que se pudiera hacer eso sin prepararlo de antemano. Fue una demostración impresionante.

Incluso el gobernador fue pillado por sorpresa.

—Bonito... uh... —Se aclaró la garganta—. Bonito sitio tiene usted aquí.

—Pertenece al pueblo, por supuesto —dijo Pauling, muy serio—. Les pertenece a ustedes más que a mí.

—¿De qué tipo de cooperación está hablando? —preguntó Bacharach, sin ocultar su hostilidad—. ¿Quiere que la profesora Bell oculte los hechos al público, a la prensa?

—En circunstancias extremas, sí. —Apoyó los codos sobre la mesa y miró a Bacharach a través de sus dedos entrecruzados—. Y en tales circunstancias, creo que tendrían que estar de acuerdo conmigo.

—¿Como por ejemplo?

—Pánico. Cuando la doctora Bell mencionó un millón de megatones esta mañana, y la posible destrucción del planeta... fue algo desafortunado.

—Un cálculo que podría hacer cualquiera —dijo Rory—. El ordenador de cualquier estudiante le daría la respuesta inmediatamente.

—Ah, pero sólo si se hiciera antes la pregunta. Y el estudiante que hiciera la pregunta no tendría a cien millones de personas viéndolo en el cubo. —Sacudió la cabeza—. Pero tiene usted razón. No es un buen ejemplo. Un estudiante universitario lo bastante brillante podría hacer el cálculo.

—Un estudiante de instituto también, doctor Pauling —dijo Bacharach, casi en un susurro—. ¿De verdad tiene usted un doctorado en ciencias?

—Al... —dijo el rector Barrett.

—En ciencias políticas concretamente, doctor Bacharach. Y una licenciatura en ciencias de la vida.

—El decano Bacharach no pretendía dar a entender...

—Claro que sí —dijo Pauling. Se volvió hacia Bacharach—: Confío en que esté satisfecho con mis credenciales... para tratarse de un político.

—Sumamente satisfecho.

—Creo que nos llevaremos espléndidamente, siempre que permanezca en el proyecto. —Se echó hacia atrás, despacio—. Bien. El Departamento de Defensa está preparando una fuerza de choque para que se encargue de los aspectos militares de este problema. Se pondrán en contacto con usted, gobernador.

—¿Qué aspectos militares? —dijo Rory—. ¿Planean atacar a esa cosa?

—No en tanto que sus intenciones sean pacíficas.

Ella se echó a reír.

—¿Tiene idea de cuánta energía representa un millón de megatones?

—Por supuesto que sí. Nuestra arma más grande de Reserva de Paz es de cien megatones. Eso sería diez mil veces más grande.

—Entonces, ¿no pareceremos hormigas planeando destruir a un elefante?

Él le sonrió.

—Una analogía interesante, doctora Bell. Si las hormigas trabajan juntas, podrían picar al elefante y hacer que alterara su rumbo.

Deedee Whittier habló por primera vez.

—Rory, ¿quieres ser práctica por una vez en la vida? ¿Crees que recibiríamos un céntimo del dinero federal si no dejamos que los generales vengan y jueguen? Esto va a ser un proyecto caro y el estado está arruinado. ¿No, gobernador?

—Bueno, yo no diría que estamos, uh, *arruinados* por completo.

—Me gusta su franqueza —le dijo Pauling a Whittier—. Déjeme corresponder a ella: su estado está peor que arruinado; está endeudado hasta las trancas, en gran parte debido a un gobierno tan corrupto que hace que mi apestosa ciudad parezca honrada en comparación.

—¿Corrupto? —dijo el gobernador—. Jovencito, ése no es el caso.

—No me refiero a su puesto, gobernador. —Hizo un gesto conciliador con una mano—. Más abajo, sin embargo, estoy seguro de que es consciente...

—Sí, bueno, sí. El Gobierno atrae lo bueno y lo malo.

La gestión de Tierny no había atraído a mucha buena gente. Era el tipo de gobernador que sólo atraía a un caricaturista de los periódicos, y hacía tiempo que hubiese sido llevado a los tribunales si su maquinaria no hubiera controlado el Senado y a los jueces antes de que él jurara el cargo.

—Sospecho que no tendrán mucho que hacer con la gente de Defensa —dijo Pauling—. La mayoría de los recursos que vayan a

Florida lo harán a través de cabo Kennedy.

—Más buenas noticias —dijo Rory—. Pero no me extraña.

—La NASA puede hacer las cosas cuando la dejan —dijo Deedee—. Tu propio satélite de rayos gamma, ¿no se adelantó a lo previsto?

—Mi único satélite de rayos gamma. El segundo se está oxidando en algún cobertizo, allá en el cabo.

—Tal vez pueda hacerse algo al respecto —dijo Pauling suavemente—. La astronomía de rayos gamma parece hoy un poco más importante que ayer. Haré que mi oficina le eche un vistazo.

Rory se limitó a asentir.

El gobernador se aclaró ruidosamente la garganta.

—Un motivo por el que quería estar presente en esta reunión era para hacerles a ustedes, que tienen educación, una sencilla pregunta. No creo que tenga una respuesta sencilla. —Hizo una dramática pausa y miró alrededor de la mesa—. ¿Han pensado en la posibilidad de que lo que está detrás de todo esto sea... Dios?

—¿Qué? —dijo Rory. Whittier puso los ojos en blanco. Bacharach se estudió el dorso de una de sus manazas. Pauling miró fijamente al gobernador.

—Puede que no sea obvio para ustedes, los científicos, pero es lo que el hombre de la calle va a pensar primero. Todo lo que dijo es: «Vamos de camino.» ¿Y si es la Segunda Venida?

—¿Habla en serio, gobernador? —dijo Pauling.

El gobernador se enderezó y le devolvió fijamente la mirada.

—¿Cree que soy de esa clase de hombres que explotarían la religión por objetivos políticos?

Rory decidió no reírse.

—¿Por qué iba a ser Dios tan sibilino? ¿Por qué no hacer que la Segunda Venida tuviera lugar en Jerusalén, o en los jardines de la Casa Blanca?

—La verdad, señora, es que lo he estado pensando. Podría ser que Dios quiera concedernos tres meses para que nos preparemos. Para que nos purifiquemos.

—Podría ser más específico —dijo Deedee—. La última vez, se lo contó a todo el que quiso escuchar.

—Dios actúa de forma misteriosa.

—Igual que el Gobierno. —Deedee extendió la mano fuera del campo del holo y acercó una taza de plástico—. Dejemos esa

parte para los pirados religiosos, ¿vale? —Sorbió el café y soltó la taza, que quedó flotando de manera desconcertante cuatro dedos por encima de la mesa.

—Es algo a lo que tendremos que enfrentarnos —dijo el rector Barrett—. Si se convierte en una explicación comúnmente aceptada, puede que se produzca algún tipo de resistencia pública a nuestra investigación. Incluso resistencia organizada.

—Eso es cierto, Mal —dijo Deedee—, pero ¿qué podemos hacer para anticiparnos?

—Habrá que estar preparados, obviamente —dijo Pauling—. ¿Tiene su universidad un departamento de religión?

El rector negó con la cabeza.

—De filosofía. Hay subjeses de departamento en religiones comparadas y en filosofía de la moral religiosa y social.

—Bueno, encuéntrame uno que sea sacerdote, si puede... alguien tranquilo, y nómbrelo miembro del comité.

—Espere —intervino el gobernador—. Todos actúan como si fuera una especie de juego. Lo lamentarán si resulta que Dios está de verdad detrás de todo esto.

Esta vez todos lo miraron. Era evidente que no bromeaba.

—No estoy diciendo que los negocios y la ciencia no sean importantes. Pero esto podría ser el acontecimiento más importante de la historia. El segundo acontecimiento más importante.

Rory decidió que era todo calculado. La idea se le había ocurrido mientras estaba allí sentado y ahora iba a aferrarse a ella con su famosa tenacidad de caimán.

Probablemente no tenía mucho apoyo por parte de la religión organizada, así que iba a la caza de sus votos.

—Entiendo todo eso de la Iglesia y el Estado —continuó diciendo— y sé que ustedes los científicos no le prestan mucha atención a la participación de Dios en todo esto. No lo esperaba de ustedes. Pero el doctor Pauling tiene razón. Para ser justos, tienen que incluir a algún religioso en su comité.

—Y usted tiene una sugerencia que hacer —dijo Pauling.

—En realidad, sí. Y vive cerca de Gainesville, en Archer, prácticamente en las afueras.

El rector forzó una sonrisa poco convincente.

—¿No será el reverendo Charles Dubois?

—¡El mismo! Vaya, doctor Barrett, no se le escapa una, ¿eh?

Era difícil pasar por alto al reverendo Dubois. Destacaba en casi todos los movimientos conservadores del país. Había captado los votos de Alachua para el gobernador a pesar de la molesta presencia liberal de la universidad.

—Hum... no estoy seguro de que esté cualificado...

El gobernador miró de nuevo a su apuntador.

—Tiene un doctorado. Fue a su misma universidad.

Barrett pareció un poco asqueado.

—No consiguió el doctorado aquí, ¿no?

—Bueno, no. Fue en California.

—A distancia —dijo Bacharach—. Ese charlatán no tiene ningún título real.

—¿Lo conoces? —preguntó Rory.

—Yo también vivo en Archer. Trató de conseguir una recatalogación para su nueva iglesia el año pasado.

—No podemos gastar nuestras energías preocupándonos por la política local —dijo el gobernador—. Dubois es un hombre enérgico e inteligente...

—Que suspendió en la UF en su primer...

—Que tiene la confianza y el apoyo de muchos elementos de la comunidad que no confían ciegamente en ustedes, los académicos. —Se los quedó mirando, en medio de un incómodo silencio.

Bacharach se levantó.

—Malachi, gracias por pedir mi apoyo. Pero está claro que no estoy ayudando en el proceso. —Se dio la vuelta bruscamente y desapareció.

Rory advirtió que estaba en la misma habitación con él; si se levantaba y se apartaba un paso, la ilusión desaparecería, el decano y el rector se quedarían contemplando fantasmas. Tal vez debería hacerlo. Aquello iba mucho más allá de la astrofísica de las fuentes no termale.

Bueno, ya no había forma de mantener alejados a los políticos y los religiosos. Bien podía empezar a tratar con ellos.

—Gobernador —dijo—, con el debido respeto, me pregunto si no nos convendría un representante de la comunidad religiosa más conocido. Ese Dubois puede ser famoso en algunos círculos, pero yo nunca he oído hablar de él, y vivo a menos de treinta kilómetros.

Deedee le sonrió.

—Aurora, apuesto a que todo lo que sabes de política local podría escribirse en la cabeza de un alfiler.

—Tiene un buen argumento —dijo Pauling—. Deberíamos buscar a alguien de talla nacional. Tal vez Johnny Kale podría encontrar tiempo.

—O el Papa. Todo el mundo confía en el Papa. —Deedee contempló su taza de café y la soltó. Johnny Kale había sido el predicador mimado de las tres últimas administraciones. Tenía tanto poder como un miembro del Gabinete.

Incluso Rory había oído hablar de él.

—Pero es un poco anticuado —dijo, aunque quería decir algo bastante menos caritativo.

—Bueno, quizás eso es lo que nos conviene —dijo Pauling—, para equilibrar. Al fin y al cabo la mayoría del país es bastante anticuado.

Rory no estaba muy metida en política, pero reconocía una batalla de influencias en cuanto la veía. El gobernador pensaba con tanta intensidad que se podían oír los primitivos mecanismos rechinando en su cabeza.

—No hay ningún motivo para no contar con ambos —concedió—. El reverendo Kale en el ámbito nacional y el reverendo Dubois aquí.

—En cualquier caso —dijo el rector Barrett—, no perdamos la perspectiva. Esto sigue siendo un problema fundamentalmente científico. A menos que haya una revelación sorprendente.

—No sé qué otra revelación necesita —dijo el gobernador.

—Más —dijo Barrett.

—¿Debo deducir que le resulta más sencillo creer en extraterrestres que en Dios?

—Guárdese esos comentarios para los discursos, gobernador. —Se volvió hacia Pauling—. ¿Qué bestia de muchas cabezas se está cociendo aquí? Por parte federal los tenemos a usted, Defensa, la NASA y ahora ese santurrón de Kale. No cabe duda de que tendremos un montón de senadores encima dentro de nada.

Pauling asintió.

—Medio Washington descubrirá en esto algo relevante, mientras sea noticia. Trataré de desviarlos para que no entorpezcan su trabajo científico.

—¿Qué trabajo? —dijo Rory—. A menos que empiecen a

emitir de nuevo, todo lo que hacemos es especular, hasta que estén lo bastante cerca para realizar una observación directa.

—¿Cuándo será eso? —preguntó Pauling.

—Depende del tamaño que tenga. Depende de lo que entendamos por «observar». Tenemos una sonda en la órbita de Saturno del tamaño de un autobús escolar, pero no podemos verla. Si ése es el tamaño de esa cosa, no la veremos hasta que esté a un día o así de distancia.

—Tres meses de espera. —El gobernador frunció el ceño—. Es mucho tiempo para mantener interesada a la gente.

Rory abrió la boca y la cerró.

—Podemos trabajar en eso —dijo Pauling—. Los preparativos para diversas contingencias podrían ser muy espectaculares.

—Cuando era un crío recuerdo haber leído acerca de planes para poner en órbita armas nucleares... no para usarlas como bombas, sino como medida de seguridad en caso de una catástrofe como la caída de un meteorito, como el que acabó con los dinosaurios.

—Como el que tal vez, sólo tal vez, acabó con los dinosaurios —puntualizó Deedee.

—De todas formas nunca llegó a despegar, por una combinación de economía y política. Me pregunto si podría hacerse ahora.

—No en menos de once meses —dijo Deedee—. No importa cuánto dinero y cuánta política le eche encima.

—Yo no subestimaría al Departamento de Defensa —dijo Pauling—. Recuerde el Proyecto Manhattan.

—En aquel entonces era el Departamento de Guerra —dijo Rory, acordándose de su nuevo libro—, y la amenaza era más inmediata y obvia.

—No sé nada de eso de Manhattan —dijo el gobernador—. No tenemos que meter a Nueva York en esto, ¿no?

Barrett rompió el silencio.

—Se refieren al nombre en clave del equipo que desarrolló la bomba atómica, gobernador.

—Oh, sí. Claro. La Segunda Guerra Mundial.

—No creo que sea conceptualmente difícil —dijo Whittier—, colocar en órbita misiles con grandes cabezas nucleares. No soy ingeniero, pero me parece que podrían apañarse con los ya existentes. Las armas de la Reserva de Paz cargadas en la Súper Lanza-

dera. Los problemas serían logísticos y políticos más que de ingeniería.

—Más de política internacional que nacional —dijo Barrett—. A un montón de países no les gustaría ver las bombas-H americanas en órbita, no importa hacia dónde apunten.

—Y hay una ley en contra —admitió Pauling—. Las armas de destrucción masiva en órbita llevan prohibidas casi cien años.

—¿Se lo ha dicho alguien a los paquistaníes? —dijo Rory.

Pauling se encogió de hombros.

—Los forajidos no obedecen las leyes. Tenemos que andarnos con cuidado, por supuesto, en especial con la situación europea. No hay motivo para que todas las bombas sean americanas, y por supuesto el lanzamiento no estará bajo el control de una sola nación.

—Doctor Pauling —dijo Rory—, no se deje impresionar demasiado por unos pocos de cientos de megatones en órbita. Seguimos siendo las hormigas de esta película.

—Debemos recordarnos ese detalle constantemente —dijo el gobernador— y no caer en el pecado del orgullo.

—Muy cierto —dijo Pauling en tono cansado y monótono—. Vanidad. Siempre a la vuelta de la esquina. —Se levantó—. Creo que ya sabemos cómo piensa cada cual. Necesitamos más datos; necesitamos tiempo para que los datos que tenemos calen. ¿Nos vemos dentro de dos días, a la misma hora?

Rory fue la única que no asintió ni murmuró que sí. Aquello no iba a ser más que un impedimento.

De repente los tres académicos se encontraron sentados solos en su gran mesa de la sala 301. Barrett se volvió hacia Whittier.

—Bueno. ¿Crees que hemos perdido a Bacharach definitivamente?

—Seguro —dijo Deedee—. No se juega nada quedándose.

—Podría perder su puesto.

—Al no levantaría un dedo por conservar su decanato —dijo Rory—. Lo sabes. Cambiaría alegremente la paga extra y las prebendas si pudiera dedicarse de nuevo a las ciencias a tiempo completo.

—Siempre me he preguntado si era sincero al respecto. Tal vez lo averigüemos ahora.

Rory se levantó.

—Os tendré preparado un calendario de trabajo para ambos mañana por la mañana. Tengo que ir a consultar con mi segundo de a bordo, mientras tomamos una cerveza.

—Gracias por tu paciencia, Rory —dijo Deedee—. Es un hombre difícil para trabajar con él.

—O en contra de él.

Rory les dirigió una sonrisa de despedida y cerró la puerta silenciosamente.

Deedee Whittier

—¿Conocías de antes al gobernador, Mal?

—Lo había visto dos veces, en recepciones oficiales. Ésta es la primera vez que mantengo una conversación larga con él.

—Es todo un punto. Supongo que no es nada estúpido.

—No. Tiene una inteligencia natural, o al menos el equivalente a la astucia animal. —Los dos se echaron a reír—. Y enormes reservas de ignorancia con las que trabajar. Creo que Pauling será un problema mucho mayor.

—Va a hacerse cargo del asunto.

—Ya lo ha hecho. Al menos no tendremos que tratar directamente con LaSalle.

Deedee asintió con cautela. Carlie LaSalle, presidenta de Estados Unidos, hacía que el gobernador Tierny pareciera un intelectual. Un producto completamente artificial de los analistas e ingenieros sociales de su partido, daba a la gente exactamente lo que quería: una personalidad cúbica bonita, con un don para leer lo preparado y una historia personal adecuadamente inofensiva. Era una populista contraria a los intelectuales que había presidido cuatro años de estancamiento en las artes y las ciencias y acababa de ser reelegida.

—Estaremos pisando cáscaras de huevo —dijo Deedee.

—Yo más bien pensaba en toros y tiendas de porcelana, con Garda. Me cae bien, pero creo que estaremos mejor sin él. No

ocultará su desdén.

—No; no es ningún diplomático.

—¿Qué hay de la doctora Bell?

—¿Aurora? Es bastante equilibrada.

—Presionó a Pauling más de lo que me parece aconsejable.

—Mal, sé realista. La mayor parte de los profesores de mi departamento golpearían alegremente con un instrumento romo a ese hijo de puta. Además, Aurora hizo el descubrimiento, por el amor de Dios. Tenemos que cargar con ella.

Él tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—Ése es el problema. Ése es todo el problema. Tenemos que cargar con Tierny. Tenemos que cargar con Pauling y LaSalle. Ya hemos tenido que bailar un maldito minué a su alrededor. Ojalá tuviéramos más control en nuestro propio bando. En nuestra mitad de la ecuación.

Deedee tomó un espejo y una aguja azul y retocó los bordes del tatuaje de su mejilla, que se estaba borrando. Algún día se haría uno permanente, para cubrir la cicatriz del cáncer, pero su dermatólogo le decía que esperara. Podía crecer.

Trabajó durante medio minuto, el ceño fruncido.

—Sé sincero, Mal. ¿Qué quieres que haga con Aurora?

—Bueno... como dices, no podemos darle la patada. Supongo que quiero saber más cosas sobre ella. Busca alguna debilidad que podamos explotar. ¿Queda lo bastante claro?

—Sí, sí. Pondré a trabajar a Ybor López. Es digno de confianza y un auténtico mago de la informática. Le diré que prepare un dossier sobre ella. Yo... bueno, tengo algo para hacerle cooperar.

—Cerró su bolso de golpe—. Por ti, Mal. Sólo por esta vez.

—Te lo agradezco. No abusaré de la información.

—Oh, mierda. Ya sé que no. Pero me debes una.

—Te la devolveré.

Se levantaron juntos y salieron de la sala.

Deedee deseaba haber mantenido la boca cerrada. Traidora a su clase: llevaba de profesora mucho más tiempo que de administradora. Y hacerle esto a Aurora, nada menos, que siempre había sido servicial y amable. Ybor probablemente descubriría que era ex presidiaria o drogadicta. Como él.

Empezaron a bajar la escalera, pero oyeron a una multitud murmurando tres pisos más abajo: periodistas. Volvieron sobre

sus pasos y utilizaron la escalera de incendios.

El despacho de Deedee estaba a dos edificios de distancia. Corrió para librarse del sol de mediodía, mientras los cánceres de su cara y su hombro decían: «Te olvidaste el sombrero.» El protector supuestamente servía para ocho horas, pero había estado sudando a pesar del aire acondicionado de aquella sala de Washington.

López estaba cerrando el despacho cuando ella salió del ascensor.

—Ybor —dijo—. Espera. Tenemos que hablar.

Entraron en la oficina externa, un espacio abierto donde Ybor se encargaba del papeleo. Ella lo hizo sentar en la silla de las visitas y se encaramó a la mesa.

—Necesito tu experiencia, Ybor. Y tu silencio.

—¿Algo ilegal, doctora Whittier?

—No. Turbio, pero no ilegal.

—Vale. Puede confiar en mí.

Ella dejó escapar un largo suspiro y sopesó las palabras. Utilizó el español.

—No tengo que confiar en ti, Ybor. Porque te tengo bien pillado.

—No comprendo.

—Te he visto pincharte, dos veces. Dime que es diabetes.

El se desmoronó.

—¿Cómo demonios ha podido verme?

—¿Qué es?

—Se llama «José y María».

—¿Algún tipo de DD?

—Sí. —Una droga de diseño—. Les das sangre o esperma y te la fabrican.

—Y con lo que sabes de ciencia, ¿les dejas hacer eso?

—Es difícil de explicar. ¿Usted no toma nada?

—Nada fuerte. Nada ilegal.

—De acuerdo. —Ybor pasó al inglés—. ¿A quién quiere que mate?

—Necesito tus habilidades de *hacker*. Entrar y salir de los archivos de personal de la universidad, y de algunos municipales, sin dejar huella. Trata de encontrar algo sucio.

—¿Quién es el villano?

—Es una buena persona, no un villano. Necesito algo de in-

formación. Aurora Bell. — Parecía extrañamente expectante.

Él sacudió la cabeza muy despacio.

— ¿Y qué pasará si no encuentro nada? No es exactamente Mata Hari.

— No espero que encuentres algo que no existe. Haz lo que puedas y ten mucho cuidado. ¿Cuándo tendrás algo?

— Oh... esta tarde. Digamos a las cuatro.

— Gracias. — Se levantó de la mesa—. Siento lo tuyo, ¿sabes? Cuando quieras ir a rehabilitación...

— Sí, bueno, veré. No es así.

— La verdad es que no lo sé. Pero mientras no afecte a tu trabajo, no es un problema. No para mí.

Salió dejando la puerta abierta.

Ybor Lopez

Cerró la puerta, le echó el cerrojo y se quedó apoyado contra ella durante unos segundos, los ojos cerrados, los dientes apretados. Luego se acercó al armario de suministros y abrió la caja de archivos de seguridad, un bloque de metal a prueba de incendios al que sólo él tenía acceso. Sacó la hipo de José y María, se bajó los pantalones y apoyó la boquilla aplicadora contra la vena grande de su pene. La disparó con un respingo y se frotó el escozor. Para cuando terminó de subirse los pantalones y guardar la hipo en la caja fuerte, la droga empezaba a hacer efecto.

Se sentó y saboreó el polvo limpio y puro que corría por sus venas, la luz que brillaba desde dentro. La absoluta confianza. ¿Qué podía saber ella de esto? Sintió un momento de compasión, de pena, por la gente que iba por la vida sin tener aquello. Un regalo de su propio cuerpo, crecido a partir de su propia semilla. No tenía nada de malo. Era la ley la que estaba equivocada.

A trabajar. Sin dejar huellas, bien. Nada de órdenes de voz. Nada de cristales de seguridad. Entra en el cerebro de la máquina y úsala como a sus predecesoras del siglo XX: órdenes sencillas eje-

cutadas secuencialmente.

Lo hacía constantemente, por diversión y para beneficio del departamento, como bien sabía Whittier. Hacían la vista gorda; probablemente la mitad de los departamentos de ciencias e ingeniería tenían a alguien como Ybor, que podía hacer que una hora de tiempo de ordenador parecieran quince minutos (el tiempo que faltaba aparecía en las cuentas como Lenguas Eslavas e Historia del Arte, que no tenían Ybors). Con esas mismas habilidades podía infiltrarse en la leve codificación que protegía la intimidad de los archivos personales.

Ybor tardó media hora en preparar el programa que establecería una imagen cibernética de la vida privada de Aurora Bell. Dedicó unos minutos más para que hiciera lo mismo con Deedee Whittier, por su propia seguridad. Pulsó un botón para que empezara a buscar y se fue a almorzar.

Buena sincronización. El José y María te hacía sentir hambre una hora después de pincharte. Pero era un hambre sana; le sentaba bien.

Recorrió la Segunda Avenida, flanqueada de árboles, hasta el centro, estudiando a las estudiantes. La apreciación de su belleza tenía una pureza exquisita, en parte porque no podía hacer nada hasta un día o dos después de los efectos de la droga. Pero en realidad, se dijo, eso no era un problema. Cada cosa a su tiempo. Trató de no hacer caso de la persistente picazón en el sitio de la inyección, la ligera erección hormigueante.

No era sólo el aspecto que tenían, moviéndose con sus suaves ropas de verano. Podía olerlas al pasar; olía las partes secretas de sus cuerpos además del perfume público, el astrigente protector solar. Al pasar podía sentir el calor de sus cuerpos en la cara, en el dorso de las manos. Casi podía leer sus pensamientos, al menos cuando pensaban en él.

Qué día tan maravilloso. Incluso amaba el calor, el estallido que brotaba del asfalto mientras flotaba por las calles. Era como si caminara sobre el calor. Los coches se paraban respetuosamente para dejarle paso y sus bocinazos eran música. Los frenos chirriaban al unísono mientras él disparaba el modo de emergencia de la calle.

Al acercarse al Hermanos, el olor de la carne frita fue casi demasiado para él. Tragó saliva y entró en el lugar, fresco y oscuro.

¿Qué estaba haciendo allí toda aquella gente? Normalmente el Hermanos estaba casi vacío hasta después de la una, cuando empezaban a llegar los cubanos y mexicanos. Sólo había dos mesas libres. Ybor se sentó en la barra.

Le atendió Sara, la dueña. Le hacía sentirse incómodo. La conocía de antes del accidente, cuando era socorrista en la piscina del Eastside. Había estudiado su cuerpo durante horas cuando tenía once o doce años, y le disgustaba pensar cómo debía de ser ahora. Pero siempre iba al bar cuando ella atendía.

—Hola, Ybor. ¿Qué va a ser?

Él no tuvo que mirar el menú.

—Ropa vieja y vino tinto.

Ella lo anotó. Le sirvió un vaso de vino, frío, y se volvió a la cocina.

Ybor tomó un sorbo y luego sostuvo el vaso entre las manos, calentándolo.

Como todo, el bar quedaba transformado por la droga, mucho más real y más fantástico al mismo tiempo. El panelado barato se convertía en un remolino de vida congelada, árboles tropicales tallados una y otra vez al micrófono. Las botellas de licor con su arco iris de colores y sabores; podía olerlas una a una desde metros de distancia. Los lentos ventiladores del techo le arrojaban suaves vaharadas de aire fresco, como esclavos que agitaran hojas de palmera. El espejo reflejaba a un joven capaz de grandes cosas. Treinta y cinco era ser todavía joven.

Sara trajo el guiso con un plato de tortitas calientes y la salsa verde picante que a Ybor le gustaba. La ropa vieja era un guiso cocido a fuego lento con salsa de tomate y pimientos, hasta que se deshacía. A Ybor le gustaba, pero lo había elegido porque sabía que se lo servirían al momento. Podría haberse muerto de hambre mientras le preparaban una hamburguesa.

Sara lo vio comer con una cuchara en una mano y una tortita enrollada en la otra.

—Me gustan los hombres que saben comer —dijo, sonriendo, y se fue a atender a la barra.

Aquella droga conseguía que comer una galletita fuera una experiencia sensual. El fuerte guiso tocó una sinfonía de éxtasis en su boca, nariz, paladar; el acto de tragar fue un contrapunto complejo y delicioso.

Sara regresó.

—¿Qué se sabe de esos alienígenass?

—¿Cómo?

—¿Iba a ponerse a hablar de inmigrantes ilegales otra vez, interrumpiendo aquella sinfonía?

—Justo a tu lado. —Indicó con una mano a todos los nuevos clientes—. Todos estos periodistas. Todo a causa de Aurora Bell.

Eso atrajo su atención.

—¿Qué ha hecho la doctora Bell?

—¿Es que vives en una maldita cueva?

—He estado trabajando toda la mañana. ¿Qué ha hecho?

—Localizó una señal del espacio exterior. Unos alienígenas vienen a la Tierra, como en las películas.

—Ah, chorradas, Sara. Te estás quedando conmigo.

—Como si supieras distinguir una trola si pisaras una —dijo ella alegremente. Silbó al aparato que había sobre la barra y le indicó: CNN—. Quédate mirando unos minutos.

—¿En qué demonios se había metido? Por la forma en que había hablado Whittier, naturalmente que creía que lo sabía.

El guiso se volvió amargo en su boca y tragó con dificultad. Mierda, ¿y si estaban esperando que algún reportero entrara en el sistema para entregárselo a los perros? Podrían tirar del hilo, y eso le señalaría directamente a él.

Un periodista, emitiendo delante del edificio que estaba al lado de su lugar de trabajo, ofreció un resumen de un minuto acerca del asunto. Allí estaba la doctora Bell, sentada en su despacho, con todos los viejos libros de papel, hablando de, Jesús, ¿un millón de megatones? Vale, energía cinética relativista. De todas formas, sería una explosión de dos pares...

Se produjo una conmoción tras él. Al darse la vuelta, Aurora Bell entraba con Pepe Parker. Les decían a los periodistas con amabilidad que nada de entrevistas; iban a almorzar. El grandullón que se encargaba de la máquina de café por la mañana salió a defenderla con una sartén de hierro. Sutil.

Pepe alzó una mano para saludarlo y él correspondió al saludo. Se veían de vez en cuando en los clubes de baile. No era mal tipo para ser cubano.

—¿Algún problema con la ropa vieja? —preguntó Sara.

—Oh, no, está buenísima. Pero ponme otro vinito.

—Tinto —dijo ella, y volvió a llenarle el vaso.

Sara

Me pregunto si es un borracho. Si lo es, es guapo. Es tarde para él, en realidad. Suele venir a tomar un vino o una cerveza a las once. Trabaja toda la noche, bebe todo el día, pero no parece que beba tanto, sólo está tembloroso y con los ojos brillantes por la fatiga y el café. Era un chico guapo en el colegio y el instituto, siempre en la piscina mirándome, me pregunto si se acuerda, ¿sabe que yo me acuerdo? Yo también lo miraba.

José estaba tomando el pedido de la doctora Bell y el tipo que la acompañaba. Era curioso que Ybor no supiera nada de la doctora Bell y los alienígenas, justo en el edificio de al lado. Física y astrología. Astrofísica, decían, probablemente una combinación.

La astrología la había ayudado mucho. Buena parte era inventado, quizá todo, pero tenías que tomar una decisión de un modo y otro, y no venía mal echarle un vistazo a tu carta astral. Ella llevaba la suya en el bolso, pero esa mañana la lucecita de la batería estaba encendida, así que la dejó conectada en casa. Se las apañaría sin ella por un día. Tal vez cuando llegara a casa pudiera preguntarle si Ybor era un borracho. ¿Se acostaría con una mujer con un cuerpo como el suyo? Sabía la respuesta a eso y apartó la mirada de él mientras apretaba las rodillas y sentía una pequeña oleada de deseo, no por Ybor en particular. Era tiempo de ir a una sensu, o tal vez a Orlando y recibir un servicio real. Había un sitio en Gainesville, pero si lo utilizaba Willy Joe lo descubriría. Tendría que matarlo. Sería una medida de higiene pública, pero a pesar de ello probablemente la meterían en la cárcel. Pensó en la última vez que estuvo en Orlando y se sintió cálida y húmeda y supo que se estaba sonrojando, aquel hombretón negro que la llamó su muñequita. ¿Cómo se llamaba el sitio, el Pájaro Azul, el Pájaro Negro? Sabía dónde estaba y sabía el nombre del hombre, John Henry, claro.

José estaba delante de ella.

—¿Dos Tecates a la cinco? —preguntó—. Preparadas. Tengo las manos ocupadas.

—Tecates —dijo ella despacio.

—¿Estás bien, amiga? —Se quedó allí de pie, con una libreta y una sartén en la mano.

Sara se echó a reír.

—Estaba pensando. Supongo que no estoy acostumbrada.

Abrió las dos latas de cerveza, las roció con una pizca de sal y las adornó con lima. Repugnante combinación, pero el cliente siempre tenía la razón, o al menos siempre era el cliente.

Llevó las dos cervezas a la mesa cinco y las entregó a Rory y a Pepe.

—He visto a Norman en el mercado esta mañana. Actuaba de modo un poco raro.

—Él siempre actúa de un modo un poco raro —dijo Rory.

—Entonces no sabía que eras famosa. Probablemente estaba pensando en ser segundo violín.

—No es su instrumento —dijo Rory, y las dos se echaron a reír. Hubo un fuerte golpe en la cocina y Sara fue a mirar qué pasaba.

Pepe

La vio marcharse apresuradamente, con aquella peculiar forma de andar.

—¿Fue un asalto?

Rory asintió con una mueca.

—En las afueras de la universidad, en el gueto de los estudiantes. Un coche paró, abrió las puertas y unos desconocidos la rociaron con gasolina y encendieron una cerilla. Ella oyó las risas, eran al menos dos hombres y una mujer. Pero no pudo recordar qué clase de coche ni describirlos. Supongo que eso fue un año o así antes de que tú vinieras.

—Pobrecita —dijo él, exprimiendo la lima en su cerveza.

—La gente se pregunta si tuvo algo que ver con los hermanos que eran antes dueños del lugar. Pero habían desaparecido años antes.

—Entonces las bandas eran malas.

Rory no usó la lima. Apartó la mayoría de la sal y bebió de la lata.

—Había un montón de violencia indiscriminada. La gente opina que la cosa está mal ahora, pero había sitios a los que no se podía ir de noche.

—Todavía los hay.

—Claro.

Sacó una libreta y un estilográfico de su bolso y los encendió. Dibujó una serie de casillas, con el ceño fruncido, y luego las borró con el pulgar.

—Les dije a Deedee y al rector que les tendría preparado un calendario de trabajo para mañana por la mañana. Pero hasta que tenga noticias de la NASA y cabo Cañaveral, todo será humo. Y de Defensa también. Gestionarán gran parte de los fondos.

—Quieres decir que no quieres hacer un cuadro organizativo sólo para que venga el Gobierno y lo desbarate.

—Sí. Pero supongo que no vendrá mal tener uno provisional. Quién está cualificado para qué, interesado en qué. Si los federales lo cambian, que lo cambien.

—¿Y dónde encajo yo?

—Cara bonita. —Fingió anotarlo—. «Cara bonita... oficial.»

—¿Qué tal «no administrativa» y así me encargo sólo de la ciencia?

—Muy buena suerte. Me ayudarás a dirigir este circo.

Pepe se encogió de hombros y reprimió una sonrisa.

Para eso estoy aquí. Ocho años de ganarme tu confianza, para asegurarme de que adivinas la mitad de la verdad, la mitad adecuada.

Y la década anterior, estudiando cómo hablar, cómo pensar, cómo actuar. Fuera de Cuba. Aprendiendo a vivir con comida y bebida extrañas.

A su modo, la amaba. Pero eso no tenía ninguna importancia. Sabía cuál iba a ser su trabajo, a lo largo de la próxima semana, de los próximos tres meses.

—Qué bueno —dijo—. ¿Me darán una pistola y una silla?

—Lo solicitaré.

Un hombre se acercó a la mesa.

—Profesora Bell.

—¿Sí? —Al cabo de un instante reconoció al periodista de aquella mañana—. Señor Jordan.

—Dan. No quiero molestarla mientras almuerza, pero mire... me han puesto... ¡Dios!... me han arrinconado. Ya no es mi... ya no es mi...

—Ya no es su reportaje.

—Eso es. Ahora sólo soy un tipo local. —Tomó aire—. Lo que quería, lo que quería saber es si puedo entrevistarme con usted y el señor Bell hoy, esta noche.

—Claro, sin problema. Llame primero, ¿a eso de las ocho?

—Gracias. Tengo su número. —Miró a Pepe—. Perdón. No los molesto más.

Daniel Jordan

Salió al calor y le silbó a la cámara para que lo siguiera. Había un montón de elementos pintorescos allí, junto al mercado, pero nadie quería quedarse al sol y charlar. Se acercó a la sombra de un par de árboles, más allá de la cafetería.

La gente pasaba de largo. Debió de ser más fácil en los viejos tiempos, cuando tenías una gran cámara cuadrada con un operador humano, un micrófono en la mano y arrastrabas cables por todas partes. Un coñazo, en realidad, pero al menos la gente reparaba en ti.

—Disculpe, señor. —Se interpuso en el camino de un hombre grueso y de mediana edad, de andares pausados—. Soy Daniel Jordan, de Noticias Siete...

—Me alegro por usted —dijo el hombre, pero se detuvo.

—He venido al mercado a preguntar a la gente su opinión sobre la Venida.

—¿Así es como la llaman?

—Algunas personas, sí...

—Bueno, pues no me gusta. Tiene un cariz religioso.

—Da igual el nombre. ¿Qué le parece?

—¿Parecerme? Supongo que es una buena cosa. Entablar contacto y todo eso. Se está hablando mucho de ello.

—¿No considera que hay peligro?

—No, no. Estuvimos hablando de eso en la tienda. Celosías y Ventanas Small. El Gobierno va a tratar de asustarnos y gastará dinero de nuestros impuestos protegiéndonos de esas malditas cosas. Pero es una chorrada. ¿Sabe?, si quisieran eliminarnos, lo habrían hecho, ¿no? Un ladrón no llama al timbre cuando entra a robar, ¿verdad? Creo que esto será realmente interesante.

—Gracias, señor...

—Small, Ed Small. Celosías y Ventanas Small —Se inclinó hacia la cámara y saludó—. «Cuando piense en ventanas, piense en Small.»

Unas cuantas personas se habían parado a ver la entrevista. Dan se volvió hacia una mujer con su hijo, de ocho o nueve años de edad.

—¿Qué piensas de todo esto, jovencito?

—¿De los monstruos?

—Le... roy —le advirtió su madre.

—¿Crees que serán monstruos? —preguntó Dan.

—Siempre son monstruos —explicó el niño pacientemente.

—Ve demasiado el cubo. —Su madre miró a la cámara.

—Mamá. Siempre son monstruos porque es lo que la gente quiere. Los tipos que inventaron esto lo saben.

La madre miró a su hijo. Dan se aclaró la garganta.

—Entonces, ¿crees que todo es una invención?

—Bueno, sale en el cubo —dijo el niño, explicándolo todo.

Dan se rió de manera poco convincente.

—¿Comparte usted el escepticismo de su hijo?

—No, en realidad no. Espero que sea algo... verdaderamente maravilloso. Lo que acaba de decir el hombre con el que ha hablado es verdad. Si pretendieran hacernos daño, no habrían anunciado que vienen de camino.

—¿No cree que pueda ser un truco?

—No. Es demasiado complicado.

—Bueno, pues yo sí pienso que es un truco —dijo el hombre situado tras ella. Era negro ébano, con calzas ajustadas irisadas sobre un cuerpo de halterofílico—. Lo orquestaron con meses de antelación, tal vez años.

—¿Quiénes?

—Bueno, ¿quién cree usted que tiene el dinero? Si no es el Gobierno federal entonces es una coalición de grupos que trabajan juntos... suponiendo que el último acto de esta farsa sea una nave espacial aterrizando en los jardines de la Casa Blanca.

Un espabilado, pensó Dan. Hizo la señal con la mano que indicaba a la cámara que se acercara más.

—¿Y qué ganará el Gobierno o esa coalición?

—Más y mejor control sobre nosotros. ¡Control del pensamiento! —Alzó ambos puños—. Espere y verá. Esos alienígenas serán presentados como sabios superiores. Lo que digan será verdad y tendremos que aceptarlo como la verdad absoluta. ¿Quién podría discutir con criaturas que vienen de años luz de distancia para salvarnos?

—Ha pensado usted en todo —dijo Dan.

—Me pagaban por pensar —dijo él—. Doctor Cameron Davison, a su servicio. Ex profesor de filosofía en esta augusta institución.

—Hum... ¿a qué se dedica ahora, doctor Davison?

—Trato de dar mal ejemplo.

—Ah... —Por el rabillo del ojo, Dan captó una visión encantadora—. ¿Señora? Perdóneme, ¿señorita?

La mujer se detuvo y lo miró. Era la clásica belleza nativa: escultural, arrogante, de rasgos aristocráticos. Pelo azabache y tez como miel oscura resaltada por un sencillo vestido blanco que amaba la piel a la que se aferraba y que cubría sólo en parte.

—Estoy entrevistando a la gente respecto a la Venida.

—¿Los alienígenas? Creo que es maravilloso. Tengo que trabajar.

Se volvió y se marchó, e incluso la cámara, se la quedó mirando. No me importaría ir a trabajar contigo, pensó Dan, pero no sabía de la misa la mitad.

Gabrielle

Había olvidado llevarse el gel a casa y eso significaba quince minutos extra sin paga en el trabajo, con los pies metidos en los estribos. Así que no había ninguna diferencia si llevaba ropa interior o no. No se habría puesto aquel vestido sin ropa interior, de todas formas, y era uno de sus favoritos cuando hacía calor.

Dos manzanas más allá, en el campus, entró en el edificio discretamente titulado IIIS, Instituto Internacional de Investigación Sexual. Vaya broma.

Tomó el ascensor hasta el último piso, entró en el Laboratorio 3 y cerró la puerta tras ella.

—¿Gaby? Llegas temprano. —Un hombre calvo alzó la cabeza detrás de una máquina.

—Me olvidé de llevarme el gel a casa. Buenas tardes, Louis.

—Hola, Gab. —Un joven esperaba junto a la ventana, desnudo, echándole un vistazo a una revista de música popular. No había nada inusitado en él, a excepción de la longitud y la anchura de su pene.

Gabrielle entró en el pequeño cuarto de baño, donde colgó su vestido y guardó los zapatos y la ropa interior en un estante. Orinó y trató de defecar, y la estudiante de medicina que había en ella se preguntó por enésima vez qué perversidad de psicología y anatomía le hacían imposible hacerlo ahora y casi imperativo más tarde, horizontal y público.

Obedeciendo las leyes del estado, no tiró de la cisterna. Comprobó su maquillaje y eliminó con cuidado la brillante capa de sudor de su rostro y de entre sus pechos. Trató de sonreír a su reflejo y luego salió del cuarto de baño y se acercó a la mesa.

—Se te marcan las bragas —dijo el hombre calvo.

—Harry. Sabía que el gel tardaría quince minutos en hacer efecto, así que me he permitido el exquisito lujo de llevar ropa interior, ¿vale?

—Muy bien. Supongo que las marcas desaparecerán.

—Tal vez a tus clientes les gusten las marcas de bragas. —Se subió a la mesa con lenta gracia gimnástica y sus tobillos aterrizan-

ron exactamente en los estribos—. Apuesto a que nunca se lo has preguntado.

—Es una convención artística —dijo él con cara seria.

—Cierto.

Ella tomó la gran jeringuilla que esperaba junto a la mesa, aplicó una buena cantidad de lubricante a la boquilla y luego un poco más a sí misma. Insertó la boquilla con cuidado, haciendo una mueca, e inyectó despacio el gel transparente. Si lo hacías demasiado rápido dejabas burbujas de aire en la vagina, que serían borradas más tarde, pero ¿para qué hacer trabajar al jefe? Aunque fuera un cerdo.

El gel proporcionaba un medio con el adecuado índice de refracción. Olía y sabía a gasoil y era tan difícil deshacerse de él como de un vertido petrolífero en la costa. Por fortuna, Gabrielle no tenía ningún amante susceptible de quejarse, sólo un compañero estudiante de medicina que no hacía ninguna crítica y con el que compartía espasmos ocasionales.

Se echó hacia atrás.

—Louis, ¿quieres traerme esa almohada? —Se quitó la larga peluca negra y se puso un gorrito de malla metálica, para luego volver a colocarse la peluca. Louis ya llevaba puesta su gorra inductora neural.

Le acercó una firme almohada cilíndrica, que ella se colocó bajo el cuello, y le dio un pellizquito juguetón. Estaba semierecto.

—¿Has visto en el cubo la historia esa de los alienígenas?

—Sí, lo estuve viendo. —Le pasó un dedo suavemente por el muslo—. ¡Maravillosa!

—Eh —dijo el tipo calvo desde detrás de la máquina—. Si os corréis demasiado pronto, ninguno de los dos tendrá paga.

Ellos intercambiaron una sonrisa profesional.

—Intentaré controlarme, Harry.

—Trataré de mantener las manos alejadas de él. ¿Qué te parece?

—Van a ser un par de meses largos. No puedo esperar.

Ella le asintió al techo.

—Podría pasar de todo. —Introdujo un dedo en el gel suavizante y lo extendió sobre sus genitales externos—. ¿Te ha dado alguna vez clase la profesora Bell?

—No, nunca he cursado astronomía. Tuve a su marido.

—Yo la tuve en un curso introductorio, hace años. Antes de ir a la facultad de medicina, claro. —Ella rodeó su clítoris suavemente.

—¿Buena profesora?

—Oh, sí. Un poco nerviosa, pero realmente sincera. Quería que amaras la materia. Pero demasiados números para mí.

—Los médicos sólo necesitan saber sumar —dijo él.

—En eso tienes razón. ¿Cómo es su marido?

—Agradable. Empieza duro, pero todo es fachada.

—¿Una clase grande?

—No, un cuarteto. Un taller de seis semanas de fraseo, hace un par de veranos.

Harry llegó con una cosa que parecía un cruce entre una serpiente y un telescopio.

—Vamos a hacer una lectura.

Gabrielle se apretó ambos muslos con las palmas y se abrió. Él insertó el tubo unas pulgadas en su interior.

—¡Ay! —Dio un respingo—. Cuidado con esa cosa. Es el único que tengo.

—Sí. Sí. —Él se asomó al tubo y giró un mando—. Aprieta. —Ella lo hizo, gruñendo—. Otra vez. —Él asintió y sacó el aparato con un ruidito de succión—. Muy bien. Empálmalo.

Gabrielle se agarró a la proyección más cercana y atrajo a Louis. Acarició su escroto con la otra mano.

—¿Y qué es fraseo?

—Básicamente medir el tiempo.

—Eres bueno en eso.

—Gracias. Es... —Jadeó y se detuvo un momento mientras ella se la metía en la boca—. Es cómo le das tu propia interpretación a una pieza musical. Naturalmente, con un cuarteto, todos tienen que estar de acuerdo.

—Parece difícil. —Ella lo acarició despacio, estudiando sus progresos—. Éste es el único instrumento que he aprendido a tocar. La flauta de carne.

—«Duetto para flauta de carne y chochito de miel.»

—Chochito de miel, sí. Cásate conmigo y aléjame de todo esto.

Harry colocó las luces y holocámaras alrededor. Explicó el argumento sobre la marcha. Estaban en un bote cerca de la orilla

de un lago. A los nueve minutos de la secuencia, otro bote iba a acercarse. Ellos debían tratar de dejarlo y esconderse, pero seguían follando y los capturaban en el último minuto.

Encendió una pantalla plana que mostró lo que estaban haciendo los actores del bote de verdad, para que pudieran remedar las posturas y el tiempo. No tenían que ser demasiado precisos. Los actores del bote llevaban spraypiel, que conducía la sensación de madera áspera y las salpicaduras del agua. El impulso somático de Gab y Louis sería insertado, combinado en las principales huellas del hombre y la mujer.

—Gaby, ponte de rodillas y retrocede hasta aquí. — Desmontó los estribos y pulsó un botón que bajó un palmo la plataforma.

—Ven, perrito —dijo ella, dándose la vuelta—. Arf, arf.

—Todavía se nota la marca de las bragas.

—Oh, chorradas, Harry —dijo Louis—. ¿Puedes hacer que parezca que estamos dentro de un bote y no puedes borrar la marca de unas bragas?

—Es trabajo extra. Da un par de arremetidas antes de que pongamos el arnés.

Trabajaban bien juntos. Louis permaneció quieto tras ella y dejó que Gab controlara la profundidad y la rapidez. Las cámaras externas lo captaban todo al detalle. Salió de ella, tan erecto que su pene golpeó contra su abdomen.

—Bien, lo tenemos —dijo Harry, y le tendió el arnés. Louis lo colocó sobre su órgano, un flácido condón transparente cubierto de alambres diminutos. Tensó un cierre en la base de su pene y acercó la parte inferior del aparato a sus testículos. Harry lubricó un par de sensores y Louis colocó uno en su ano y otro en Gab.

Ella suspiró.

—Bien, a movernos.

Louis insertó su polla decorada y continuaron.

El equipo de grabación en realidad virtual se había comprado con parte de una beca legítima para el estudio de la disfunción orgásmica. Harry no era ningún científico, por supuesto; era un «artista». El científico cuyo departamento era dueño del equipo estaba dispuesto a dejar que se usara para propósitos artísticos dos veces por semana, por una cantidad de dinero más o menos igual a su salario en el IIIR, libre de impuestos.

Gab y Louis tenían el talento de poder hacer que sus cuerpos no hicieran caso de toda la quincalla. Los clientes del extremo receptor no estaban tan incómodos, por supuesto: sólo llevaban los sombreros inductores neurales.

Un montón de clientes acudían a la misma senso dos veces, varón y hembra, para ver qué sentía la otra mitad. Gab había intentado una vez follarse a sí misma, pero a la mitad se quitó la gorra y salió del cine, ansiosa y confundida. Eso fue el semestre en que hizo por primera vez la disección a un cadáver, y aunque no había sentido demasiados remilgos por el cadáver de la mujer, el hecho de cortarla no le dio ánimos para mirar dentro de sí misma.

Esto iba a ser una senso de profundidad 2X: dos orgasmos y los sensores internos. Con sólo dos climax, podría incluso tener argumento, aunque el público no era exigente. Se llamaría *El bote del amor II*.

Una senso comercial no era exactamente como «estar allí», realidad virtual perfecta, que era peligrosa e ilegal a causa de las drogas relacionadas. La gente que participara en *El bote del amor II* saborearía y sentiría y notaría un simulacro de lo que hacían los cuatro actores, y algunos experimentarían orgasmos junto con Gab y Louis. La parte «profunda» de la senso lo ampliaba; podían ver lo que pasaba dentro de la vagina, y para la mayoría de la gente eso hacía que funcionara mejor. Otra gente iba a sensores corrientes, que eran menos anatómicas pero tenían más diálogo.

Había un reloj que descontaba el tiempo en la pantalla plana, diciéndoles cuántos segundos faltaban para el orgasmo. Gab lo veía en un espejo: estaban de cara ahora, tendidos en el fondo del bote. A los sesenta segundos ella le apretó el hombro con fuerza y jadeó «por el amor de Dios más despacio» y se concentró furiosamente en los nombres de los nervios faciales y el coste de los libros de texto que aquella vergüenza estaba financiando. Cuando el reloj se lo permitió, se dejó ir y disfrutó, como de costumbre. Si lo hubiera gozado más habría expulsado a Louis de la plataforma, cosa que habría estado bien si hubiera podido permanecer dentro de ella.

Harry controló la eyaculación en un pequeño holocubo y aplaudió sin ganas.

—Excelente. Louis, sácala a menos doce segundos.

En la pantalla plana, un bote de remos con una pareja mayor

se acercaba y se escandalizaba. La pareja del fondo del bote se separó al mismo tiempo que Gab y Louis. Ella se echó a reír y resopló.

—Dios mío, la tiene aún más grande que tú.

—Es un truco fotográfico —dijo Louis, jadeando. Harry les trajo un par de toallas grandes.

Gab se secó y volvió al cuarto de baño y usó el bidé. Luego se roció con un disolvente y usó de nuevo el bidé, con el agua tan caliente como pudo soportar. Se puso un tampón especial y se secó.

Harry le dio un cheque de dos mil dólares. Ella se despidió de los hombres y se marchó. Una puta solicitada podría ganar eso en una noche, pensó; cuatro servicios. Ella se había entregado a un millón de hombres y mujeres por ese precio. Pero su libro de texto más barato, aquel semestre, le había costado cuatrocientos dólares. Esto requería mucho menos tiempo que atender una mesa como camarera o hacer de secretaria.

Además, una doctora tenía que ser objetiva con respecto a su cuerpo. «El templo del Señor», lo había llamado siempre su madre. Si mamá supiera cuánta gente había adorado este templo concreto, se moriría de un ataque al corazón.

Se puso el sombrero de ala ancha y salió a la calle soleada. Sí un millón de personas iban a esta senso y la mitad eyaculaba dos veces, ¿cuánto esperma sería? Medio millón de veces cinco centímetros cúbicos por dos... cinco millones de centímetros cúbicos. Visualizó una jarra llena de esperma y trató de multiplicarla por cinco mil. Una habitación llena, al menos.

Un hombre feo y grasiento se la quedó mirando y ella se apartó, súbitamente asqueada.

Ybor Lopez

Dios, pensó Ybor, aquella hermosa criatura acababa de follar, y todavía irradiaba feromonas y sudor. Se dio la vuelta para verla marchar, un poco inquieta pero bonita, la piel oscura visible bajo

el vestido blanco, bragas blancas que acentuaban la curva de su culo. Empezó a sentir una erección pero el dolor de la inyección le provocó un sobresalto. Sin embargo recordaría su imagen y su olor más tarde, y le daría buen uso.

Entró en el Edificio 16 y se quedó un instante junto al acondicionador de aire, usando el sombrero para quitarse el sudor de la cara y el cuello. Concéntrate, ahora. Tienes que ser rápido y cuidadoso. Descarga los datos y borra todos los enlaces. Empezó a revisar el proceso mentalmente mientras corría escaleras arriba.

Nadie en la oficina. ¿Cerraba con llave la puerta o no? Sería un poco sospechoso, pero el par de segundos extra mientras la secretaria trataba de abrir le daría tiempo de cambiar lo que había en la pantalla. Pero la secretaria no tendría ningún motivo para sentir curiosidad por lo que estaba haciendo, y no era probable que viera nadie más excepto la doctora Whittier, su compañera de fechorías. La dejó sin cerrar.

Insertó un cubo de datos en la ranura de la mesa.

—Comienza Minotauro —dijo. Un destello de números apareció en la pared. Sacó un teclado del cajón y esperó. Un par de veces por minuto, la pantalla detuvo su movimiento y parpadeó una pregunta. Él tecleaba rápidamente una palabra o un número y el movimiento continuaba.

Al cabo de unos diez minutos, la pared emitió un sonido parecido al croar de una rana y se quedó en blanco. Misión cumplida. Él colocó el pulgar sobre el botón de desconexión y dijo:

—Revisa datos, Aurora Bell.

Bloques de estadística, párrafos de biografía.

—Más rápido, ciento por ciento —dijo Ybor. Podía leer muy rápido con ayuda de la droga.

Whittier iba a sentirse decepcionada. La doctora Bell cubría bien sus huellas o no tenía gran cosa en su pasado. Multas de aparcamiento y una por exceso de velocidad. Ahora bien, esa parte sobre su marido podría ser útil...

La puerta hizo un leve *tick* e Ybor desconectó la pantalla. Se volvió a medias.

No era la doctora Whittier; era Malachi Barrett, el rector. Se apartó de la puerta y dijo:

—Ahí.

Un policía de uniforme entró empuñando un arma. Apuntó y

disparó.

Sargento Rabin

Fue un disparo limpio, justo al bíceps. El hombre pudo sacarse el dardo, pero eso no sirvió de nada. Trató de levantarse de la silla y luego cayó hacia atrás, aturdido.

—Queda usted arrestado. Todo lo que diga podrá ser utilizado en su contra. Una copia de esta orden se le suministrará a su abogado defensor.

»Que conste que ha sido administrada la droga Tikan 71. Su testimonio será revisado bajo esa óptica.

»Ybor Lopez, se le acusa de robo de información y decodificación no autorizada. ¿Desea negar estos cargos?

Ybor trató de mirarlo, pero la cabeza le cayó hacia atrás. Luego todo su cuerpo se abalanzó hacia delante y cayó de la silla.

Rabin se arrodilló a su lado y le dio la vuelta. Tenía los ojos en blanco. Le buscó el pulso bajo la mandíbula.

—¿Qué pasa? —preguntó el rector—. ¿Suele pasar esto?

—No, señor. Creo que es una interacción de drogas. El Tikan 71 es un psicotrópico, y si el delincuente ha tomado otra droga psicotrópica... mierda. Casi no tiene pulso.

Pulsó un interruptor de su micrófono.

—Aquí Rabin en 16/304. Tenemos un código nueve, necesito ayuda rápido. El corazón se le ha parado.

Pasados unos segundos, una voz femenina dijo que iban de camino. Rabin ya había empezado la reanimación cardiopulmonar.

Después de un minuto de presionar rítmicamente el pecho del hombre, alternando con la respiración boca a boca, le preguntó a Barrett:

—Señor, ¿sabe usted hacer la RCP?

—Uh, no. Me temo que no. —Hizo un gesto de indefensión con ambas manos—. Quería hacer el cursillo...

Otro minuto.

—Busque a alguien que sepa. Tal vez necesite ayuda.

Era un trabajo duro y Rabin no estaba en forma. Había oído de gente que sufría un infarto mientras practicaba la RCP. No quería formar parte de un reportaje irónico.

Barrett no salió directamente, sino que antes pasó por encima de ambos para recoger algo de la mesa. Luego salió al pasillo y empezó a aporrear puertas y a gritar llamando a alguien.

«Código nueve» significaba que el sospechoso necesitaba atención médica de inmediato. A veces la unidad de rescate arrastraba un poco los pies, ya que los sospechosos solían ser culpables y un sospechoso muerto significaba menos trabajo para todos.

Rabin empezaba a sentir dolores en el pecho, cosa que sabía era psicósomática, cuando un negro de mediana edad se arrodilló junto a él.

—¿Necesita ayuda?

Rabin asintió y se apartó, jadeando.

Se apoyó contra la mesa y contempló a su sustituto: era más lento, pero lo hacía bastante bien, considerando que probablemente nunca hasta entonces había tratado a una persona viva. Naturalmente, esta persona en concreto sólo estaba medio viva.

No iba armado, al menos eso parecía. Entonces ¿por qué le habían ordenado que disparara el dardo nada más verlo? Si era peligroso, ¿por qué arriesgarse a enviar al rector para identificarlo?

¿Podrían haber cambiado el dardo...? ¿Había disparado inadvertidamente un dardo letal en vez de un tranquilizante? No, él mismo había cargado el arma al recibir la llamada.

El dardo estaba en el suelo. Se inclinó despacio sobre él, todavía hiperventilando, y lo recogió. El cartucho de la carga era verde-azul-verde, Tikan 71. Sacó una bolsa de plástico de su cinturón, guardó el cartucho y se lo metió en el bolsillo.

Otra prueba. Se levantó despacio y comprobó la mesa. Un teclado, pero nada en la pared. Ningún cristal o cubo en los lectores. Una libreta y un estilográfico. Pulsó la tecla de «mensajes anteriores» de la libreta y recibió un burdo dibujo de una mujer desnuda y un número de teléfono claramente impreso.

Anotó el número en su cuaderno. Señora, se la investiga en relación con un serio delito de información. No, no se moleste en vestirse. La esposaré a esta cama.

El rector Barrett entró en el despacho.

—Señor, ¿qué fue lo que recogió de la mesa?

—¿De la mesa? Oh, nada. Nada... sólo estaba comprobando la libreta.

—Pero yo...

—Nada, sargento Rabin.

—Sí, señor.

El viejo hijo de puta, debía de ser un cubo o un cristal de la lectora. Algo en lo que estaba trabajando aquel tipo.

Eso ponía a Rabin en una situación interesante. Bajo juramento, o bajo el efecto de las drogas, tendría que testificar que había visto al rector recoger algo de la mesa. ¿Se daba cuenta el rector? ¿Era el rector lo bastante corrupto para poner en peligro su trabajo? ¿Su vida?

—Estaba confundido, señor. Me pareció ver... fue un momento confuso.

El otro hombre le colocó una mano en el hombro y apretó, sin decir nada.

La unidad de rescate, dos hombres y una mujer, llegó poco después. Sustituyeron al negro, abrieron la camisa del sospechoso, aplicaron dos palas inductoras a su pecho y reanimaron su corazón. Ybor se agitó y tosió y vomitó. Tuvieron que repetir el proceso dos veces antes de que su corazón se estabilizara.

La mujer se levantó.

—¿Deberíamos llevarlo al pabellón de cardíacos o al de seguridad?

—Al de seguridad —dijo Rabin—. Que averigüen qué droga ha tomado. Ha sido una reacción al Tikan 71.

—Probablemente una DD —dijo ella. Hizo un gesto y sus dos ayudantes pasaron al hombre a una camilla. Lo sacaron por la puerta.

El rector le dio las gracias al hombre negro, el profesor Pak, y lo acompañó a la salida.

—Señor, si no me necesita, será mejor que acompañe a la ambulancia.

—Por supuesto, sargento. Gracias.

De camino al lugar donde había aparcado en doble fila, Rabin llamó a la central y dijo que seguía a la ambulancia al pabellón de seguridad del norte de Florida. Tuvo que gritar para que le oyeran por encima del aullido de la sirena.

El historiador

El súbito alarido lo desconcentró. Vio cómo la ambulancia se elevaba y se perdía calle abajo, seguida por un coche patrulla. ¿Qué departamento había en ese edificio? ¿Física?

Cerró la anticuada estilográfica y tomó un sorbo de café. Le gustaba trabajar allí, junto al comedor estudiantil, porque nadie se sentaba y decía: «Eh, ¿está escribiendo un libro?» Había distracciones, pero si eran sirenas solían pertenecer a la especie femenina.

Abrió el memolibro y tecleó una fecha. Tenía todos los periódicos de Gainesville desde la guerra civil en adelante. Releyó un artículo por enésima vez y siguió escribiendo:

La primera batalla no fue más que una escaramuza. ~~Las fuerzas de la Unión.~~ Un pelotón del 42 de caballería entró en la ciudad, donde no encontró resistencia. ~~Siguiendo órdenes.~~ Apostaron guardias en las calles al entrar en G'vill, donde el grueso de la tropa construyó un fuerte improvisado con balas de algodón en lo que ahora es la avenida de la Universidad.

La señora Dickison, esposa del comandante de caballería, estaba casualmente de visita en Gainesville. Sabía que había un grupo de caballería acampado a [unas pocas] millas de distancia, en Newmansville. Escribió una nota explicando la situación y la envió con su hijo de ocho años, quien eludió el piquete yanqui fingiendo sacar a pastar a su caballo.

(A) La pequeña fuerza confederada, dirigida por el capitán _____ Chambers, atacó a la mañana siguiente, pero fueron incapaces de rebasar las fortificaciones de balas de algodón. Los soldados de la Unión, armados con rifles de repetición, mataron a un hombre y [varios] caballos. Chambers se retiró con sus heridos a un campamento en las afueras de la ciudad, pero los yanquis decidieron marcharse mientras tenían ventaja y esa noche regresaron con su grupo principal en Wal-

do. Incendiaron un almacén de sirope, pero dejaron detrás casi un millón de dólares [85M\$ en moneda actual] en suministros y provisiones.

EN OCTUBRE

Fue un buen mes para los oráculos. El local, Charles Dubois, conjugó Escrituras y calendario y demostró que el 1 de enero se conmemoraría el segundo milenio de la Resurrección del Salvador. Era por tanto la ocasión de nuestra resurrección, si primero nos purificábamos. Tuvieron que instalar altavoces en la puerta de su iglesia en Archer para atender al rosario de creyentes que se sentaban en el aparcamiento de grava o buscaban refugio bajo los viejos robles.

Johnny Kale pidió a sus cien millones de seguidores que rezaran pidiendo guía; esa cosa era «una señal y un portento», ya viniera del cielo o fuera simplemente de una civilización alienígena.

El arzobispo americano Philip Stillwell siguió las indicaciones del Papa. La Venida era sólo una palabra cuya explicación estaba en el reino de la ciencia, no en el del espíritu. El ayatolá Bismahin la consideraba un engaño blasfemo.

Los tabloides, electrónicos y de papel, hicieron su agosto. Los grandes acordaron entre sí rotar los distintos puntos de vista, de modo que en cualquier momento determinado hubiera titulares que encajaran con aquellos que creían en la Segunda Venida además de con aquellos que pensaban que el Gobierno estaba detrás de todo.

La Bolsa sufrió un colapso de dos días y luego se lanzó a un período de crecimiento, levemente acelerado. RadioShack International ganó una fortuna con una amistosa antena de radio con la que podías apuntar al cielo y detectar las emisiones alienígenas. Hasta el momento, los extraterrestres sólo habían «emitido» en un rayo de luz, pero sin duda descubrirían la radio antes de que pasara mucho tiempo. Los negocios que vendían material de supervi-

vencia también prosperaron; uno llamado Toma el Control (en realidad una empresa subsidiaria de L. L. Bean) alquiló espacio en los centros comerciales de toda América y vendió complicados cuchillos, colectores solares, habichuelas («Marca L. L.») liofilizadas, y garrafas de veinte litros de agua.

Se produjeron los tumultos habituales en los países habituales, controlados por los métodos habituales, lo cual provocó las respuestas habituales. Pero incluso los más templados y racionales anhelaban la llegada de Navidad y Año Nuevo, y se preguntaban si habría un enero después del primero de mes.

Las cosas se calmaron para Aurora Bell pasada más o menos la primera semana. Pasó a ser la coordinadora científica del Comité de la Venida, lo cual implicaba bastante poco contenido científico no habiendo ningún dato nuevo.

Deedee Whittier pasó un mes nerviosa, preguntándose si Ybor mantendría su silencio.

1 DE NOVIEMBRE

Ybor Lopez

Ybor se despertó con el silbido y miró el reloj insertado en la pared, como si pudiera darle alguna sorpresa: 0700 1 nov 54. Había pasado un mes desde su detención.

Puso los pies en el frío suelo de cemento y se frotó la cara. Las paredes eran azules esa mañana. Azul pólvora o azul bebé. Era mejor que el rosa.

Los otros reclusos hacían los típicos ruidos al despertarse. Él añadió su parte a la sinfonía de cisternas y agua corriente. Se cepilló los dientes; se untó la cara de crema de afeitar y se rasuró la barba. Se sentó.

Al menos tenía un poco de intimidad, detrás de sus barrotes pintados de blanco, desde que Manny se había marchado. Manny, que hasta hacía dos días ocupaba la celda de enfrente, era un chaval de ojos espantados de Ohio que había venido a Florida en busca de drogas. Acabó en aquella «prisión de maricas», sin muros. Sólo una línea blanca pintada en el suelo. Cruza esa línea y te enviarán a una prisión de verdad. Prefería soportar la mierda, gracias.

Así que Manny estaría en Raiford ahora, cuatro en una celda con asesinos y violadores. O tal vez estuviera en Dayton. Se lo habían llevado en un camión sin conductor. Probablemente había llegado hasta la puerta.

¿Qué hacer durante la hora que faltaba antes de que la puerta se abriera para el desayuno? Le habían permitido tener dos libros a la vez. *Biofísica de la formación celular* y *Don Quijote, segunda parte*. Ninguno de los dos le apetecía tan temprano.

Se tumbó y trató de recordar el cielo. Cumpliría sus dos años

y saldría y se chutaría otra vez, si no José y María, entonces Nube Blanca o Vista Interminable, las otras DD locales basadas en el es-perma. La misma idea de rehabilitación revelaba su ignorancia. Era como que te rehabilitaran de ser gemelo. De ser humano.

No había sentido ningún efecto físico. Había escuchado las agonías de los hombres en las otras celdas, y sintió compasión por ellos, pero no empatía. Su pérdida era profunda y espiritual, como perder a un padre o un hermano. No le hacía llorar ni gritar ni vomitar. Le hacía sentirse paciente en su pesar. Si perdías a una persona, desaparecía para siempre. Ybor podía ir a un laboratorio, sacar unos cuantos centímetros cúbicos de sí mismo y recuperar a su poderoso hermano al día siguiente.

Mientras tanto mediría sus días aquí, soledad y trabajo, nada intolerable. Seis horas de oficina al día, trabajando en los ordenadores de la prisión, y luego dos horas de «trabajo» en la lavandería o en la cocina.

Estaba aprendiendo cosas muy interesantes sobre el sistema informático. No podía borrar el registro de su sentencia (había copias de seguridad en demasiados sistemas externos) pero su ficha sería la de un «paciente» modelo, que saldría limpio de drogas y ansioso por enfrentarse al mundo.

Su vida era suya el resto del tiempo, mientras permaneciera dentro de la línea blanca y regresara a su «unidad» después de la cena. Leía un montón en la biblioteca y, durante un par de semanas, se entretuvo viendo el cubo con los otros pacientes. Pero el cubo, al que había ignorado toda su vida adulta, resultó ser peligrosamente adictivo. Lo dejó para que lo disfrutaran los demás.

Por eso no veía las noticias. Probablemente sabía menos sobre la Venida que ningún adulto en Gainesville. Cosa que le venía bien. Si Whittier no se hubiera emperrado en «joderle la marrana» a Rory Bell, él no estaría allí dentro.

Un chasquido metálico lo sacó de sus cavilaciones. El grueso guardián Bobon golpeaba su porra contra las rejas. Tras él iba un hombre que le resultaba vagamente familiar: Gregory Moore, el abogado de oficio que con tanto éxito lo había defendido para que lo metieran en aquel calabozo.

—¿Qué es esa barba? —dijo Ybor.

—Me hace parecer mayor —respondió Moore. Así era; la tenía blanca, mientras que su pelo era entrecano—. He venido a lle-

varte a una entrevista.

El guardián abrió la puerta, que se deslizó hacia el techo.

—¿Eso me sacará de aquí?

—Podría hacer que redujeran tu sentencia. Tu período de tratamiento.

—Sí, tratamiento. Ya estoy curado.

Siguió al abogado y recorrió el pasillo caminando entre él y Bobon. Con cuidado. La porra del guardián era un neuroaturdidor, y le gustaba usarla. No dolía mucho, dependiendo de cómo te sintieras, pero podía ser embarazoso.

En las películas carcelarias, los otros reclusos gritaban obscenidades y golpeaban los barrotes con sus tazas de latón. En el Centro de Rehabilitación de Alachua tenían tazas de plástico y un sistema de puntos, y unos cuantos criminales serios. La mayoría de ellos alzó la cabeza momentáneamente de sus libros o sus juegos, si es que llegó a reaccionar al desfile.

—Por aquí a la izquierda —dijo el guardián. Ybor siguió al abogado a través de una puerta sin marcas que nunca había visto abierta. Creía que daba a un almacén, pero desembocaba en un estrecho pasillo del mismo tamaño que una celda que terminaba en otra puerta sin marcas. El abogado la abrió para Ybor y la cerró detrás de sí. Al otro lado, el guardián la cerró con un tintineo de llaves.

La habitación era blanca e impoluta, y brillaba gracias a la luz de un ventanal que daba a una pradera situada al este. Una puerta al exterior estaba abierta, con rendijas de metal para mantener fuera a los bichos.

Había tres sillas ante una sencilla mesa blanca. Ybor reconoció al hombre sentado a la mesa y se sorprendió. Nunca se habían visto cara a cara, pero todo el mundo sabía quién era.

—Willy Joe Capra —dijo—. Eres el tipo de la mafia.

—¿Tú te crees esas chorradas? —Sonrió—. No existe esa tal mafia.

—No deja de ser un sitio divertido para conocerte. —Se sentó en una silla, directamente enfrente del hombre. Moore se quedó de pie tras él, en silencio, hasta que Willy Joe le indicó la silla situada a su izquierda.

—Yo no definiría este sitio como divertido —dijo Willy Joe—. Estuve aquí. Lo único que quería era salir.

—Sí. Puede volverte loco. —Willy Joe se le quedó mirando y nada más—. El señor Moore dice que podrías ayudarme.

—Sí. Tú me ayudas, yo te ayudo.

Lo que quieras, pensó Ybor. Pero se limitó a asentir y esperó, mirando la puerta de rejilla.

—En el juicio —dijo el abogado—, declaraste que estabas trabajando por tu cuenta. Una «expedición de pesca», lo llamaste.

—La mujer salió en las noticias —dijo Ybor con pies de plomo—. Sabía que tenía montones de dinero, o al menos su marido.

—Así que pensaste en buscar algo para exprimirla —dijo Willy Joe—. Así de fácil. Nadie te instigó.

—Lo hago constantemente —contestó él, cosa que era cierta—. Normalmente sólo por diversión.

Hasta aquel momento no había implicado a su jefa con la idea de que el silencio le reportaría beneficios a la larga.

—Eso es lo que declaraste en el juicio —dijo Moore— y los análisis de voz indican que estabas diciendo la verdad, o dando una versión de la verdad. También indican que mentiste más tarde, al decir que no encontraste nada interesante... creo que la palabra fue «útil».

—Sí, bueno... ya sabes que el espectro de voz no es fiable. No es admisible ante un tribunal.

—Esto no es ningún tribunal —dijo Willy Joe—. Esto es una expedición de pesca también. Mira el cebo.

Se metió la mano en un bolsillo de la chaqueta y sacó una hipo.

—Eso no puede ser mío —dijo Ybor, pero sintió que de repente el sudor se evaporaba de su frente—. Nadie excepto yo puede conseguirlo.

Willy Joe le dio la vuelta al cilindro, sonriendo.

—No tengo que entrar en tus partes íntimas para conseguirlo. ¿De dónde crees que viene esta mierda?

—¿De ti?

—De un amigo mío. No del tipo al que se la compras. ¿Cómo se llama, Blinky?

—Eso es, Blinky. —Ahora podía oler sus sobacos, agrios.

—Blinky no fabrica el material. Sólo recolecta el zumo y el dinero. —Lo colocó sobre la mesa—. Supongamos que pudiera traerte esto una vez por semana. ¿Abrirías el pico?

—¿Qué... qué quieres saber?
—¿Has estado siguiendo toda esta chorrada de los alienígenas?

Oh, mierda.

—No mucho, no. Me detuvieron el día que empezó.

—Pero sabes que la tal Bell estaba detrás —dijo Moore—. Ibas por sus archivos y eso desató la ira de Dios, o al menos la del rector.

—¿Qué descubriste? —preguntó Willy Joe—. ¿Qué no era «útil»?

Maldición. No sería suficiente.

—Mira. Os diré todo lo que sé. Pero tenéis que sacarme de aquí.

—Como si estuvieras en situación de negociar —dijo el abogado.

—Valgo mucho más para vosotros fuera. Puedo conseguir más información de donde salió ésta.

—Claro —dijo Willy Joe—. Como si fueras a recuperar tu antiguo trabajo y te fueran a dejar entrar en su ordenador.

—No comprendes lo que es el *hacking* —dijo él rápidamente—. No tengo que utilizar necesariamente el mismo ordenador.

—Tú dime lo que tienes. Yo decidiré cuánto vale.

—Vale. —¿Cuál era la mejor manera de expresarlo?—. La doctora Bell y su marido...

—El doctor Bell y la doctora Bell —dijo Moore.

—Sí. Están viviendo una mentira. Cubriendo el pasado de él.

—¿Mató a alguien? —Willy Joe se enderezó levemente.

—Peor que eso. Lo pillaron follando nada menos que a un tío.

Willy Joe miró a Moore.

—Te dije que era un mariposón. —Se volvió hacia Ybor—. Eso fue después de la ley.

—Después de la ley estatal. Antes de la federal.

Willy Joe asintió.

—No es mucho. Lo veo tratando con Nick el griego. Si no son maricas es que nunca he visto a un marica.

—No fue con Nick el griego. —Ybor hizo una pausa lo bastante larga para que Willy Joe abriera la boca—. Fue con un poli.

—Un poli. ¿Cuál?

Ybor se frotó la barbilla.

—No lo sé todavía.

—¿Cómo que «todavía»? ¿Sabes que es un poli pero no sabes quién?

—Eso es. Necesito más tiempo con el ordenador.

—¿Qué averiguaste? —preguntó Moore.

Ybor se frotó la barbilla con más fuerza.

—Si no cooperas conmigo —dijo Willy Joe tranquilamente—, no tendrás tu DD. Y haré que te trasladen a Raiford. Ahí conocerás a unos cuantos maricones de verdad.

—Todo lo que sé es el camino al enlace de datos, y cómo quedó detenido. Y cuándo y dónde lo pillaron.

—Adelante —dijo Moore.

—Fue en el parque del Pueblo, a las tres de la madrugada. El 12 de abril de 2022.

—¿Qué estaban haciendo? ¿Una chupada, se daban por el culo?

—La denuncia no lo decía. Sólo que era un 547, sodomía. Identificaron a Norman Bell, pero no al otro tipo.

—¿Y por qué sabes que era un poli? —Willy Joe se inclinó hacia delante—. Explícate.

—Todo el archivo fue borrado, incluso la denuncia. Fue una «corrección administrativa» autorizada por una unidad de seguridad interna del Departamento de Policía.

Willy Joe dio unos golpecitos pausados a la hipo de DD.

—Lo borraron, pero no fuiste tú.

—Vi el agujero en los datos. Es complicado. Pero había un enlace borrado con Norman Bell, y lo seguí hasta el agujero, como si dijéramos. A partir de ahí, busqué el correo de chat sin codificar durante una media hora. Encontré a un tipo que monitoriza las bandas de la policía y las de emergencias, y estaba hablando con alguien cuando llegó la denuncia por sodomía.

—No veo de qué manera incrimina la falta de datos a un policía —dijo Moore—. Más bien parece que Norman Bell tira de los hilos. Tiene dinero, o lo tiene ella.

—Tiraron de los hilos. —Ybor se concedió una sonrisita—. La señora Bell lo hizo, al menos. Los polis aceptaron alegremente su dinero, pero el archivo fue borrado ocho horas largas antes de que ella pagara.

—No pagaría así sin más —dijo Willy Joe—. Ni siquiera un profesor es tan estúpido.

—No... busqué una transferencia de dinero importante. El tipo al que pagó era el padre del policía. Compró una puerta nueva para el garaje. Pero no hay factura por la instalación. Parece que la colocó ella misma.

—Eso sí que es interesante —dijo Moore—. La acusación de sodomía podría haber acabado con la carrera de él, y ella fue y compró al policía. Entonces, ¿tu siguiente paso habría sido enfrentarte a ellos?

—Sí, si hubiese podido darlo. Acababa de descubrir lo de la puerta del garaje cuando el poli entró y me disparó. Hijo de puta.

—Si salieras por esa puerta —dijo Willy Joe—, recopilarías tus datos y luego se los restregarías por la cara a los Bell.

—Bueno, no lo creo —dijo Ybor con prudencia—. Supongo que eso querrías hacerlo tú.

—Chico listo —le comentó Willy Joe a Moore. Le dio un golpecito al cilindro con el dedo y éste rodó hasta el borde de la mesa—. Aquí tienes. Que lo pases bien.

Ybor lo abrió ansiosamente y luego dio la espalda a los dos hombres. Casi se pilló el pene con la cremallera, con la prisa.

Un agudo picotazo y la primera paz real que sentía en meses. Sintió el polvo tranquilizante esparcirse por sus músculos y órganos.

Tomó aire y algo se sacudió en su pecho. Se dio la vuelta y se sentó. Un borbotón de náusea y dolor en el estómago.

—Qué...

Willy Joe

—Verás, creo que has cometido un error. Se supone que eso no debes pinchártelo en la polla.

—No, cierto —apostilló Moore.

Willy Joe se levantó, sonriendo.

— ¡Eso hay que metérselo en el coñito!

Ybor se dobló de dolor.

— Mierda. Sistema... inmunológico.

— Sí, una pequeña confusión. Lo siento. Alguna chica debió de llevarse el tuyo. Tampoco será divertido para ella.

Moore contempló las convulsiones de Ybor.

— Dijeron que sería rápido e indoloro.

— Una de la dos cosas. — Willie Joe recogió su gorra del suelo.

Se caló la gorra y la alisó, mirándose en el espejo de la pared. Saludó a quienesquiera que estuviesen detrás del espejo, probablemente Bobon y el alcaide.

— ¿Quieres encargarte tú?

Moore no contestó al principio. Estaba mirando a Ybor, que se había caído de la silla, rígido, y movía despacio las extremidades, la boca abierta en un grito silencioso.

— He dicho que si quieres encargarte tú.

— Claro — dijo Moore, sin desviar la mirada —. Los papeles ya están redactados. Una mala reacción a la droga.

— Desde luego. — Willy Joe frunció la nariz por el olor —. De algún modo hay que morir.

Abrió la puerta de rejilla, salió y tomó aire. El pasto dorado olía maravillosamente, a un kilómetro o más de los humos de la autopista a primeras horas de la mañana. Pasó por encima de la línea blanca pintada en la acera, la muralla simbólica, y tiró de la antena de su teléfono.

— ¿Dónde estáis, tíos? — dijo —. Cinco minutos, entonces. Vamos con retraso y ni siquiera hemos empezado.

No había furia en su voz. Escogió un porro de su cartera y lo encendió, sonriendo, y se internó entre los árboles situados a su izquierda, apartándose del sol naciente.

Todavía había un poco de bruma cerca del suelo. El bosque estaba oscuro, pero no necesitó la linterna que había empleado para venir. Siguió un sendero cubierto de pinaza, un caminito de ejercicio para el personal y unos cuantos reclusos de confianza.

Delante de él la oscuridad se agitó y se apoyó sobre una rodilla, la pistola en la mano. ¡Mierda! En el bosque y sin guardaespaldas. Se apresuró a esconderse tras un roble grueso y retorcido.

Silencio. Sólo un pájaro o una ardilla. Si alguien fuera tras él, no haría ruido, sólo esperaría. Nunca oyes al que se te lleva por

delante. Pero aguzó la vista para observar el oscuro sendero, en busca de movimiento.

Demasiada gente sabía que estaba allí, solo. Posiblemente no había sido una buena idea. Pero en alguien hay que confiar, ¿o no? La rodilla se le estaba mojando. Sin hacer ruido, cambió de postura y se quedó agachado, todavía apuntando a la oscuridad. Vamos, chico listo.

Oyó el agudo zumbido del coche cuando se acercó, y el crujido de la grava cuando aparcó en el recodo, a un par de cientos de metros de distancia.

Se sacó el teléfono del bolsillo, torpe con la mano izquierda, tecleó un número con el pulgar y susurró:

—Coche... Bobby, puede que tengamos algún problemilla. Solo y tú salid del coche, preparados para cubrirme. Probablemente no sea nada.

Dio un respingo cuando las puertas del vehículo se cerraron de golpe. Sin embargo, tal vez eso fuera bueno. Salió al descubierto y caminó por el sendero, al principio empuñando la pistola. Una ardilla salió corriendo, cerca de donde había procedido el ruido. La siguió, apenas unos centímetros por delante, y luego se relajó. Dejó que la pistola colgara junto a su costado cuando salió al claro y vio el gran Westinghouse. Saludó a Bobby *el Malo* y a Solo, y volvió a guardar la pistola en la sobaquera. Encajó en su sitio y se alisó la chaqueta.

—¿Problemas, jefe? —preguntó Bobby. Tenía la ametralladora con su gran cargador preparado, dispuesto a eliminar a una turba furiosa.

—Oí algo. Supongo que no es nada. Está más oscuro de lo que pensaba. —Abrió la puerta del coche—. En marcha. Maldito ACT. —Normalmente entraba y volvía a salir del local de Nick antes de que el control de tráfico entrara en funcionamiento.

El Westinghouse aplastó la grava al dar media vuelta y subir la colina.

—¿Conseguiste lo que buscabas, jefe? —dijo Bobby.

—Sí. Pero me lo tuve que cargar.

—¿A quién, al abogado?

—Joder, no. Al yonqui. —Aplastó con cuidado el porro en el cenicero—. Sabía cosas. No se puede confiar en un yonqui.

Estudió a Solo al decirlo; no hubo reacción. ¿Pensaba de ver-

dad que Willy Joe no sabía lo de su hielo?

La mayoría de los patinadores no se consideran adictos. Que se pasaran un par de semanas sin probarlo. Tal vez sería divertido experimentar con Solo. Encerrarlo en una cabaña de Georgia durante un mes. Luego ir a rascarlo de las paredes y ver qué hacía por un polo.

Casi treinta años traficando y limpio como el culo de una monja. La marihuana y el alcohol no son nada. Dejó el mono de la heroína y la cocaína a los diecinueve años, cuando empezó a traficar para los Franzia.

No encontraron tráfico hasta la rotonda de Archer. Mientras subían la rampa recibieron la señal de advertencia del ACT. Solo soltó el volante y pulsó el código de cuatro dígitos del restaurante de Nick seguido de los dos dígitos de «parada». Luego desplegó un periódico de Miami y siguió leyendo la sección de ocio.

El tráfico no era demasiado denso pero, en aquella parte del campo, más de la mitad de los coches eran de gasolina o PL. Los árboles más cercanos a la carretera estaban ajados y amarillentos por la contaminación. Los dueños de un coche que vivían dentro de los límites de la ciudad tenían que pagar un impuesto «verde» anual si sus vehículos no eran eléctricos o de hidrógeno puro, así que en los días tranquilos la ciudad podía convertirse en una isla de aire relativamente limpio dentro de un aro de neblina.

—¿Cómo te lo cargaste? —dijo Bobby, por iniciar la conversación.

—Se lo hizo él solo, maldito yonqui. Me dijo lo que yo quería, así que le entregué lo que quería él. Lo que creía que quería.

—Dijiste que estaba enganchado al José y María, ¿verdad? No tendría una sobredosis con una DD, ¿no?

—No. Hubo una especie de error. —Willy Joe se sacó la ampolla del bolsillo y la alzó a la luz—. Éstos son sus colores, pero no es su ADN. No te puedes fiar de nadie hoy en día.

—Apuesto a que estuvo chulo.

Willy Joe se encogió de hombros y contempló el paisaje. Tal vez se había pasado. No, era un peón impredecible. El chantaje no merece la pena si tienes a demasiada gente en el ajo. Así que ahora sólo serían ellos tres, y Moore haría la mayor parte del trabajo sucio, de todas formas.

—Despiértame cuando lleguemos.

Se bajó la gorra y se acomodó en los cojines, un poco ladeado para que la pistola no se le clavara en la espalda.

Repasó mentalmente el asunto Ybor. Aquello podría ser realmente bueno. Tal vez consiguiera apretarles las clavijas al maricón y a su esposa. Ella tiene que saberlo (demonios, pagó a los polis), pero tal vez no hablan del tema. A las tías les pasan esas cosas a menudo. No vendría mal intentarlo. Haría que Moore investigara si tenían cuentas bancarias separadas. ¿El dinero venía por parte de él o de ella?

No tendría que haberse fumado aquel porro. Tenía que concentrarse. Relajarse, luego concentrarse. Subió el reposabrazos de su derecha y sacó el escanciador de whisky. Sirvió unas gotas en un vasito de cristal, tomó un sorbo y luego lo apuró.

Cerró los ojos y se sumió en un sueño familiar, donde estaba sentado en un banco en una comisaría, desnudo de cintura para abajo, esposado. La gente iba y venía y no reparaba en él. Algunos eran personas a las que había matado, incluida la última, Ybor, y la primera, su padre. Despertó cuando la limusina viró a la izquierda para aparcar junto al Atenas, momento en que el ACT la guiaba por un espacio entre vehículos de pocos centímetros de anchura.

Parpadeó debido al tráfico que pasaba.

—¿Qué coño...?

—Hemos llegado, jefe —dijo Solo—. ¿Aparcamos o damos la vuelta?

—Seguid en marcha. —Abrió la puerta—. Estaré en la acera dentro de cinco o diez minutos.

—¿Llamo a Mario? ¿Le digo que llegaremos un poco tarde?

—No. Serán cinco o diez minutos. Estaremos allí a tiempo.

Listillo. Era verdad que solía pasar un rato en el local de Nick, tomarse una copa y repasar los papeles de las apuestas de perros y caballos. Pero le gustaba llegar a Mario a tiempo.

Era extraño oler a ajo en vez de pasteles en el Atenas por la mañana. Tres turistas en una mesa, desayunando. Grandes tortillas con aquel queso griego.

Y mira quién más.

—¿Qué pasa, profesor?

—Lo de siempre —dijo el profesor, y volvió a su libro. Te espera un día interesante, viejo. Willy Joe saludó a Nick, ocupado detrás de la barra, y soltó un dólar para la página de los deportes.

Se sentó en la barra y sacó su cuaderno. Comprobó primero las triples, nada. Pero había dos combinaciones, diez dobles... ¡más de mil cada una! Nada en los perros.

Nick le sirvió café, el bollito, retsina y el billete de quinientos dólares. Willy Joe alzó la cabeza.

—Eh, Nick. Déjame invitarte a uno.

—¿Qué?

Alzó el licor.

—Para abrir los ojos. Acabo de acertar dos carreras y ganar uno de los grandes.

—Oh, gracias, Willy Joe. —Se sirvió un vasito pequeño y se fue a descargar el lavavajillas.

No tardó mucho en decidir las apuestas del día. Las anotó en ordenadas columnas y se bebió el café y el licor, sin hacer caso de la comida. La forma en que había muerto aquel tipo le había quitado el apetito. Todavía podía olerlo.

Vio pasar la limusina dos veces (que sudaran un poco) y luego llamó a su corredor de apuestas y se levantó.

El profesor lo saludó al salir.

—Buena suerte.

Sí, buena suerte para ti también. La vas a necesitar, mariposón.

Norman Bell

Norman había advertido que el pequeño hampón sólo aparecía a primero de mes. No era madrugador: siempre parecía haber pasado la noche entera en vela. Esta mañana se le veía especialmente tenso, aunque evidentemente había ganado *pasta* con sus caballos.

¿Cómo sería su mundo? ¿Toda la noche de juerga? Pasando el rato con otros hampones en algún billar o un bar de los que abrían toda la noche. Era muy macho, tal vez fuese gay. Todavía había clubes, Norman lo sabía, aunque no había entrado en uno desde hacía ocho años, desde que la ley federal entró en vigor. Se le con-

sideraba anticonstitucional en una docena de estados, pero no en Florida, que tenía sus propias leyes contra la sodomía. Norman, en cualquier caso, no era de los reivindicativos. Y los clubes, ay, eran para los jóvenes. Se sentía como un viejo pervertido.

Tras una redada en el centro, hacía un par de semanas, Norman había repasado las noticias para ver si había alguien que conociera, y de hecho lo había, pero no entre los hombres y los chicos detenidos. Uno de los polis, Qabil Rabin. El tipo con el que estaba cuando Rory lo descubrió. Aunque por supuesto ella no se sorprendió.

Qabil era un hombre extraño y hermoso. Hacía un año o dos que había salido del Ejército cuando se conocieron. Era un prisionero de guerra enemigo de la operación Viento del Desierto. Pero el Ejército descubrió que las fuerzas iraquíes lo habían reclutado contra su voluntad y que los había servido por proteger a su familia en Kurdistán. Cuando fueron liberados, Qabil se pasó al Ejército americano, como intérprete a tres bandas.

Entró en la Universidad de Florida para cursar ciencias políticas, con una beca del Departamento de Policía, pero le interesaba la música, y Norman lo conoció en un taller de composición intercultural. Una cosa llevó a la otra. Llevaban juntos más de un año cuando Rory llegó de repente a casa y los encontró... en la cocina, nada menos.

Norman lo había visto de vez en cuando a lo largo de los años, e intercambiaban prudentes señales de reconocimiento. Ahora tenía una esposa y al menos dos hijos, y vestía un uniforme que probablemente restringía su vida sexual. Esperaba que las cosas le fueran bien. Había habido algo parecido al amor entre ellos, a pesar de las diferencias de edad y cultura.

Pensar en él le trajo a la mente una melodía interesante, algo de Oriente Medio con un aire frigio. Anotó una pauta de notas al final de la novela de misterio que estaba leyendo (tratando de no leer quién era el asesino) y fue a pagarle a Nick.

Nick sirvió un cuenco de plástico con sopa para Rory y selló la tapa.

—¿Las cosas están más tranquilas ya?

—Últimamente no. Hay un noticiario especial esta noche, un resumen mensual. Todas las cadenas están locas.

—Sí. Como si una guerra no fuera suficiente noticia para ellos.

—No mientras nosotros no estemos implicados.

Grecia lo estaba, ahora.

Nick dijo algo en griego.

—Gracias a Dios —explicó—. Salude de mi parte a la profesora.

—Claro.

Norman se llevó la sopa, la aseguró en la cesta delantera de su bici que tenía un contenedor ajustable para este tipo de cosas, y se marchó pedaleando.

Se desvió unas cuantas manzanas de su camino, para evitar el tráfico. Rory no estaría en el despacho hasta las ocho, de todas formas. Pasó ante la casa de Rabin sin mirarla.

El coche de Rory estaba en su plaza en el ocho-cero-uno. Norman dejó la bici junto a las tres plazas que tenían carteles de «PRENSA PERMANENTE».

No había nadie en el despacho. Metió el contenedor de sopa en el frigorífico con una nota, «Albóndigas. No había avgolemo-no», y regresó a su bici. No estaba evitando a Rory, pero quería llegar a casa y trabajar en su tema frigio. Mientras pedaleaba, buscó en su memoria una fuente además de la música folclórica de Oriente Medio. Una vez había pasado casi una semana con una composición y cuando la tocó para Rory ella comentó que era la musiquilla de un anuncio de cerveza.

Una vez en casa, se lavó la cara con agua fría mientras recalentaba el café. Luego se sentó con el violoncelo y tocó el tema en mi y sol y luego pasó a re.

Encendió el Roland y tecleó; esbozó una melodía preliminar de acordes y contrapuntos. Luego lo hizo repetir y tocó el violoncelo al compás unas cuantas veces. Desconectó la máquina e improvisó durante casi una hora. El café volvió a enfriarse mientras él se perdía en sus pensamientos.

Volvió a poner el café a calentar y con dos dedos esbozó el tema elaborado, mirando de la pantalla al teclado. Podía arreglarlo para el violoncelo, pero sabía por experiencia que ahorrraba tiempo usar el Roland, ya que la duración de una nota se grababa con más precisión y no tenías que preocuparte por la armonía.

Mientras se tomaba el café, tocó la pieza una y otra vez, usando un lápiz lumínico para aislar cuatro voces. Dejó que el Roland tratara las diferentes instrumentaciones y admitió reacio que del

solo no podía encargarse un violoncelo. Tendría que ser un clarinete o incluso un oboe. Probó con el fraseado del oboe y lo convirtió en una parodia de Rimski-Kórsakov, que guardó como *Broma 1*. Luego volvió al fraseado original, bajó el solo una octava y lo probó con un fagot, después con un clarinete bajo. Extraño pero bueno. Lo guardó como *FC 1* y se levantó para estirar las piernas.

Estaba tenso. Se encerró en su despacho, se desnudó y se provocó una erección. De un cajón cerrado con llave sacó un cíngulo RV, un guante, gafas y un tremendamente ilegal, porque era homosexual, anillo compacto. Se llamaba *Scherezade*; lo había comprado porque los muchachos le recordaban a Qabil Rabin.

Puso el AC en el estéreo y apresuradamente se colocó el cíngulo sobre los genitales, alrededor de la cintura y entre las piernas. Se puso los guantes y las gafas. Se colocó los auriculares y dijo:

—¡Ya!

Era una escena de harén: siete jóvenes desnudos sobre almohadas de seda tomaban café en tacitas.

Había una función aleatoria que determinaba qué muchacho demostraría interés; si el cliente quería uno diferente, podía decir «rebobina». A Norman le gustaban todos.

Uno de ellos lo miró, sonrió y dijo algo en árabe. Dejó el café y graciosamente se levantó de su posición supina, erecto mientras caminaba hacia Norman.

Una parte de su mente siempre se maravillaba por la tecnología. El muchacho se apoderó de su pene, le acarició los testículos y se puso de rodillas.

Norman contempló el pelo rizado del muchacho mientras le hacía suavemente una felación. Con un par de palabras podía cambiar a sexo anal, activo o pasivo, pero aquello era suficiente para él. Contempló a los otros muchachos, divirtiéndose unos con otros mientras lo miraban a él y a su compañero virtual, (Esa parte parecía falsa, o al menos demasiado ensayada, ya que siempre era la misma, una especie de salvapantallas erótico en movimiento.) Al cabo de unos minutos, supo que no podía retrasarlo más o su cuerpo perdería la ilusión y se vendría abajo, así que empujó un par de veces y eyaculó. El muchacho se levantó mientras toda la escena se disolvía en una bruma gris.

Entró en el cuarto de baño con su estúpido atuendo y con

cuidado soltó el cíngulo, le dio la vuelta y lo lavó. Luego lo secó con una toalla, lo dobló y lo devolvió a su escondite. Se tumbó en el sofá, le pidió a la habitación Rimski-Kórsakov y cerró los ojos unos minutos.

Se quedó medio dormido, pensando en la composición. Si un clarinete bajo iba a encargarse de la melodía, quería otra línea, un violón con ritmo lento. Doblado con uno de los violines aquí y allá. Un suave crotaleo de percusión, como un pájaro carpintero lejano, señalando las medidas donde los dos se encontraban, separados dos octavas. Y un golpeteo metálico, como un triángulo mudo, cinco por cuatro contra su cuatro por cuatro.

Se levantó y se vistió, repasando mentalmente los cambios. Volvió a la habitación grande y conectó el Roland, pero entonces vio que el teléfono estaba parpadeando. La llamada no se había producido mientras estaba dormitando, gracias a Dios; habría perdido su cadena de pensamientos. Se había producido mientras tenía puestos los auriculares, cuando se la chupaba un fantasma. Probablemente ahora era un hombre maduro, como Rabin.

Tocó el violón y ajustó el segundo violín. No podía conseguir la percusión que quería, así que la dejó desconectada y escribió una nota sobre el pentagrama. Llamaría a Billy Kaye esa noche y le pediría que enviara algo: tenía guardado un cubo de efectos de percusión extranjeros. Después de haberlo escrito todo y quedar satisfecho, fue al teléfono.

Dos llamadas. La primera era de un hombre a quien no reconoció. Hileras e hileras de libros de papel tras él, encuadernaciones gemelas en cuero que los identificaban como estatutos de Florida. Un abogado rico, no podía ser buena noticia.

Fue peor de lo que habría podido imaginar. El hombre sonrió amablemente y asintió:

—Profesor Bell, tengo un cliente que tiene algo de valor para usted: su silencio. Sobre usted y cierto policía. Estaremos almorzando en la mesa del fondo del Salón de Té de Alicia, hoy a mediodía. A mediodía. Si no está allí, acudiremos a la policía.

»Ya conoce a mi cliente, Guillaume Capra. —Aquel reptil de Willy Joe—. Sorprendentemente, tiene muchos amigos en la policía.

El hombre desapareció. Norman reprodujo el mensaje y la cosa no mejoró. Lo borró y se puso a pensar, pero no se le ocurrió

nada. Sólo sentía un pánico creciente.

Fue a la cocina y eligió un vaso de vino, luego abrió el mueble de los vinos y lo cerró. Se sirvió en cambio una pulgada de coñac. Se sentó a la mesa del desayuno y dio un sorbo. Luego apuró el contenido del vaso y lo limpió. No había ninguna respuesta allí.

Qué mundo tan maravilloso es éste.

Tal vez sólo iban a amenazar con descubrirlo ante Rory. Gran sorpresa. Haría falta actuar un poco, pero podrían fingir ser una esposa airada y un marido arrepentido.

Pero no. No a esas alturas y en aquel momento. Amenazarían su carrera y también la de Rory.

¿Podría Qabil estar detrás de todo? No: perdería aún más que él. A sus compañeros policías no les haría ninguna gracia.

Hablaría con Rory después del trabajo. Pero primero averiguaría qué quería el chantajista. Advirtió que no sabía cuánto dinero tenían. Sería mejor averiguarlo antes de almorzar. Comprobó su reloj: dos horas.

Iba a llamar al banco cuando recordó el segundo mensaje. Era Rory pidiéndole que lo llamara. Pulsó «índice-1».

Aurora

Su línea personal sonó y la atendió. Era Norman respondiendo a su llamada.

—Tenemos compañía esta noche, cariño. ¿Te acuerdas de los Slidell, de Yale?

Él asintió y se frotó la barbilla.

—¿Vegetarianos?

—Eres sorprendente. Él es vegano, creo, Lamar. Al menos lleva un signo de igual en la corbata, de la Iglesia de la Razón.

—Vale. —Norman parecía distraído—. Iba a ir al centro a almorzar. El mercado no está abierto; veré qué tiene Publix.

—¿Nada de huevos ni queso?

—Cielos, no. No esclavizaría a nuestras criaturas amigas. —

No sonrió.

—¿Te ocurre algo?

—Una mala mañana. Ya hablaremos más tarde.

—Podemos hablar ahora. Aquí no hay nadie.

—No... no, tengo que comprobar unas cosas...

—Quiero decir que los Slidell me acompañarán cuando llegue a casa.

—No importa. Después.

La pantalla se apagó.

Ella estuvo a punto de volver a llamarlo. Algo le estaba inquietando. Pero sonó el otro teléfono, su línea pública.

—¿Buenos días? —Había visto a la mujer antes, pero no podía situarla.

—Buenos días, doctora Bell. June Clearwater, oficina del alcalde.

Naturalmente, el alcalde se había enterado de la emisión de aniversario y quería «información». Quería asegurarse de que Rory mencionaba Gainesville, supuso. Apareció en línea.

—Señor Southeby. «¿Información?»

Él mostró profesionalmente un puñado de dientes.

—Rory. Acabo de enterarme de tu plan de rodaje y quería...

—Espera. ¿Tú sabes mi plan y yo no?

—Las cámaras acaban de salir de aquí —dijo él, un poco a la defensiva—. Iban a ir a verte a continuación.

—Maravilloso. Se suponía que tenían que llamar. —Al instante, el icono de llamada en espera asomó en la esquina de la pantalla—. Son probablemente ellos. Te llamaré más tarde, Cameron.

Pulsó «control#», para grabar.

Era el rector Barrett, el rostro sombrío.

—Rory. ¿Te acuerdas de un joven llamado Ybor Lopez?

—¿Como Ybor City? Me suena vagamente.

—Solía trabajar en el despacho de Deedee.

—Solía... ¿es el que arrestaron el mes pasado?

—Eso es, por un delito de datos. Estaba husmeando en tus archivos, entre otros. ¿No se ha puesto en contacto contigo, entonces, desde que lo arrestaron?

—No que yo recuerde. Puede que lo haya intentado... probablemente tengo cinco o diez personas llamando a este número por cada una que consigue conectar. Podría hacer que alguien com-

probara el archivo.

—Eso estaría bien... hum... la policía podría molestarte al respecto: acaban de llamarme. Lopez murió en la cárcel esta mañana, en circunstancias sospechosas.

—Oh, es una lástima. ¿Por un delito informático?

—No sé más detalles. Pero me ha parecido conveniente advertirte.

—Gracias. (Todo lo que necesitamos es un puñado de poliscodo con codo con los periodistas.) Si algo sucede te lo haré saber. Buenos días.

Rector Barrett

—Buenos. —Ella interrumpió la conexión. Era una mujer ocupada, con aquella emisión para el cubo de esa noche.

Había una enloquecedora falta de información acerca de aquel asunto.

Antes de llamar a Deedee, hizo un rápido repaso mental de lo que había sucedido un mes antes:

Había vuelto de aquella maldita reunión, tras pedirle a Deedee que usara a Lopez para investigar a Aurora Bell. Se estaba arreglando antes de almorzar y una brillante bandera roja apareció en su pantalla: una advertencia de seguridad. Decía que Ybor Lopez estaba irrumpiendo en la codificación de los archivos personales. Así que no era tan bueno como Deedee decía.

Aunque habría preferido que Ybor se marchara sin ser molestado, el gato ya había saltado de la cesta, fuera lo que fuese que significara aquello. Así que cursó una petición de arresto y dijo que se encontraría con el oficial en el edificio de física.

Luego vino la cagada del dardo aturdidor. Había conseguido guardarse en el bolsillo el cristal de datos eyectado. El sargento lo había visto pero no había insistido.

No había gran cosa en el cristal, excepto montones de datos sobre Deedee y Bell. Por algún motivo, Lopez estaba indagando

los detalles de la compra de una puerta de garaje por parte de Bell. Si hubieran llegado unos minutos más tarde, tal vez hubiese dado con algo interesante. Lopez no había seguido esa extraña pista sin movivo.

Trató de imaginar la puerta del garaje de Bell. No tenía nada de particular.

Barrett se quitó sus anacrónicas gafas y se frotó los ojos. ¿Había asesinado indirectamente a aquel joven al pedirle a Deedee que investigara a Bell? Sólo había hablado al respecto con Deedee una vez, justo después de la detención. Lopez no había tenido oportunidad de decirle nada.

Su línea personal sonó y él le dio un manotazo al botón. Era Deedee, con los ojos enrojecidos y llorosos.

Deedee

—Dios mío, Mal. ¿Qué hemos hecho?

—¿La policía ha hablado también contigo?

—No... sale en las malditas noticias. Alguien lo ha asesinado.

—¿Qué? El poli dijo...

—Sobredosis, eso es lo que dicen en las noticias. Pero una sobredosis de una DD como José y María es algo imposible, y la gente que está enganchada a ésa no toma otras drogas. No funcionan...

—Pero ¿por qué querría nadie matarlo? Era sólo un *hacker* menos bueno de lo que creía ser.

—No lo sé. Tal vez estaba trabajando para alguien más aparte de mí, de nosotros. Y descubrió algo peligroso.

—Sí. Dudo que fuera Rory Bell.

—La maldita droga puede que tenga algo que ver. No se compra en los supermercados. —Se secó los ojos con un pañuelo—. Si tenía una fuente en la cárcel, podrían haberlo matado fácilmente poniéndole veneno en la dosis.

—Entonces tal vez estaban simplificando las cosas para la

prensa al decir que fue una sobredosis.

—O le echaban tierra al asunto. Si conseguía droga en la cárcel, probablemente se la suministraba la policía.

Malachi dio un respingo.

—¡Deedee! Tal vez no deberíamos hablar de estas cosas por teléfono. ¿Podemos vernos en alguna parte?

Ella miró su reloj.

—Tenía una clase dentro de noventa minutos, pero podría darla dormida.

—¿Nos vemos en el mercado? ¿En donde venden el café? En cuanto puedas.

—Salgo para allá.

Su imagen se apagó. Ella colgó, desconectó el escudo de intimidad y miró a su alrededor: no había nadie más en el despacho. Sacó el maquillaje del bolso, se lo aplicó en los ojos y se retocó el tatuaje. Tardaría diez minutos en llegar resoplando al mercado.

Preparada hasta cierto punto, recogió un sombrero y los apuntes de su clase y salió al pasillo para bajar por la escalera. Un poco de ejercicio, sin usar el ascensor, y menor probabilidad de encontrarse con alguien.

Ya hacía calor y bochorno, bajo un cielo que parecía metal pulido. Deedee recordaba su infancia en Nueva York, donde a veces nevaba en octubre, o al menos en Halloween. Pero Nueva York era ahora más cálido también. La casita de fin de semana de sus padres en Long Island llevaba una década bajo el agua.

Compró un café helado a un chico negro vestido de campesino italiano y se sentó a la sombra en una mesa de picnic, fingiendo estudiar sus notas.

Pobre Ybor. Se odiaba a sí misma por haber hecho que fuera a la cárcel. Y él se había mantenido leal durante el juicio, sin implicarla. ¿Había mantenido su silencio en la cárcel? ¿La gente que lo había matado sabía ahora que ella era su cómplice?

Cómplice, demonios. Ella era la criminal e Ybor sólo una herramienta conveniente. ¿O compartían la culpa Malachi y ella? ¿No había empezado él?

Malachi se sentó pesadamente frente a ella, frotándose la nuca y sus diversas papadas.

—¿No traes sombrero, Mal?

—Lo olvidé y no me di cuenta hasta que fue demasiado tarde.

¿No crees que pudo ser una sobredosis?

—No; eso es imposible con las DD biorreflexivas. Si te pinchas diez veces, el efecto sería de la misma intensidad y duración que el de una dosis. Supongo que te dolería más el pene.

Él hizo una mueca.

—Pedí una copia del informe policial. Eso es legítimo. Seguimos siendo sus jefes. Pero dudo que contenga algo de interés.

—Será mejor que no. Algo de interés probablemente nos señalaría. O al menos a mí.

—También podría señalarme a mí. Durante la confusión del arresto, recogí el cristal en el que estaba trabajando. El policía me vio hacerlo, o hacer algo, y me interrogó más tarde. Conseguí escurrir el bulto. Pero si eso aparece en su informe, podrían venir a hacer preguntas.

—Probablemente no. Una muerte por drogas en la cárcel. Seguramente habrán despejado su celda para el siguiente tipo y habrán cerrado su archivo. ¿Pudiste leer el cristal?

Malachi asintió y se secó la cara con el húmedo pañuelo blanco.

—Apareces tú además de Aurora. ¿Le pediste que lo hiciera?

—No. —Eso era interesante—. Supongo que estaba intentando averiguar algo sobre mí, para usos futuros. ¿Encontró algo?

—Oh, no lo he leído —dijo él lentamente—. El archivo sobre Aurora es diez veces más grande; tuve que dedicarle todas las tardes de una semana. No hay nada, por lo que he podido ver.

—Tal vez no seas lo bastante retorcido. Déjame ver una copia.

Él se sacó un cubo del bolsillo y lo colocó entre ambos.

—Quédate el original. A mí no me sirve de nada.

Ella hizo rodar el cristal entre sus dedos.

—Supongo que ahora es cuando juramos no traicionarnos el uno al otro.

—Confío en ti, Deedee.

—Menos mal. —Se quitó las gafas de sol y le miró directamente a los ojos—. Podría colgar tu culo tan alto...

—¿Está bueno el café?

Deedee se volvió, sorprendida. Era aquella loca que empujaba el carrito de la compra.

—Sí. Sí, está bueno.

—Lamento que alguien muriera. —Se apoyó en el carrito y

pasó de largo—. Yo también tengo mi café.

Suzy Q

Es curioso. Siempre se nota. Alguien murió y ambos se sienten culpables. Él es un pez gordo, lo he visto dar discursos. Ella es profesora y se lo toma en serio. Me pregunto si mataron a alguien como yo maté a Jack. ¿A quién no apreciarían lo suficiente para hacerlo? Tal vez están enamorados y fue su marido o su esposa, o ambos. ¿Dónde se pueden dejar los cadáveres hoy en día? Con ese nuevo centro comercial en el pantano. Encima del viejo Jack, allí tendido y mirando los vestidos de las niñas mientras caminan sobre él, y no puede hacer nada.

Ésa es una buena idea, él todo huesos pero todavía puede ver. Y un hueso allí abajo pero sin jugo para acompañarlo. El que a hierro mata a hierro muere, o con una sartén. Qué estropicio en la alfombra, menos mal que teníamos tantos gatos.

Tal vez no podía ver tan bien, los ojos le colgaban o algo así. Recuerdo que cuando lo saqué a rastras del maletero del Chevy para tirarlo al pantano, casi le di la vuelta para que mirara el infierno, y luego pensé que no, que mire a Dios y a Jesús y a María. Ahora mira los vestidos de las niñas. Eso es gracioso. Y ahora viene mi chica favorita, con su café y su pan para mí.

Sara

—Aquí tienes, Suzy Q, y un dulce; un par de rollitos almen-
drados que sobraron.

—Tú sí que eres dulce. Muchas gracias. —Colocó con cuida-

do los rollitos y el café en la bandejita plegable del carrito.

Llevaba varias capas de ropa con aquel calor asfixiante, tenía el rostro colorado y sudoroso.

—No tienes que llevar toda esa ropa encima, ¿no, Suzy Q? Pareces acalorada.

Ella asintió.

—No me importa pasar calor y me protege de los rayos. Vine aquí por el calor, pero eso fue antes de los rayos. No quiero el cáncer.

Sara se ajustó el sombrero.

—Ahí llevas razón.

—¿Sabes? —continuó—, podría dejar la ropa de más en alguna parte y nadie se la llevaría. Lo sé, aunque la ciudad está llena de asesinos, pero el problema es que a lo mejor no me acuerdo luego de dónde la dejo. Y cuando llegue el invierno pasaré un montón de frío.

—Ya estamos en noviembre, Suzy Q. Ya no hace frío de verdad.

Ella se echó a reír, un silbido nasal.

—Eso es lo que dicen, sí. Pero hay que tener cuidado. —Tomó un sorbo de café y continuó—: Hay que tener cuidado con los asesinos.

Siempre es un buen consejo, pensó Sara, mientras la veía marcharse y esperaba a que lo dijera. Se detuvo y se dio la vuelta.

—¿Sabes que nevó el día en que nací?

—¡No me digas!

Suzy Q asintió despacio y continuó su camino. Sara entró en el restaurante.

José estaba cortando cebollas.

—Con eso bastará probablemente. Hace demasiado calor.

Las flores de cebolla se vendían realmente cuando refrescaba. Aquel año parecía que los alienígenas llegarían antes que el invierno.

Y aquí viene el señor Alien en persona, el extranjero residente, Pepe Parker.

—¿Qué va a ser, Pepe?

—Café con leche, por favor. —Se sentó en la barra—. Y una cita, si quieres bailar.

—¿Qué?

—Inauguran un nuevo club en Alachua esta noche. Cosas antiguas: tango, samba. Club nuevo, chica nueva, ¿qué dices?

Ella sonrió y metió una taza de leche en el microondas.

—Pepe, hace años que no bailo. Tuve un accidente y aún me falta una operación para poder salir a la pista de baile. —La campanita sonó y ella sacó la leche—. Pero gracias por pedírmelo.

—La profesora Bell me lo contó... es terrible. ¿Llegaron a detener al que lo hizo?

—No. —Ella midió una cuchara sopera de Bustelo y la echó en la leche, junto con el azúcar—. Creo que sé quién fue. Pero nunca podría demostrarlo.

—Gracias. ¿Quién?

Ella miró en derredor. Los dos clientes se habían marchado y José estaba entretenido en su tabloide. Bajó la voz.

—No eres ningún *boy scout*, ¿verdad, Pepe? Quiero decir, ya sabes cómo funciona el mundo.

—Tanto como cualquiera, supongo.

—Tenemos que pagar protección, para impedir que las bandas ataquen el café. ¿Te sorprende?

—No. Me parece triste, pero no.

—Hay un tipejo que viene a mediodía, todos los primeros de mes, para recoger sus quinientos pavos. Se llama a sí mismo «Mister Smith», pero todo el mundo sabe que es Willy Joe Capra.

—¿Él lo hizo?

Ella asintió.

—O al menos sabe quién lo hizo. Lo ha dejado bien claro.

—¿Y no puedes ir a la policía?

Ella sacudió la cabeza un instante, en silencio, y luego se le saltaron las lágrimas, la boca convertida en una mueca tensa.

Pepe

Le tendió la servilleta que ella acababa de darle.

—El hijo de puta.

Sara se la llevó a los ojos.

—Tal vez debería hacerlo. Pero me temo que si voy a la policía, lo detendrán y saldrá libre. Y una semana o un mes o un año después tendré otro accidente. Y en ese momento Willy Joe estará en la iglesia o hablando con el Lions Club o algo parecido.

—El diablo nunca olvida una cara. La gente como él acaba por recibir su merecido.

—No. —Arrugó la servilleta y se la guardó en el bolsillo—. Esto es el mundo real, ¿recuerdas?

Pepe sirvió azúcar en su café y lo removió despacio.

—No hay nada que podamos hacer la gente como tú o como yo. Si nos cargamos al hijo de puta, acabamos eligiendo la puerta.

—En vez de conseguir una medalla. —Ella limpió el mostrador—. ¿Quieres algo de comer?

—No, gracias. Acabo de desayunar.

Se había saltado el desayuno, en realidad, porque necesitaba perder unos cuantos kilos. Sólo tenía una maleta de ropa y quería que le durara otro par de meses. El *kilt* y los pantalones le estaban estrechos de cintura y los tirantes habían pasado de moda el año anterior.

Bebió el café tan rápido que se quemó un poco. Estaría bien poder hacer algo con ese Willy Joe. Se permitió una fantasía adolescente sobre la gratitud de Sara. Pero ese tipo de cosas formaban parte de su trabajo.

Puso un billete de diez bajo el plato y les dijo adiós con la mano a Sara y su compañero. No por primera vez, se preguntó si habría algo entre ellos. Su afecto mutuo era obvio.

El cuerpo de ella sería extraño. Pero eso podía resultar atractivo.

Con esos pensamientos eróticos salió del café y se detuvo en seco, paralizado por una mujer. Iba vestida como cualquier otra estudiante, con vaqueros y camiseta sin mangas y sombrero para el sol. Pero poseía una belleza clásica cincelada y un porte perfecto, e irradiaba sexo.

Gabrielle

Apenas advirtió que el guapo cubano le echaba un vistazo y se quedaba allí parado como un ciervo deslumbrado por los faros de un coche. Cada vez que atravesaba el campus los ojos la acariciaban. ¿La reconocía alguien por las películas? No era probable. Solo había mostrado su rostro dos veces.

Odiaba la física, pero no podía posponerlo más. Tenía que elegir química como optativa el siguiente semestre y, para hacerlo, necesitaba la física.

Así que hoy estudiaban la dinámica de fluidos. Un médico tiene que saber de fluidos. En su otra personalidad, sabía mucho de ellos. El semen te escuece en los ojos y hace que parezca que tus pestañas se han pegado con cola. Pero era mejor que el material falso con el que Harry la rociaba a veces. Una solución de jabón y glicerina y un poco de polvo blanco. Picaba aún más en los ojos y hacía que olieras como una casa de putas barata. Ésa era una de las observaciones favoritas de su padre: hueles como una casa de putas barata. Justo antes de marcharse de casa, pudo darle la réplica obvia: «Lo sabes bien, ¿no, papá? Algún día tendría que buscar una casa de putas barata y entrar a oler.»

Una cosa buena que tenía la física era el edificio, con aire acondicionado al máximo. Atravesó la puerta y fue como entrar en un frigorífico. Soltó los libros y el sombrero sobre una mesa y se secó el sudor de la cara y el pelo con un pañuelo.

Una mujer hermosa y cuidadosa entró y le dirigió una mirada familiar: apreciación, hostilidad, neutralidad. Tenía un tatuaje azul de cáncer en la mejilla: la doctora Whittier.

Deedee

—Oh, hola. Estás en uno-cero-uno.

La hermosa muchacha asintió.

—Gabrielle Campins.

Ella relacionó el nombre con el rostro. Estudiante de medicina, tenía problemas con las matemáticas.

—Nos vemos en clase.

Trata de actuar con normalidad después de saber que has matado a un hombre.

Lo mató al chantajearlo para que cometiera un acto ilegal. Dirigido contra una amiga y colega.

La puerta del despacho de Rory estaba abierta. Por impulso, llamó y se asomó. Rory alzó la cabeza.

—Hola, Rory. ¿Estás preparada para Su Santidad?

Aurora

—Su gilisantidad. Todo lo preparada que puedo estar. — Tenían una reunión con el reverendo Kale y algunos de sus secuestrados al día siguiente—. Me he enterado de lo de Ybor Lopez. Lo siento.

Deedee tembló momentáneamente y un escalofrío le recorrió la espalda. ¿Podría haber habido algo entre ellos? El teléfono sonó, salvada por la campana.

—Tengo que dar clase —dijo Deedee, con la voz temblorosa—. Te veré más tarde.

—Hasta luego.

Aurora atendió el teléfono.

Era Marya Washington. ¿Podían venir dentro de veinte o treinta minutos? Rory dijo que sí y colgó de la puerta de su despacho el cartel de «NO MOLESTEN AL OGRO». ¿Cuánto podía leer del artículo en veinte minutos?

Consiguió pasar la primera página de un artículo de la *Revista de Astrofísica* escrito por un amigo de Tejas que había encontrado una correlación consistente entre la latitud galáctica y la duración de un tipo de productores de rayos gamma a corto plazo. Eso po-

día implicar un origen local, o al menos no extragaláctico. O matemáticos esperanzados, al menos.

Llamaron de Seguridad y ella quitó el cartel de su puerta y dejó pasar a la joven y su «equipo», un joven que cargaba con tres cámaras.

—Bienvenida a Gainesville, Marya. ¿Cómo está Nueva York?

—Dios, no pregunte. Es un milagro que saliéramos. —Una tormenta de dos días acababa de remitir—. Pudimos conseguir un viejo helicóptero en el JFK esta mañana. De lo contrario, todavía estaríamos atascados en el tráfico. Si se puede llamar «tráfico» a algo que no se mueve.

El operador sugirió un sitio donde colocar las cámaras y Marya asintió.

—Sé que no hay ninguna revelación —dijo—, pero ¿tiene algo nuevo? ¿O que yo pueda pretender que es nuevo?

—Cuando quieras —dijo el cámara—. Actúe con naturalidad, señora. Ya lo montaremos más tarde.

—Bueno, Marya... esto no es nuevo exactamente, es de la semana pasada. Pero no estoy segura de que nadie sepa toda la historia.

—Se refiere al rebote de la cosa.

—Exactamente. —¿Cómo expresarlo diplomáticamente?—. Ustedes informaron de ello, igual que otra gente. Pero es algo más importante de lo que se dijo.

Marya sonrió.

—Muy bien. ¿En lenguaje llano?

—Les enviamos un mensaje y ellos lo devolvieron. ¿Puedo decir «mensaje»?

—Hasta ahora va bien.

—Volvió sin distorsión alguna. Nosotros no podríamos hacer eso. Punto.

Marya cerró los ojos y se frotó el puente de la nariz.

—Sí, vale. Lo recuerdo. —Agitó una mano ante una de las cámaras—. *Off the record*, Rory, no podemos colar eso.

—Ellos interceptaron una señal que viraba al azul, en un marco de referencia acelerado relativísticamente. Lo grabaron y lo reemitieron con la distorsión compensada exacta. La señal que recibimos fue la misma, idéntica, que enviamos.

Marya se echó a reír y sacudió la cabeza.

—Jesús, Rory. ¿Quiere bajar al mundo por un minuto? ¿Al mundo real?

—Vale. —Rory sonrió también—. Así que no podrán «colarlo».

—Mire, es peor que eso. Tenemos que prever la respuesta a esta historia. Publicamos su versión y tres de cada seis tabloides se nos echarán encima. «Recibimos exactamente la misma señal.» ¿De dónde creen que dirán que procede? ¿Del espacio exterior?

—Por supuesto que vino del espacio exterior.

—Ni hablar del peluquín. Vino de usted.

—¿Qué?

—Está usted intentando mantenerse en el candelero. Así que se inventa una historia.

—Dios, ¿sabe lo que está diciendo? Es ridículo.

—No lo es, doctora Bell —terció el cámara—. La gente quiere pensar en conspiraciones. Quiere estar en el ajo. Se puede vender de todo si está en contra del *establishment*.

—¿Yo soy el *establishment*?

—Usted es la autoridad —dijo Marya—. Bobby tiene razón. La mejor manera de hacer pública esa historia es dejar que otra persona la anuncie y que usted la niegue acaloradamente.

Rory advirtió que se estaba incorporando y se sentó.

—Esto es como *Alicia en el país de las maravillas*. Entonces, ¿qué hacemos?

—Justo lo que hemos hecho. No le damos importancia, así que cuando lo repitamos la semana que viene, será historia pasada. Es rutina, luego debe de ser verdad.

—Entonces será cuando la gente advierta lo importante que es —dijo Bobby—. Se hace continuamente, en política.

—Parecerá como si yo, o nosotros, no hubiéramos comprendido lo importante que fue en su momento.

—No hace falta ir tan lejos —dijo Marya—. No lo haga público ahora y más tarde parecerá que ha sido cautelosa. Conservadora.

—Vale. Usted es la jefa.

Marya sonrió y asintió al cámara.

—Buenas noches. Ha pasado exactamente un mes desde el descubrimiento de la Venida y hemos dejado atrás las nevadas de Nueva York para volver a visitar a la doctora Aurora Bell en la

Marya

La entrevista salió bastante bien, aunque tuvieron que pedirle a Rory que repitiera algunas cosas en términos cada vez más simples. Terminaron a las diez; sólo quince minutos más tarde de lo previsto.

Y unos dos minutos más tarde para el parquímetro. Marya vio el gran camión blanco de remolque a media manzana de distancia, miró su reloj y echó a correr.

Era un gran flotador pesado con un lecho lo bastante amplio para albergar un coche de pasajeros grande. Podía aparcar paralelo a un coche y, usando una especie de pala, levantarlo y subirlo a bordo en un periquete.

Marya llegó justo cuando estaba levantando el coche. Era un joven negro.

Su intuición sopesó encanto contra indignación mientras corría a la ventanilla del conductor.

—Lo siento, señor. Me he retrasado un minuto o dos.

El hombre la miró, cansado.

—Si se va a retrasar, debería aparcar en el campus. Si se aparca en la calle, recibo una llamada en cuanto se le acaba el tiempo, automáticamente. ¿No lo sabía?

—No. Soy de Nueva York.

—Bueno, disfrute del sol. Puede recoger su coche en el depósito de la policía a partir de las doce. Traiga cuatrocientos *pavos* y esté preparada para pasarse allí un par de horas.

—Oh. —Marya sonrió—. La tarjeta de prensa del parabrisas no...

Entonces la reconoció.

—No, señorita Washington. Nadie escapa a la ira del Departamento de Policía de Gainesville.

El cámara los alcanzó.

—Por favor, ¿no podríamos pagar la multa aquí y seguir nuestro camino?

—¿Eso es lo que hacen en Nueva York?

—No —dijo él—. En Nueva York pagamos un pequeño suplemento.

—Como quinientos en vez de cuatrocientos —dijo Marya. Dobló un billete y se lo ofreció.

El conductor miró arriba y abajo de la calle y luego empujó una palanca entre los asientos. El coche bajó suavemente al suelo. Agarró el billete y se lo metió en el bolsillo de la camisa.

Tomó una vara del salpicadero.

—Ponme con la comisaría.

Rabin

El sargento Rabin se acercó a la mesa de la encargada. La mujer sonreía y sacudía la cabeza mientras hablaba.

—Sí, uno de esos parquímetros. Es un delito. Hasta luego. — Se quitó los auriculares y los dejó caer sobre la mesa—. Esos tipos de los camiones ganan más que el alcalde.

—Y que lo digas. ¿Tienes un arma para mí?

—Por aquí anda. —Abrió un cajón y sacó una caja blanca con la etiqueta PRUEBA—. ¿De qué va la historia?

Él abrió la caja y sacó la pistola.

—Probablemente sea el arma de un crimen. La tiraron al lago Alice.

Era un brillante revólver cromado, tal vez de unos cincuenta años de antigüedad.

—Unos chicos lo vieron en los bajíos durante una clase de biología y lo pescaron.

Señaló el cañón corto, de un metal más oscuro levemente oxidado.

—Es curioso. El forense dice que es un cañón fabricado a mano, alisado, un poco más grande que la bala del Magnum 44.

— Así que no puedes seguirle la pista.

— Tal vez, pero no tiene sentido. Si encontramos un agujero del 44 en alguien que no muestra rastros de haber recibido un disparo, entonces sabremos que viene de esta arma.

— ¿Tienes un cadáver?

— Todavía no. Pero esto no llevaba en el agua más de un par de días. Estamos buscando.

— Buena suerte.

— Sí. Mientras tanto, iré a echar un vistazo a los prestamistas y las casas de empeño locales, a ver si alguien dice: «Oh, claro, se lo vendí a John Smith la semana pasada.»

— Parece un trabajo divertido.

— Creo que el término técnico es «trabajo de mierda». Pero tal vez pueda hacer algunas compras de Navidad en la casa de empeños. Les compraré a las chicas un par de pistolas a juego.

— Que empiecen temprano.

Rabin tenía dos gemelas de cuatro años. El teléfono sonó y él se despidió.

Había dos casas de empeño a unas manzanas de la Sexta, así que decidió dejar el coche patrulla e ir andando. Almorzaría por allí también.

No era el mejor barrio de la ciudad, pero no había casas de empeño en la zona residencial. Ni comisarías. Le divertía pasear de uniforme y ver las expresiones de la gente: tratar de parecer inocentes era un verdadero esfuerzo para algunos.

Había dos tiendas grandes, una al lado de la otra. Se decidió primero por la más alejada: el propietario era un tipo bastante de fiar.

Entró en el aire frío. Probablemente mantenían el aire acondicionado al máximo para minimizar el olor a desván, moho y polvo, lubricante para armas y cera para muebles. A Rabin le fascinaban esos sitios, pero no el mostrador de las armas. Todas las biografías dispersas. Historias de vidas, historias de muertes. Juegos de herramientas completos, instrumentos musicales gastados, curiosos aparatos de cubo y cámara. Te daban tan poco por ellos que sus dueños debían de estar muertos o desesperados. O ser unos ladrones.

La campanita de la puerta al cerrarse sacó al propietario de un cuarto trasero.

—Qabil. ¿Qué puedo venderte? ¿Puedo comprarte tu arma?

—Sí, y mi pulgar también. —Su pistola estaba sintonizada con la huella de su pulgar—. ¿Quieres comprobar esto?

Colocó la caja sobre la vitrina de cristal llena de armas.

—Una prueba, ¿eh? ¿Qué ha pasado?

—Un tipo va por ahí matando a dueños de casas de empeños. ¿Tú qué crees?

Él sacó torpemente el arma de la caja y acarició con el pulgar la base de la culata, de donde habían borrado el número de serie.

—Bonito cañón. No es exactamente un arma de francotirador.

Sacó el cilindro y echó un vistazo.

—Ruger dejó de fabricarlas en los años diez. Las veo de vez en cuando.

—Apuesto a que sí. Eso fue antes de que empezaran las ID isotópicas.

—A mí me lo vas a decir. No creo que ésta pasara por la tienda, quiero decir con el cañón original y el número. No veo muchas cromadas, de ningún calibre.

—¿Crees que el cromado es de fábrica?

Sacó un par de gafas de aumento, se las puso y examinó los bordes y la superficie del arma.

—Sí. Lo garantizo. —Se quitó las gafas y volvió a guardar la pistola en la caja.

—¿Qué mas?

—La sacaste del agua, pero no llevaba allí mucho tiempo. Aparte de eso, la pistola está prácticamente nueva. Probablemente se la robaron a algún coleccionista. Eso debe de ser. Yo empezaría por ahí.

—¿Qué vale?

—En realidad, nada. Sin el cañón yo no la tocaría. Obviamente es un arma de atraco. Si tuviera el cañón original, cinco o seis de los grandes. Antes de su pequeño baño.

—¿Y en la calle?

—Tal vez mil, tal vez mil quinientos. Deberías preguntarle al tipo de al lado.

—Creo que lo haré. —Rabin cerró la caja y se la puso bajo el brazo—. Gracias, Oz. Has sido de gran ayuda.

—Lamento no haberla podido identificar. Buena suerte.

—Adiós.

Cuando abrió la puerta el sol brillaba tanto que los ojos le lagrimearon. Pisó el suelo de grava y se acercó a la escalera de madera sin pintar, camino de la tienda de al lado.

La puerta se abrió por sorpresa, como un bofetón. ¡Norman Bell!

Norman

El corazón se le paró y volvió a ponerse en marcha.

—Qabil. Yo... no sé qué... buenos días.

—Hum... buenas. ¿Cómo te va?

—Bien... bien.

¿Podría estar en el ajo? No, él nunca.

—Vi a tus hijas hace un par de semanas. Están creciendo rápido.

—Sí que es verdad. —Se produjo un silencio incómodo; sopeó la caja—. Tengo que ver a un tipo respecto a un arma.

—Oh. Claro. —Le mantuvo abierta la puerta. Rabin entró y entonces se detuvo.

—¿Qué haces por estos barrios? ¿De paseo?

—Vengo por aquí de vez en cuando, buscando guitarras antiguas y esas cosas. Hoy no hay nada.

Él asintió.

—Veo a tu esposa en el cubo a todas horas. Tiene buen aspecto.

—Oh, sí. Está bien.

La única vez que se vieron estaba conmocionada. En la cocina, ella con los ojos abiertos y él con la boca llena.

—Ten cuidado —susurró con ternura, y se volvió hacia la vitrina de las armas y el mostrador.

Norman por fin se sacudió la parálisis y bajó la escalera. Si Qabil hubiera entrado un par de minutos antes, habría interrumpido una transacción ilegal.

El prestamista no diría nada. Era más culpable que Norman

por vender una pistola sin período de espera ni comprobación de identidad.

Tenía que ser una coincidencia. Rabin no estaría metido en algo que podía costarle el trabajo y la familia y meterle en la cárcel durante veinte o treinta años. Como si un poli fuera a durar más de un año entre rejas.

Norman se quedó junto a su bicicleta y pensó en esperar a que Qabil saliera. Para contarle lo de la amenaza y conseguir su ayuda. No podía hacer nada legalmente sin arrojar su vida por la borda. Pero tal vez pudiera hacer algo ilegal.

Tal vez más tarde. Primero hablaría con el abogado y su amigo el matón. Tal vez provocarían un tiroteo delante de los clientes del restaurante y simplificarían las cosas para todo el mundo.

Colgó la bolsa del manillar. Era embarazosamente pesada, con el revólver chato y una caja de balas. Tenía que encontrar un sitio seguro para cargarlo.

Recorrió un par de manzanas ciudad arriba y aparcó su bici frente a unos billares donde nunca había estado. Así no lo reconocerían. Tomó la bolsa y se internó en una oscuridad que apestaba a marihuana y cerveza derramada.

Todavía no había clientes. Avanzó entre las filas de desvencijadas mesas de billar hasta la pequeña barra del fondo.

Tres burdos juegos de RV, de al menos veinte años de antigüedad, y una máquina del millón de hacía un siglo, polvorienta y oscura, con el cristal resquebrajado, ocupaban una pared con un cartel que decía ¡NO USE PALABRAS VERDES, CARAJOS! bajo un brillante holocubo de la presidenta, toda sonrisas, con un casquete de pelo perfecto guardando sus dos células cerebrales.

El camarero no estaba a la vista, sino sacudiendo botellas en una habitación trasera. Llamó:

— ¡Momentito!

Y de hecho tardó sólo un momento.

Era un hombretón negro con sorprendentes ojos azules, obviamente cubano. Brillantes dientes de metal.

— ¿Qué va a tomar?

— Una Molly de barril. ¿Puedo usar el cuarto de baño?

— Claro. No lo he limpiado todavía.

Norman se preparó para un infierno olfativo, pero no estaba tan mal en ese aspecto. El urinario era una cubeta de metal que,

evidentemente, dispensaba un poderoso antiséptico. Pero había sangre en el suelo y una huella de sangre seca en la puerta del retrete.

Abrió la puerta y no encontró ningún cadáver, así que la actividad de la noche anterior había sido la resolución de un conflicto en vez de un asesinato. Echó la llave, se sentó y abrió la bolsa.

Había comprado un revólver antiguo por su fiabilidad. Haría mucho tiempo, más de treinta años, que no disparaba un arma. En el 2020 había matado a un par de docenas de hombres por el crimen, lo decía siempre, de llevar el uniforme del otro bando. Algo que tenía en común con Qabil, aunque entre sus guerras hubiera una generación de diferencia y él fuera técnicamente el enemigo.

Para Norman no había enemigos en la guerra. Sólo víctimas. Víctimas del proceso histórico.

Pesado acero inoxidable. Jugueteó con un mecanismo lateral y el cilindro se abrió. Introdujo seis gruesos cartuchos en sus huecos y lo cerró.

Podía meterse el cañón en la boca y, una vez más, simplificarlo todo. Claro. Entonces Rory tendría que identificar sus restos y Willy Joe y sus colegas centrarían en ella su atención.

Además, simplificar iba en contra de su naturaleza. Volvió a cerrar la caja de cartuchos y pensó qué hacer con las diecinueve balas restantes. En un combate, querría tenerlas lo más a mano posible. Pero no podía imaginarse una situación en la que tuviera la oportunidad, o la necesidad, de recargar. Sabía que Willy Joe llevaba un arma; era parte de su forma de andar por el mundo. Tal vez su abogado iba armado, también, o habría guardaespaldas.

Había sobrevivido a dos heridas de bala, en el pulmón y la pierna, en la guerra. Tal vez sobreviviera a otra. Pero la verdadera lección de esa experiencia era apuntar a la cabeza.

Estaban experimentando con trasplantes cerebrales. En el caso de Willy Joe, cualquier cosa sería una mejora.

Pensó en tirar las diecinueve balas allí mismo, donde otro tipo podría emplearlas.

Pero con su suerte la policía las encontraría y lo localizarían. Suponiendo que sobreviviera al almuerzo.

Su parte racional le decía que había poco peligro; les resultaba inútil muerto. Pero otra parte de él siempre estaría en el desierto, combatiendo a otros hombres con armas, y no iba a enfrentarse a

otro tipo desarmado.

Además, Willy Joe no le parecía particularmente racional. Guardó las balas en la bolsa y sacó la ligera sobaquera de plástico. Dejó el revólver sobre el lavabo y leyó las instrucciones, luego se abrió la camisa y movió la cartuchera adelante y atrás rápidamente. Le calentó las manos. La colocó con cuidado bajo su brazo izquierdo y la ajustó en su sitio. Se le pegó como si tuviera cola, aunque por lo visto sacársela era indoloro. Enfundó la pistola, sintiendo su peso extraño pero tranquilizador, y luego vació la cisterna (una flagrante violación de la ley) y regresó al bar.

El camarero le estaba esperando. Tiró lentamente de la espita y llenó una jarra helada.

—Sabe, tengo buena memoria para las caras. Usted no ha estado aquí antes, pero lo he visto en alguna parte.

—No me extraña. Llevo viviendo en Gaineville unos cuarenta años.

La cerveza era de una nueva marca, suave pero con cierto sabor. Estaba helada y eso era de agradecer.

—Bien. Norman Bell. Soy profesor de música y compositor.

—Sí, sí. Lo he visto en el cubo con su esposa, la profesora Bell. ¿Qué le parece todo este asunto?

—Bueno, tengo que seguirle la corriente a mi esposa. Para preservar la tranquilidad doméstica.

El otro se echó a reír.

—Le comprendo.

—Pero ella se defiende bien. El día de Año Nuevo va a ser interesante.

—¿Hombrecillos verdes en el jardín de la Casa Blanca?

—Probablemente algo aún más raro. Algo que ni siquiera podemos imaginar.

El camarero se sirvió un vasito de cerveza.

—Sí, estuve leyendo... ¿por qué no nos envían una foto? ¿Tienen miedo de lo que pudiéramos hacer?

—Por lo que dice mi esposa, no tienen ningún motivo en absoluto para temernos. Podrían freír el planeta si hacemos un gesto amenazador.

—Jesús.

—Pero hay un montón de explicaciones inocentes. Tal vez no envían fotos porque no hay nadie a bordo: tal vez no es más que

un robot programado para actuar, a la escucha de ondas de radio. Eso es lo que piensa Rory. Mi esposa.

—Eso estaba en el artículo. También dicen que pueden ser invisibles. Hechos de energía.

He tenido estudiantes así, pensó Norman.

—No creo que haya nada confirmado al respecto. Saben un montón sobre nosotros, evidentemente, y no quieren que sepamos mucho sobre ellos. Es lo que sucede en cualquier operación militar.

—Entonces podemos besarnos el culo y decirnos adiós.

—No necesariamente. No sabemos nada sobre su psicología. Puede que estén siguiendo algún tipo de ritual. O manteniéndonos en suspenso como una especie de broma. ¿Quién sabe?

—Sí, supongo. —Limpió despacio la barra—. ¿Están haciendo algún tipo de preparativo?

—¿Quiere decir preparativos de emergencia? —Se encogió de hombros—. Sólo lo que tenemos a mano para los huracanes. Un montón de agua y comida. Me preocupa más el pánico de la gente que los alienígenas.

—A mí también. Debería ir a la tienda de empeños y conseguir un arma.

Norman dio un respingo.

—¿Cómo?

—Es lo que yo he hecho. Un tipo en el bar dijo: «La munición te ayudará en momentos sin comida, pero la comida no te ayudará en momentos sin munición.» A los tipos que lo acompañaban les pareció muy gracioso. Luego uno de ellos susurró algo y me miraron y se volvieron a reír. Por ese tipo de gente fui y me conseguí el arma.

—Claro. Debe de tener unos clientes duros por aquí. —Norman indicó con un gesto el cuarto de baño—. Parece que tuvieron una buena pelea allí dentro anoche.

—Oh, mierda. ¿Se han cargado algo?

—No, sólo hay sangre.

El hombre asintió filosóficamente y cargó un cubo.

—Disculpe.

Norman se terminó la cerveza y se preguntó si debía dejar propina. No; el tipo no necesitaba más sorpresas aquella mañana.

De vuelta a la luz, sujetó su bolsa al manillar y bajó la cabeza

para evitar el resplandor: una zanja de desagüe. No había nadie a la vista, así que con un rápido movimiento sacó la caja de municiones y la tiró a la zanja.

Fue como si le hubieran quitado un peso de encima. Extraño. Supuso que el acto confirmaba que la función de la pistola era puramente defensiva.

Comprobó su reloj. Le quedaban veinte minutos y el restaurante estaba a diez minutos a paso lento. ¿Apareces temprano a un almuerzo de chantaje, o tarde, o a tiempo? Decidió que lo mejor sería llegar a tiempo y tomó un desvío por el gueto estudiantil, una zona que aún tenía árboles y sombra.

Allí vivía Qabil cuando se conocieron. Había ido a su apartamento un par de veces, aunque la casa era menos arriesgada. A menos que tu esposa volviera temprano.

El Salón de Té de Alicia probablemente conocía de sobras reuniones clandestinas. El único restaurante caro en un barrio de comedores estudiantiles tenía lo que solían llamar forma «recortada», un largo rectángulo con una fila de mesas.

Ellos estaban en la mesa del fondo y las dos más cercanas estaban vacías, con cartelitos de «RESERVADO». Por lo demás, el restaurante estaba lleno.

El *maître* se le acercó y Norman señaló la mesa.

—Voy a reunirme con ese grupo.

Las paredes estaban decoradas con cuadros mediocres o tirando a buenos de artistas locales. A Norman se le ocurrió que era una extraña elección para una supuesta reunión clandestina. Si el camarero de los billares lo había reconocido a primera vista, ¿qué posibilidad había de que aquí no lo hiciera nadie?

Bastante alta, en realidad. Lo del camarero había sido pura chiripa; aparte de sus estudiantes y de los clientes de los Hermanos, no había demasiada gente en la ciudad que lo conociera.

El abogado, si eso era, y Willy Joe y otro hombre, una pequeña comadreja huesuda de tez cetrina, lo observaron mientras recorría el pasillo. Se sentó sin decir nada.

El tipo cetrino tendió una mano.

—La bolsa. —Norman se la alcanzó—. Creo que huelo a lubricante de armas.

Norman trató de mantener una expresión imperturbable mientras el guardaespaldas, si eso era, abría la bolsa de la bici y

examinaba su contenido.

—Lo que hueles es aceite para las válvulas, genio. Soy músico. Estaba limpiando una trompeta.

Tal vez supieran algo sobre su vida sexual, pero dudaba que supieran qué instrumentos tocaba. Desde luego, no la trompeta.

—Está bien, Solo —dijo Willy Joe—. El profesor no traería un arma aquí.

El hombre cerró despacio la bolsa, mirándolo.

—¿Con quién estuvo?

—¿Qué?

—Ha matado a gente, quizás a montones. —Casi estaba susurrando—. Se nota por su modo de andar, porque no tiene miedo. ¿Fue soldado?

Aquel hombre era peligroso.

—En la División 101. Segundo del treinta y tres. Pero eso fue hace mucho tiempo.

—¿Mató usted a hombres, profesor? —preguntó Willy Joe tranquilamente—. ¿Además de follárselos?

Era interesante que no estuviera al corriente de aquel hecho elemental.

—Como decía, hace mucho tiempo. De ambas cosas.

El abogado se inclinó hacia delante, y susurró:

—No hay estatuto de limitaciones por ser maricón.

Norman sintió calor y una sensación de hormigueo en la palma de las manos, en la nuca, el cuero cabelludo. Adrenalina, epinefrina. Sabía que tenía la cara colorada.

Si no hubieran estado en un restaurante repleto, en aquel momento podría haber descubierto a cuántos podía matar antes de morir. Desde luego, a uno.

—No hay necesidad de insultar, Greg —dijo Willy Joe—. No usemos esa palabra.

—Me disculpo. Esto es una proposición financiera, no un juicio moral.

Norman permaneció completamente inmóvil.

—Continúe.

—Sabemos que su esposa lo sabe —dijo el abogado—. Sobornó a la policía. —Alzó la cabeza cuando vio que el camarero se acercaba.

—Me llamo Bradley —dijo—. Como plato especial del día

hoy tenemos...

—Quiero el especial —lo interrumpió Willy Joe—. Todos queremos el especial.

—Pero tenemos cuatro...

—Queremos el primero.

—¿El mero?

—Sí. ¿Qué clase de vino le pega?

—Yo sugeriría el Bin 24, el...

—Tráiganos dos botellas. Rápido.

—Sí, señor.

Se marchó rápidamente.

—¿Qué estabas diciendo, Greg?

El abogado hizo una pausa, mirando a Norman.

—Para ser francos, vamos detrás del dinero de su esposa. Su herencia.

—Tenemos una cuenta conjunta.

—Lo sabemos, desde luego. Pero su esposa parece tener un montón de cosas en la cabeza ahora mismo. Por eso pensamos en abordarlo mejor a usted.

—Ella perdería su trabajo —dijo Willy Joe—, aunque no fuera a la cárcel, por comprar a los polis. Y usted y su amiguito acabarían en Raiford por sodomía. En celdas separadas, supongo.

—Puede que usted sobreviva —dijo el abogado—, pero él no. Un mariconaz... un poli homosexual en Raiford.

—Acabarían con él bien rápido —dijo Willy Joe.

Una posibilidad para pasar a la ofensiva.

—Creo que no lo ha pensado bien, Willy Joe. Qabil tiene un montón de amigos en el cuerpo. —Vio que las cejas del hombre se alzaban y pensó, Dios mío, no sabían su identidad. Pero continuó—. Y es un hombre de familia, con hijas monísimas, todo el mundo lo aprecia. Si lo envía a una muerte segura en la cárcel, siendo usted un hombre al que la policía no aprecia demasiado, ¿qué cree que van a hacerle sus amigos?

—Yo también tengo amigos en la policía.

—Sólo hace falta uno que no sea su amigo, pero sí de Qabil. Puede que se haya dado cuenta de que la policía mata a criminales, constantemente, en cumplimiento de su deber. Si uno de ellos lo matara, no iría a la cárcel. Conseguiría un ascenso.

—Esto no va con Qabil —dijo el abogado—. Va con usted y

su esposa. El dinero y el trabajo de su esposa.

—Oh, vamos. ¿Puede descubrirme como homosexual sin identificar a mi compañero?

—Ese Kabool no es el único que se ha tirado —dijo Willy Joe.

—¿No? Nombre a otro. —Norman miró a la cara del hombrecito—. Déme un solo nombre y le firmaré un cheque.

No había otros, no en aquel estado, en aquel país.

—Es usted hábil —comentó el abogado—. Partiendo de una premisa falsa construye un edificio de conjeturas considerable.

—Oh, lo siento —respondió Norman—. Ése es su trabajo.

—No le puede dar la vuelta a este maldito asunto —dijo Willy Joe.

Norman se levantó.

—¿Por qué no discuten las implicaciones de esto? —preguntó tranquilamente—. Sus probabilidades de seguir con vida después de condenar a un poli a muerte.

Recogió su bolsa.

—Siéntese —le ordenó Willy Joe.

—Les veré aquí mañana, a la misma hora.

—Puedo hacer que lo maten —dijo el otro con un susurro áspero, teatral.

Norman miró al hombre cetrino.

—¿Usted, Solo?

—No es nada personal. —Sonrió con sinceridad—. Lo veré pronto.

Norman se dio la vuelta para marcharse y casi chocó con el camarero que traía el vino. Tomó una botella del cubo de hielo.

—Ésta es mía, gracias.

Oyó la risa de Solo mientras se marchaba.

—Pelotas. Hay que admitir que tiene pelotas.

Southey

—¡Norman! —Era extraño ver a su vecino en un lugar de

moda como aquél.

—Señor alcalde. —Norman lo saludó con la mano izquierda y continuó hacia su bici.

—Me resulta familiar —dijo Rose, su acompañante.

—Es el marido de Aurora Bell. Somos vecinos.

—¿Dejan que uno traiga su propia botella a un sitio como éste?

—Supongo.

Le abrió la puerta. No había nada malo en que el alcalde almorzara con su contacto universitario. No sabía que casi todos los de su oficina sabían exactamente cuál era su relación, ni que lo consideraban un viejo fatuo. Algunos incluso tenían una opinión peor de ella, por soportarlo.

Southeby se envaró cuando vio a Willy Joe Capra en una mesa del fondo, en compañía de aquel gusano de Gregory Moore y de otro tipo con pinta de gánster. Capra lo miró a los ojos y asintió brevemente.

—Por aquí, alcalde —dijo el *maître*, que los condujo a una mesa preocupantemente cercana a la de Capra. Southeby ocupó la silla que le daba la espalda.

Llegó un camarero con los menús y anotó las bebidas. Él pidió limonada, aunque le habría venido bien algo más fuerte. Ella pidió E. T. Lager, una nueva cerveza local.

—¿Está buena?

—Probablemente no. Sólo quiero ver la etiqueta —bajó la voz—. ¿Conoces a estos tipos?

—En realidad no, excepto al más viejo, Greg Moore. Era abogado de oficio. Ahora trabaja para ese pequeño cabrón, Capra, que tiene conexiones con la mafia. El tercero no quiero ni saberlo.

No había advertido que ella dio un respingo al oír la palabra «cabrón». Era rubia y de ojos azules, y tres de sus cuatro abuelos procedían de Tuscany.

—¿Ése es el que se lleva los pequeños montantes de dinero?

—¡Jesús, Rosie! —Sacó una libreta encuadernada en cuero del bolsillo de su chaqueta y la hojeó.

—Siento curiosidad —dijo ella, en un susurro.

—¿Quién te ha contado eso?

—Los destinas a «suministros de oficina». Eso son un montón de grapas, Cam.

—Vale. Es una especie de seguro. Para el edificio, no para mí.

—¿Qué?

El camarero trajo la limonada y la cerveza. La etiqueta era un póster de una película del siglo XX, un alienígena de aspecto bobalicón con un dedo brillante. El hombre sirvió la cerveza. Era verde pálido y, probablemente, brillaba en la oscuridad.

El camarero se marchó.

—No trabajabas aquí hace cuatro o cinco años. Nos asaltaban cada dos por tres: pintadas, ventanas rotas... Cosas de bandas.

Ella asintió.

—Para poder cumplir su tiempo en la cárcel.

—Eso es. Un nuevo miembro de la banda confesaba y pasaba una semanita en la cárcel. Un rito de paso. Pero le estaba costando una fortuna a la ciudad, y los polis no podían hacer nada. Si pillas a uno con las manos en la masa, demonios, eso es lo que quiere.

»Así que interviene Capra. Las bandas se apartan de cualquier edificio que tenga su marca.

—¿O de lo contrario...?

—Ésa es otra cosa que no quiero saber. Unos cuantos días después de que Capra empezara a marcar sus edificios, los jefes de tres bandas desaparecieron de la mañana a la noche. Nunca volvieron, buen viaje.

—¿Los mató por vandalismo?

—Los mandó matar, probablemente. Y probablemente no «por» algo, sino para mostrar lo que era capaz de hacer si ellos no cooperaban.

Ella lo miró en silencio durante un momento. En la mesa de los gánsteres tenía lugar una discusión *sotto voce*. Sacudió la cabeza.

—Dios. Qué ciudad.

—Esta ciudad es una balsa de aceite, querida, comparada con...

El camarero regresó.

—¿Puedo... saben ya lo que van a pedir? ¿Señora? —Su voz sonó un poco alta y nerviosa mientras miraba a la otra mesa.

—¡Jimmy! —gritó Willy Joe—. Cancela los especiales. Tenemos que irnos.

—Como desee, señor —dijo el camarero. Los tres se levantaron de la mesa y se marcharon en procesión: Willy Joe abriendo la

marcha, el pálido matón detrás y luego el abogado.

Gregory Moore

Se detuvo para estrechar la mano del alcalde.

—Cam. Cuánto tiempo sin vernos.

—Ahora parece que nos movemos en círculos distintos —dijo él. —Son todo círculos, ¿no? «Lo que va, viene», como solía decir mi padre.

—Tu padre fue un buen abogado.

—Igual que tú, Cam. ¿Señorita?

Ella lo saludó con una sonrisa intrigada y él siguió a Solo hasta la puerta.

—¿Eres amiguete del alcalde? —dijo Solo, abriendo la puerta del coche.

—No exactamente «amiguete». Recuérdame que me lave la mano.

—Es un gilipollas —dijo Willy Joe, entrando en el coche—, pero es nuestro gilipollas.

Las puertas se cerraron y el rugido del aire acondicionado los asaltó. Solo, al volante, pulsó un botón.

—Dirección de Norman Bell.

—Esto es una locura —dijo Moore—. ¿No es suficiente un asesinato al día?

—¡No puede joderme de esta forma!

El vehículo le dijo a Solo la dirección.

—Ve allí.

El coche se separó de la acera, vaciló y se incorporó al tráfico.

—Un montón de gente nos ha visto juntos. Lo vieron marcharse.

—Cierra el pico, ¿quieres? Sólo vamos a comprobar una maldita cosa.

—Prométeme que no...

—No te prometeré nada, ni a ti ni a nadie, carajo —dijo en

voz baja—. Pero Solo no va a matarlo. Sólo a apretarle un par de tuercas. A meterle el miedo a Dios en el cuerpo.

—Jesús. Mira lo que estás diciendo.

Solo se volvió para mirarlos.

—Jefe, no pienso que sea de esos tipos que se dejan avasallar.

—¡Eso es, no pienses! ¡No pienses! Tú haz lo que yo te digo.

—¿Qué quieres decir, Solo?

—Con permiso, jefe, Dios sabe que he conocido a toda clase de tipos duros, verdaderos y falsos, por dentro y por fuera. Él no es de los falsos y está jodido. Creo que matará a alguno de nosotros en cuanto nos eche la vista encima.

—Tienes una puñetera pistola. ¿Cómo va a matarte?

—¿Se tragó esa mierda del aceite para la trompeta? —Solo se llevó un dedo a la nariz—. Hoppes número nueve, lo he olido toda la vida. Tiene un arma.

—Así que tiene un arma. Es un profesor maricón que te dobla la edad.

—Pulsa el botón de información, Solo —dijo Moore. Lo hizo—. Archivos públicos, Ejército. Norman Bell.

—Necesitaré un número de servicio —dijo el coche—, o la residencia actual.

—Gainesville, Florida.

—Norman Bell se presentó voluntario durante la operación Viento del Desierto, en septiembre de 2031. Por su servicio en la División 101 Aerotransportada recibió la Estrella de Plata con dos puntas y el Corazón Púrpura.

—Estrella de Plata —dijo Solo—. Dos puntas. Vaya maricón.

—¿Y qué? ¿Le tienes miedo?

Solo no se movió.

—Haré lo que usted quiera.

—Bien.

Moore observó la carretera. Había un carril para bicicletas. Pero Bell probablemente tomaría una ruta menos directa, para evitar el tráfico.

—Probablemente tenga una alarma antirrobo. La casa está llena de instrumentos musicales.

—Solo puede encargarse de una alarma antirrobo.

—Sí, o salir corriendo.

Moore sacudió la cabeza.

—Deberías esperar a que llegue a casa, si tienes que hacerlo. Llamas a la puerta y entonces entras.

—Disculpe, señor abogado. Ya hemos hablado de esto en el restaurante.

—No es necesario...

—No tengo un botón de *replay*. ¿Está claro o qué?

Aquello podía causarles problemas a todos. Demasiada gente los había visto a los cuatro juntos en aquel restaurante.

—Va a ser un juicio interesante. Llamarán al alcalde como testigo.

—Cierra la maldita boca. Tenemos al alcalde en el bolsillo. Además, entró después de que se marchara el profesor.

—Esto va demasiado rápido.

—A veces hay que vivir rápido. Tenemos una oportunidad de oro. Los pillamos a ambos, nos apoderamos del dinero, nos largamos pitando.

Cuando dejara a Solo, iría a ver a Aurora Bell. En teoría, en el momento en que ella llamara a casa, su marido ya habría sido suficientemente intimidado. Vaciarían sus cuentas corrientes en las arcas de Willy Joe.

Siempre en teoría, los Bell no podrían llamar a la policía. Ese Qabil Rabin seguía en el cuerpo, había dicho Willy Joe. Pero ¿y si a la esposa celosa no le agradaba exactamente el amiguito de su marido? O su marido, dado el caso. Todo aquel asunto les podría reventar en la cara.

El coche giró a la derecha y avanzó colina arriba a lo largo de un par de manzanas, atravesando un tranquilo barrio residencial. Luego giraron otra vez a la izquierda y a la derecha y aparcaron delante de la casa de los Bell, un edificio grande con un jardín discreto pero bien cuidado. No había nadie a la vista.

—No hay ningún cartel de alarma antirrobo —dijo Willy Joe—. La gente que las tiene lo anuncia.

—Sí, como yo —dijo Moore—. Alguien robó mi cartel.

—Muévete —ordenó Willy Joe. Solo abrió la puerta y bajó del coche.

Solo

Se detuvo un momento con la mano en la puerta.

—¿Te llamo esta noche, jefe, o me paso?

—Llama.

Cerró la puerta y el coche se marchó.

Solo permaneció de pie un instante, sintiéndose al descubierto y tal vez traicionado. ¿Cuál era el maldito juego de Willy Joe esta vez? ¿Una prueba? ¿Un sacrificio?

No te podías librar de él, cabrón loco y vengativo. Solo luchó contra el razonable impulso de llamar a un taxi e irse directamente al aeropuerto, suspiró, y giró sobre sus talones. Caga o levántate de la taza.

Subió rápidamente el caminito de acceso, mirando el reloj por si lo observaba algún vecino. El lugar tenía un diseño perfecto para entrar por la fuerza: un pequeño atrio ocultaba a la calle la puerta principal.

El atrio estaba fresco y olía a jazmín. Se acercó a la puerta y llamó al timbre, preparando su historia por si abría un criado o un robot.

No hubo respuesta. Con cuidado, buscó alrededor cámaras de seguridad. Si había alguna, estaba bien escondida.

El doble cerrojo consistía en una cerradura magnética Horton con una sencilla Kayser debajo. Sacó una cajita de plástico de herramientas, metió una sonda en la Horton y pulsó un botón. A veces encontraba la combinación al momento; a veces tardaba unos minutos. Con dos pinzas mecánicas abrió la Kayser en segundos. Entonces la Horton emitió un sólido chasquido. Empujó la puerta.

Entró en la antesala y cerró la puerta. ¡Libros, libros de papel, del suelo al techo! El asunto podía funcionar, después de todo; aquella gente tenía dinero.

La cerradura Horton chasqueó y él la miró. Demonios, tenía un cierre hermético desde este lado. Tendría que encontrar otra salida.

Avanzó un paso y una voz en cada habitación dijo:

—¿Hola? ¿Quién es?

Mierda. El lugar sí que tenía un sistema.

—El profesor Bell —dijo, y el sistema respondió: «De acuerdo», pero por supuesto ya estaba llamando a la policía.

La salida más rápida. Corrió a la cocina. La puerta del garaje también era hermética. Había una puerta de cristal y una vidriera que daban al atrio. Levantó un pesado taburete y lo lanzó contra la puerta de cristal: rebotó y casi le dislocó el hombro. Lo lanzó contra la ventana, que se quebró en un deslumbrante arco iris de añicos, y saltó a través del agujero. Corrió a la acera, se detuvo para alisarse la chaqueta y la corbata y comenzó a caminar hacia la ciudad, de manera desenfadada pero deprisa.

Esperaba que en emergencias no fueran demasiado rápidos.

Rabin

—Unidades siete, nueve y doce. Tengo un dos-diecisiete en el 5412 del NW, avenida Catorce. ¿Quién quiere atenderlo?

Alá, pensó Rabin, ésa es la casa de Norm. ¿Qué está pasando?

—¿Lo atendemos? —dijo su compañero—. Está a unas ocho manzanas.

—Espera a ver si hay alguien más cerca.

Pasaron los segundos y ninguna otra unidad respondió.

—Vamos, Qabil. Nos divertiremos un poco.

—Vale. Aceptémoslo.

Dos-diecisiete era allanamiento y robo, normalmente poca cosa. Excepto cuando la casa atracada pertenece a tu amigo sodomita. ¡Dulce Alá!

—Unidad nueve de camino —dijo su compañero, y pasó a manual. El coche se abalanzó al centro de la calle, y el tráfico se separó ante ellos como el Mar Rojo para Moisés. Qabil se aseguró de que su pistola estaba en modo «aturdir». Se sintió tentado de pasar accidentalmente el selector de dardos a «letal». No era probable que lo que aquel tipo tuviera que decir sirviera para mejorar su carrera.

Se permitió un largo instante de reflexión. Aquello había sido un punto de inflexión en su vida: tan importante como ser soldado, más importante que el campamento de prisioneros de guerra. Se enderezó después de que la esposa lo pillara con «Norman Normal», al menos lo suficiente para tener una esposa e hijas propias. El amor es el amor y la lujuria es la lujuria, y un hombre no puede evitar ser lo que es.

—Imagen —dijo la radio, y el monitor mostró a un hombre bien vestido lanzando un taburete contra una puerta de cristal. La imagen avanzó y rotó para ofrecerles un retrato completo del rostro del hombre.

—Tenemos una identificación —dijo la radio—. El sospechoso cumplió seis meses en Raiford en el cincuenta y dos por extorsión. Antecedentes juveniles, dos: E y R, R y A. Tiene licencia de Georgia para llevar arma, supuestamente en tres estados. Dolomé Patroukis, alias Solo. Considérenlo armado y peligroso.

—Bueno, mira —dijo su compañero. El sospechoso caminaba por la acera ante ellos, al otro lado de la calle, con las manos en los bolsillos. No había otros peatones a la vista—. El tipo ni siquiera puede permitirse un coche.

Conectó las luces y se acercó a la acera, deteniendo el tráfico. El hombre se agachó como para echar a correr y luego se levantó con las manos en la cabeza.

—Yo me encargaré.

Su compañero se bajó del coche y se acercó al hombre mientras Rabin soltaba el detector del visor y abría la puerta, mirándolo a través del tubo detector.

—¡David! —dijo—. ¡Sobaco izquierdo!

David y él sacaron sus aturdidores al instante.

Solo alzó los talones.

—¡Hey! ¡Hey! ¡Tengo licencia! ¡Soy investigador privado!

—Sí, claro. —David metió la mano en la chaqueta del hombre y sacó una automática ligera—. Tienes una licencia de Georgia que te tocó en una caja de cereales. Tiene usted derecho a permanecer en silencio, todo lo que diga puede ser usado contra usted en un juicio, este encuentro está siendo grabado y codificado y será admitido como prueba contra usted.

—No diré nada hasta que hable con mi abogado. No pretendo ser irrespetuoso.

—Como decía, todo lo que digas es una prueba. Todo lo que no digas, también.

—Puedes llamar a tu abogado desde la comisaría —dijo Rabin—. Primero vamos a volver al lugar en el que intentabas robar.

—Eh, no me he llevado nada.

David lo agarró por el hombro y lo dirigió hacia el coche.

—Sigue andando. ¿Eres testigo de Jehová, o qué?

—Me perdí, estaba confundido. Entré en esa casa para preguntar una dirección y sonó esa voz.

Lo empujó hacia el asiento trasero.

—Pon las manos en los reposabrazos, por favor.

Solo obedeció.

—Cierra.

Los reposabrazos lo esposaron.

—Así que tuviste que salir por la fuerza.

—¡Tío, me encerró! ¿Qué habrías hecho tú?

—Oh, probablemente llamar al nueve-uno-uno. Pero claro, soy poli. Me sé el número de memoria. —Cerró la puerta y rodeó el vehículo para recuperar su lugar al volante.

Rabin acababa de terminar una llamada. Se giró y estudió a Solo un instante.

—¿De quién era la casa? ¿Qué buscabas?

—No lo sé. Como dije, sólo quería una dirección.

—Chorradas. Tienes antecedentes por E y R.

—¿Qué, empanada y ravioli? —Rabin se limitó a sonreír mientras el coche se internaba entre el tráfico—. Mire, era sólo un chaval. El juez dijo que eso se borraría.

—Probablemente con la condición de buena conducta. Robo y agresión no es tan buena conducta.

—¡Eso también fue un delito juvenil! Pero ¿nunca se metió en una pelea?

—En realidad no. No hasta la guerra.

Solo miró el nombre de su placa.

—Oh.

—Eso es; estuve en el otro bando. Y aquí estoy, un polizone, arrestándote. ¿No es un gran país éste? —Pararon en el camino de acceso del 5412.

David dijo «libera» y ayudó a Solo a salir del coche. Habló al micrófono de su solapa.

—Aquí Eakins. ¿Tienen a los dueños de la casa?
—Todavía no —respondió una voz lejana—. Uno está almorzando, el otro va de camino.
—Sigue intentándolo.
Insertó una sonda como la de Solo en la cerradura Horton. Ambos cerrojos se abrieron al instante.
—Tú primero. —Empujó a Solo al interior.
—Casa —dijo Rabin—, somos policías.
—Lo sé —dijo la casa.
—¿Se llevó este hombre algo o te causó algún daño material?
—Sí, rompió una ventana de vidriera. La reparación costará seis mil cuatrocientos cincuenta dólares.
David silbó.
—Daños a la propiedad. Tendrías que haber usado una ventana distinta. O haber empleado la puerta.
—Como decía, la casa se cerró.
—¿Hola? —dijo alguien desde el recibidor—. ¿Policía?

Norman

Un coche patrulla en el camino de acceso y la puerta abierta de par en par. La pistolera con su arma ilegal le pareció muy pesada, como una piedra.

Entonces casi se quedó de piedra él mismo cuando vio a Rabin. Y luego reconoció a Solo. Su voz casi fue un quejido.

—¿Qué está pasando aquí?

—Soy el teniente David Eakins y éste es el sargento Qabil Rabin. Detuvimos a este hombre que huía después de intentar robarle.

Solo miró directamente a Norman.

—Les estoy diciendo que no he robado nada. Todo ha sido un error. Me quedé encerrado ahí dentro y me dejé llevar por el pánico.

—¿Ha visto alguna vez a este hombre? —preguntó David.

—No estoy seguro —contestó Norman—. Me resulta familiar.

—No lo conozco de nada —dijo Solo—. Como iba diciendo...

—Cállate —ordenó Eakins—. Después de disparar la alarma, no pudo abrirse paso por las puertas de plástico, así que rompió su vidriera para escapar. La casa dice que vale seis mil cuatrocientos cincuenta dólares.

—Más que eso —dijo Norman despacio—. El artista era un amigo, y ahora está muerto.

—Diez de los grandes —dijo Solo.

Norman lo miró.

—¿Qué?

—Mire, no sé mucho de leyes, pero si él y yo nos ponemos de acuerdo, ¿no podemos cambiar la acusación criminal por una demanda civil? Él es el único afectado.

—No sé —dijo Eakins—. ¿Casa, has seguido eso?

—Buscando —dijo la casa—. *Mason versus Holabird*, 2022. Si ambas partes se ponen de acuerdo y no hay objeción por parte del estado.

—Quince mil —dijo Norman.

—¡Doce! —exclamó Solo—. Si es que tengo doce...

Sacó su cartera y echó un vistazo a los billetes. Eligió los de color rojo vivo.

—Nueve... diez... once. Tengo once y algo de cambio.

—Eso es un montón de dinero para que lo lleve encima un peatón inocente —dijo Rabin.

—En mi familia no creemos en los bancos. ¿Es eso un delito ahora?

—Iba armado —empezó Eakins.

—¡Legalmente! —protestó Solo, mostrando su cartera—. ¡Miren! Tengo un maldito permiso.

Eakins no le hizo caso.

—Se pueden conseguir permisos como ése en cualquier bar de carretera de Georgia. Lo que quiero decir, profesor Bell, es que la intención subyacente pudo ser causarle daño. Yo no zanjaría demasiado rápido este asunto.

—Es un argumento de peso —dijo Norman.

—Tiene antecedentes —informó Qabil—, allá en Tampa.

—Era sólo un chaval —dijo Solo—. Mire, déjeme usar el telé-

fono. Puedo conseguir veinte. Como decía, soy investigador privado. No puedo tener antecedentes penales en mi historial. Antecedentes adultos.

—Esto se está complicando —dijo Norman, corriendo un riesgo calculado—. No sé. Veinte mil cubrirían la reparación de la ventana. Pero no puede decirse que seamos pobres. Tal vez debería dejar que se lo lleven ustedes, por mi propia seguridad.

—¿Qué? ¿Por su seguridad? No pretendo hacerle ningún daño.

—¿No tiene ninguna otra arma?

—De metal, no —dijo Rabin—. Lo escaneé fuera.

—Voy a decirle una cosa —dijo Norman, sacando el teléfono de su cinturón y tendiéndoselo a Solo—, garantíceme esos veinte mil y luego usted y yo tendremos una pequeña charla. ¿De acuerdo?

Solo le dirigió una mirada calculadora que había visto muchas veces en las mesas de póquer. La cuestión es saber qué cartas tenía el otro en la mano.

—Sí, claro. ¿Puedo usar su cuarto de baño para hacer la llamada?

—Adelante.

Solo recorrió el pasillo en dirección al cuarto de baño.

—Creo que está cometiendo usted un error —dijo Eakins—. Este capullo es un criminal de carrera si alguna vez he visto a uno. Lo que pasa es que nunca lo han pillado de adulto.

—O lo han pillado y se ha librado con dinero, como ahora —dijo Norman. Miró hacia el cuarto de baño—. Tienen ustedes su arma... ¿pueden quedársela?

—Por supuesto —contestó Rabin—. Tenemos que enviarla a Jacksonville para que el FBI la compruebe. Es una ley federal y el cambio de acusación no significa nada para ellos.

—¿Por qué quiere hablar con él? —le preguntó Eakins a Norman.

—No sé. Como usted dice, probablemente no apareció sin más en la calle. Tal vez pueda averiguar qué está pasando.

—Nos pagan a nosotros para hacer eso, señor —dijo Eakins—. Si de verdad no necesita el dinero, deje que nos lo llevemos. Es un delincuente y podemos usar drogas para hacerlo hablar.

Eso sería magnífico de verdad.

—Es un delincuente, pero también es un ser humano. Si decido cambiar la acusación...

Solo regresó y le tendió el teléfono a Norm.

—Hemos hecho una transferencia directa —dijo—. Compruebe su saldo bancario. Es veinte de los grandes más rico.

—Pensaba que no creías en los bancos —dijo Eakins.

—Tengo amigos que sí.

Norman sacó la cartera y pulsó su tarjeta de crédito. No recordaba cuánto tenía disponible, pero 38.000 dólares parecía un montón. Bien; alzó el teléfono hacia los policías.

—Si hay algún problema los llamaré, amigos. Gracias.

—Me gustaría que lo reconsiderara —dijo Eakins, pero ambos agentes se encaminaron hacia la puerta.

—¿Qué hay de mi arma? —preguntó Solo.

—La recuperarás —contestó Rabin—. Pásate por la comisaría la semana que viene. —Dirigió a Norman una larga mirada mientras se marchaban.

Cuando la puerta se cerró, Norman dijo:

—Casa, queremos intimidad. Desconéctate durante treinta minutos o hasta que yo pulse un botón de alarma.

—Muy bien.

Norman se dirigió a un armario, se sirvió un vaso de vino tinto y pasó al tuteo.

—Tienes mucho que explicar. Puedes empezar por el sargento Rabin.

—No tengo nada que ver con él. Ha sido accidental. Me ha pillado desprevenido, te lo aseguro.

—Me pregunto... Yo también lo vi, esta mañana.

—Es una ciudad pequeña.

—No tanto. —Tomó el vaso con la mano izquierda y dio un sorbo, sin dejar de mirar al hombre—. ¿Te envió Willy Joe a intimidarme?

—Basta de preguntas —dijo Solo, y avanzó hacia él. Se detuvo cuando Norman sacó el gran revólver.

—Sólo unas cuantas. —Indicó a la izquierda con el cañón—. Vamos al garaje.

Solo alzó las manos, caminando lentamente de espaldas.

—¿Qué hay en el garaje?

—Es más fácil de limpiar. Esto está cargado con balas explosi-

vas, de las que se astillan y estallan con el impacto. Creo que forman un estropicio impresionante.

— ¡Jesús! Espera. ¿Qué te he hecho yo? Quiero decir, la ventana, sí, pero...

— Abre la puerta.

El garaje era grande y limpio. Dos bicicletas colgaban del techo y había un ordenado estante de herramientas sobre una mesa de trabajo.

— No se trata de lo que me has hecho, ni siquiera lo que pretendías hacerme. Siéntate.

El único asiento era un taburete, junto a la mesa.

Solo se encaramó en él.

— Cuando era joven maté a veinticinco hombres únicamente porque llevaban un uniforme distinto al mío y tenían la piel algo más oscura. Mientras que tú irrumpiste en mi casa con intención de aterrorizarme y destruiste una obra de arte que apreciaba mucho.

— Lo siento. De verdad que lo siento un montón.

— Me resulta difícil expresar lo poco que me importan tus sentimientos acerca de este asunto. Sólo estoy sopesando las opciones.

— Estoy seguro de que no te resultará beneficioso matarme.

— El sudor empezaba a perlar su cara—. No fastidies a Willy Joe.

— Puede que subestimes tu importancia. No has demostrado ser demasiado competente.

Norman posó el vaso y apoyó ambos codos sobre la mesa, sujetando la pistola con ambas manos mientras apuntaba al corazón de Solo.

— Y no menciones a la policía. Me lo agradecerían.

— Te equivocas. Te mandarían a los tribunales y se descubriría que...

Norman echó atrás el percutor con un fuerte chasquido.

— Ahora mismo te encuentras en una situación delicada. Sabes que soy homosexual y podrías destrozar mi vida con una palabra. No me sirves de nada vivo. Muerto, serías una buena advertencia para Willy Joe.

— No lo conoces. Está loco. Vendría a matarte.

— Podría intentarlo. Aún me quedan seis balas.

Solo miró a izquierda y derecha, meneando la cabeza, dis-

puesto a huir. El dedo de Norman se tensó sobre el gatillo.

Solo miró el estante de las herramientas.

—Espera. Tengo una buena idea.

—Ya era hora.

Acercó despacio la mano a las herramientas.

—Con permiso. Usaré esta hacha y...

—¡Quieto!

—¡Vale, vale! —Se detuvo—. Iba a proponer cortarme uno de los dedos. Le diré que me obligaste a punta de pistola.

—¿Estarías dispuesto?

Naturalmente, podría hacerse crecer uno nuevo, por cierto precio.

—Sólo quiero salir de aquí, tío.

Norman lo consideró.

—Usa el martillo. —Señaló con la pistola—. La maza de hierro de allí. Rómpele la mano de la pistola, la derecha.

—Soy zurdo.

—Entonces te estoy haciendo un favor. La derecha. —Le había acercado las herramientas.

Sacó pausadamente el martillo del gancho y lo sopesó, sin mirar a Norman.

—Ni siquiera pienses en arrojármelo. Una bala es mucho más rápida. —Apuntó a la cara del hombre—. Ahora toma la maza con la mano izquierda y pon la derecha sobre el yunque...

Ya había puesto la mano derecha sobre la mesa, con los dedos abiertos, y con los ojos cerrados descargó la maza. Se aplastó los nudillos del pulgar y el índice. La maza cayó sobre la mesa, y por un instante se acarició la mano rota en silencio. Luego se desplomó en el suelo, arrodillado, y se encogió en una pelota.

Norman dio un respingo, pero siguió apuntándolo con la pistola. Entonces una sensación extraña y despiadada se apoderó de él. Adelante. Una bala. Simplifica tu vida.

El teléfono de su cinturón sonó. Regresó a la cocina y cerró la puerta, pero sin dejar de vigilar a Solo por la ventana.

Sacó torpemente el teléfono con la mano izquierda.

—Buenas.

—Cariño, ¿qué está pasando ahí? —dijo Rory—. Volví de almorzar y había un mensaje de la policía. ¿Han entrado ladrones?

—Es más complicado que eso. El ladrón era un chantajista.

Sabía lo de Rabin.

Aurora

—¿Rabin? —Ella colocó dos dedos sobre el fonocular de la vara telefónica—. ¿Quiere disculparme? Es personal.

—Por supuesto. Volveré más tarde. —El hombre que la estaba esperando se levantó y salió. Un político local, suponía, o una especie de abogado, con tarjeta de visita.

—No deberíamos hablar de esto por teléfono —dijo él.

—No importa.

—La situación está más o menos bajo control.

—¿Pagaste?

—No exactamente. Recuperé el equilibrio. Te lo explicaré cuando llegues a casa. Ahora mismo tengo que arreglar una ventana rota, antes de que entren los mosquitos.

—Rota... muy bien, más tarde. Saldré en el cubo dentro de diez minutos. Adiós.

Pepe estaba apoyado en la puerta.

—¿Quién era ése?

—¿Al teléfono? Norman.

—No, no. El tipo del traje que estaba en esa silla y que acaba de marcharse sin decir nada.

—¿No dijo quién era?

—Por eso te lo pregunto, Hawking. Debió de entrar mientras yo estaba en el cuarto de baño.

Ella no le dio importancia.

—Probablemente algún tipo del estudio. ¿Estás preparado?

—Estoy preparado, sí. Pero te vendría bien un poco de maquillaje. Estás coloradísima.

—Déjame recuperar el aliento.

Cruzó la habitación y llenó un vaso de agua helada, luego se sentó y trató de respirar con normalidad. Robo, chantaje.

—No tienes demasiado buen aspecto. ¿Quieres que llame a

Marya y lo dejemos para otro momento?

—No, mira... han entrado en nuestra casa; había un mensaje de la policía. Pero he hablado con Norman y dice que las cosas están bajo control, sea lo que eso sea. Una ventana rota, pero creo que las únicas ventanas rompibles de la casa son las vidrieras del salón y la cocina.

—Espero que no —dijo Pepe—. Son preciosas.

—E irreemplazables, literalmente. Las hizo aquel viejo Charlie co-mo-se-llame, que murió hace un par de años. —Se frotó las sienes—. Estaré bien.

Pepe comprobó su reloj.

—¿Por qué no bajamos antes? Te invito a una coca de la máquina.

—Marya dice que es mala idea. Puedes eructar.

—Entonces lo arreglarán en el montaje.

—Es en directo, Pepe. —Se levantó—. Pero me arriesgaré.

El le abrió la puerta.

—Eructar ante la cámara te hará parecer más humana.

—Oh, por favor.

Recorrieron el pasillo hasta la sala de reuniones. Justo delante, Rory se detuvo ante la máquina, insertó su tarjeta de crédito y compró una Coca-Cola y una cerveza.

Marya estaba ayudando a un cámara a colocar un improvisado telón sobre una pizarra blanca, para que sirviera de fondo. Inter-cambiaron saludos.

—Mira —dijo Pepe—. No me necesitas aquí. ¿Por qué no me acerco a ver si puedo ayudar a Norm?

Rory vaciló.

—¿Ayudarlo? —Parecía desorientada. Siempre se ponía un poco nerviosa con las cámaras, aunque no tuviera ninguna otra cosa en mente.

—Con la ventana rota. Ya sabes, por la lluvia.

—Oh, claro. —Sacudió la cabeza—. Sí, por favor.

Pepe

Por el pasillo Pepe llamó a un taxi para que lo recogiera al otro lado de la calle, en el Burgerman. Antes de dejar atrás el aire acondicionado, llamó a Norm.

El aparato sonó diez veces antes de que respondiera. Se mostró curiosamente vacilante; pero dijo que claro, que le vendría bien un poco de ayuda, que se pasara.

Había dos taxis esperando, ilegalmente aparcados en el césped, delante del palacio de comida rápida. Preguntó y el segundo taxi dijo que era el suyo. Le dio la dirección de la casa de los Bell y se puso cómodo para el corto trayecto.

Era un asunto complicado. Sabía qué papel se suponía que iba a jugar Rory en la Venida, pero Norman era un factor desconocido. Por otro lado, estaba el aspecto personal. Norm y Rory eran más que simples amigos para él.

Dos años antes, había cometido un error de juicio y acabó liándose con una estudiante que resultó ser una zorra extremadamente competente y calculadora.

Él se consideraba bastante sofisticado, experto en los matices de la sociedad americana, pero ella era más sofisticada aún y le preparó una trampa y lo pilló.

Se acostaron una sola vez, pero ella tenía fotos del acto. Fotos en las que hacían algo técnicamente ilegal en el estado de Florida. Y ella era sólo una chica inocente, diez años más joven que él.

Todo lo que quería era aprobar con nota. Pero no había hecho ningún trabajo.

Una pobre chica inocente con una cámara oculta, señalaron Rory y Norm, cuando se lo confesó mientras cenaban en su casa. También le dijeron que se olvidara de la ley sobre el sexo oral; la casa había hecho una rápida investigación y descubierto que la ley nunca se había empleado contra heterosexuales excepto en relación con los abusos de menores. Aquella chica tenía diecinueve años, él iba para los treinta.

Consiguieron una copia de su transcripción e hicieron unas cuantas investigaciones discretas. Resultó que al menos tres de sus notas altas eran regalos de amor, con la ayuda de una cámara. Uno de los hombres, que había dejado la universidad para trabajar en una firma privada, estaba ansioso por declarar contra ella, ante el

decano, un jurado, un pelotón de fusilamiento, lo que hiciera falta.

Rory hizo algunos cambios administrativos y se convirtió en consejera de la chica. Luego la llamó a tutoría y presentó la prueba, y le dijo que podía aceptar un suspenso y marcharse de la universidad o ser encarcelada por extorsión. Se marchó.

Eso había salvado no sólo la vida académica de Pepe. Aunque las amenazas de la chica hubieran sido falsas, cualquier publicidad adversa podría haberle costado su tarjeta azul. Sería difícil seguir la Venida desde Cuba.

Cuando el taxi desembocó en la avenida Catorce, vio otro taxi aparcado delante de la casa de los Bell. Un hombre trajeado, con una mano vendada, subió a él. El vehículo se marchó y el de Pepe dio un giro de ciento ochenta grados para ocupar su sitio.

Verificó el número de su tarjeta de crédito y subió por el camino de acceso. Cuando se detuvo en la entrada, Norm abrió la puerta.

— Buenas — dijo.

— ¿Quién era el tipo del vendaje?

— Es una larga historia por una parte y bien corta por otra. — Norman lo dejó pasar—. La versión corta es que es el tipo que rompió la ventana.

— ¿El ladrón? ¿Por qué no se lo han llevado los polis...? ¿Lo has dejado marchar?

— Los polis estuvieron aquí. Resulta que puedes evitar ir a juicio, sobre la marcha. Ofreció veinte de los grandes, más del doble del precio de la ventana.

— Debe de ganar un montón de dinero en su trabajo.

— Sea cual sea. Vamos a medir la ventana.

Pepe lo siguió a la cocina, donde rebuscó en un par de cajones hasta encontrar una cinta métrica. La ventana rota medía ochenta por ciento sesenta centímetros.

— Tengo una tabla de un metro por dos — dijo—. Es fea, pero valdrá.

Entraron en el ordenado garaje de Norm. El orden hizo que Pepe se sintiera incómodo. Su propio garaje, bajo el apartamento, era una colección de basura dispersa. Aquí había sitio para un coche.

Norm se acercó a un estante que era casi todo de tablas y conglomerado, pero tenía unos cuantos tablones de pino oloroso. Eli-

gió una plancha de conglomerado. Pepe se acercó y lo ayudó.

La casa sonó y anunció que el período de intimidad estaba a punto de terminar. Norman pidió otra media hora. Trabajó en silencio unos minutos, usando la cinta y una escuadra para trazar un rectángulo en la plancha, que luego acercaron ambos a la mesa de la sierra.

En la mesa de trabajo contigua había una maza de hierro y una mancha de sangre. Norman vio que Pepe la miraba.

—Eso forma parte de la historia, de la versión larga.

—¿Quieres contarla?

—No, en realidad no.

Colocaron la tabla y la guía de la sierra hasta que quedó exacta, la hoja de la sierra en el otro lado de la línea dibujada. Cortaron un rectángulo de ochenta por dos metros y luego lo redujeron a medida.

—No tienes que responder a esto —dijo Norman de repente—, pero estuvimos hablando hace un par de años, después de que Rory se fuera a la cama. Hablamos de sexo, de homosexualidad.

—Lo recuerdo. Habíamos bebido un poco.

—Un montón. —Colocó el tablón sobre la mesa dos veces; luego repasó los bordes con un trapo—. Dijiste que lo habías hecho.

—Bueno, no es gran cosa en mi cultura —dijo él, tratando de separar Cuba del lugar donde había crecido—. Los hombres mayores dicen que es escandaloso, afeminado. Pero probablemente hicieron lo mismo cuando eran muchachos.

—Muchachos —dijo Norman, frotando la tabla con el trapo.

—Es sólo un juego —dijo Pepe—. Vosotros los nortños seguís siendo unos puritanos.

—Algunos. —Norman sonrió a la nada—. Algunos de nosotros seguimos siendo muchachos.

—¿Cómo? ¿Todavía muchachos?

—He sido homosexual desde antes de que tú nacieras. Rory lo acepta.

Las piezas encajaron en su sitio.

—¿Y para eso vino ese hombre? —Miró la mancha de sangre y su rastro—. El hombre del vendaje.

—Chantaje. Puedes imaginar cuánto tiempo conservaría mi

trabajo si se descubriera.

—Y Rory también. Tal como están las cosas.

—Exactamente. —Se puso la tabla bajo el brazo y Pepe lo siguió de vuelta a la cocina.

—¿Y la sangre? ¿La mano del tipo?

La tabla encajó exactamente en el hueco.

—¿La sujetas?

Pepe la sujetó mientras Norman rebuscaba en los cajones y encontraba por fin un grueso rollo de cinta blanca.

—¿Conoces a un tipo llamado Willy Joe Capra? —Tiró de la cinta, desenrolló la suficiente para colocarla en la parte superior y la cortó. Tenía un olor inesperado, a frambuesa.

—No, nunca había oído hablar de él. —No hasta esta mañana, a Sara.

—Tienes suerte. Es el contacto local de la mafia.

Pepe se quedó frío.

—Jesús, Norman. ¿Qué le hiciste en la mano?

—Oh, ése no era Willy Joe. Era su guardaespaldas, o algo parecido. —Cortó tiras largas para los lados—. Se apoda «Solo». Supongo que por eso lo enviaron a por un músico.

—¿Y qué le hiciste?

—Se lo hizo él mismo. Yo le sugerí que agarrara un martillo y se lo descargara sobre la mano derecha.

—Madre de Dios. —Pepe se sentó en el alféizar, a un palmo del suelo—. ¿Y dónde estaba su arma?

—La policía se la quitó.

—¿La policía que estuvo aquí?

Norm asintió.

—Tienen una especie de aparato detector.

—Lo he visto en el cubo.

—No lo usaron conmigo. Cuando este tipo me amenazó físicamente, saqué mi propia arma.

—¿Llevas una... pistola?

—En circunstancias normales no, Pepe. No he usado una desde que estaba el Ejército. Pero sabía con quién estaba tratando.

—A ver si me aclaro. Sacaste un arma y dijiste: «Vamos al taller y aplástate la mano.»

—No, eso fue idea suya. Se ofreció a cortarse un dedo con un hacha.

—Pero tú decidiste ser amable con él.

—Bueno, podría tener un dedo nuevo en una semana. La verdad es que creo que quería usar el hacha contra mí.

—¿Y perder todo el dinero del chantaje?

—No creo que su cerebro funcione de esa forma. —Norman se acercó al frigorífico—. No los entiendo mejor que tú. ¿Quieres una coca o algo?

—Algo más fuerte. Aunque sea temprano.

—Yo también. ¿Vino blanco?

Norman sacó una botella de vino blanco y sirvió dos vasos.

—Mira, hemos tenido una reunión. Willy Joe y un abogado y este guardaespaldas. Un almuerzo de trabajo. Me dijeron lo que sabían, y era correcto.

—¿Cuánto querían?

—Bueno, no lo sé. Me levanté y me fui.

Pepe se frotó la cara.

—¿Es que quieres morir, Norman?

—A veces pienso que sí. O al menos que le doy poca importancia a sobrevivir. Con permiso. —Atendió al teléfono que sonaba—. Buenas... oh, eres tú. —Pulsó un botón rojo para grabar.

»Eso no es posible. Tenemos invitados a cenar esta noche y...

»Supongo que podrías. —Escuchó, meneando la cabeza—. Sólo tú y Capra. Y hablaremos delante de la puerta, en la acera, no dentro.

Pulsó el botón de finalizar y miró el teléfono.

—¿Era el guardaespaldas?

—No, el abogado.

Bebió medio vaso de vino y reprodujo la conversación.

Capra felicitaba a Norman por su valentía («qué chulo») y le pasaba el teléfono al abogado. Decía que las reglas eran ahora diferentes. Norman había aumentado la apuesta al emplear la violencia. Tenían que mostrarle una cosa más, y si no podían hacer negocios entonces, revelarían su secreto a tiempo para las noticias de la noche y acabarían de una vez.

Tenía que ir a casa de Capra, en el 211 SO de la Tercera Avenida, a las cinco, preparado para hacer una transferencia de crédito de un millón de dólares. De lo contrario, se reunirían con él y su compañía para cenar, y harían que fuese una fiesta realmente interesante.

—Suroeste Tercera. Maravilloso barrio —dijo Pepe.

—Si te van las drogas o la prostitución —dijo Norman—. Nunca he probado una cosa sin la otra. —Bebió más vino—. Un tiroteo, supongo.

—Parece que lo desees.

Él sonrió.

—Y ponerle fin, posiblemente. No le digas nada a Rory. Iré y prepararé la cena y le dejaré una nota.

—¿Cuál, «Adelante, disfruta de la cena; volveré después de matar a algunos chantajistas»?

—No llegaré a eso. No te preocupes.

—¿Quieres que te acompañe?

—Gracias, pero no. Probablemente les daré el millón.

Y entonces te dejarán en paz, pensó Pepe.

—Claro que te guardaré el secreto. Pero creo que estás cometiendo un error.

Un error que podría estropearlo todo.

—Tengo unas cuantas horas para pensarlo. Tal vez se me ocurra algo.

Pepe también tenía unas cuantas horas. Apuró su vaso de vino.

—Bueno, tengo que darme prisa. ¿Me informarás mañana?

—Claro. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Pepe salió por la puerta principal, tratando de no darse prisa. Otra pieza había encajado en su sitio, algo que le rondaba por la cabeza desde que Sara había mencionado el nombre de Willy Joe Capra.

Norman

Norman lo vio marcharse. «Te informaré si sigo vivo.» Bueno, podía distraerse preparando la cena. No había ido a Publix después de almorzar, como había prometido. ¿Qué podría impro-

visar para un par de vegetarianos que no tomaban queso, ni leche, ni huevos? Volvió a conectar la casa y pidió que le pusiera a Vivaldi, música para vegetarianos.

Estudió la ordenada disposición de cajas, latas y tarros de los estantes, y quizá se inspiró por la música: pastel de judías italiano, una tarrina en capas de puré de judías: rojas, blancas y verdes. Cuando lo cortabas, parecía la bandera italiana.

Tras elegir las tres latas de la despensa, le pidió a la casa la receta y ésta apareció en la pantalla, sobre el horno.

—Más grande —dijo, pues no quería usar las gafas.

Peló y cortó patatas, las puso a hervir a fuego lento y luego trabajó en los tres colores de judías, sazonándolas con cebollas, ajos y ascalonias, y luego las apartó para dejarlas enfriar. Las patatas estaban ya hechas; las roció con hierbas de Provenza, aceite de oliva, y vino blanco de cocina.

Iba a servirse un vaso cuando se dio cuenta de que aquél podía ser el último vino que probara en este mundo. Se dirigió a la parte superior del estante y sacó un St. Emilion del veintidós, tal vez una semana de salario embotellado. Sacó el corcho, se sirvió un tercio de la botella en su copa de globo más grande y luego, cuidadosamente, preservó el resto de la botella con nitrógeno y volvió a ponerle el tapón. Los Slidell eran agradables, pero no lo bastante íntimos ni lo bastante importantes para un burdeos del veintidós.

Todo tenía que enfriarse durante un rato, así que apagó la música y se llevó el vino al estudio. Afinó el violoncelo y repasó las últimas notas que había estado desarrollando para *La Venida*, pero estaba demasiado distraído para trabajar en ello. Se centró en un nuevo libro de antiguas danzas folclóricas europeas y echó una ojeada a España y Portugal, bebiendo vino entre pieza y pieza.

La casa le recordó que eran las 16.00 horas. Con cuidado, Norman sirvió las capas de la tarrina en una hogaza de pan, luego retiró el vino y el aceite de las patatas y las roció con una pizca de pimienta, un chorrito de vinagre y un poco más de especias. Lo metió todo en el frigorífico y le dejó a Rory una nota diciendo que iba a salir; si llegaba tarde a la cena, que hiciera la tradicional ensalada de tomate y lechuga, sin el queso de cabra, Dios nos prohíba que explotemos a las cabras.

Se puso una chaqueta para protegerse del fresco de la tarde, se la abrochó, entró en el garaje, metió la pesada pistola en su funda y

salió con la bici.

Tenía tiempo de sobra. Se entretuvo en la pista de ejercicios del parque, viendo a jóvenes y viejos correr y saltar y estirarse y hacer flexiones. Debería volver a eso. Tal vez al día siguiente, si había un mañana.

Pedaleó lentamente por el cinturón verde de casi un kilómetro y luego ganó velocidad mientras el tráfico, a su lado, frenaba al llegar al centro. Se le ocurrió una nueva máxima: «Nunca llegues tarde a un tiroteo.» Advirtió que Willy Joe y el abogado darían por descontado que iba armado, así que estarían protegidos por ropas blindadas. Acércate lo suficiente para disparar a la cabeza. Primero a Willy Joe y luego al abogado, si vives lo suficiente. ¿Era el vino el que hablaba? ¿O sólo la guerra? Ambos, probablemente.

Pero la pistola seguía pareciéndole una carga. No una compañera, como en el desierto. Podría pagarles y aplazar la matanza para más adelante, si volvían por más. Cuando volvieran. Entonces estarían seguros de sí mismos y serían más vulnerables.

A unas manzanas de la casa, un camión de bomberos pasó ululando, y luego una ambulancia, y después otro camión de bomberos. Había una nubecilla de humo negro ante él que se convirtió en una columna.

Se detuvo en la Cuarta Avenida, a una manzana de la casa de Capra, que ardía como una hoguera. Sacó de la bolsa de su bici el catalejo que usaba para los pájaros y comprobó la dirección.

Enfermeros y policías hacían retroceder a un grupito de mirones en la acera, para dejar paso a la camilla de la ambulancia. Tendido delante de la casa había un hombre en una silla, evidentemente atado, cubierto de espuma contraincendios. Terminaron de soltarlo y él se levantó, tembloroso, y lo pasaron a la camilla.

Era Qabil. Se lo llevaron a la ambulancia.

No habría reunión esta noche, ningún tiroteo. Norman dio media vuelta en la acera y regresó a casa.

Llegó minutos antes de que Rory apareciera con sus invitados. Reacio, desconectó el cubo (todavía no había noticias) y se reunió con ellos en la puerta.

Lamar y Dove Slidell eran ambos astrónomos, afincados ahora en Nuevo México, compañeros de clase y amigos de Rory desde el instituto. Evidentemente ya habían dicho todo lo que había que decir sobre la Venida y sabían que Rory prefería hablar sobre

cualquier otra cosa. Así que se dedicaron a chismorrear sobre amigos mutuos y a comparar sus trabajos. Los Slidell trabajaban en lo alto de una montaña desde donde podían ver las estrellas y todo. En Gainesville, el cielo nocturno era una brillante sopa gris.

Norman trató de parecer interesado, aceptó los cumplidos a su cocina y bebió un poco más de vino que los demás. Por fin sonó su teléfono y se excusó para atender la llamada en la cocina.

No eran los chantajistas. Era Qabil.

—Mira, sé que tienes compañía. No debería quedar constancia de que voy a tu casa. Pero tenemos que hablar antes de que vaya al trabajo por la mañana.

—¿Dónde estás?

—En la esquina. Un Westinghouse azul con ventanas plateadas.

—Estaré ahí en un minuto.

Pulsó «fin», se detuvo un momento a pensar, y luego entró en el comedor.

—Tengo que salir un momento, una emergencia estudiantil. Un chico tiene una prueba mañana y se le ha roto una cuerda de la. Parece que necesita ayuda.

—¿Qué estudiante? —preguntó Rory.

—Qabil. Está ahí al lado.

Ella asintió, sin palabras y forzó una sonrisa.

Norman tomó una cuerda de su estudio y dijo: «Vuelvo dentro de un minuto», y salió a la calle.

La puerta de pasajeros del coche se abrió mientras se acercaba. Entró y la puerta se cerró.

Un lado de la cara de Qabil estaba cubierto de ampollas, tapado con gel transparente. Tenía vendada la mano derecha.

—¿Qué ha pasado? —dijo Norman.

—Ya llegaremos a eso. Primero cuéntame qué demonios está pasando.

—Es simple... Willy Joe Capra iba a chantajearme. Por lo nuestro.

—Eso lo sé. Me lo dijo con detalle, después de secuestrarme en la misma puerta de mi casa. Y a ese hampón de Tampa, Solo, ¿le rompiste la mano?

—En cierto modo, sí. —Los grillos chirriaban con fuerza en la oscuridad—. Le apunté con una pistola y él mismo se lo hizo.

—Una pistola. Has llevado una vida interesante, desde que nos separamos.

Separamos. Norman trató de apartar la emoción de su voz.

—¿Qué te hicieron esos hijos de puta?

—¿A mí? ¿Qué demonios les hiciste tú?

—¿Yo? Nada. Sólo lo de la mano.

—Norm, puedes contármelo. Si puedes confiar en alguien en este asunto, es en mí.

—Tenía que verme con ellos a las cinco. Hablé con el abogado, Moore; dijo que tenían que mostrarme algo.

—Aquí presente, prueba A. ¿Y entonces qué demonios les hiciste?

—No hice nada. Estaba a una manzana de distancia y vi que la casa estaba ardiendo. Vi a los enfermeros soltarte de la silla, vi que podías caminar y me largué tan rápido como pude. —Sacudió la cabeza—. Lo siento. Te metí en esto. Supongo que ahora no hay manera de encubrirlo.

—Espera. Antes de que hablemos de encubrir nada. ¿No mataste a esos mierdas?

—No he matado a nadie. Estaba dispuesto a hacerlo, pero... el fuego. Te vi y supuse que era cosa de la policía.

—No... fuera lo que fuese, la policía no fue. Tendré que presentar un informe mañana y no estoy seguro de qué decir. ¿No lo hiciste?

—¿Qué fue? ¿Una especie de bomba incendiaria?

Qabil se tocó torpemente la cara.

—Los tres tipos estallaron. Lo vi con mis propios ojos. No se lo he dicho a nadie, sólo que hubo un incendio. Pero lo vi todo.

—¿Estallaron?

—Una ventana se rompió, una ventana detrás de mí. Ese reptil de Tampa, Solo, alzó su arma... la tenía ya en la mano izquierda y empezó a ponerse en pie. Entonces estalló en llamas.

—Jesús. ¿Como con un lanzallamas?

Norman los había visto en acción y todavía tenía pesadillas al respecto.

—No... fue como si explotara de dentro afuera. No sus ropas, la carne. Luego los otros dos. Uno, dos, tres. Se movían tambaleándose como en una película. Después su ropa empezó a arder. Capra tenía una pistola guardada en la espalda y las balas se dispa-

raron.

»Cayó sobre las cortinas y éstas se incendiaron. Algunos muebles humeaban. Luego el fuego surgió de sus cuerpos como si fuera aceite hirviendo. Pude levantarme a medias, atado a la silla, y tuve que abrirme paso a patadas por la puerta principal, me caí por la escalera y me quedé medio inconsciente. Un civil me roció con extintor de incendios y tal vez me salvó la vida.

—¿Qué demonios pudo producir eso? ¿Hacer que la gente estalle en llamas de esa forma?

—Esperaba que tú me lo aclararas. Algún nuevo tipo de arma militar o algo por el estilo.

—Vamos, Qabil. No he empuñado un arma militar en treinta años.

Qabil asintió y entonces tuvo un breve espasmo de tos que terminó con una arcada.

—El olor era repugnante. Sabes que no puedo comer cerdo. Cuando la carne humana...

—Lo recuerdo, Qabil. —Sacudió con fuerza la cabeza—. Debe de haber sido cosa de la mafia. O de las bandas.

—Bueno, las bandas... —Se aclaró la garganta—. Las bandas no tienen ningún motivo para amarlo. Pero se dedican más bien a los bates de béisbol y las navajas. Si tuvieran pistolas de rayos lanzallamas, todos tendríamos auténticos problemas.

—Ya había pensado en la mafia. Pero ¿por qué un pistolero mataría a tres hampones y dejaría vivo como testigo a un policía?

—Tal vez no sabía que eres...

—Todavía iba de uniforme. Pero tal vez ésa es la cuestión. Tal vez quieren que sepamos que tienen esa arma infame. Willy Joe no era ningún padrino que tuvieran que asesinar de forma dramática, sólo un mequetrefe con delirios de grandeza.

Escucharon los grillos durante un minuto.

—¿Qué puede hacer que se queme un cuerpo? —preguntó Norman—. Estamos compuestos principalmente de agua, ¿no?

—Sí. Los crematorios necesitan un fuego realmente fuerte para funcionar. Pero los dos hemos visto lo que hace el napalm.

—Eso es añadir combustible. Dijiste que esos tipos empezaron a arder de dentro a fuera.

—Lo vi claramente. Su ropa ni siquiera ardía, no al principio. Luego todo ardió.

—Ha habido casos de combustión humana espontánea.

Qabil dejó escapar una risa apagada y se tocó la mejilla.

—Eso siempre acaba en nada. Algún viejo o algún borracho, o algún viejo borracho, se queda dormido fumando. Mueren sin darse cuenta de que se han muerto. Después de haber humeado un rato, la grasa empieza a gotear. Entonces arden como una vela. Como una lámpara de aceite,

—¿Qué hay del agua, entonces?

—Supongo que será como el agua de una rama verde de madera. Si el calor es suficiente, la madera arde de todas formas. —Se rascó la cabeza—. Pero esto no fue así. No humearon ni nada. Simplemente prendieron, como si estuvieran hechos de pólvora.

Norman se enderezó.

—Oh, demonios. Está claro.

—Ilumíname.

—Es un arma de la policía. Sabían que estabas...

—No, espera. No tenemos nada que se parezca a eso ni remotamente.

—No que tú sepas. Pero déjame acabar. Si toda la historia se destapara, si alguno de esos tres viviera, sería un caos. Un policía homosexual, la esposa de un marica sobornando a un poli, la mafia implicada... demonios, usarían armas atómicas para mantenerlo en secreto.

—Pero no lo sabe nadie. Está tan profundamente enterrado...

—Willy Joe lo descubrió.

Qabil sacudió con fuerza la cabeza.

—Si el departamento lo supiera, me habrían echado hace tiempo. Créeme: lo he visto suceder. Usamos procedimientos administrativos mucho antes de recurrir a armas sobrenaturales.

—Una vez me dijiste que no existe lo «sobrenatural». Si algo sucede, es parte del designio de Alá y, por tanto, es natural.

—*Touché*. Y el misterio es parte de ese designio. —Sacudió la cabeza, sonriendo ante la idea—. Entonces considerémoslo un misterio con asesinato. Arma, motivo, oportunidad.

—El arma, olvídala, excepto por el hecho de que la persona que la utilizó probablemente sabía que no corría peligro frente a sus objetivos una vez que disparara el gatillo.

—El motivo. Bueno, Capra probablemente tiene más gente en esta ciudad deseando matarlo que nadie, excepto el alcalde. Ahora

mismo tú eres el principal sospechoso, pero soy el único que lo sabe, y si dices que no lo hiciste, eso es suficiente para mí. ¿Quién más? ¿Sabía Rory que ibas a reunirte con Capra?

—No, no quise involucrarla. (¡Jesús! ¡Fue Pepe!) Además, estuvo en antena toda la tarde. Coartada perfecta.

—Y no lo sabía nadie más.

—No, por supuesto que no —mintió. ¿Podría tener algo que ver el trabajo de Pepe con algún tipo de aplicación armamentística? ¿Algo desarrollado a partir de aquellos estallidos de rayos gamma? Norman no sabía mucho al respecto. Tal vez un estallido de rayos gamma podía hacer que una persona ardiera en llamas.

—¿Qué hay de la oportunidad? Normalmente está relacionada con el motivo y el arma. Si esto es sólo un asunto de criminales matando a criminales, el momento tiene que ser explicado.

—¿Por ser tan oportuno?

Él asintió.

—Y arriesgado. A plena luz del día, en un barrio lleno de actividad criminal, alguien se agazapa detrás de un árbol, rompe una ventana y mata a tres personas, incendia la casa y se marcha.

—Habrá habido testigos.

—Lo más probable, pero no son modelos de buena ciudadanía. Y probablemente no quieren fastidiar a quien lo hizo. ¿Querías tú?

—Pero espera. Tiene que haber una grabación donde se muestre que viniste a mi casa y detuviste a ese tipo, Solo, la mano derecha de Willy Joe. Y luego apareces en una casa donde los dos están muertos.

—Cierto. Pero, por lo que sé, no hay nada en los archivos policiales que los relacione a los dos. Eso habría sido una auténtica bandera roja. Estaba identificado como forastero. —Resopló con fuerza—. Puede que tengamos suerte. El fuego fue tan intenso que probablemente no dejó nada útil, ADN ni restos esqueléticos.

—Lo cual podría ser sospechoso en sí mismo.

—Son cosas que pasan. En la guerra tenían toda clase de armas que hacían imposible identificar los restos humanos. Normalmente calor intenso y acción química. —Se golpeó los dientes inferiores con una uña—. Es un enfoque. Un posible enfoque.

—¿Que alguien del Ejército quisiera deshacerse de Capra?

—O alguien con acceso a armas sofisticadas. Quiero decir,

supongamos que estoy en lo cierto en lo que respecta al arma. Y hago la conexión militar, si nadie más la hace.

—Pero ¿dónde te sitúa a ti, testigo de todo? ¿Y atado a una silla? ¿Por qué te secuestró?

—Esa parte ya la tengo resuelta. Por fortuna, mi compañero y yo formamos parte de un equipo de observación que investiga la distribución de drogas, las drogas de diseño, dentro de los límites de la ciudad. Capra estaba metido hasta el cuello.

»Ya le dije al patrullero en el hospital que eso es lo que pasó: me siguieron a casa, me apresaron y planeaban matarme de manera dramática en cuanto oscureciera. Eso es cierto. Pero no por pertenecer al equipo antidroga.

—Sí. —Norman le tocó la mano—. Lamento haberte metido en todo esto.

Él dijo algo en árabe.

—Lo que sea será. Esto no es algo que dependa de nosotros. Y los malvados son castigados, para variar.

—Curiosa actitud para un poli.

El sonrió y asintió.

—Será mejor que regreses. Me pondré en contacto si sucede algo.

A Norman no se le ocurrió nada más que decir que no fuera una variante de: «Espero no tener noticias tuyas», así que le estrechó la mano y regresó a casa.

¿Debía dar a entender a Pepe lo que sabía? ¿O dejarlo correr? Curiosidad contra gratitud, con una chispa de miedo.

Cuando volvió al comedor, estaban retirando el postre.

—¿No necesitó la cuerda? —preguntó Dove Slidell.

—¿Qué? —Norman todavía tenía la suya en la mano—. Oh, no él... encontró otra antes de que llegara. Afinamos y repasamos unos cuantos pasajes difíciles.

—¿Estará bien? —preguntó Rory, tratando de controlar el temblor de su voz.

—Estará bien. Creo que podrá continuar solo.

Ella asintió despacio, con los ojos clavados en los suyos.

—Vamos a recoger unos cafés en el local de Nick e iremos al observatorio. Ni siquiera te lo preguntaré. Necesitas dormir un poco.

—La verdad es que necesito trabajar. Empezar una nueva di-

rección con la segunda parte.

—Bueno... pues que te diviertas.

Se despidieron.

Aurora

Le dijo al coche que fuera al local de Nick.

—Probablemente estará todavía serrando el violoncelo si vuelvo a casa a las tres.

—¿Es difícil vivir con un artista? —dijo Dove.

—Es difícil vivir con alguien que no sigue un horario normal. ¡Como si yo lo hiciera! —Se dio la vuelta en el asiento del conductor—. Pero Norm es realmente raro. Nunca duerme más de unas pocas horas seguidas. Dormita de vez en cuando, sin seguir ninguna pauta.

—Como Edison —dijo Lamar.

—Nada de bombillas o fonógrafos. Pero es un cocinero magnífico.

Ellos murmuraron su asentimiento.

—¿Te alegrarás cuando esto termine? —dijo Dove—. Por fin podrás investigar de verdad.

—No tanto como quisiera. «Esto» ha despertado un nuevo interés en la astronomía entre los jóvenes. He cedido a las presiones y he accedido a dar dos cursos de primero.

—Eso son un montón de chicos.

—Cincuenta por clase. Pero tendré dos ayudantes, así que sólo tendré que impartir las clases.

—¿Y el resto de tu trabajo seguirá igual? —preguntó Lamar.

—Sí, pero eso no está mal. Un seminario para graduados y una clase pequeña sobre fuentes no termales. Y voy a recibir una buena bonificación por los dos cursos extra.

—Siempre me ha gustado primero. Pero no me gusta tener que ser espontáneo con la misma clase, tres días por semana.

Dove asintió.

—Yo tuve dos cursos de primero hace un par de años, cuando llegó ese chico genio de Princeton. Es una sensación extraña.

El coche se detuvo delante del bar de Nick y los tres entraron a recoger su café: tostado, dulce y rico.

Nick saludó a Rory.

—Un segundo, profesora.

Ella había hecho el pedido por teléfono, pues no estaba segura de hasta qué hora permanecía abierto el local.

Saludó al otro único cliente, aunque no estaba segura de conocerlo. Lo había visto antes, escribiendo a mano en un diario encuadrado.

El historiador

Saludó a la profesora Bell.

Ella aparecería en el último capítulo. Devolvió su atención al libro, que ya había llegado a 1990.

En agosto de 1990, Gainesville disfrutó de una semana de tremenda fama mundial por un hecho terrible. En el lapso de cuarenta y ocho horas, un loco capturó, torturó, mutiló y asesinó a cinco estudiantes.

Los cuerpos fueron encontrados con sesenta y una cuchilladas y heridas punzantes. Los limpió cuidadosamente después... incluso a la chica cuya cabeza cercenó y colocó en un estante, para que la encontrara la policía. Luego dispuso los cuerpos en posiciones obscenas.

La perversión acabó por resultar un error: dejó semen en la escena y su ADN lo identificó de forma inequívoca.

Pasó libre varios meses antes de ser arrestado bajo otra acusación. Una cuarta parte de los estudiantes huyeron atemorizados o a causa del temor de sus padres. La ciudad estuvo dominada por el terror: las ventas de armas se dispararon mientras que las inmobiliarias se hundían. Fue una buena época.

ca para comprar propiedades en el barrio estudiantil; una mala época para vivir allí.

EN NOVIEMBRE

Un alarmante desarrollo capilar había continuado en los jóvenes blancos desde agosto, cuando un grupo de mimo musical, los Epilépticos, obtuvo una fama pasajera. Lo que prendió no fueron sus movimientos semialeatorios, ahora admirados e imitados sólo por los muy jóvenes, sino su extraño pelo facial: cada uno de sus componentes llevaba una trenza de barba en una mejilla y la otra rasurada. Naturalmente hacían falta años para conseguir una barba realmente larga, pero muchos seguidores habían logrado tenerla de diez a quince centímetros. Se la teñían de colores raros y algunos se la untaban de pomada, así que abultaba en la mejilla como una especie de pene cuadrado, para gran placer de sus padres.

Aparecieron dos películas inspiradas en la Venida. *Segunda Venida* se dirigía al público cristiano y tuvo éxito; *Para servir al hombre*, un plagio descarado de un relato de «primer contacto» del siglo XX, no tuvo tanto éxito, una vez que el chiste del título fue de uso común.

Europa siguió avanzando en el camino de la guerra abierta. Todos los miembros presentes en el Parlamento alemán murieron el 17 de noviembre, víctimas de un rápido bioagente que convirtió sus huesos en gelatina. Nadie reclamó la autoría de la masacre. Al día siguiente la torre Eiffel se vino abajo, pues cuatro personas cargadas con explosivos se sacrificaron simultáneamente en las cuatro esquinas del monumento. Nadie se responsabilizó tampoco. Las negativas oficiales fueron ignoradas por la mayoría de los ciudadanos alemanes y franceses, así como la sobria declaración de que un tercer grupo era responsable de ambas atrocidades; alguien que se beneficiaría si los dos países se destruían mutuamente.

Ambos ejércitos se concentraron en la frontera para realizar

maniobras.

Abrieron restaurantes de insectos por toda California, en Oregón y Washington. Una cadena, Come Más Bichos, era abiertamente xenófoba y relacionaba los insectos con la Venida: las vacas y cerdos y pollos son nuestros parientes; come algo extraño.

La mayoría de las tiendas de supervivencia iban a la baja. La mayor parte de la gente que almacenaba agua y balas y judías preservadas en nitrógeno sólo acudía a la tienda una vez. Así que fue un mes de grandes beneficios seguido de la bancarrota. Algunas de ellas resistieron tenazmente, esperando malas noticias. Pero no había ninguna noticia del espacio: sólo la señal imperturbable.

Norman le contó a Aurora una versión de la verdad que no incluía a Pepe ni armas de increíble ferocidad. La investigación policial del asesinato/incendio no reconoció públicamente que los cuerpos se habían quemado más allá incluso de la identificación molecular. Según la versión extraoficial, Willy Joe había preparado el incendio para hacer creer que había muerto, como cobertura para perderse de vista. Eso era consistente con el fantástico testimonio de Rabin y la absoluta falta de residuos orgánicos: los «hombres» que lo tenían prisionero eran sólo robots convincentes, cargados con algo explosivo. Habría sido una mascarada cara, pero entraba dentro del presupuesto de Willy Joe, o al menos del presupuesto de sus jefes.

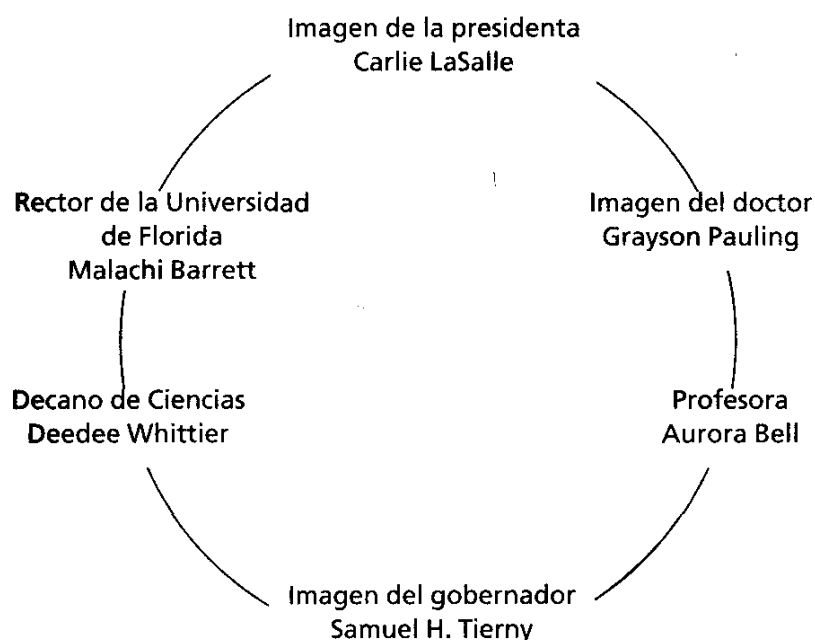
Rabin tuvo otra reunión clandestina con Norm, en la que discutieron lo improbable de esa explicación. Naturalmente, Rabin le había seguido la corriente durante la investigación, porque lo apartaba del punto de mira: Willy Joe había escogido a un poli para tener un testigo intachable de su dramática «desaparición».

Norm y Rabin se asentaron en la navaja de Occam y llegaron a la conclusión de que debía de haber sido algún tipo de aparato militar clandestino que había caído en manos de uno de los enemigos de Willy Joe. Norm seguía pensando en pistolas de rayos gamma, pero dejó ahí el tema.

(Un aspecto del que nadie más era consciente era que el jefe de policía tenía un primo en Washington bien situado en la investigación armamentística del Ejército. Dijo que no había nada en el arsenal, ni en los tableros de dibujo, que pudiera hacer lo que Rabin había descrito. Así que debía de ser falso.)

1 DE DICIEMBRE

Aurora



—Esto va a ser entretenido. —Rory apagó la pantalla.

Norman estaba en la silla de enfrente.

—Bueno, desde luego estoy impresionado. La líder del mundo occidental se despierta a las nueve. —Bebió café.

—Oh, está despierta desde las ocho al menos, maquillándose.

Rory repasó un grueso fajo de papeles y los guardó en un portafolios de plástico. Tendió la mano hacia su taza.

—¿Puedo?

Él se la acercó un poco.

—No tiene azúcar.

—Me maravilla tu fuerza de voluntad. —Tomó un sorbo—. Ugh. Delicioso.

—Llévatela.

—Allí tendrán. —Le dio un besito de despedida y descolgó su chaqueta de la percha—. ¿No estaba lloviendo?

—Ha parado antes de que yo saliera.

Ella había venido al despacho a eso de las cuatro y vio relámpagos en el horizonte. Loco clima.

El ascensor olía mucho a limpio; primeros de mes. Se puso la vieja chaqueta por encima de su traje chaqueta para ver a la presidenta, sintiéndose algo bohemia. Pero ¿quién en Florida se molestaría en llevar ropa de abrigo a la moda?

El cielo estaba gris, cubierto por veloces nubes, y el aire era húmedo y frío. Tal vez volviera a llover. Se apresuró junto a los estudiantes que corrían hacia sus primeras clases, algunos de ellos vestidos con pantalones cortos. Tal vez no tenían nada más.

Llegó pronto a la sala de conferencias y se sorprendió al ver que la presidenta ya estaba allí.

—Es sólo un holo de prueba —dijo Deedee desde el otro lado de la sala—. ¿Café?

—Media tacita, por favor.

El holo tenía un aspecto absolutamente real. Sus ojos parecían seguirte.

—Me pregunto cuánto sabe de ciencia el holo. Podríamos empezar ya y todo.

—Mujer de poca fe. —Deedee le tendió una tacita de plástico mientras se sentaba, y ocupó su sitio al otro lado de la mesa—. Esperemos que sea una charla protocolaria.

—Y no una reducción de presupuesto —dijo Rory—. Eso es lo primero que se me ocurrió.

—Ha sido una bendición para vosotros.

Ella sopló el café.

—Y que lo digas. La mitad de nuestro salario de este semestre cubierto por la beca federal. Naturalmente, ha generado un montón de papeleo. Gente tratando de justificar sus investigaciones en curso aplicándolas a la Venida.

—No he oído eso. —El rector Barrett entró en la sala.

—No lo he dicho, Mal. —Ella le sonrió—. Me he dejado llevar temporalmente por los demonios ancestrales.

—Eso fue el mes pasado. —Se sirvió un poco de café y pasó junto a Deedee para llegar a su asiento—. Espero que no tengamos que tratar esta vez del aspecto espiritual.

—Ojalá —dijo Deedee.

—Amén.

La reunión de hacía un mes con el reverendo Kale había sido agotadora. O estabas con él o estabas contra él, y había acudido a la reunión sabiendo que sería una confrontación con sus enemigos más fuertes.

Trató de convertirlo en un acontecimiento mediático de primer orden, pero por fortuna la prensa estaba harta de tratar con él. Así que todo se redujo a un montón de ruido y furia y ningún tiempo en las ondas.

Sonó un suave gong y la presidenta cobró vida, unos centímetros más alta, el pelo idéntico, pero con la blusa lavanda en vez de verde azulado. El gobernador Tierny y Grayson Pauling aparecieron al mismo tiempo. El gobernador lleva un traje verde con corbata roja, anunciando la Navidad. El consejero científico siempre vestía de gris. Esa mañana su piel parecía un poco gris también.

—Buenos días —dijo la presidenta, como si lo pretendiera de verdad. Una sonrisa reveló sólo un atisbo de sus dientes perfectos—. Vayamos directamente al grano.

Extendió la mano fuera del campo del holo y alguien le tendió un clasificador de cuero.

Rory esperaba encontrarse en el Despacho Oval, pero se trataba de otra sala, con viejos cuadros de los presidentes mirando desde paredes sin ventanas.

—Esto es *top secret*. No pueden discutirlo con los medios. Hace unos días, el secretario de Defensa me pidió que convocara una reunión secreta del Gabinete.

—Oh, no —dijo Rory, y casi pudo oírsela. Pauling la miró, pero la presidenta no pareció darse cuenta.

—Sobre nuestra disposición hacia una invasión alienígena. Admitió que claramente no estamos preparados, pero también claramente aseguró que podemos estarlo.

Miró en derredor, como desafiando a alguien para que hablara.

—Revisamos su testimonio en esto, y la corroboración de la Fundación Nacional de Ciencias y de la Asociación Americana pa-

ra la Ciencia...

—Para el Avance de la Ciencia —corrigió Pauling.

—Gracias, Grayson. Por dejarlo claro, consideramos que tenían ustedes buenas intenciones, pero que estaban equivocados. Esto es un asunto político, no científico. Quiero decir, no sabríamos del peligro sin ustedes los científicos, cierto. Pero es un problema político con una solución política.

—Lo que quiere decir militar —dijo Deedee—, señora presidenta.

—Estratégico. Hay una clara diferencia.

—Estratégico, hasta que se pulsa el botón —dijo Pauling—. Entonces es militar.

—Y el motivo de la preparación estratégica es prevenir la guerra.

—Señora presidenta —dijo Rory—, ¿qué va a usar para asustar a los alienígenas? ¿Armas nucleares?

—Mejor que eso. —Sacó un diagrama del clasificador—. Aunque usa un arma nuclear como combustible.

El diagrama era sólo una vista polar de la Tierra, con una órbita de puntos rodeándola, a unos cinco mil kilómetros de altura. Había tres X equidistantes en la órbita.

—Cada una de estas tres lanzaderas tiene un máser de un disparo, láser de microondas, generador. Convierte la potencia de una bomba de hidrógeno en un solo disparo de energía lo bastante potente para desintegrar cualquier cosa. En un momento dado, dos de las tres cubrirán cualquier acercamiento a la Tierra.

—Bueno, espero que ellos no tengan cuatro naves —dijo Rory.

—¿Qué?

—Señora presidenta, si fuera usted a invadir otro planeta, ¿enviaría sólo una nave?

—Bueno... estoy segura de que podemos poner varias de estas cosas sobre la órbita...

—En la órbita —corrigió Pauling—. Y sólo hay tres. Dos de ellas ni siquiera...

—Siempre está diciendo eso, Grayson. Como si pudiera estar en una órbita igual que en la calle. Supongo que podremos construir más.

—No puede —dijo él—. Aunque fuera legal... y no lo es, sería

una violación de la ley internacional, no se pueden construir esas cosas en un mes, no importa cuánto dinero les lance a los contratistas.

—Creo que puede haber más en algún sitio —dijo ella, sin ninguna expresión.

—Creo que no pasarán sobre Francia o Alemania —dijo el rector.

—Varias veces al día —informó Pauling.

—Pero eso no importa —dijo la presidenta—. Apuntan hacia arriba, no hacia abajo. Y hemos resuelto los aspectos internacionales. El Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas participará en el proceso de toma de decisiones.

—Apuntan hacia donde queramos —dijo Pauling—. Y el gran botón rojo de la ONU no tiene que estar conectado a nada.

La presidenta suspiró.

—Siempre ha sido usted un buen jugador de equipo, Grayson. Hasta que empezó esto.

Pauling se volvió hacia los otros.

—Fui el único miembro del Gabinete que no se mostró a favor de este plan. Pero claro, soy el único que distingue un electrón de un asteroide.

—Como dije, ya no es un problema científico. La parte científica ha sido resuelta. Pero seguimos teniendo que proteger a nuestra gente. —Intentaba parecer presidencial pero, obviamente, estaba molesta con Pauling. Probablemente él le había dicho que iba a comportarse.

—¿Ya se han puesto en órbita?

—No, doctora Bell, están siendo comprobadas. Subirán la semana que viene.

—No importa cuál sea nuestro consejo —dijo Deedee.

El gobernador se aclaró la garganta y habló por primera vez.

—Decano Whittier, con el debido respeto, la presidenta y su Gabinete han considerado los aspectos científicos de este asunto junto con todos los demás...

—¡Y han tomado la decisión equivocada! —exclamó Rory—. Esto es como si fuéramos niños que pretenden gastar una broma para sorprender a mamá cuando entre por la puerta. A ella no le va a hacer gracia.

—Me han asegurado que no hay ninguna defensa posible co-

ntra esas armas.

—Oh, por favor. La guardia pretoriana era invencible en sus tiempos, pero un soldado con una ametralladora del siglo XIX la habría destruido en cuestión de segundos.

La presidenta se quedó mirando un instante, quizás escuchando a alguien fuera del escenario que le explicaba qué era la guardia pretoriana.

—La ciencia está de mi parte, profesora. El rayo de energía va a la velocidad de la luz. ¿Conoce algún modo de detectarlo y quitarse de en medio?

—No, pero tampoco tengo una nave espacial que pueda ir a la velocidad de la luz. Si la tuviera, probablemente tendría algo para protegerme contra armas del siglo XXI.

—Ése fue exactamente mi argumento anoche —dijo Pauling—. Lo único que sabemos de esas criaturas es que su ciencia está más allá de nuestra comprensión.

—Puede que esté promoviendo el suicidio de toda la especie humana —dijo Rory—. O asesinando a la especie humana por ignorancia y orgullo.

—No es sólo una mala idea —apostilló Deedee—. Es la peor idea de la historia.

El famoso temperamento de la presidenta estalló por fin.

—¡Entonces la historia me juzgará! ¡No un puñado de catedráticos!

Desapareció, junto con Pauling. El gobernador se difuminó con una sonrisa clavada en la cara.

Se quedaron los tres solos, contemplando una mesa redonda vacía.

Rory sorbió café frío.

—Creo que tiene algo en contra de los catedráticos.

—Los catedráticos tienen algo contra ella —dijo el rector.

—No tenemos que mantener esto en secreto —comentó Deedee—. Deberíamos hacerlo público antes de que lo haga la Administración.

Mal sacudió la cabeza.

—Ella dijo que era *top secret*.

—No tengo ninguna orden. ¿Y tú?

—Probablemente pueda contactar con Marya Washington —dijo Rory—. No es exactamente favorable a la Administración.

Sacó el teléfono de su bolso y pulsó dos números. Le contestó una voz robótica.

—Dile a Marya que Rory Bell, de Florida, tiene que hablar inmediatamente con ella. Notición. —Pulsó el botón de desconexión—. Un gran notición.

—Necesito una taza de café de verdad —dijo Deedee—. ¿Nos pasamos por el local de Sara?

Mal comprobó su reloj.

—Id vosotras. Todavía tengo tiempo de aparecer en una reunión presupuestaria y sorprender a unos cuantos. —Sonrió y la sonrisa desapareció—. Si necesitas ayuda dímelo, Rory. Con la gente del cubo o con Su Excelencia.

—Gracias, Mal. Puede que te necesite para que me apoyes en lo que ha dicho la presidenta.

—Cuenta con ello. —Miró a Deedee—. ¿Nos vemos el sábado?

Deedee

—Allí estaré.

El rector asintió, cerró su maletín y se marchó.

—¿Tonteando con los grandes? —dijo Rory.

—Es un tigre en la cama —respondió ella roncamente—. «¡Adminístramelo! ¡Adminístramelo!» —Las dos se echaron a reír—. Es algo que se le ocurrió al director. Han invitado a todos los veteranos a una barbacoa con los decanos y con Mal. Puede ser divertido, si Mal y yo no estamos en algún calabozo de Washington, contigo.

—¿Tienes idea de con quién puede aparecer?

—No apuesto con temas de amor. —Hubo un leve rumor de truenos y ella tomó un paraguas—. ¿Crees que llegaremos antes de que llueva?

No llegaron. A medio camino de Los Hermanos los cielos se abrieron. El paraguas mantuvo secas sus cabezas, pero poco más.

Los Hermanos estaba abarrotado y cálido. Se sentaron en la barra y pidieron cafés con leche.

—Así que somos nosotras contra la presidenta de Estados Unidos —dijo Deedee—. ¿Y eso adónde nos lleva?

—¿Sabes?, ella no dijo por qué convocó la reunión —comentó Rory—. Debía de saber cuál iba a ser nuestra reacción. ¿Qué ganaba entonces haciéndonoslo saber antes de que se hiciera un anuncio general?

Deedee sacudió la cabeza.

—Tal vez fue Pauling quien lo preparó. Ella hace lo que su Gabinete le dice que haga.

—Sí, Blancanieves y los Catorce Enanitos. El Ejecutivo ha visto días mejores.

Llegó el café y Rory le añadió una cucharada de azúcar. Deedee sólo lo roció con una pizca de canela.

—Me pregunto —continuó diciendo Rory—, ¿y si pudieras conseguir que alguien dijera que esto es una declaración de guerra y que necesita la aprobación del Congreso?

—Bueno, ella es dueña de la Cámara, aparte de los verdes. Si sumamos a los verdes los demócratas del Senado, al menos habría algo de ruido. Pero no creo que se pueda declarar la guerra a una nave... o a un mensaje, que es todo lo que realmente tenemos.

Sostuvo el café para calentarse los dedos y aspiró profundamente el aroma de la canela.

—Creo que la clave va a ser la educación, o la propaganda. Tu periodista es probablemente nuestra arma más poderosa. Si las encuestas le dicen a LaSalle que no lance nada, no lo hará.

Pepe entró por la puerta, empapado, con un periódico goteante sobre la cabeza.

—¡Hola! —Tiró el periódico a la papelera de reciclado.

No había asientos en la barra. Se quedó de pie entre ellas y pidió un exprés doble.

—¿Cómo fue la reunión? ¿Es más guapa en persona la Intrépida Líder?

—Una Hawking corriente —dijo Deedee, y en voz baja las dos resumieron lo que había ocurrido.

—Yo no me preocuparía demasiado —dijo él—. Sólo está luciendo su faceta de «mujer de acción». Francia armará un escándalo y Rusia también. Nunca obtendrá el apoyo del Consejo de Se-

guridad, y lo sabe. Es pura pose. Campaña.

—Ojalá pudiera estar segura de eso —dijo Rory—. Parece demasiado sofisticado para ella.

Su teléfono sonó y lo sacó del bolso.

—Con permiso. Tengo una llamada de Marya Washington. — Pulsó el botón de «grabación»—. ¿Sí?

Se quedó boquiabierta y necesitó tomar aire.

—¿Lo grabaste? Ahora mismo voy para allá.

Plegó el teléfono y lo guardó.

—Era Norman, desde el despacho. Hay un nuevo mensaje de los extraterrestres. Uno largo.

Dejaron tres cafés humeando en la barra.

Norman

Introdujo un cristal en blanco e hizo otra copia, por seguridad. Luego se sentó y leyó el mensaje en la pared:

Llegaremos a la Tierra exactamente dentro de un mes y aterrizaremos en cabo Kennedy a las 12.00 tiempo estándar de Greenwich el 1 de enero. Usaremos las viejas pistas de aterrizaje para lanzaderas. Por favor, asegúrense de que están limpias y lisas.

Tenemos un mensaje que debe ser entregado en persona. Como reconocemos la necesidad de algunas ceremonias, nos quedaremos un corto período de tiempo. Sin embargo, poco después de nuestro aterrizaje la pista debe quedar libre para nuestra partida. La naturaleza de nuestro mensaje dejará claro por qué el tiempo es crucial.

Si nos retrasamos, su planeta será destruido.

Si se emprende alguna acción contra nosotros, todos los seres humanos de la Tierra morirán, sobrevivamos nosotros o no.

Nuestras intenciones son pacíficas, pero conocemos lo bastante bien su naturaleza para no venir desprotegidos. Propor-

cionaremos una pequeña demostración de nuestro poder cuando nos acerquemos, destruyendo la luna marciana de Fobos. Asegúrense de que no haya nada de valor en esa luna para Navidad.

Venimos en son de paz y traemos un mensaje de esperanza.

Norman sonrió. La tercera parte serían himnos navideños, combinándose y luego entrechocando, para crear caos y silencio.

Escribiría la cuarta parte después de oír lo que ellos tenían que decir. Si compositor y público seguían vivos.

Rory entró corriendo, seguida de Deedee y Pepe, todos empapados. Contemplaron el mensaje, mudos. El teléfono sonó una y otra vez. Alguien importante, o el secretario simplemente archivaría el mensaje.

Sin dejar de mirar el texto escrito en la pared, Rory tanteó a sus espaldas y encontró la silla. Se sentó despacio y pulsó un botón.

—Hola.

—No sé cómo lo ha hecho. —El rostro de la presidenta LaSalle en la pantalla estaba lívido, desencajado—. Pero no va a funcionar. Tendremos esas armas en órbita dentro de una semana.

—Señora presidenta, acabo de ver ese mensaje por primera vez hace un minuto. ¿He de entender que procede de la nave espacial?

—Eso es lo que dicen los de la NASA. Pero el momento es demasiado perfecto. No sé cómo lo hizo usted, pero lo hizo. Y no va a funcionar.

—¿Por qué no le pregunta a su gente de la NASA cómo pude hacer ese truco? —dijo Rory lentamente—. Supongo que captaron el mensaje en la Luna además de aquí. Así que por simple triangulación, podrán saber de dónde vino el mensaje. Probablemente lo enviaron antes de que empezáramos a hablar.

—Imposible —dijo la presidenta, y desapareció.

—Pepe, ¿quieres comprobarlo con la Luna?

El teléfono volvió a sonar. Rory sacudió la cabeza y pulsó el botón.

Era Marya Washington, la cara distorsionada y agitándose en la pantalla.

—Rory, voy en taxi camino del JFK. La emisora me envía en su propio avión: estaré en Gainesville —miró el interior de su muñeca—, dentro de unos noventa minutos. ¿Podremos almorzar?

—Hum... claro. Tenemos mucho de que hablar.

—¿Ese sitio mexicano de la calle Main? ¿A las doce?

—Sí, bien.

—Vale, hasta luego.

La pantalla se apagó.

—¿Qué demonios era eso? —preguntó Norman—. ¿La presi?

—De eso trató nuestra reunión. Quiere poner en órbita satélites asesinos. Idea del secretario de Defensa, supongo. Pero tiene el apoyo de todo el Gabinete, menos de Pauling.

Norman resopló.

—Supongo que eso significa que no vamos a invadir Francia. Sólo la freiremos.

Pepe se estaba secando el pelo con una toalla de papel.

—Sin duda reconsiderará su actitud cuando se calme. —Indicó la pantalla—. O prevalecerán mentes más sabias.

—Será mejor que mentes más sabias la expulsen del cargo —dijo Deedee—. Esa mujer tiene un problema serio. Lo ve todo en términos de conspiración.

—Sí —dijo Norman—. Pobre Brattle.

—¿Quién es Brattle? —dijo Rory. Todos la miraron.

—El subsecretario de Defensa —informó Norman. Se volvió a los demás—: No ve las noticias.

—Lo acusaron de sedición —dijo Deedee—. ¡Sedición! Moderación, más bien. Pero un comité a puerta cerrada lo está investigando. Está bajo arresto domiciliario.

—Bueno, puede ponerme bajo arresto domiciliario a mí también. —Rory le sonrió a Norman—. Al menos tengo un buen cocinero. Va a fastidiarse a lo grande después de que hable con Marya.

—No lo hagas —dijo Pepe—. No debes hacerlo. Todavía no.

—Alguien tiene que detenerla.

—Alguien lo hará. En Washington.

—Pareces muy confiado, para tratarse de alguien que suele ser sarcástico con el Gobierno.

—Dadle un día o dos, a ver qué pasa. Si violáis la confianza de la presidenta, quedaréis fuera del juego por completo. Y proba-

blemente acabaréis en la cárcel.

—Creo que tiene razón —dijo Norm—. Cuando hay un cañón suelto en cubierta, lo mejor es estar en la sentina.

—¿Y qué le digo a Marya? Le dejé un mensaje anunciándole que tendríamos una reunión con la presidenta esta mañana.

—Dile la verdad —dijo Pepe—. Que se discutieron asuntos importantes, pero que juraste mantener el secreto.

Rory sacudió la cabeza.

—Estamos hablando de la supervivencia de la especie humana o de que yo vaya a la cárcel.

—Dale un día —dijo Pepe—. A ver qué hace Washington. Si lo ocultan, demonios, le darás a Marya una historia aún más grande.

—Creo que tiene razón —intervino Deedee—. Otro par de días no supondrán ninguna diferencia. Mantente fuera de la cárcel y conserva tu puesto de trabajo. Ésa es mi estrategia.

Norm indicó la pantalla.

—Tendréis mucho de que hablar. Quiero decir que ahora es de verdad una invasión del espacio exterior.

—Haré algo útil —dijo Pepe—, además de comprobarlo con la Luna. Veré si puedo calcular qué tipo de explosión hace falta para volar Fobos.

—Es sólo un pequeño guijarro, ¿no? —preguntó Norm.

—Comparado con un planeta —dijo Rory—. ¿No tiene unos veinte kilómetros de diámetro?

—¿Me lo preguntas a mí? —dijo Pepe—. No soy experto en planetas. Pero eso es el doble de la altura del monte Everest. Piensa en una bomba que pudiera arrasar el Everest. Luego multiplícala por ocho; dos al cubo.

—Una explosión considerable —dijo Rory—. Es interesante que hayan escogido el satélite más grande. Si no me falla la memoria, Deimos sólo tiene la mitad de su tamaño.

—Iré a ver si puedo encontrar a Leo. —Leo Matzlach era su experto en Marte—. Tal vez pueda darte una cifra antes del almuerzo.

—Eso estaría bien —dijo Rory—. Cualquier cosa que sea concreta. No nos movemos exactamente en un entorno rico en datos.

Pepe salió corriendo y casi chocó con el rector.

Malachi Barrett

—Lo siento. —Esquivó al joven y luego entró en el despacho e intercambió saludos.

—Doctor Bell —le dijo a Norman—. Tengo que hablar con su esposa y la doctora Whittier en privado.

—No hay problema. —Norm se levantó y se desperezó—. Supongo que nuestra cita para almorzar queda cancelada, de todas formas.

—A menos que quieras ser entrevistado —dijo Rory.

—No; creo que iré a casa a tocar. —Señaló con un pulgar la pantalla—. Eso me da una idea.

Se volvió hacia Mal.

—¿Ha dejado de llover?

—Durante un rato. —Se sacudió unas cuantas gotas del hombro.

—Intentaré llegar a casa antes de que empiece otra vez. —Norm recogió su casco y se marchó.

—Esto cambia las cosas. —Mal se desplomó pesadamente en la silla que Norm había dejado libre—. Una amenaza directa.

—Su Inteligencia llamó justo después de que llegara el mensaje —informó Deedee—. Cree que es falso y que Rory está detrás.

—¿Bien? —dijo Mal.

—¿Bien qué? —dijo Rory—. ¿Me preguntas si es falso?

Mal se encogió de hombros.

—Dime que no.

—Mal... vale, me has pillado. Es falso. Pero como vino de más allá del sistema solar, tuve que enviar el mensaje antes de que nos reuniéramos con la presidenta. ¡Así que no sólo soy una traidora, sino una maldita clarividente!

Mal alzó una mano.

—Vale, lo siento. No había pensado en eso.

—Estás un paso por delante de la Intrépida Líder —dijo Ro-

ry—. Ella no sólo no lo pensó, no se lo cree. Me parece que no le enseñaron lo que es la velocidad de la luz en el instituto.

—¿Crees que va a seguir adelante con la idea de poner en órbita esas armas?

—Parece probable. Tiene un problema de testosterona. Y tiene el apoyo para seguir adelante.

—Probablemente funcionarán, ¿no?

—¿Qué, las armas?

—Sí. Quiero decir, hay miles de satélites ahí arriba. Sin duda los alienígenas no podrán distinguir que tres de ellos son armas.

Rory hizo una pausa.

—Tal vez no pudieran, sobre todo si las armas están camufladas como otro tipo de satélite. Aunque su posición sería sospechosa. —Se frotó el pelo aún húmedo—. Además, supongamos que hay más de una nave alienígena. Parecen conocer un mínimo sobre la naturaleza humana. Tal vez nos conozcan lo bastante bien para enviar primero un señuelo.

—Lo cual podría estar detrás de la demostración de Fobos —dijo Deedee—. Si se trata de una invasión de verdad, puede que envíen un señuelo para provocarnos y poner a prueba nuestros recursos.

—Bueno, si es una invasión, podemos ahorrarnos nuestras bombas-H. Pueden retirarse y enviarnos rocas a 99c.

—Otra cosa que la presidenta no parece creer —dijo Mal. Su especialidad era la psicología y la sociología, pero sabía suficiente de ciencia para entenderlo.

—Y no quiere escuchar a la única persona que le sigue diciendo la verdad —comentó Deedee—. Pobre Pauling. Se verá en la calle dentro de nada.

—Y será sustituido por un astrólogo.

—¿Ella tiene un astrólogo? —dijo Rory, los ojos como platos. Mal se encogió de hombros.

—Podría ser la típica chorrada de la prensa. A lo mejor lo que hace es leer entrañas de gallinas.

—¿Y qué dicen las entrañas de tus gallinas? —preguntó Deedee—. Rory va hablar con Marya Washington a mediodía. Hemos estado pensando en decirle que reserve la noticia, al menos por el momento.

—Yo también lo haría. La presidenta ha sido clara. *Top secret*,

dijo. Aunque estoy seguro de que ella misma lo revelará. Tal vez después del lanzamiento.

—¿Piensa que esos alienígenas están observando nuestras emisiones?

—No piensa mucho más allá de la cámara más cercana y de los datos de las encuestas de popularidad de cada mañana. Y sabe que el pueblo se lo va a tragar.

—El pueblo —dijo Deedee—. Lo único malo de la democracia.

El teléfono sonó y Rory lo atendió. Era el secretario del departamento, y parecía apurado.

—Doctora Bell, lamento interrumpir. Pero tengo llamadas de todo el mundo. Si pudiéramos ofrecer una conferencia de prensa...

—Muy bien, digamos a las catorce horas. ¿Tienes el número de teléfono de Marya Washington?

—Aquí mismo.

—Aterrizará dentro de media hora o así, supongo que con un grupito de gente. Llámala primero, fija un sitio y una hora, y luego contacta con todos los demás.

—Muy bien, eso haré.

La pantalla se apagó.

—¿Siempre tienes favoritos? —preguntó Mal.

—Supongo que sí. Está bien informada y es justa.

—Seguro que no tiene ni la cuarta parte de audiencia que la CNN.

—¿Y qué más da? La noticia se filtrará.

El teléfono sonó y la pantalla destelló INTERDEPARTAMENTAL. Lo pulsó. Era Pepe.

—Bueno, he llamado a la Luna y lo han confirmado. Y la elección de Fobos no es ningún misterio. Está resquebrajado. Hay un cráter, Stuckney, que tiene la tercera parte de la luna en sí, y está a punto de hacerla pedazos. Las fracturas radian de él, así que sólo hay que disparar una bomba ahí y terminar el trabajo de la madre naturaleza.

—¿Una bomba de qué tamaño?

Pepe se encogió de hombros.

—Escoge un número. Leo calculó que cien mil megatones. Mil arriba o mil abajo.

Rory se echó a reír.

—Bueno, eso es bastante preciso. Cien mil megatones. Dale las gracias a Leo de mi parte... ¿Quieres venir a la entrevista?

—No; Dios, no. Atemorizar a la gente no es mi trabajo.

Pepe

—Adiós.

Pulsó el botón de encendido y apagado de la cabina y contempló la biblioteca. Era un lugar tan bueno como cualquier otro para esperar las noticias.

Noticias. No estaba al día.

Se sentó ante una consola, entró en el *New York Times* y retrocedió un par de días.

Entonces debió de ser cuando a la presidenta se le metió en la cabeza lo de las armas orbitales.

Ella era evidentemente un peón, o una torre en cualquier caso, en la actual pugna del Departamento de Defensa por el poder, el cisma entre aquellos que querían aliarse con Alemania y Rusia y el grupo aislacionista/pacifista/francófilo que quería hacerse a un lado y observar.

Si nos quedáramos fuera, Francia y sus aliados prevalecerían; la coalición oriental estaba a punto de deshacerse en facciones impotentes. Pero con nuestros satélites asesinos a pocos minutos de París y Lyon, junto con una comandante en jefe favorable a los orientales y dada a gestos dramáticos, París tenía que pararse y pensar: podrían volatilizarlos.

Washington también estaba pensando. No hablaba todavía, a la espera de las indicaciones de la Casa Blanca.

Era como ver moverse a una colonia de hormigas, ajena al mundo superior que la rodeaba. El Departamento de Defensa se agarraba a la amenaza de la Venida para justificar el hecho de colocar en órbita «armas de destrucción masiva». En su opinión, cuando el engaño de los alienígenas se acabara, las armas seguirían allí arriba. Apuntando a París y sus aliados.

Un rayo de un microsegundo de duración y París sería una Troya posmoderna. Aquí hubo antaño una gran ciudad, bajo los escombros y las cenizas.

Sabía que no iba a pasar. El Departamento de Defensa tal vez tuviera a un lunático en la cima, nombrado por otra lunática, pero eso no iba a durar.

Pobre Brattle. Ni siquiera era un liberal, pero aparecía en los programas de debate y en los foros, hablando de lo futil y peligroso que iba a ser preparar una campaña contra los alienígenas:

—Si vienen en son de paz, bien. Si vienen buscando bronca, no podemos igualar la tecnología superior de sus armas. Pero podemos resistir sobre el terreno. Descubrirán que no somos buenos esclavos.

Brattle era un hombre inteligente, pero era demasiado franco y sincero para ser subsecretario de Defensa. Obviamente estaba en el punto de mira (¡arrestado!) porque se había enfrentado a la presidenta y su jefe en el asunto de los satélites.

Pepe sabía que no conseguirían poner tres de esos satélites en órbita, y sin duda la presidenta y su Gabinete lo sabían también. El arma máser sólo existía como un modelo de demostración, y haría falta medio billón de dólares, y un montón de suerte, para poner tres en órbita antes de Año Nuevo. Pero incluso el de demostración podría destruir París, y los otros dos podrían ser señuelos.

Todos ellos apuntando hacia la Tierra.

—Hola, desconocido. —Era su novia, Lisa Marie—. Has estado enormemente ocupado últimamente.

Le gustaba mucho, bonita y morena y sagaz, pero la había estado esquivando, pues sabía que tendría que marcharse pronto.

—Sí. Alienígenas por aquí, alienígenas por allá.

Lisa Marie

—Pero sigues teniendo que comer. —Lo observó con atención—. Es casi la hora del almuerzo.

Él miró su reloj y vaciló.

—Claro. ¿Te importa ir a Los Hermanos?

—Me encanta. Te invito a un taco.

Él se echó a reír, recogió su paraguas y sus libros.

—De donde yo procedo, eso sería una proposición indecente.

Ella lo sabía.

—Lo primero es lo primero, guapo.

A ella le gustaba la leve llovizna, agarrarse de su brazo y acurrucarse bajo el paraguas mientras cruzaban el campus. Él le habló del preocupante mensaje nuevo.

—¿Eran extrañas las frases? Quiero decir, ¿parecía escrito por un ser humano?

Él adoptó un tono de voz extraño.

—Venimos en paz, terrícolas. Deponed las armas y quitaos la ropa.

Ella le siguió el juego.

—Y por favor meteos en esas ollas de agua hirviendo. Traed verduras.

Él sacudió la cabeza, sonriendo.

—Puede que nos vayan a freír. Pero no creo que sea para comernos.

—¿Crees de verdad que corremos peligro? —Se detuvieron ante un estanque vallado y contemplaron un caimán que los observaba.

—Tal vez no a causa de ellos. —Pepe parecía pensativo, y escogió las palabras con cuidado—. Nuestra propia respuesta podría ponernos en peligro. LaSalle es más bien cortita de entendederas y no la rodean genios que digamos. Luego tenemos la *Yihad* islámica y el Bloque Oriental. Cualquiera de ellos podría tratar de expulsar a los alienígenas de la órbita. O tirarles una bomba nuclear cuando aterricen en cabo Kennedy.

—Qué idea tan agradable.

—Sí... si LaSalle dice que va a quedarse en casa y a enviar al vicepresidente, me largaré de aquí. No quiero estar a ciento sesenta kilómetros del punto cero.

—Tengo un coche —dijo ella sin bromear—. El maletero ya está lleno de comida y garrafas de agua. —Sacudió la cabeza—. Y un arma y munición. Mi padre lo trajo todo hace un par de semanas. «Mejor seguros que lamentarlo luego», dijo. No creo que ju-

días y arroz y balas sean la respuesta.

—Pero las tienes en el maletero.

—Sí, pero como tú, no temo a los alienígenas. Lo que temo es que haya revueltas y saqueos. Como en el veintiocho, con todas las tiendas de alimentación ardiendo.

—No habías nacido en el veintiocho.

—Nací en el 2030. Pero mis padres nunca dejan de hablar de eso.

El aire en Los Hermanos era cálido y estaba cargado de los fuertes aromas de las especias. Era temprano, pero consiguieron la última mesa. Pepe saludó a su jefa y a una mujer negra que le resultaba familiar.

Algo en sus modales preocupó a Lisa Marie. Parecía estar estudiando a todos los clientes del café mientras los conducían a la mesa y se sentaban. Buscando alienígenas, tal vez.

—¿Pasa algo? —dijo él.

—Iba a preguntarte lo mismo. Es sólo el mensaje, ¿no?

—Sí, sólo eso. Me pregunto cuánta gente de aquí no lo ha visto.

Señaló al cubo sobre la barra, que mostraba el mensaje en una pantalla plana con un comentarista delante. No se podían leer las palabras ni saber qué estaba diciendo el hombre con el murmullo de la cafetería.

Ella miró el menú, pero no lo leyó. Había comido allí cien veces.

—Es temprano —dijo—, pero ¿quieres compartir una botella de vino? ¿En honor a tus alienígenas?

Él negó con la cabeza.

—Me gustaría, pero va a ser un día ajetreado.

La camarera que se acercó era la dueña del lugar.

—Buenos días —dijo Pepe.

Sara

—Buenas. Tus alienígenas han vuelto a hablar.

—¿Por qué todo el mundo los llama «mis» alienígenas? Son los alienígenas de Rory.

Ella miró hacia la otra mesa.

—La periodista no perdió el tiempo. Reservó mesa desde el jet de su corporación, así de fácil.

—Pues me alegro de ser un académico bien pagado y no tener que ir dando vueltas por el mundo a costa de nadie —dijo Pepe. Pidió fajitas de pollo con un exprés doble y leche. Su novia, Lisa como-se-llame, pidió un sándwich cubano y media botella de vino blanco.

Volvía con José y los pedidos cuando oyó el silbato de emergencia del cubo.

—¡Silencio! —gritó—. Todo el mundo silencio un minuto.

Fijó la mirada en el cubo y vio lo impensable.

Era un plano general de la Casa Blanca. Una parte era escombros, humo gris y llamas anaranjadas.

—No sabemos qué ha sucedido —decía una voz tensa, llena de pánico—. Hace un minuto, algo... una explosión... ¡No lo sabemos!

Su imagen apareció en una esquina, el normalmente impávido Carl Lamb.

—Nos llegan noticias. —Se llevó la mano a la oreja izquierda—. Oh, Dios mío. La presidenta ha muerto. La mayor parte de su Gabinete también. El vicepresidente... estaba en otra sala pero está malherido. Hay una ambulancia flotante... allí, allí pueden verla.

En el cubo, una flotadora blanca sobrevoló las llamas, giró, y se posó detrás del humo.

—Lo único que puede afirmar el Servicio Secreto es que la explosión no vino de fuera. Fue una potente bomba lo que estalló en la sala del Gabinete.

»Se trataba de una reunión de emergencia para tratar del tema de los alienígenas, del nuevo mensaje. Lo que el Servicio Secreto se pregunta es cómo podía saber nadie que todos estarían en esa sala en ese momento.

Sara se sentó en la silla vacía más cercana, que pertenecía a la mesa de Rory.

—Los alienígenas... ¿podrían haber hecho esto?

Aurora

—Yo no... No. No, por supuesto que no.

Aunque desde luego les venía bien. Miró a Pepe, la única otra persona que sabía qué oportuno era. Él la estaba mirando.

Un joven salió fuera a vomitar y cayó de rodillas en la acera. El estómago de la propia Rory se revolvió. Sentía la cabeza llena de luz, como si fuera a desmayarse. Todavía contemplando la pantalla, extendió la mano sobre la mesa al mismo tiempo que lo hacía Marya. Su apretón fue firme y seco, pero estaba temblando.

—¿No podría ser una película o algo? —dijo Sara—. Esto no puede estar pasando.

Marya tragó saliva.

—¿Una especie de *Guerra de los mundos*, como lo de Orson Welles? No lo harían, no podrían.

Rory sólo pudo sacudir la cabeza. Trató de decir algo, pero de pronto notó que tenía la garganta y la boca secas. Tomó un sorbo de agua y le supo a pegamento. ¿Iba a sufrir una conmoción?

—Jesús —croó Marya. Su piel oscura estaba gris, sin sangre—. Es como un golpe de Estado. ¿Quién queda?

Su teléfono zumbó. Lo sacó del bolso, escuchó un momento.

—Muy bien —dijo. Lo guardó—. Quieren que me quede aquí —dijo en voz baja.

Había un murmullo de conversaciones. Dos o tres personas estaban llorando.

—Esperen —dijo el comentarista—. ¿Hay qué? Hay un mensaje. Nuestra emisora, muchas emisoras, lo recibieron justo después de la tragedia.

Miró más allá de la cámara y asintió, con la boca abierta.

—Es Gray son Pauling, el consejero de ciencias de la presidenta La-Salle, la difunta presidenta.

Pauling parecía cansado y triste.

—Buenos días. Tengo un grave deber que cumplir hoy, y merece una explicación.

»Hace muchos meses que es obvio que nuestra presidenta está mentalmente enferma, y profundamente. Ha sido fuente de diversión en Washington y una debilidad que han podido explotar los *brokers* del poder.

»La Unión ha sobrevivido a líderes mentalmente enfermos e incompetentes, y podría haber sobrevivido a Carlie LaSalle si no fuera por la Venida. Sobre todo a la luz del mensaje de esta mañana.

»La señora LaSalle, con la activa cooperación del secretario de Defensa, propone poner en órbita armas asesinas que supuestamente destruirán a los alienígenas antes de que tengan oportunidad de aterrizar. Esto sería suicidio, genocidio... no hay palabra para expresarlo. La destrucción de nuestra especie entera.

»Ella no comprende realmente la cantidad de poder que estos alienígenas han demostrado. Hasta donde alcanza a entender, lo interpreta como un desafío a su propio poder. No lo es. Es sólo una declaración de hecho.

Bajó la cabeza, suspiró y volvió a mirar a la cámara.

—Cuando yo era joven, fui oficial del Ejército. A menudo tenía que ordenar que hombres y mujeres entraran en acción, sabiendo que algunos de ellos morirían. A menudo iba con ellos, y la posibilidad de mi propia muerte (a veces lo que veía como la certeza de mi muerte) no tenía importancia ninguna, en comparación con la responsabilidad que sentía por ellos. La culpa, tal vez.

»Así que hoy voy a morir, y en el proceso, sacrificar la vida de muchas personas que ni siquiera sabían que había una guerra. Lo siento. Mi pesar no supone ningún consuelo para aquellos de ustedes que van a perder a seres queridos. Pero todos estaremos muertos dentro de un mes si no hago esto.

»Cuando desconecte la cámara y envíe este mensaje en diferido, saldré para una reunión de emergencia del Gabinete fijada para mediodía. En mi maletín llevo seis kilos de C-9, un potente explosivo plástico. Cuando esté en la sala de reuniones con la presidenta y el secretario de Defensa, abriré el maletín y todos moriremos, también los otros, que son víctimas inocentes. Bajas colaterales, las llaman.

»Siempre he apreciado a Carlie LaSalle, a pesar de su locura, quizás a causa de ella, y ahora voy a pagar su confianza asesinandola. La historia me ensalzará, o al menos admitirá la necesidad de

esto, pero eso no me produce ninguna satisfacción esta mañana.

Extendió la mano hacia el cubo y apagó la cámara.

Rory recuperó por fin la voz.

—¿Qué va a pasar ahora?

Marya sacudió la cabeza.

—Reza para que el vicepresidente sobreviva. El portavoz de la Cámara hace que Carlie LaSalle parezca una timorata.

—Quién lo habría pensado —dijo Sara en un susurro de aturdimiento—. Aquí, en América.

—Sí, América. Yo tampoco lo habría pensado de LaSalle. —Rory sacudió la cabeza—. Washington es un zoo.

Carl Lamb volvía a aparecer en el cubo, diciendo que estaban conduciendo al vicepresidente al Walter Reed, pero que no se esperaba que sobreviviera.

—Tiene cierto sentido —dijo Marya, frotándose con fuerza la barbilla—. Quiero decir, sentido periodístico. Grayson Pauling siempre fue un elemento impredecible. ¿Sabes que perteneció al DTS en la operación Viento del Desierto?

—No —respondió Rory, contemplando el cubo—. ¿Qué es el DTS?

—Una unidad de las Fuerzas Especiales conocida como Departamento de Trucos Sucios. Guerra no convencional; he olvidado su verdadero nombre. Nunca hablaba de ello, decía que no le estaba permitido. Pero puede que por eso supiera construir una bomba capaz de entrar en la Casa Blanca.

Como para reforzar sus palabras, el cubo mostró un gris escaneo positrónico del maletín.

—Todos los miembros del Gabinete son examinados cuando entran en la Casa Blanca —dijo Carl Lamb—. Parece que Grayson Pauling no llevaba más que libros y papeles.

Un guardia de seguridad apareció en el cubo, con un lado de la cabeza vendado y manchas de sangre en el uniforme.

—Tal vez deberían habernos extrañado esos libros. ¿Por qué llevaría alguien libros gordos a una reunión?

Lamb hizo ruiditos comprensivos.

—Ya estaba decidido esta mañana. —Marya se la quedó mirando—. En la reunión.

Miraron a Sara y ésta se levantó.

—Sí, tengo que irme.

Todo el mundo estaba hipnotizado por el cubo, pero Rory bajó de todas formas la voz hasta convertirla en un susurro.

—Se mostró abiertamente rebelde y ella estaba fastidiada de veras. Parecía que le había permitido estar presente en la conferencia a condición de que se comportase. Pero luego él no cumplió lo acordado.

—¿Ésa era la noticia de la que hablabas?

—Sí. La presidenta iba a autorizar tres armas orbitales: másers propulsados por bombas-H. Pauling parecía creer que acabarían apuntando en la dirección contraria. Hacia Francia.

—Ah. Ésa es la conexión con el Departamento de Defensa.

—¿Qué?

—Dijo en el cubo que iba por el secretario de Defensa además de por la presidenta.

—Lo hizo, sí. Otra cosa interesante... la presidenta lo interrumpió, pero creo que sólo hay uno de esos tres másers. Supongo que los otros dos son señuelos.

—No sé cuánto de todo esto podré utilizar. Aunque agradezco saberlo.

—¿Qué podrían hacerte?

—Apartarme de las fuentes de Washington, como mínimo. Colocarme delante de un comité de seguridad... demonios, tienen al subsecretario de Defensa en arresto domiciliario.

—¿No es ahora el secretario?

Ella negó con la cabeza.

—Las cosas no funcionan así. El presidente, sea quien sea, nombra a uno nuevo. Eso si encuentra a alguien en casa... sospecho que medio Washington se quitará de en medio antes de que sea la hora de salida del trabajo.

—¿Francia podría hacer algo?

—Más bien la *Yihad*. Pero tenemos montones de enemigos que pueden considerar éste un buen momento para un par de bombas estratégicamente colocadas. Es conveniente estar también fuera de Nueva York.

—Las ciudades universitarias dormidas tienen sus ventajas.

—Ésta no lo sé. Tal como la *Yihad* habla de la Venida, podrían lanzar una bomba aquí o en el cabo, ya puestos.

—¿No bromeas?

—Sólo soy profesionalmente paranoide. Mira: han seguido

rebuscando hasta encontrarlo.

Carl Lamb se encontraba en las escalinatas del Capitolio junto a Luna Fría Davis, que parecía un indio de noventa años a quien hubieran sacado de un sueño profundo. En realidad sólo tenía setenta y dos años, pero había llevado una vida muy intensa.

—Portavoz Davis, ¿tiene que decir algo a América en esta hora trágica?

Él miró a la cámara, los ojos ensombrecidos, y se enderezó un poquito cuando su audífono empezó a suministrarle líneas.

—Siempre he admirado a Carlie Simon... Carlie LaSalle, por su espíritu y su dedicación a los ideales americanos de América. Como todos los americanos siento una profunda majestad, quiero decir malestar, y considero un ultraje este crimen contra la República. Un crimen de asesinato.

—Eso se le ha ocurrido a él solito —murmuró Marya.

—Gracias, señor portavoz. Nosotros... uh... tenemos conexión con el Walter Reed. El vicepresidente, quiero decir, el presidente Mossberg quiere dirigirse a la nación.

Tenía mal aspecto, el pecho cubierto de apretados vendajes manchados de sangre, los brazos inertes a los costados, un tubo de respiración en la nariz.

Su voz normalmente clara era ahora grave y nasal.

—Los doctores dicen que tengo buenas posibilidades de sobrevivir, pero me he pasado casi toda la vida rodeado de mentirosos profesionales y sé distinguirlos. —Tosió violentamente y una enfermera se interpuso en la imagen durante un momento.

»Ordeno que se celebren elecciones lo más pronto posible después de mi muerte, y estoy seguro de que el señor Luna Fría estará de acuerdo. —Hablabla despacio, con los dientes apretados—. La nación se enfrenta... el mundo y esta nación se enfrentarán a un desafío histórico sin precedentes dentro de un mes. Necesitamos a un líder en su puesto que no sea... que no sea Luna Fría Davis. —Hizo una mueca y volvió la cabeza hacia un lado—. ¿Sigo vivo?

—Su cerebro sigue vivo —dijo una voz masculina—. Poco más.

—Gracias. De hecho, creo que podríamos elegir a un ciudadano al azar y descubrir que sería capaz de afrontar esta crisis mejor que el representante Davis. O que la difunta presidenta, para el

caso. Perdónenme por hablar tan claramente, pero...

El cubo se oscureció y volvió a mostrar la imagen de Carl Lamb y Davis, ambos un poquitín pálidos.

—Parece que hemos perdido...

—El vicepresidente —la interrumpió Davis—, no ha jurado su cargo. —Hizo una pausa, escuchando—. Y no puede hablar todavía como presidente. Las leyes de sucesión son claras y no hay ninguna necesidad de elecciones especiales.

—El juez mayor West se dirige al Walter Reed mientras hablamos —dijo Lamb—. Iba hacia Nueva York cuando se produjo este desastre.

Miguel Parando

El camarero advirtió que llevaba varios minutos limpiando el mismo vaso, desde la llegada de la señal de emergencia del cubo. Alguien rompió un taco con estrépito.

—¡Eh! —Se dio la vuelta—. ¿Podrías comportarte con un poco de respeto?

Era Leroy, un tipo alto y blanco, traficante.

—Pago esta mesa por horas. Respétame tú a mí.

Preparó una carambola fácil y golpeó con fuerza, haciendo que la bola volviera al punto de partida.

—Fue la peor presidenta que hemos tenido jamás. Así que alguien por fin le ha dado el maldito pasaporte. Lo extraño es por qué han tardado tanto.

—Eres un puñetero, Leroy. Era toda una dama.

—Bonita por fuera —dijo un hombre gordo y bajo de la barra—. Yo no iría más allá. En Washington no la tenían en muy buen concepto.

—¿Y tú los tienes a ellos en muy buen concepto?

Una mujer con un llamativo traje plateado, ojos azules y piel negra como la del camarero alisó un billete de cien dólares sobre la barra.

—Me apetece un whisky, Miguel. —Puso otro billete encima—. Invito a todo el que quiera uno.

—¿Cuándo empezaste a beber, Connie?

—Ahora mismo. ¿Un poco de hielo?

Leroy se acercó, vació su vaso y lo depositó sobre la barra.

—Me tomaré uno a la salud de su culo desintegrado.

—Alguien desintegrará tu culo algún día, Leroy —dijo Connie—. Deberías buscarte otro trabajo. Te relacionas con mala gente.

Él señaló el cubo, que volvía a mostrar a Luna Fría Davis.

—No tan peligrosa como esos tipos.

Miguel sirvió cuatro vasos, uno para sí mismo.

—O los franchutes, si son ellos los que lo hicieron.

—Eso sería una locura —dijo Miguel—. Los franceses no nos quieren en la guerra.

—Entonces los malditos alemanes.

—No tienen por qué ser extranjeros —dijo Connie—. Hay gente en esta sala que lo haría por determinado precio.

—Oh, oh. —Leroy sorbió el fuerte licor—. Me arden las orejas.

—Es una putada —dijo el hombre bajito—. No importa quién lo haga. No es americano.

—Ahora lo es —dijo Connie. Miró de nuevo el cubo, que volvía a la habitación del hospital Walter Reed.

Bobon Mitchell

La sala del cubo de la prisión estaba abarrotada y silenciosa. Ambas cosas eran raras. El alcaide había dado permiso para abrir las celdas de modo que todo el mundo pudiera oír las noticias. Bobon y otros tres guardias cubrían las puertas, armados con aturdidores, pero nadie iba a ir a ninguna parte.

Bobon seguía reflexionando sobre el asesinato que había visto aquella mañana. No era el primero. No era el primero, pero Ybor

era un chaval agradable que no había hecho daño a nadie. ¿Por qué había tenido que arrastrarlo allí el alcaide para que mirara? Y ahora aquel maldito asunto.

Tal vez fuese todo una larga pesadilla. Tal vez se despertaría y sería otra mañana más. Pero había sentido lo mismo antes y nunca funcionaba. Sólo en las historias.

¿Por qué tanta gente se sentía mal por la presidenta? Bueno, era bonita y elegante y poderosa, y tal vez la gente a la que le gusta una cosa no le gusta la otra.

Al menos ella no había sufrido ni sentido nada. El chico de aquella mañana había pasado por un infierno antes de morir. No podía quitárselo de la cabeza.

Los reclusos lo sabían. Por la forma en que lo miraban, era como si pensarán que él lo había hecho. Pero no esta vez. Sin embargo, sería mejor que tuviera cuidado.

Davis se había callado y apareció un periodista local.

Daniel Jordan

—... estamos en la plaza Internacional, donde nos gustaría ver la reacción de algunos estudiantes. Disculpe.

El joven se volvió y reveló una cicatriz en forma de diamante en la mejilla: miembro de la banda Spoog.

—No soy ningún estudiante, maricón —murmuró al pasar.

Magnífico trabajo.

—Joven, ¿podría contarnos su reacción frente a la tragedia de Washington?

Era pequeño y frágil y tenía los ojos enrojecidos.

—La verdad es que no sé nada.

¿Estaba loco? ¿Tenía que estar loco?

—Algunas personas dicen que nunca superó su experiencia en el Golfo —apuntó Daniel.

—Yo tuve un tío allí, y una tía, y no les pasa nada —dijo él, mirando fijamente al suelo, y se marchó.

Una joven bonita se acercó, bien arreglada, sonriente.

—Perdóneme, señora, ¿podría...?

—¡No! ¡Déjeme en paz!

Le golpeó con fuerza en el hombro con su pesado bolso, aunque había apuntado a la cabeza.

Como si fuese un mensaje de los dioses, una vocecita en su oído dijo:

—Pasamos a la cadena dentro de cinco segundos.

Aurora

—Seis kilos de C-9 es suficiente para demoler una casa de tamaño respetable —decía un hombre vestido de militar, con las ruinas humeantes al fondo—. Lo hizo probablemente por si lo detenían en la puerta.

—Pauling habría usado un poco menos de explosivo —murmuró Marya en voz baja— si hubiera sabido que nos iba a poner a Davis en bandeja.

—¿Quién es el siguiente si Davis muere? —preguntó Rory—. Parece capaz de caerse rodando si sopla un poco de viento.

—Los miembros del Gabinete, creo. No es mi especialidad. Tal vez la presidenta del Senado, R. L. Osbourne. Es mejor que la mayoría.

Sin embargo, como descubrieron al cabo de pocos minutos, la senadora Ousborne estaba en la sala de reuniones y se contaba entre los muertos.

Lo mismo que el jefe del Estado Mayor, el fiscal general y el embajador de la ONU, además de los administradores de Defensa, Energía, la CIA, la FEMA y la NASA. A LaSalle le gustaba tener a todo su Gabinete reunido cuando hacía sus declaraciones, para observar en ellos cualquier posible cambio de lealtades.

Habría una realineación fundamental de poder en Washington, en cuanto todo el mundo regresara. Marya no se había equivocado al vaticinar un éxodo. Los políticos ponían prudentemente

distancia entre ellos y el punto cero. Naturalmente, la explicación era que querían estar con sus familias en aquellos momentos trágicos, y sus familiares daba la casualidad de que estaban fuera de la ciudad, o al menos no podían reunirse con ellos allí.

El vicepresidente no sobrevivió una hora. Vieron al responsable de Justicia tomar juramento a Luna Fría Davis a bordo de un veloz helicóptero que volaba hacia Camp David. Luego vieron unos cuantos minutos de imágenes de los tradicionales disturbios en Washington, limitados a unas pocas manzanas del centro, los saqueos e incendios controlados por tropas de choque blindadas del Departamento de Policía de la capital y una unidad aerotransportada de la Guardia Nacional.

Ningún soldado ni policía resultó herido.

—Voy a ver el resto en casa —dijo Rory—. Siento como si todo el mundo me mirara. ¿Quieres acompañarme?

—Gracias —dijo Marya—. Me vendrá bien quitarme un rato de en medio. Naturalmente, me llamarán en cuanto me quite los zapatos.

Se detuvieron junto a la mesa de Pepe al pasar.

—No te molestes en venir mañana —dijo Rory—. Será un caos. Llamaré si sucede algo.

Pepe

—Gracias, Rory.

Se saludaron con un breve gesto, incapaces de decir nada, y ella se marchó con la periodista.

—¿Te quedarás conmigo esta noche? —preguntó Lisa Marie roncamente—. No puedo...

—Claro. —Tenía en una mano la de ella y, brevemente, la sujetó con las dos—. Nadie debería estar solo ahora.

—Ni siquiera me caía bien. ¿Conoces a alguien a quien sí?

Pepe negó con la cabeza.

—Pero esto es demasiado horrible.

—No es propio de Norteamérica —dijo Pepe—. Supongo que ahora sí lo es, pero es el tipo de cosa que ocurre en las dictaduras. Contra el déspota del mes.

—Me pregunto qué hará ese anciano para mantener el control.

Davis se encontraba en aquellos momentos en una conferencia de prensa, la mano en la oreja, transmitiendo las respuestas de su personal a las preguntas.

—No tendrá que hacer mucho. Supongo que no habrá tomado una decisión sin ayuda desde hace una década. Si conseguimos sobrevivir a las siguientes horas, las cosas se solucionarán.

—¿Crees que la *Yihad* islámica podría...?

—Yo en su lugar estaría más preocupado por los demócratas que por los musulmanes. Probablemente ya han empezado la carrera por la presidencia. Si yo fuera ellos, esperaría un tiempo prudente, y le daría la oportunidad de hacer unas cuantas cosas realmente imperdonables. Luego presentaría la moción de censura, más apenado que furioso.

Ella ladeó la cabeza, mirándolo.

—Sabes mucho de política norteamericana.

—Más que de la cubana. Tuve que estudiarla para conseguir la tarjeta azul, y me fascinó.

Tomó mentalmente nota de andar con más cuidado y no revelar demasiada sofisticación. Lisa Marie no suponía ningún peligro, pero pronto habría cerca un montón de periodistas y gente del Gobierno.

—Tus alienígenas. —Ella señaló el cubo.

David miraba con intensidad.

—¿Quiere repetir la pregunta?

Una periodista preguntó si pretendía seguir con la agresiva estrategia de LaSalle respecto a la Venida.

Él la miró un buen rato con robótica neutralidad, una expresión ya familiar.

—No quiero decir nada concreto al respecto. Nada en absoluto.

Aurora

—Nada en absoluto. Mi gente lo está investigando.

Le extrañó oír la voz de Davis salir de su despacho. Creía haberlo dejado cerrado. Rory se había pasado con Mayra para ver si Norm estaba allí, pues no quería que volviera a casa en bici con la lluvia. Dentro había dos desconocidos viendo al nuevo presidente en el cubo de la pared.

—¿Hola? ¿Puedo hacer algo por ustedes?

El bajito pulsó un mando a distancia y el presidente desapareció. Vestían trajes grises idénticos. El bajito era corriente, de aspecto normal, pero el otro medía más de metro noventa y llevaba el pelo blanco rapado. Ella lo había visto por allí, el mes

Los dos sacaron su identificación.

—Soy el agente especial Jerry Harp, de la CIA —dijo el gigante. El otro se identificó como Howard Irving, FBI.

—No acaban ustedes de llegar —dijo Marya—. Llevan aquí algún tiempo. Estaban los dos en...

—No tenemos nada de lo que hablar con usted, señora Washington —dijo el hombre del FBI—. Nos gustaría hablar con la doctora Bell, a solas.

—No lo creo —dijo Rory—. Éste es mi despacho, y yo digo quién se queda o quién se marcha. A menos que esté arrestada.

—Sólo nos preocupa la seguridad nacional —dijo el hombre alto en voz baja y medida—. Algunas cosas que tenemos que preguntarle no pueden hacerse públicas. Todavía no, al menos.

—Estaré abajo en el vestíbulo —le dijo Marya a Rory—. Tienes mi número.

—No tardaremos mucho —aseguró el hombre del FBI.

—Claro —dijo Marya, y cerró la puerta tras ella.

—Habló usted con la presidenta y Grayson Pauling esta mañana —dijo el hombre alto.

—Junto con el gobernador, el rector y el decano de ciencias. Soy como el pecesito pequeño en el estanque. ¿Por qué no van a hablar con ellos?

—A su debido tiempo —dijo el hombre del FBI—. Esto es como interrogar a un testigo de un accidente, o de un crimen. Mejor conseguir sus impresiones por separado, antes de que hablen

entre sí.

—¿Por qué no reproducen el cristal? Sin duda está grabado.

El hombre del FBI sacudió la cabeza.

—Estaba profundamente codificado. Si se hace una copia, lo único que se consigue es ruido blanco.

—A menos que usted hiciera una grabación en audio, independiente del proyector/receptor de RV —dijo el hombre de la CIA—. No la hizo, ¿verdad?

—Lo cierto es que ni se me ocurrió. Soy más bien astrónoma, no espía. —Se sentó tras su mesa y lo miró—. ¿Cómo pudieron hacer eso?

—Si cuestiona el derecho de la presidenta a... —empezó a decir el hombre del FBI.

—No, no, quiero decir físicamente. La señal tuvo que ser decodificada de este lado. ¿Por qué no pudimos sacar un cristal entonces?

El hombre alto la miró un instante antes de responder.

—Eso es cosa de mi departamento. Antes de que hablaran con la presidenta por primera vez, modificamos el equipo de su sala. No entiendo de electrónica, pero si la señal de la Casa Blanca está codificada, sólo se ve una imagen virtual de paso. La señal que llega a la copia sigue codificada.

»Por supuesto, existen las ondas de radio. Así que un receptor de radio que no estuviera conectado al sistema podría haberlo recogido. Una videocámara habría registrado el sonido también, aunque la única imagen serían ustedes tres en la sala. —Hizo una mueca—. Si fuéramos tan sibilinos como la gente piensa, podríamos haber colocado micros en la sala cuando instalamos el decodificador.

—Pero no creían que fuéramos tan importantes.

—No sabíamos que el consejero científico de la presidenta fuera un lunático —dijo el hombre del FBI—. Podríamos haberlo vigilado más de cerca.

—No estoy segura de quién es el lunático —dijo Rory—. Dejo eso para los libros de historia.

—No querrá decir que aprueba este asesinato en masa.

—Howard —dijo el hombre de la CIA—, vamos a no...

—No lo apruebo, pero puedo comprender por qué la conducta de la presidenta impulsó a Pauling a tomar medidas desespera-

das.

—Entonces, ¿usted también lo habría hecho? —El hombre del FBI se estaba ruborizando—. ¿Si pudiera haber matado a la presidenta, lo habría hecho también?

—Es una pregunta ridícula.

—Howard...

—¡No, no lo es! Si pudiera haber matado a la presidenta, ¿lo habría hecho?

Rory pensó en negarse a contestar.

—Sinceramente, no se me habría pasado por la cabeza. Me hubiera gustado sentarme a charlar con ella, de mujer a mujer. Estaba peligrosamente equivocada.

—¿Era lo suficientemente peligrosa para morir?

—Eso pensó Pauling. —Miró al hombre de la CIA—. ¿Qué es lo que quieren de mí? Ha sido un día muy largo y quiero irme a casa.

—Sólo una descripción de lo que sucedió entre la presidenta y Grayson Pauling. No había más gente de la Administración presente, ¿no?

—No a la vista. A menos que cuente al gobernador de Florida. Fue mejor jugador de equipo que Pauling. Ella usó ese término cuando se enfadó con él: «Solía ser un jugador de equipo», o algo así.

—¿Discutieron delante de ustedes? —dijo el hombre de la CIA—. Por favor, empiece por el principio.

Rory volvió a la declaración original, donde LaSalle decía esencialmente que al secretario de Defensa se le había ocurrido aquella gran idea. La conversación, o discusión, sólo había durado unos pocos minutos, y ella estaba segura de recordarla con precisión.

—¿Cómo describiría la actitud de Pauling, su estado de ánimo?

—Se mostró tranquilo y paciente. Silenciosamente exasperado, como un maestro o un padre. Lo cual llevó a LaSalle al estallido de temperamento que acabó con la conversación.

—Silenciosamente loco —dijo el hombre del FBI.

—¿Por qué no hablan con el gobernador? —exclamó Rory—. Estará de acuerdo con usted y todos podremos irnos a casa. —Se volvió hacia el hombre alto—. He oído decir que la gente a menu-

do se queda muy tranquila cuando ha decidido suicidarse. Debía de saberlo ya en la reunión de mediodía; supongo que ya había decidido que tenía que morir.

—Y destruir al Gobierno. —El hombre de la CIA sacudió la cabeza—. Puede que tenga razón. Dentro de otros cien años, tal vez menos, la gente verá esto como un acto de sacrificio supremo.

—Tal vez dentro de un mes —dijo Rory—. Cuando los alienígenas no nos destruyan como quien no quiere la cosa.

—Cosa que todavía puede suceder. —Comprobó su reloj—. Casi es la hora de ir a ver a Whittier, Howard.

—¿Qué, con ella sí que tienen una cita?

Él asintió.

—No tenemos llave de su despacho —dijo el hombre del FBI.

Ella los siguió hasta el pasillo y entró en el vestíbulo, donde Marya estaba viendo el cubo, sola, comiendo queso y galletitas de la máquina.

Marya

—No han tardado mucho.

Ofreció a Rory queso y galletas.

Rory negó con la cabeza.

—No tengo apetito.

Elegió un zumo del dispensador de la pared y se lo sirvió en un vaso de plástico.

—No tengo mucho que decirles. La conferencia de esta mañana no duró ni cinco minutos, y era lo único que les interesaba... evidentemente la codificación de la Casa Blanca es bastante sofisticada; la CIA no tenía ni idea de lo que pasó y son los que instalaron el decodificador aquí.

—Les dijiste la verdad, naturalmente.

Rory se sentó en un gastado sofá.

—Sí, que nuestra difunta presidenta era una loca de remate, cosa que pareció nueva para el tipo del FBI.

—¿Te preguntaron por Pauling? Es la obsesión de la CNN ahora.

—Un poco. El tipo de la CIA admitió que algún día podrían considerarlo un héroe, un mártir.

—Eso no es lo que están diciendo aquí. Han buscado a hombres y mujeres que estuvieron con él en el Ejército, para que digan lo fanático e impredecible que era.

—Por eso lo eligió LaSalle probablemente. Tal para cual. — Dio un sorbo de zumo y se lo quedó mirando—. Está caliente. Pero él no era así. Era el razonable, el que intentaba que la querida Carly no ganara votos destruyendo a la especie humana.

Marya miró su reloj.

—Quieren que les haga un reportaje de cinco minutos. No será en directo; podemos esperar un poco.

Rory tiró el vaso al reciclador situado junto al sofá.

—¿El equipo está abajo?

—Será mejor que lo esté.

—Entonces hagámoslo y vayamos a descansar a mi casa. Encenderemos el cubo para ver cómo destruyen Washington.

—¿Hay algo que no quieras que te pregunte?

—No. —Rory se levantó y se desperezó—. Dios, no. Tengo la impresión de que la verdad va a escasear durante algún tiempo. Cualquier cosa que podamos hacer para impedir que Davis lance esas armas, deberíamos hacerla.

—¿No te dijeron que no hablaras?

—Me importa un pito. ¿Qué pueden hacerme? —Abrió la puerta—. Es una pregunta retórica. Pueden arrancarme las uñas y hacer que me las coma. Pero no creo que lo hagan.

Bajaron en el ascensor hasta la planta baja, donde dos cámaras estaban viendo la CNN en un pequeño cubo portátil.

—En marcha, chicos. Un espacio de cinco minutos.

Miró la gran pantalla plana que proporcionaba el fondo para la entrevista. Tenía el logo del Comité de la Venida, dos C concéntricas con un signo de interrogación dentro.

—No quiero este fondo, Deeb. ¿Tienes uno de las ruinas de la Casa Blanca?

—Tardo un minuto. Daré un repaso y escogeré uno de la CNN. ¿Quieres sellarlo?

—Claro.

Cuando apareció la imagen, Marya colocó el pulgar en un recuadro en la esquina inferior derecha. Una lista de opciones apareció y tocó la primera, derechos de reproducción para una sola vez. Sonó un pitidito y la lista y el recuadro desaparecieron.

Rory estaba ya sentada en uno de los dos sillones de cuero negro, ante una mesita baja, delante de una pantalla azul. Marya silbó a las cámaras.

—Posición A, las tres.

Se hizo a un lado mientras una de las cámaras pequeñas ocupaba su marca. El hombre que no era Deeb colocó vasos de agua helada.

Marya se sentó en el otro sillón y se miró en la pantalla, arreglándose el pelo en un acto reflejo. Podía tenerlo completamente enmarañado y el editor arreglaría la imagen automáticamente.

—No hay prisa, pero intentemos una toma y larguémonos de aquí. Deeb, cuando te mire, tal vez a los cuatro minutos treinta, quiero que el logo vuelva a aparecer, y luego corta a una toma del espacio profundo.

—Lo tengo —dijo él—. Editor en línea.

—Bien.

Ella se sacó de un bolsillo una página de notas garabateadas y la alisó sobre la mesa. Miró el reloj de pared situado detrás de Rory.

—Ocho segundos. —Sacudió la cabeza—. No, espera. Cámaras desconectadas. Nos faltan dos minutos para el programa. Rory, si puedo conseguirlo, ¿te importa si salimos en directo?

—Soy profesora. Suelo trabajar en directo.

Ella sonrió y pulsó un botón del teléfono.

—Fez, aquí Marya. Codifica. —Pulsó otro botón—. Fuerte y claro. Mira, ¿tienes ahí a los federales? Lo imaginaba. Bien, tengo un tema de la Casa Blanca que no quieren que se toque: lo cortarán o tal vez incluso lo cancelen. —Asintió—. La doctora Bell, que tengo aquí, habló con LaSalle y Pauling esta mañana. ¿Puedes dejarme noventa segundos después de la hora? —Se rió—. Te debo una, chaval. —Soltó el teléfono y miró al cámara—. No has oído eso, ¿eh?

—¿Oír qué? —dijo Deeb.

—Sí, bueno, id a hacer un pis durante un minuto. Volved dentro de dos. —Se marcharon—. Rory, las emisiones pasan por un

censor de la Casa Blanca con un retraso de cinco segundos. Lo que pueden hacer en Nueva York es pulsar accidentalmente los botones equivocados y dejar la sala. Así que esta entrevista saldrá en directo, por un circuito que no estará controlado por el mando de la Casa Blanca.

»No sé cuánto tiempo tendremos antes de que puedan desconectarnos. Así que te haré primero las preguntas más importantes.

—Puede que no salgamos al aire —dijo Rory—. Probablemente la CIA tenga micros por aquí.

—Humm. Probablemente no tengan a nadie escuchando en directo. Lo averiguaremos.

Los dos hombres volvieron y ella silbó a las cámaras para que empezaran. Miró a la cámara principal.

—Vamos a durar cinco minutos, comenzando a las catorce cero uno treinta.

Rory se volvió para mirar el reloj y luego adoptó la postura típica del entrevistado.

Marya miró a la cámara y su expresión se volvió seria, luego sombría:

—Buenas noches. Les habla Marya Washington desde Gainesville, Florida. Esta tarde hablé con la profesora Aurora Bell, que es la administradora jefe del Comité de la Venida.

»Esta mañana, la doctora Bell celebró una conferencia en RV con la Casa Blanca. ¿Hubo otros testigos, profesora?

—Oh, sí. El gobernador de Florida, el rector de esta universidad, y... otra profesora. Y el consejero científico Grayson Pauling.

—¿Sucedió algo entre la presidenta y Pauling que pudiera haber presagiado los trágicos acontecimientos de hoy?

—En retrospectiva, sí. —Sacudió la cabeza al recordar—. Ella se enfrentó a él. A todos nosotros, en realidad.

—¿Cómo dice?

—LaSalle habló de poner en órbita tres armas antimisiles, para destruir la nave alienígena si hacía un movimiento extraño. Creo que fue idea del Departamento de Defensa, pero ella lo apoyaba al cien por cien.

»Eso fue antes de que llegara el nuevo mensaje. Incluso así, discutimos que sería un suicidio. La tecnología de los extraterrestres es tan superior a la nuestra que seríamos como ratones atacando a un elefante. Hormigas.

El teléfono de Rory estaba zumbando; se lo sacó del bolsillo y lo deslizó sobre la mesa.

—¿Y Pauling estaba de su parte?

—Como lo estaría cualquier persona sensata. Ella se molestó con él, y luego se mostró abiertamente enfadada. Pauling dio a entender que el motivo de poner en órbita esas armas era para que sobrevolaran Europa. Francia, por si decidíamos entrar en la guerra. Si estalla la guerra.

—¿Está usted de acuerdo?

—No entiendo mucho de política. Si fuera francesa estaría nerviosa. Pero la cuestión no es la política terrestre.

—Sobre todo a la luz del nuevo mensaje.

—Si se lo creen. La presidenta no se lo creía.

—¿Lo sabe con seguridad?

—Sí. Me volvió a llamar, después de que llegara el nuevo mensaje.

—¿De veras?!

—Estaba enfadadísima. «No sé cómo lo ha hecho, pero no va a funcionar.»

—Bueno, realmente fue un mensaje muy oportuno.

—Sí, pero nadie de la Tierra podría haberlo hecho. La señal empezó a emitirse mucho antes de la reunión.

—Estamos fuera —dijo Deeb—. Tuvimos un segundo de ruido blanco, y pasaron a un anuncio.

—Bueno, mierda. Bórralo hasta el momento en que la doctora Bell dice «reunión» y continuaremos como si no hubiera pasado nada. ¿De acuerdo?

—Claro —dijo Rory—. Puede que lo emitan tarde o temprano.

—Los historiadores.

—En cinco —dijo Deeb, mostrando cinco dedos y doblándolos uno a uno.

—Bueno, supongamos que la presidenta tuviera razón y se tratara de un truco. Los perpetradores... uno de los cuales tendría que ser usted, o alguien que fuera testigo de la reunión, podrían haber creado el segundo mensaje hace tiempo y mandar la señal para que lo enviaran.

—Pero no más allá de nuestro sistema solar. Haría falta más de un día para que la señal llegara, y otro día más para que el men-

saje regresara. El paralaje de la señal (comparar su ángulo desde dos posiciones distintas) demuestra lo lejos que están los alienígenas.

—Pero una persona realmente paranoide señalaría que tenemos que aceptar su palabra... la suya y la de algunos científicos de la Luna. Ellos también podrían estar en el ajo.

Rory sonrió.

—Se podría haber dicho eso, hace un mes o dos. Pero ahora está lo bastante cerca para que dos lugares de la Tierra lo triangulen. Es un poco fantástico imaginar una conspiración en la que estén implicados todos los astrónomos del mundo.

Fuera de cámara, Marya asintió a Deeb.

—No crea que no irán a sugerirlo, doctora Bell. Y bien... ¿le daría algún consejo al presidente Davis?

—Sólo el más obvio: escuche a los expertos. El problema de LaSalle, y finalmente el motivo de su caída, fue que se rodeaba de gente dispuesta a seguirle la corriente y que seguía su consejo cuando refrendaban sus puntos de vista.

—Pauling fue la excepción.

—Obviamente. Ella podría haber salvado la vida sustituyéndolo. Aunque como Pauling dijo en su... nota de suicidio, habría muerto un mes más tarde, junto con el resto de la humanidad.

—¿Y si Davis sigue su ejemplo y pone en órbita esas armas?

—Sospecho que los alienígenas ni siquiera se molestarán en hacer una demostración con Fobos. Nos destruirán sin más.

—Una horrorosa perspectiva... gracias, doctora Bell, por estar con nosotros en este día extraño y terrible. Les habló Marya Washington, informando desde Gainesville, Florida.

—Fuera —dijo Deeb.

—Ciérralo y envíalo sin ningún comentario —dijo Marya—. Tal como está.

—Te vas a meter en un lío por esto —dijo Rory.

—Todos nosotros. Tal vez nos erigirán una estatua algún día.

—Sacó una píldora de un frasco y se la tomó con el agua helada.

Se echó hacia atrás.

—*Off the record*: podría funcionar, ¿no?

—¿El arma máser? Nunca se ha probado.

—Quiero decir en principio. Va a la velocidad de la luz, ¿no? La nave alienígena no tendría ninguna advertencia.

—Suponiendo que sólo haya una nave alienígena, y que el rayo no falle, y que no tengan ninguna defensa contra armas del siglo XXI. Son un montón de suposiciones.

—Sólo trataba de verlo desde el lado positivo.

—Oh, sí. —Rory cruzó la sala y recogió su teléfono, que zumbaba—. Buenas.

Era el rector.

—Rory, ¿qué has hecho? He tenido al gobernador al teléfono gritándome como un loco. ¡Quiere que te despida inmediatamente!

Ella se hizo la tonta.

—¿Por lo de esta mañana?

—Acaba de verte en el cubo. Dice que lo has traicionado a él y al país y a la sagrada memoria de la presidenta. Divulgando información *top secret*.

—No tengo autoridad para conseguir información *top secret*. ¿Fue por una entrevista?

—Sí, con esa negra de Nueva York.

—Bueno, concedí una entrevista. Pero no se emitirá hasta las siete de esta noche.

—Puede que te hayan dicho eso. Pero el gobernador la ha visto, desde luego.

—Entonces, ¿estoy despedida? ¿Así de fácil?

—No, no. Pero me gustaría darte un período sabático, para apartarte de la atención pública. Fuera de la línea de tiro.

—¿Ya no soy jefa del comité?

—No. De hecho, ya no estás en el comité. Tienes que hacer otras cosas... dedícate a ellas hasta mediados de enero. Con paga completa. ¿No tienes clases este semestre?

—No, porque...

—Entonces dedícate a la investigación. Preferiblemente lejos de aquí. Desconecta tu teléfono y desaparece.

—¿Es una orden, Mal?

—Sabes que no. Sólo un buen consejo. —Su voz era tensa—. Para todos nosotros, Rory. Tendrías que haber oído al gobernador. ¡Nuestro presupuesto depende del comité! Puede hacer cualquier cosa.

—Vale, me voy. No daré problemas. ¿Puedo elegir a mi sucesor?

—Claro, por supuesto. Gracias, Rory. Sé que podrías enfrentarte a esta decisión.

—Y ganar. Libertad de cátedra. —Tomó aire—. Pepe Parker sería el sucesor lógico. Veré si quiere el trabajo.

—Te lo debo, Rory. No he visto la entrevista...

—El gobernador probablemente tenga razón. No me mostré respetuosa con la difunta presidenta. Pero era una lunática.

—Rory...

—No me están grabando. ¿Y a ti?

—Claro que no.

—Estoy empezando a pensar que Pauling fue un valiente. No vio otra opción, así que dio su vida por salvar al mundo. Estuviste allí, Mal. ¿Estoy equivocada?

Hubo un corto silencio.

—No. No creo que estés equivocada. Pero no me pidas que te apoye, no hasta que el gobernador firme el presupuesto.

—Comprensible. Llamaré a Pepe.

Pulsó el botón de desconexión sin decir adiós y se quedó allí mirando el teléfono.

Los otros tres la estaban mirando.

—¿Te han dado la patada? —dijo Marya.

—Sí. Hasta que los alienígenas vuelvan a casa o el mundo se acabe, o lo que sea.

Pulsó dos teclas.

Pepe

Sonó el teléfono pero no lo atendió. Su jefa aparecía en el cubo, suicidándose políticamente.

—... nadie de la Tierra podría haberlo hecho. La señal empezó a emitirse mucho antes de la reunión...

El cubo se quedó en blanco y volvió a aparecer Carl Lamb.

—Era la profesora Aurora Bell, en una transmisión...

Pepe pulsó el teléfono con un dedo.

—¿Buenas?

—Pepe... —Era Rory—. La mierda ha empezado a salpicar.

—Acabo de verlo.

—El gobernador quiere que me cubran de brea y plumas y me expulsen de la ciudad. ¿Quieres mi puesto?

—Haces que parezca muy atractivo.

—Lo digo en serio. Mal Barrett acaba de darme unas vacaciones sabáticas indefinidas. Nadie más que tú puede dirigir el cotarero.

Él lo sabía, por supuesto.

—Vale, bien. ¿Dónde estás ahora?

—En el despacho.

—Voy para allá, ¿de acuerdo?

—Sí, de acuerdo.

Pepe apagó el teléfono y se lo guardó en el bolsillo.

—¿Quién era? —preguntó Lisa Marie.

—Mi jefa. Ex jefa. —Apuró la cerveza y soltó la jarra sobre la mesa con un golpe—. Parece que me han ascendido.

Sacó una tarjeta y la introdujo en la ranura de pago.

—Tengo que darme prisa. No sé cuánto tardaré. Iré a verte esta noche, en cuando pueda librarme. Te llamaré cuando lo sepa.

Ella asintió.

—Ven a cenar si puedes. Preparé unos filetes o algo.

—Trato hecho. —La besó en la mejilla—. Hasta luego.

—Sí, hasta luego. Muy buena suerte.

Pepe recorrió una manzana y media antes de darse cuenta de que se había dejado el paraguas en el café. Pero no llovía demasiado y Lisa Marie podría utilizarlo.

Así eran las cosas. Rory había sacrificado su trabajo para asegurarse de que el mundo conociera la verdad. Y ahora él estaría presente en el cabo con el presidente Davis, para recibir a los supuestos alienígenas.

Pasó junto a una mujer que estaba sentada en un banco del parque, sollozando, la cara en las manos. Su vestido blanco, empapado de lluvia, revelaba su imponente figura. La reconoció vagamente (¿una estudiante?) y se detuvo para decirle algo, pero luego continuó. No quería compañía en su pena.

Gabrielle

Le oyó vacilar cuando pasaba (por favor párate, habla conmigo, abrázame), pero él no se paró, ¿lo habría hecho ella? Probablemente. Era algo que no sucedía tan a menudo, ir a casa y encontrar a tu gato muerto, y luego a la presidenta y a todos los demás. Tenía al pobre *Happy* en una caja de zapatos y no sabía qué hacer con él.

¿Me están castigando por mis pecados, está el Dios de mi madre realmente ahí arriba contando las veces que me he metido una cámara en el coño para pagar las facturas? No, los gatos mueren, los presidentes mueren, ya basta, lo sabes bien, lo sabes bien. La nariz le moqueaba y no llevaba pañuelo en el bolso; se sonó con una mano húmeda y se limpió los mocos en el banco del parque, luego metió la palma en el charco que tenía a sus pies y se frotó la nariz con fuerza con el antebrazo.

Alienígenas cayendo del cielo, una figura importante del mundo de la ciencia llevándose por delante a todo el mundo de la sala, un gato perfecto se muere y yo llego diez minutos tarde a una toma de sexo anal. Que no voy a hacer. Aunque me cueste el trabajo. Louis es amable, pero la tiene demasiado grande. No es el uso adecuado para esa abertura; las cosas tienen que salir, no entrar por ahí.

—Oh, cariño. Las cosas no pueden estar tan mal.

Se frotó los ojos y alzó la cabeza. Era la vieja del carrito de la compra. Se sentó a su lado.

—¿Qué te pasa?

Ella miró aquella cara vieja y amable.

—Se ha muerto mi gato.

—Oh, vaya. —Alzó una tapa de la caja de zapatos empapada y miró en su interior—. ¿Cómo se llamaba?

—*Happy*.

—Nunca he tenido un gato. Pero montones de gatas sí. ¿Quieres una?

—Ahora no. Gracias, no.

—Hay gente a la que le gustan los gatos y gente a la que le gustan los perros, ¿sabes? A mi marido le gustaban los perros. Uno de los motivos que tuve para deshacerme de él.

Gabrielle sonrió.

—¿Se llevó el perro consigo?

—No, eso habría sido cruel. Me quedé con el perro, aunque olía mal. —Se inclinó hacia ella y susurró—: Tenía gases. Ambos los tenían.

Gabrielle se frotó los ojos.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace treinta y tantos años, supongo. Lo enterré cuando Hull era presidente. Casi nadie tenía cubo entonces.

—Sigue pensando en el pobre.

—Oh, sí. Lo enterré bajo una gran tabla de madera en el pantano. Ahora hay allí un centro comercial.

—¿No lo pudo enterrar en el patio trasero?

—No, por Dios bendito. Demasiado grande. Además, hay leyes.

—¿Hay leyes para enterrar a los perros?

Ella asintió lentamente.

—A algunas clases de perros. —Miró por encima del hombro de Gabrielle—. Buenas tardes, oficial.

Rabin

Él se tocó el borde de su gorra de plástico.

—Buenas tardes, Suzy Q. ¿Están ustedes bien?

—Nadie está bien, oficial. Nadie está mal, nadie está bien. Todos estamos atascados en medio.

Él sonrió.

—Es duro para todo el mundo. ¿Puedo llevarte al refugio?

—Ya hemos pasado por eso, oficial. No quiero que nadie me sermonee.

—Podrías quedarte algún tiempo. Y tener un techo sobre la

cabeza.

—A mi cabeza no le pasa nada.

Él alzó una mano.

—No quiero que pilles una neumonía otra vez. ¿Te acuerdas de hace dos años?

—Me acuerdo de hace ochenta años. No se preocupe por mí.

—No pillaré ninguna neumonía por estar al aire libre —dijo la muchacha hermosa. Acarició la mano de la anciana—. Pero él tiene razón. Debería protegerse de la lluvia.

—Y usted, señorita. No va vestida exactamente para la ocasión.

—No. —Ella lo sorprendió quitándose la peluca y sacudiéndola—. Voy vestida para que me den por el culo.

—¿Qué?

—La gente lo hace —dijo Suzy Q, en su defensa—. ¿Dónde ha estado todos estos años?

Rabin tragó saliva un par de veces.

—Claro. Pero está mojada. Tiene frío y está mojada.

La muchacha hermosa se colocó la peluca en su sitio y le dirigió una sonrisa deslumbrante.

—Es una forma de vivir. No el frío y la lluvia. La otra.

—No eres una puta, ¿no? —dijo Suzy Q.

—No. No, soy actriz, y estudiante de medicina. —Miró a Rabin—. Nada ilegal. Hago cubos para el Instituto de Estudios Sexuales de aquí. —Todavía sonriendo, empezó a llorar—. ¿Podría hacerme un favor? ¿Podría hacer algo con mi gato?

—¿Perdón?

Ella le acercó la caja de zapatos.

—Mi gato ha muerto. Se murió, como la presidenta. No sé qué hacer con él. Y no quiero ir al trabajo y desearía que dejara de llover.

Él recogió con cuidado la caja empapada.

—Claro, no se preocupe por eso. ¿Pero quiere hacer algo por mí?

—Claro. Es lo que suelo hacer, cosas por los hombres.

—Busque refugio para usted y para Suzy. No quiero que se muera durante mi turno.

—Vale. ¿Trato hecho, Suzy?

—Vale. Vamos a tomar una taza de café.

Se dirigieron hacia la calle principal, la muchacha hermosa empujando el carrito. No llevaba bragas y el culo se le pegaba a la tela transparente. La parte heterosexual de Rabin observó con interés. ¿Cómo sería hacer eso con una mujer? Sólo un escenario distinto, supuso.

Su teléfono civil sonó. Lo sacó del bolsillo.

—¿Sí?

—Qabil, aquí Felicity.

—¿Qué?

¿De emergencias? ¿Por qué no llamaba por la unidad oficial?

—Estoy abajo, en la cabina de teléfonos. Mira, eres amigo de Norman.

—Bueno, yo...

—Sois amigos. Su esposa y él tienen que desaparecer ahora mismo. Estaba en el despacho del jefe y recibió una llamada de un tipo del FBI. Los federales van a detenerlos esta noche y se los van a llevar a Washington para interrogarlos.

—¿Acerca de qué?

—¿No viste el cubo? Por supuesto que no. Mira, son sospechosos de ser agentes extranjeros. De Francia o sus aliados.

—¡Qué tontería!

—Sí, y ellos lo saben. Bromeó al respecto; sólo quieren encerrarlos y tirar la llave. Es serio, Qabil. Una orden presidencial. De ese indio senil.

—Alá. Gracias, Felicity. Voy a llamarlo ahora mismo.

Norman

Exasperado, Norman pulsó el botón de «guardar» del Roland y tocó la pantalla del teléfono. Continuó en blanco.

—Desconecta la casa —dijo una voz que no reconoció. ¿Otro chantajista?

—Casa, desconéctate durante treinta minutos. —La casa obedeció con un silbidito—. Muy bien. ¿Quién eres?

Hubo un chasquido, el distorsionador apagándose, y un suspiro pesado.

—Norm, soy Qabil. Hay problemas.

—¿Sí? ¿Qué pasa?

—¿Está Rory en casa?

—No. La espero de un momento a otro.

—Tenéis que hacer las maletas y marcharos en cuanto llegue. El FBI va a deteneros esta noche, para llevaros a Washington y enterraros.

—¿Qué, por la maldita entrevista?

—Supongo; no la he visto. Dicen que sois agentes que trabajáis para Francia.

—¿Para Francia? Nunca hemos estado allí siquiera.

—Bueno, puedes quedarte en casa y discutirlo con ellos, o puedes desaparecer. Eso es lo que yo te aconsejaría. No es como en el cubo: estos tipos son la ley en sí mismos.

—Eso he oído. ¿Cuánto tiempo tenemos?

—Tal vez hasta el anochecer. Yo me marcharía lo antes posible. ¿Tienes dinero?

—Un poco.

—Lo que yo haría... toma un taxi hasta Oaks y sal de la ATM, luego toma el primer tren para Archer. A partir de ahí puedes usar dinero para llegar a cualquier parte, viajes cortos. Id a Canadá o México, a un sitio donde no necesitéis pasaporte.

—Pero ella no ha quebrantado ninguna ley.

—Todo lo que sé es que el FBI va tras ella. Creo que pueden encontrar una ley.

—Jesús. Cuando llueve, diluvia.

—No te preocupes por la lluvia. Moveos lo más rápido posible.

Norman no pudo menos que sonreír. ¿Cuánto tiempo tienes que vivir en un país antes de comprender las frases hechas?

—Muy bien. Si Rory está de acuerdo, nos marcharemos antes de que anochezca.

—Si no está de acuerdo, vete tú solo, ¿de acuerdo? Toda esta mierda de Washington...

—Claro. Haré las maletas. Adiós.

Qabil se despidió y Norman apagó el teléfono. Naturalmente, no dejaría sola a Rory. A Washington irían los dos o ninguno. Pa-

ra ser enterrados. ¿En mierda? Se preguntó qué había querido decir Qabil.

Hizo las maletas para ambos. Preparó dos bolsas de viaje, las colocó sobre la cama y fue metiendo ropa de verano en cada una. Supuso que Rory preferiría ir a México, por el invierno, que a Canadá. Además, no hablaba canadiense.

Una vez terminado, sacó con cuidado el contenido de la maleta de Rory. Que ella hiciera una última comprobación y efectuara los cambios que considerara necesarios.

Ya debería de estar aquí, pensó. Tomó el teléfono y pulsó RM, Rory en marcha.

—¿Hola?

No hubo imagen, naturalmente.

—¿Dónde estás, querida?

—En un taxi. Llegaré dentro de dos minutos. ¿Dónde creías que estaba?

—Sólo me aseguraba.

—¿Cómo te lo estás tomando?

—Hum... no por teléfono. Ahora hablamos.

Pulsó el botón de desconexión y rebuscó para sacar un porro del cajón situado bajo el teléfono. Estaba viejo y seco. Encontró una cerilla y lo encendió. Dio una calada y lo tiró al fregadero. Dirección equivocada. Se sirvió un vaso de oporto y lo bebió, mientras esperaba, pensando.

Tal vez aquello no tuviera nada que ver con la entrevista. El FBI tal vez los hubiera relacionado a Rory y a él con lo que fuera que fuese la superarma, que podía ser o no una invención de Pepe.

El pomo de la puerta se sacudió y Rory llamó. Naturalmente, la huella de su pulgar no la abriría a menos que la casa estuviera conectada. Norm bajó al vestíbulo y abrió la puerta.

Aurora

—¿Qué, la casa está desconectada?

Norm cerró la puerta tras ella.

—Sí. Ha salpicado la mierda.

Ella asintió.

—Lo sé. El maldito gobernador además. Pero ¿por qué lo de la casa?

—¿El gobernador?

—Sí. ¿Por qué está la casa desconectada?

—Por el FBI. ¿Qué ha hecho el gobernador?

Rory se frotó el pelo con ambas manos.

—El gobernador hizo que me despidieran, ¿sabes? ¿Ha llamado el FBI?

—¿Te han despedido?

—No lo sabías. —Norman abrió ambas manos y emitió un ruidito—. El gobernador ha presionado a Mal a causa de una entrevista que concedí esta mañana. Así que estoy de permiso sabático. ¿Qué tiene que ver en esto el FBI?

Estaban en la cocina, donde desayunaban.

—Siéntate. Deja que te traiga algo para beber.

Ella se sentó.

—Sólo agua. ¿Qué quiere el FBI? ¿Algo sobre el asesinato?

—¿Han asesinado a alguien?

Ella se frotó la frente.

—Por supuesto. ¿Cómo ibas a saberlo? La presidenta y todo su Gabinete, muertos en una explosión. El vicepresidente también.

—Dios mío. ¿Una bomba? ¿Fue Francia?

—No. Grayson Pauling llevó un maletín lleno de explosivos a la reunión del Gabinete. Asesinato suicida.

—Pauling.

—Hablaba en serio sobre cambiar la agenda. Lunático, mártir, no me di cuenta. ¿Qué pasa con el FBI?

Él sacó una botella de agua del frigorífico.

—Ha llamado Qabil.

—Oh, bien. Justo lo que nos faltaba.

—No, no es eso. Descubrió, como es poli, que el FBI va a venir a detenerte. Para llevarte a Washington.

—Oh, mierda. —Aceptó el agua pero no bebió—. No pueden hacer eso. No he quebrantado ninguna ley.

Norm se sentó frente a ella, con un vasito de vino en la mano.

—No sé. Tal vez podríamos hacerlos entrar en razón. Lo que

dijo Qabil es que piensan que somos agentes de Francia.

— ¡Nunca hemos estado en Francia!

— Cierto. Creo que lo saben. Es sólo una excusa.

— ¿Eso fue antes o después del asesinato?

— Ahora mismo. Creo que Qabil supuso que yo estaba enterado de la muerte de la presidenta.

Ella sacudió la cabeza.

— Estado de emergencia, supongo. Pero ¿crees de verdad que pueden acusarnos de ser espías y encerrarnos?

— No lo sé. Eso es lo que Qabil cree. Y está más o menos en su línea de trabajo.

— Oh, demonios. Maldita sea. — Movié de un lado a otro la botella de agua, trazando un pequeño arco—. ¿Eso que estás bebiendo es oportó?

— ¿Te traigo un poco?

— Ah, no.

Tiró el agua, se acercó al frigorífico y se sirvió un vaso de vino.

— ¿Y qué nos recomienda tu amiguito que hagamos?

— No es mi amiguito. Está preocupado por nosotros.

— Lo siento. — Se sentó y se apoyó en las manos; su voz sonó apagada—. Ha sido un mal día.

— Y acaba de empezar.

Ella bebió vino.

— ¿Qué ha dicho Qabil?

— Dice que deberíamos desaparecer. Antes de que anochezca. Que usemos transportes locales para poder pagar en efectivo y que vayamos a un país para el que no necesitemos pasaporte.

— ¿Canadá, México o el Caribe?

— ¿Lo harás?

— Me gustaría tener treinta segundos para pensármelo.

— Adelante. Voy a empaquetar algunos cubos de música.

— ¿Empaquetar? ¿Te marcharías sin mí?

— Por supuesto que no. Sólo quiero estar preparado por si decides ir. Puedo oír a los sabuesos ladrando.

Encontró una caja barata de plástico que podía contener cien cubos y empezó por el principio, Antonini.

— Oh, demonios. Guarda algo de jazz para mí. — Se levantó—. Voy a preparar la ropa.

—Ya he sacado unas cuantas cosas. ¿Clima cálido?

—Sí. Canadá no me apetece nada.

La oyó abrir y cerrar cajones de golpe.

—¿Qué tal México?

—Cuba está más cerca —dijo ella—. Además, hay unas cuantas cosas que quiero comprobar allí.

Él cogió un par de puñados de cubos de su colección de jazz, totalmente al azar.

—Pues Cuba, entonces.

Tendrían que evitar el monorraíl Orlando-Miami, desgraciadamente: funcionaba con billetes, como los aviones. Tendrían que viajar en zigzag.

Llevó la caja del cubo y un pequeño reproductor al dormitorio y los guardó en su maleta. Rory casi había terminado y rebuscaba en el cuarto de baño.

—¿Llevas la crema solar? —preguntó.

—Las dos, sí. Aunque supongo que podríamos comprarla en Cuba.

Rory salió con una bolsa de plástico con útiles de aseo, la guardó en la bolsa de viaje y cerró la cremallera.

—Bien. ¿Preparado?

—Sí. —Él extendió una mano—. Llevaré tu maleta.

—Puedo...

—En mi bici. No podemos arriesgarnos a tomar un taxi.

—Oh, qué alegría. —Le tendió la maleta—. Mi madre me dijo que si me casaba contigo me esperaban tiempos difíciles. Pero ¿ir en bici bajo la lluvia en diciembre?

—Huyendo del FBI. Resulta difícil verle el lado gracioso, ¿verdad?

Sin embargo, no fue demasiado malo. La lluvia era una fría bruma y sólo tuvieron que recorrer poco más de un kilómetro hasta la subestación de Oaks.

Dejaron las bicis sin candado, confiando en que los ladrones no tardarían mucho en eliminar esa pequeña prueba de su huida, y entraron en el venerable, por no decir vetusto, centro comercial.

Había visto días mejores, la mayoría de ellos hacía más de medio siglo. Todo un bloque de tiendas había sido demolido, las paredes destruidas, para dar cabida a un enorme mercadillo, y eso atraía a más clientes que las tiendas de ropa barata importada y pa-

rafernalía sexual.

Había una extraña subcultura juvenil que se había apropiado de una parte: los *beatniks*, que se vestían a la moda del siglo anterior y fumaban incesantemente mientras escuchaban música antigua. A Rory le gustó el sonido al pasar, pero Norman dio un respingo. Tuvieron que atravesar la zona para llegar al cajero automático.

Utilizaron dos máquinas para conseguir el máximo de cuentas distintas: cuatro mil dólares cada uno. Las máquinas no tenían billetes mayores de cien dólares y acabaron con un sospechoso fajo en las manos.

Rory miró alrededor.

—Uh-oh. —Se volvió hacia la máquina—. Hay un tipo mirándonos. Desde el café.

Norm miró de reojo.

—Sí, lo veo a veces en el local de Nick. Siempre está escribiendo en ese cuaderno.

—Es verdad, ahora que lo mencionas.

El historiador

No parecen el tipo de personas que viene a Oaks, pensó, pero le resultaban familiares de alguna parte. Del restaurante griego. Apuró el resto de su fuerte café dulce mientras aún estaba caliente. Chasqueó dos veces los dedos para llamar la atención de la camarera (una costumbre muy local) y sacó un sucedáneo de Camel de su paquete. Lo encendió con una cerilla de madera y aspiró una súbita vaharada de THC. El tabaco de verdad debió de ser algo grande.

Había estado contemplando durante media hora la imagen del *Gainesville Sun* del 24 de noviembre de 1963, la última vez que asesinaron a un presidente. Tal vez volver al trabajo acabaría con la sensación de desesperación y abandono. Había llegado al año anterior a su nacimiento.

Trató de ignorar los anticuados pero seductores acordes y ritmos de Dave Brubeck y repasó los dos viejos artículos periodísticos de relevancia para esa parte:

El Gobierno local se encontró sumido en el caos cuando, en otoño de 2022, el alcalde, dos concejales, y toda la comisión del condado acabaron en la cárcel por violar un puñado de leyes inmobiliarias, referidas principalmente a calificación y protección de suelo, aunque en realidad se trataba de soborno a gran escala. El resultado de sus maquinaciones, el monorraíl Alachua-Archer, cambió Gainesville de manera irreversible, de formas que no todo el mundo consideró malas.

Las empresas locales se vinieron abajo a medida que las industrias se trasladaban al norte, a Alachua, y al sur, a Archer, buscando suelo barato y una mejora en los impuestos. Pero el resultado global fue que la ciudad recuperó la universidad y se convirtió de nuevo en la ciudad universitaria que había sido durante la mayor parte del siglo XX.

Hubo una breve pero intensa ola de crímenes en 2023, que llevó a la suspensión durante cinco años del sistema de fraternidades en la universidad, cuando se descubrió que cuatro de ellas se habían aliado con bandas callejeras. Señalaban lugares lucrativos donde robar y luego ayudaban a los muchachos a ocultar y «colocar» los artículos robados. A cambio, se llevaban un porcentaje de las ganancias y compraban alcohol para los chicos (en esa época, la edad mínima para beber en Florida era de veintiún años), además de munición ilegal, que es lo que llevó al descubrimiento de los hechos. El programa federal de «marcar» la munición había comenzado en secreto, y el llamado Tiroteo del Garaje de Gainesville fue una de las primeras veces en que se utilizó como prueba.

Dos policías y cinco miembros de una banda llamada los Bolas de Pelo murieron en el altercado, y la munición de la banda identificó a un miembro de la fraternidad Kappa Kappa Psi, quien, al ser interrogado, detalló la profundidad y el alcance de la relación de la fraternidad con la banda, e implicó a otras tres fraternidades...

EN DICIEMBRE

Una ola de calor sin precedentes arrasó Australia y Nueva Zelanda, y miles de personas y millones de vacas y ovejas murieron víctimas del calor y la sequía. Canadá y Alaska y el norte de Europa sufrieron una oleada de frío intenso que se cobró cientos de vidas.

La guerra en Europa entró en una tregua incómoda y las conversaciones de paz se trasladaron de Varsovia a la soleada Roma, mientras los soldados en las diversas fronteras rascaban el hielo de sus máquinas de guerra y luego volvían a acurrucarse en torno a las hogueras. La paz se debía en parte a motivos logísticos (nadie estaba preparado para luchar en medio de una nevada implacable) y en parte al suspense apocalíptico mientras el calendario descontaba los días para la Venida.

Predicadores y sacerdotes e incluso el cauteloso Papa vieron una conexión entre el clima infernal y la Venida. Los alienígenas no habían negado una conexión con Dios y Jesús, y había profecías adecuadas en la Biblia, así como en la obra de una autoridad menor, Nostradamus. En sus profecías, la fecha más lejana donde había nombrado un año específico era 2055, el año en que los alienígenas iban a aterrizar. Escritas en 1555, decían:

*Durante quinientos años nadie reparará en el
que fue el adorno de su tiempo.
Luego llegará de repente una revelación
que hará que la gente de ese siglo esté satisfecha.*

Un «adorno de su tiempo» fue el contemporáneo de Nostradamus Tomás Moro, que escribió *Utopía*. Para algunos, ésta era la

prueba de que los alienígenas iban a traer el cielo a la Tierra. Naturalmente, la palabra «moro» (en inglés *more*, «más») no aparece en el texto francés (*De cinq cents ans plus compte l'on tiendré*), pero quienes escribían para los periódicos sensacionalistas probablemente no lo sabían, y desde luego no les importaba.

Un grupo musical que se había cambiado el nombre por 55 Alive llegó al número uno de las listas con una retorcida canción, *Venimos*, que usaba las palabras de Nostradamus re combinadas en un mensaje de esperanza que podía ser interpretado en términos seculares o religiosos.

Reaparecieron las tiendas de supervivencia, y los comerciantes que no acumularon demasiado material obtuvieron grandes beneficios en sólo dos semanas. Hacía falta una especie de optimismo pesimista, o viceversa, para asumir que los alienígenas dejarían a la humanidad en paz, pero la humanidad giraba sobre sí misma.

Estados Unidos lanzó su satélite asesino en medio de un secretismo total, que duró menos de un día. Una coalición internacional de científicos e ingenieros presentó pruebas irrefutables de lo que habían hecho. Exigieron que el arma fuera destruida. El presidente Davis tildó sus documentos de «montón de mierda», diciendo que era sólo un satélite meteorológico, y Dios sabía que podían usar unos cuantos.

Según una encuesta, el sesenta y dos por ciento de los ciudadanos franceses consideraba el lanzamiento un acto de guerra. En Norteamérica, sólo el dieciocho por ciento creía que el presidente estaba diciendo la verdad, pero el treinta y dos por ciento «apoyaba sus acciones».

Durante el mes de diciembre, la principal causa de muerte en Estados Unidos fue el suicidio.

Aurora y Norman se sentían sospechosos en su huida; casi todos los trenes iban casi vacíos, la mayoría de la nación estaba en casa pegada al cubo. Sin embargo, había un montón de gente en el *Habana especial* Miami-Cayo Oeste; gente que esperaba perderse en las peculiares atracciones de esa isla.

De todos los posibles puntos de salida de Estados Unidos, Cayo Oeste era probablemente el mejor para quien no quisiera ser identificado. Las mismas antiguas familias italianas que controlaban el juego y la prostitución en La Habana eran dueñas de los barcos que cubrían el trayecto de noventa millas y del muelle don-

de los barcos atracaban, en completo anonimato, a salvo incluso de la vigilancia orbital. Algunos clientes alardeaban de sus «fines de semana en La Habana»; otros decían habérselo pasado en grande en Disney World.

Aurora y Norman evitaron la capital y encontraron un modesto apartamento en la cercana aldea pesquera de Cojímar. Norman alquiló un teclado y una grabadora MIDI y continuó refinando su composición. Aurora tenía su propio proyecto de investigación, que la llevó por toda la isla. Por fortuna, viajar era baratísimo comparado con Estados Unidos.

El 21 de diciembre, los telescopios orbitales pudieron obtener una imagen de la nave que se acercaba. Parecía una cruz con una estrella de rayos gamma en el centro, lo cual hizo que algunas personas se alegraran, aunque su alegría fue prematura. Al día siguiente quedó claro que formaban ese dibujo cuatro aletas traseras que rodeaban el escape de un motor muy caliente. Los alienígenas venían de cola, frenando, como haría una nave espacial humana.

La señal de rayos gamma desapareció el día 24, cuando la nave cambió bruscamente de rumbo, desviándose hacia Marte con gran despilfarro de combustible. Giró hacia el planeta rojo, según lo prometido, y partió Fobos en dos. El *Hubble III* mostró una diminuta imagen de la nave al pasar y un brillante resplandor. Luego las dos mitades de la luna se desintegraron.

No hubo ninguna palabra de advertencia o bienvenida. Simplemente continuaban viniendo, desacelerando.

La mañana del 31, cuando estaban a algo más de setecientos cincuenta millones de kilómetros de distancia (el doble de la distancia a la Luna) cuatro grandes satélites fueron desintegrados en un segundo. Uno de ellos era el arma de Davis. Los alienígenas rompieron el silencio lo suficiente para pedir disculpas, diciendo que no podían distinguir cuál era y que esperaban que ninguno de ellos estuviera habitado.

Rory vio las noticias cuando se bajó del barco de la mafia en Cayo Oeste. Iba a desandar sus pasos. Norm había obedecido su petición de quedarse en Cuba por el momento.

Había cosas que tenía que saber.

1 DE ENERO

Pepe

Había dormido durante la tarde y se pasó por la fiesta de Lisa Marie el tiempo suficiente para tomarse una copa de champán y ver la bola caer en Times Square.

Se despidió de ella y se fue al despacho.

Encendió las luces y buscaba en el cajón superior los estimulantes que lo mantuvieran en pie durante el siguiente par de días cuando llamaron suavemente a la puerta abierta.

Alzó la cabeza.

—¿Aurora?

Ella asintió y se sentó en una silla, junto a la puerta.

—¿Dónde has estado? Te hemos...

—Cabo de Cristóbal. Cojímar, Holguín, La Habana.

—¿Y...?

—Quiero saber quién eres.

Él no parpadeó.

—Soy quien soy.

—Quién eres, para quién trabajas y cómo conseguiste acabar al mando de esta empresa, sea cual sea. También podrías explicar la parte de la nave espacial.

—¿O qué? ¿Qué harás?

—La expresión que solíamos usar es «te echaré a los perros». Te desenmascararé.

—Pero dices que no sabes quién soy.

—Quien no eres es Pepe Parker. No existe ese individuo. Partidas de nacimiento robadas de Cabo de Cristóbal. La escuela elemental destruida en un incendio. Los archivos del instituto des-

truidos en la revolución del treinta y uno...

—Como los de todo el mundo.

—La mayoría fueron restaurados. No hay ningún registro de tu existencia hasta que empezaste a trabajar como graduado en la Universidad de La Habana. Después de tu doctorado, obtuviste una tarjeta azul y te viniste aquí.

Pepe advirtió que estaba sudando. Se secó la cara con un pañuelo. Aquello no podía estar pasando.

—Así que dime qué es lo que pasa. O te echaré a los perros.

—No puedes hacer eso.

—Claro que puedo. Y si algo me sucede, Norman...

—No, no. No te estaba amenazando. Lo que quiero decir es que no debes hacerlo.

—Estoy dispuesta a dejarme convencer. Podrías empezar diciéndome para quién trabajas.

—La humanidad. Trabajo para toda la humanidad.

—Ésa no es una respuesta.

El teléfono zumbó y él pulsó el botón. Una tenue imagen gris de un hombre con uniforme de la NASA habló por encima del fragor de un helicóptero.

—¿Doctor Parker? Nos acercamos a Gainesville. ¿Puede estar en su tejado dentro de cuatro o cinco minutos?

—Gracias. Estaré esperando.

Desconectaron.

—Así que vas a ir al cabo —dijo Rory.

—Como habrías hecho tú. Lo siento. No puedo invitarte a que vengas.

—¿Sigo siendo una mujer buscada?

—El FBI viene una vez por semana. Nunca explican nada.

Encontró las píldoras y se tomó una, soportando su amargura.

—Me temo que tendré que estar toda la noche despierto.

—Creo que podría acudir al FBI. Y decirles lo que sé, lo que no sé.

—¡No! ¡Por favor! —Abrió su maletín y comprobó su contenido—. Hagamos un trato.

—Estoy escuchando.

—Mira lo que vaya a pasar hoy. Después, podemos hablar lo que quieras. Si quieres echarme a los perros entonces, no te detendré. —Cerró el maletín—. Ahora mismo tengo que tomar ese heli-

cóptero y unirme a las celebraciones.

Rebuscó en su bolsillo y sacó un llavero.

—Toma, quédate en mi casa. ¿Sabes dónde está?

—¿Todavía vives en Creekside?

—Sí, en el 203. Tu casa puede que no sea segura.

—Bien. Trato hecho. Pero dime una cosa... ¿sabes quiénes son? ¿Los alienígenas?

—Yo... no puedo decirlo.

—Pero no son alienígenas, ¿verdad?

Él la miró en silencio durante un segundo.

—Tan alienígenas como yo.

Los dos oyeron el susurro del helicóptero aproximándose, el zumbido de las aspas se hizo más profundo al aterrizar. Él la besó en la mejilla y salió por la puerta.

Aurora

Mientras el sonido del helicóptero se apagaba, Aurora cruzó el pasillo hasta su antiguo despacho. Estaba cerrado, pero su vieja llave aún funcionaba.

—Luces —dijo.

No había cambiado nada. Más ordenado de lo normal, pero ella lo había arreglado todo para aquella entrevista esperada. Una capa de polvo.

¿Volvería allí alguna vez? Lo sabría dentro de unos cuantos días.

Sus estanterías de libros antiguos parecían intactas. Por impulso, tomó su última adquisición, el volumen de fotos de hacía un siglo de la revista *Life*, apagó las luces y echó la llave al salir.

Había más de un kilómetro hasta Creekside. Estaba cansada, pero no se atrevió a usar un taxi; la mayoría no estaban preparados para aceptar dinero en efectivo, y los que sí lo hacían tomaban fotos de sus clientes sospechosos. Pero al menos las aceras no estarían desiertas, no con tanta gente transitando de fiesta en fiesta.

¿Cuánta gente, sin embargo, estaba sentada en casa, aterrada, esperando morir? Rory pasó ante dos iglesias y una mezquita, y ambas estaban llenas.

A una manzana de Creekside, se detuvo en un almacén y compró una botella carísima de champán doméstico.

La sacó de un barril de agua helada. El empleado se la secó y la metió en una bolsa.

—Espero que tengamos algo que celebrar mañana —dijo—. Espero que estemos aquí mañana.

—Yo no me preocuparía por eso —contestó ella—. Si quisieran destruirnos, ya lo habrían hecho.

Él asintió y aceptó su dinero, y torpemente contó el cambio.

—¿La conozco de algo, señora?

—No. Sólo estoy de paso.

Cruzó el puente sobre Hogtown Creek y se apresuró hacia el edificio de apartamentos. Había un montón de gente sentada en las riberas del arroyo, de fiesta, y no quería que la reconociesen.

Probó con cuatro entradas antes de encontrar la que indicaba P. PARKER, 203. Fuera cual fuese su verdadero nombre.

Esperaba un desnudo piso de soltero, adecuado para un hombre sin historia. Pero era una colección ecléctica, incluso barroca, de muebles y adornos de todo el mundo.

Un biombo japonés, una mesita de Bali o de algún sitio parecido, un póster de una corrida de toros de México, un reloj de cuco de Alemania o Suiza. Un montón de cojines delante del cubo, importados de la exótica Taiwan. Había algo extraño en la colección, que de repente advirtió: todo era de la misma época. Como si hubiera entrado en unos grandes almacenes y hubiera dicho: «Me llevo esto y esto y esto.»

No había copas de champán en la cocina, pero encontró dos vasos de vino de cristal Waterford. Así que no todo era de grandes almacenes. Descorchó la botella, se sirvió un vaso y metió la botella en el frigorífico.

Estaba vacío, inmaculado.

Comprobó las alacenas y no había comida, ni una lata de sardinas o una caja de cereales. Sólo un salero y un pimentero de plástico, a juego.

No había nada siniestro en eso. Un montón de solterones comían siempre en restaurantes, o compraban comida para llevar.

Se llevó el champán al salón y encendió el cubo. No respondió al mando a distancia, pero los controles manuales eran bastante claros. Sintonzó la CNN y redujo el sonido a un susurro. Dejó el vaso sobre la mesita balinesa, se enroscó en los cojines taiwaneses y abrió el libro viejo y polvoriento.

Aquella fue también una época de cambios, la Segunda Guerra Mundial. El tono estridente de la revista probablemente significaba que la gente estaba tan preocupada como el joven que le había vendido el champán. Pero aquello fue largo (comprobó las fechas, seis años) y los enemigos eran personas, vencibles. No alienígenas que podían destruir tu planeta a capricho. O decían que lo eran.

Soltó el libro, apuró el vaso de un par de tragos y se dispuso a volver a llenarlo. Desde la cocina oyó una conmoción en el exterior. Llenó el vaso y salió al balcón.

Un círculo de jóvenes bailaba en el arroyo, riendo y cantando. La mitad iban desnudos, a pesar del agua fría. Multitudes en ambas orillas aplaudían y gritaban.

—¡Que se la quiten! ¡Que se la quiten!

Bueno, esperaban un mensaje de paz y esperanza dentro de unas cuantas horas. ¿Qué obtendrían en realidad?

Cerró los ojos y de repente los abrió, justo a tiempo para evitar que el caro vaso se le cayera por el balcón. Sentía los brazos y las piernas pesados por la fatiga. Se dirigió al dormitorio y puso manualmente el reloj para que la despertara a las 5.45, pues no se fiaba de los controles de voz. Exactamente tres horas de sueño. Se quedó inconsciente antes de que marcara las 2.46.

Cuando el reloj la despertó, bajó temblorosa la escalera y compró el desayuno en las máquinas: café malo garantizado y una chocolatina. No tenían ninguna barra de Mars, por desgracia, así que eligió una al azar. ¿Todavía fabricaban barras de Mars? Hacía veintitantos años que no compraba una. El chocolate estaba desagradablemente dulzón, pero la ayudaría a superar el fin del mundo.

Se sintió levemente sorprendida por no haber sido sacada de la cama por agentes del FBI. Fuera lo que fuese Pepe, evidentemente no estaba de su parte.

Encendió el cubo y sintonizó el Canal 7, esperando ver a

Marya. Una voz en *off* masculina describía la procesión de notables, mostrando imágenes de un helicóptero tras otro alineándose en la misma pista, descargando a este o aquel presidente o primer ministro o estrella de cine. Una gran grada llena de gente no acostumbrada a sentarse en gradas. El sol naciente quedaba a sus espaldas; el cielo salmón progresaba hacia un azul perfecto.

Exactamente a las seis, un helicóptero del cuerpo de marines, el número uno, llegó y de él desembarcaron el presidente Davis y su séquito, incluido un pelotón de marines armados hasta los dientes. Rory sonrió. No serían de mucha ayuda contra alienígenas capaces de destruir planetas, pero podían impedir que Davis compartiera el destino de su predecesora. Había estado siguiendo su carrera desde Cuba; era el presidente menos popular desde Nixon. La mayoría del Congreso y el Senado querían expulsarlo, si no ahorcarlo, pero lo estaban retrasando unos días. Tal vez los alienígenas lo desintegraran y les ahorrasen el esfuerzo.

Cuando el anciano estuvo instalado a salvo en la tribuna, delante de las gradas, sentado incómodamente cerca del secretario general de la ONU, el cubo mostró una visión telescópica de la nave alienígena. No parecía demasiado distinta en lo fundamental de una nave humana, lo cual podía deberse simplemente a algún tipo de función, o quizás a que querían tranquilizarnos.

O, lo más probable, era de hecho una nave humana, parte del engaño más grande de la historia. Y Pepe estaba en el meollo de todo aquello.

Su certeza había crecido a medida que acumulaba pruebas de que Pepe había sido obviamente plantado en su departamento para que fuese el segundo al mando. Si era un engaño, se trataba de una empresa más grande que el Proyecto Manhattan. Los primeros datos podrían haber sido falseados por alguien que alterara las señales del GRS-1 y su contrapartida lunar. Pero con el tiempo otros telescopios las habían captado. Procedían de fuera del sistema solar, aunque quizá no de tan lejos ni tan veloces como creían.

Y al parecer habían partido Fobos en dos, aunque eso podría haber estado preparado de antemano. La cifra de cien mil megatonnes («mil arriba o mil abajo») la había dado Leo, pero a través de Pepe. Ella no lo había comprobado, y Leo estaba muerto.

Como el presidente. Como Pauling y el resto del Gabinete.

Norman y ella habrían sido eliminados también, de no ser por

la coincidencia de que Qabil se había enterado de los planes del FBI.

Los cuatro satélites, destruidos por un rayo invisible... eso era lo más fácil de explicar. Simple sabotaje.

Dentro de menos de una hora, la última pieza encajaría en su sitio, aunque probablemente no sería concluyente. Hollywood tenía más de un siglo de experiencia creando alienígenas.

El presidente dio un discurso neutro, optimista, afortunadamente libre de paternalismo e histeria. El secretario general de la ONU le siguió, hablando en su bantú nativo. A excepción de los chasquidos guturales, fue casi el mismo discurso que había dado Davis. Una gran oportunidad nos espera; damos la bienvenida a nuestros amigos del espacio con los brazos abiertos. Ahora que han destruido nuestros... otros brazos.

Había montones de vehículos aparcados detrás de las gradas: furgonetas blancas de la NASA, un par de camiones militares, dos ambulancias y un camión de bomberos. Rory se preguntó si alguno de ellos podría ocultar una bomba como último recurso y, si era así, quién controlaba el detonador.

¿Y una bomba de qué tamaño? Un helicóptero mostró las inmediaciones de la NASA, tan abarrotadas como una estación de metro, hasta los malecones; más de un millón de personas querían ver aterrizar a la nave extraterrestre. Rory se alegró de no estar allí.

El cubo pasó a una titilante visión telescópica de la nave, que había empezado a salir de la órbita cerca de Australia.

Tal vez pasara sobre ellos camino del cabo. Salió al balcón para contemplar el cielo, pero lo único que pudo ver fue la habitual capa gris.

Los estudiantes de fiesta se habían marchado, sin dejar suciedad tras ellos. Los chicos de hoy en día. Oyó el sonido apagado de los noticiarios en los apartamentos de alrededor y mantuvo la puerta abierta para poder escuchar a Marya o Pepe en el cubo.

No oír a Marya no fue ninguna sorpresa. No había tenido oportunidad de desaparecer tras la emisión «accidental», y aunque el FBI no se la hubiera llevado, la cadena probablemente la habría despedido o la habría dejado en segundo plano durante una buena temporada.

En el cielo, el familiar estampido doble de un estallido sónico; una nave espacial en su rumbo de aproximación a cabo Kennedy.

Rory entró en la vivienda y se sentó delante del cubo.

Allí estaba Pepe, en la tribuna, con otros nueve notables, tras el presidente, que se ponía en pie lentamente. Todos hicieron lo mismo.

La nave era tenuamente visible, descendiendo. Rory se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración.

Se posó exactamente en el extremo de la pista. Tenía aproximadamente el tamaño de una lanzadera regular. Tenía que ser así, por supuesto, si era un truco: no podrían haber construido en secreto una nave espacial de la nada. Era más bonita que las lanzaderas corrientes: brillante, como el cromo, y no utilizó paracaídas de frenado.

Rodó hasta unos pocos centenares de metros de la tribuna y luego, con un ligero sonido sibilante, continuó hasta detenerse directamente delante del presidente. Una puerta se abrió en el costado de la nave y una escalerilla se desplegó hasta el suelo.

Dos figuras de aspecto humano bajaron las escalerillas. Vestían titilantes trajes plateados, ajustados a la piel, obviamente varón y hembra. Rory advirtió que no caminaban como gente que hubiera estado en gravedad cero. Entonces vio que ambos eran hermosos, a pesar de carecer por completo de pelo. Ni siquiera tenían cejas. Un buen detalle.

Cuando bajaron de la escalerilla, ésta se plegó y regresó a la nave. Mientras se dirigían hacia la tribuna, la nave empezó a sisear de nuevo y rodó lentamente por la pista.

Ellos subieron los escalones sin prisa, la mujer delante, y cuando llegaron a la tribuna ignoraron a los notables que estaban de pie y fueron directamente al micrófono.

La mujer habló primero.

—No somos alienígenas de otro planeta. Somos de la Tierra. Venimos de dentro de quinientos años en vuestro futuro.

El hombre continuó:

—Fue la empresa de ingeniería más grande de la historia de la humanidad. La energía que empleamos para acercarnos fue sólo una pequeña fracción de lo que hizo falta para doblar espacio y tiempo y enviarnos hacia atrás. Eso requirió la destrucción total de una pequeña estrella, de las que llamáis enanas marrones.

—Traemos un mensaje de esperanza y cautela —dijo la mujer—. El mensaje de esperanza es que estamos aquí y, por tanto,

tenéis futuro. Saberlo va a cambiaros. La guerra catastrófica que parece a punto de empezar se evaporará... y tendrán lugar una serie de acontecimientos, a partir de hoy, que harán imposible la guerra en el curso de la existencia de la mayoría de la gente que ahora vive.

—Se ha decidido —dijo el hombre—, que no podemos deciros (y sabemos por los archivos históricos que no lo hicimos) cuáles van a ser esos acontecimientos. Tendréis que descubrirlos por vuestra cuenta. Experimentarlos mientras sucedan.

—Esto no se ha hecho nunca antes —dijo la mujer—. Tenemos que asumir que mientras los dos nos ciñamos a los registros históricos, los hechos subsiguientes se producirán tal como dicen nuestros libros de historia, y habrá paz. Pero la historia no nos permite permanecer con vosotros, viajeros de un tiempo imposible.

El hombre indicó la nave.

—Del mismo modo, tenemos que eliminar la nave. Si un país se apoderara de sus secretos, dominaría el mundo.

La nave había llegado al final de la pista. Giró lentamente y luego empezó a rodar hacia ellos, el siseo de sus toberas convirtiéndose en un grito. Ya estaba en el aire cuando pasó sobre las gradas, y entonces inició un ascenso vertical con tanta aceleración que en cuestión de segundos se convirtió en un puntito, y luego desapareció. Entonces explotó, una brillante esfera perfecta de luz, en total silencio, fuera de la atmósfera.

—Ahora sólo hay un artefacto del futuro, además de nuestra ropa —dijo la mujer. Alzó un cristal de datos corriente y avanzó para entregárselo a un técnico rodeado de cámaras—. Muestre esto dentro de unos minutos.

—Naturalmente, nosotros también somos artefactos del futuro —dijo el hombre—, aunque sólo somos personas.

La mujer le tomó la mano.

—Tenéis muchas formas de extraernos información.

—No había manera de hacer que no supiéramos cosas que pudiesen ser potencialmente peligrosas para vuestra supervivencia —dijo la mujer.

Los dos se miraron a los ojos y dijeron al unísono:

—Así pues, adiós.

Ambos se desplomaron.

Los siguientes minutos fueron un rápido y confuso drama de médicos, camillas, helicópteros, pero Rory apenas los advirtió, perdida en sus pensamientos.

Vio lo que había querido decir Pepe. Ciertamente, era un truco, audaz y caro. Pero por supuesto no lo revelaría. Había una buena posibilidad de que funcionara; podría convertirse en una profecía autorrecurrente. Mientras se mantuviera el secreto.

Todo lo que quería saber era cómo lo habían conseguido; ¿cómo podían unir todas las piezas sin que nadie cometiera un error? ¿Quién estaba en el ajo? Desde luego, no idiotas como Davis.

Vio el cristal que la mujer «muerta» le había entregado al técnico, y en efecto mostraba su aterrizaje, el discurso y su «muerte». Al menos esperaba que fuera parte de la coreografía y que no hubiera sido preciso que dos personas sacrificaran sus vidas para hacer más realista el engaño. La introducción de la escena fue convincentemente futurista a sus ojos y oídos; la voz en *off* con acento extraño, las tomas de principio y fin mostraban un planeta en paz y plenitud. Ciudades flotando en el aire sobre bosques y campos devueltos a la naturaleza. Pero entonces la nave destruida mostró con qué enorme presupuesto habían tenido que jugar.

El sol asomaba entre las nubes, cosa rara, pues todo el mundo estaba en casa. Rory decidió dar un paseo. Subiría al edificio de astronomía y vería qué pasaba. Tal vez fuese una tontería, pero tenía la impresión de que el Gobierno iba a estar un poco demasiado ocupado para buscarla durante algún tiempo.

El edificio estaba desierto. Todo el mundo estaba probablemente en el cabo.

La oficina de Pepe seguía abierta. Sintiéndose un poco culpable, entró a echar un vistazo.

En una mesa de trabajo, bajo la ventana, había tres ordenadas filas de papel, los últimos preparativos y los finales de las tres clases de Pepe.

Había una carta para su secretaria, detallando la disposición de esos papeles, dándole las gracias y diciéndole adiós. Se pondría en contacto.

Rory tuvo la sensación de que no sería así.

EPÍLOGO

En un tranquilo rincón de Barcelona, el hombre que no era Pepe Parker se relajaba en una situación de modesta riqueza y perfecta intimidad. Tenía cocinera, criado y jardinero, y las paredes llenas de libros en diversos idiomas.

Enterrada en el sótano, había un arma que podía convertir a un hombre en una antorcha.

Con su barba blanca y su piel oscurecida, nadie lo relacionaría con el joven científico cubano que había presidido el Comité de la Venida y luego había desaparecido misteriosamente.

Pasaba la mayor parte del tiempo leyendo, en el jardín cuando hacía buen tiempo o delante de la chimenea cuando hacía frío. A veces cenaba con mujeres hermosas que pensaban que era un erudito retirado, independiente y rico. Cosa que era verdad, en cierta medida.

En una caja de seguridad del Banc Nacional de Catalunya había una hoja de papel que sólo él podía leer. Contenía un plan de conservadoras inversiones bursátiles y los nombres de los ganadores del Derby de Kentucky de los siguientes cincuenta años.

Joe Haldeman nació en 1943 en Oklahoma, estudió física y astronomía en Maryland y, varios años más tarde, obtuvo un máster en literatura en la Universidad de Iowa. Fue gravemente herido por una mina en Vietnam, donde obtuvo la condecoración Purple Heart (Corazón Púrpura). Ha sido presidente de la Science Fiction Writers of America (1992-1994) y hoy en día comparte su actividad de escritor en su casa de Florida, con su trabajo semestral como profesor de redacción y escritura en el Writing Program del Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT), en Boston.

Su obra más famosa es la primera novela LA GUERRA INTERMINABLE (1975), que obtuvo los premios Hugo, Nebula y Locus y que, según se ha dicho, representa la contrapartida ideológica de TROPAS DEL ESPACIO de Heinlein. LA GUERRA INTERMINABLE ha sido llevada al cómic con ilustraciones de Markvano (Mark van Oppen), y también existe un guión para una posible versión cinematográfica. Tras muchos años, al final ha aparecido su tan esperada continuación FOREVER FREE (1999).

PAZ INTERMINABLE (1997, NOVA número 107), sin ser una continuación de LA GUERRA INTERMINABLE, tal y como dice el mismo autor, no deja de ofrecer una interesante y nueva exploración del tema de la guerra a la luz de lo que puedan aportar las nuevas tecnologías y, en concreto, la nanotecnología.

En PUENTE MENTAL (1976) Haldeman utilizó una técnica que recuerda la escritura de John Dos Passos, alternando fragmentos de narrativa con extractos de la autobiografía de los protagonistas y otras informaciones. Trata de un futuro en el que se dan cita la transmisión de la materia, la telepatía y la colonización de otros sistemas planetarios junto al contacto con extraterrestres.

RECUERDO TODOS MIS PECADOS (1977) es casi un thriller de espionaje, al igual que otra de sus obras más recientes, TOOL OF THE TRADE (Herramienta del oficio, 1987). Se ha publicado tam-

bién en castellano la antología SUEÑOS INFINITOS (1978), que recoge sus primeros relatos. La más reciente recopilación de sus relatos es NONE SO BLIND (1996), que fue considerada por los lectores de Locus como la mejor antología de 1996, como cabía esperar de un libro que incluye, entre otras maravillas, los relatos «Graves» (Premio Nebula de 1992 y Premio Mundial de Fantasía), y el que da título al volumen NONE SO BLIND (Premios Hugo y Locus de 1995). NONE SO BLIND incluye también muestras de la brillante poesía de Joe Haldeman (los llamados story poems).

Una de sus obras más características es una trilogía sobre el futuro de la civilización tras la Tercera Guerra Mundial que obliga a que la humanidad dependa de los nuevos «mundos» constituidos por los satélites orbitales. Centrada en las peripecias de una protagonista femenina, la serie se compone de MUNDOS (1981), MUNDOS APARTE (1984) y, mucho más recientemente y todavía inédita en castellano, WORLDS ENOUGH AND TIME (Mundos suficientes y tiempo, 1992). Los tres libros están dedicados a su esposa Gay, su amable colaboradora desde 1965.

En COMPRADORES DE TIEMPO (1989, NOVA, número 76) aborda el tema de la inmortalidad basándose en el tipo de sociedad en la que ésta puede ser aceptable o en el tipo de personas que intentarían «comprar» un tiempo adicional de vida.

La novela corta EL ENGAÑO HEMINGWAY (1990, NOVA, número 75) resultó un tanto «aligerada» en sus escenas sexuales en la versión publicada en la revista Isaac Asimov's Science Fiction Magazine. Su indudable calidad le mereció el Premio Nebula de 1990 y el Hugo de 1991.

Su última novela, LA LLEGADA (2000, NOVA número 147) es una pequeña maravilla narrativa donde Haldeman analiza las reacciones humanas ante la inminente llegada de una nave desconocida procedente del espacio exterior.

Joe Haldeman ha escrito también dos novelas en el universo de la serie televisiva Star Trek. Son PLANET OF JUDGEMENT (Planeta de juicio, 1977) y WORLD WITHOUT END (Mundo sin final, 1979), aportando a dicha serie una dignidad y una calidad poco frecuentes. También ha publicado relatos y novelas de emocionantes aventuras espaciales como THERE IS NO DARKNESS (No hay oscuridad, 1983) escrita conjuntamente con su hermano Jack C. Haldeman.

Muy interesado por la poesía, Joe Haldeman la cultiva con cariño y con gran éxito. Ha obtenido varias veces el Premio Rhysling (premio a la mejor poesía de ciencia ficción, otorgado anualmente por la Science Fiction Poetry Association y que recibe el nombre del viejo cantor del espacio que protagonizara el entrañable relato «Las verdes colinas de la Tierra» (publicado en 1947 por Robert A. Heinlein). Joe Haldeman obtuvo el Premio Rhysling en 1984 con «Saul's Death» y, más recientemente, en 1990, con Eighteen Years Old, October Eleventh.

La obra de Haldeman es muy interesante, tanto por su excelente escritura como por su brillante tratamiento de los temas clásicos de la ciencia ficción. Él mismo ha reconocido su interés por la obra de Heinlein, Stapledon, Clarke, Asimov y otros autores no ajenos a unos contenidos hard y, siguiendo esa tendencia, la obra de Haldeman representa una visión madura y de gran interés, que no rehuye el adecuado tratamiento de los personajes y sus motivaciones.